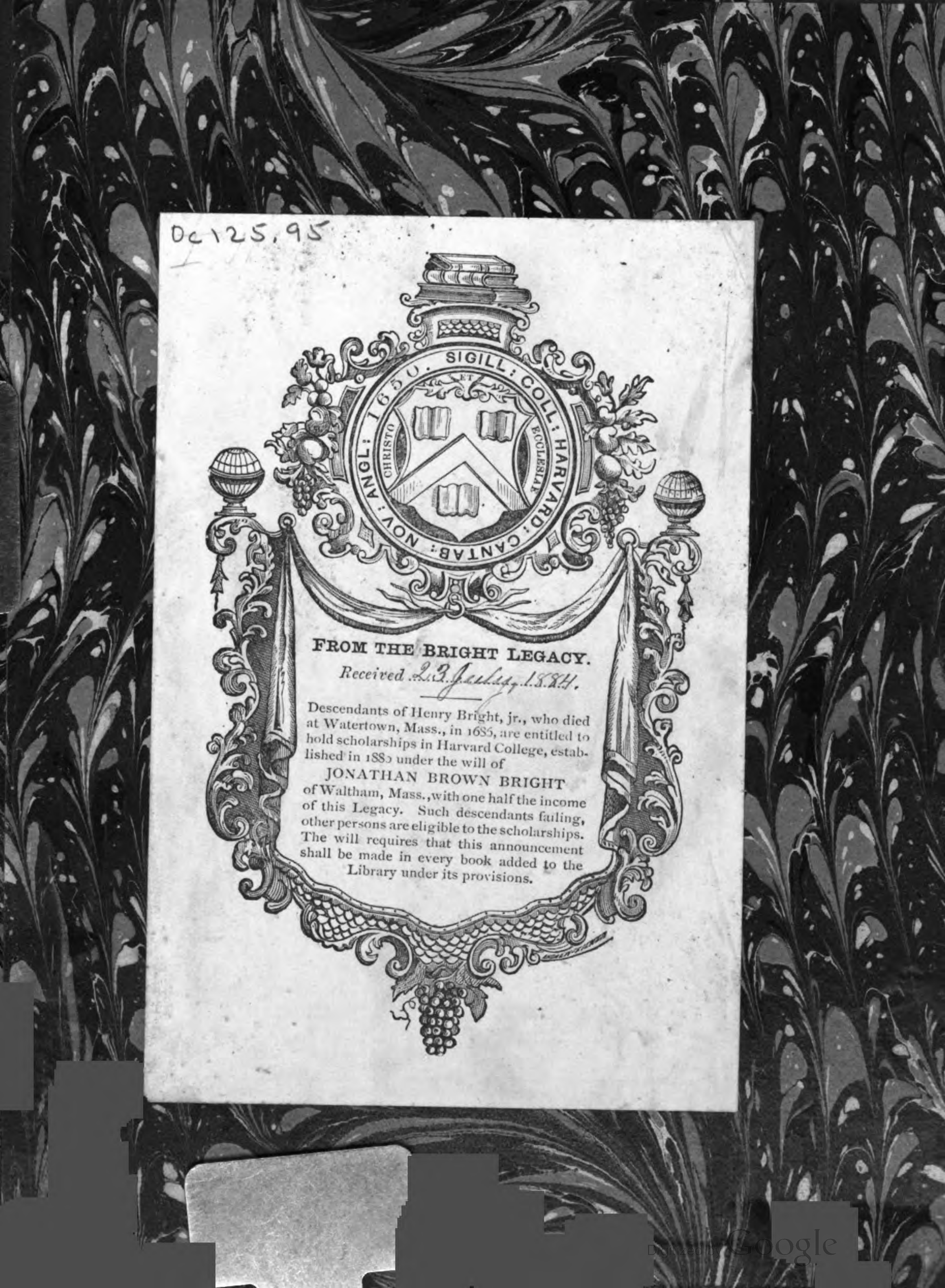




SIGILL : COLL : HARVARD : CANTAB : NOV : ANGL : 1650.
CHRISTO ET ECCLESIAE



VIAJES DE QUIRÓS

BIBLIOTECA HISPANO-ULTRAMARINA, I.

HISTORIA

DEL

descubrimiento de las regiones

AUSTRIALES

HECHO POR EL GENERAL

PEDRO FERNANDEZ DE QUIRÓS

publicada

por

DON JUSTO ZARAGOZA

TOMO I

MADRID

IMPRENTA DE MANUEL G. HERNANDEZ

San Miguel, 23, *bajo*

1876

TOMO I DE LA BIBLIOTECA HISPANO-ULTRAMARINA

PRÓLOGO.

I.

La nube, el ave y la semilla voladora, el inquieto pez y los brutos con su continuo vagar, encendieron, sin duda, en el hombre primitivo los deseos de descubrir por la tierra, por las aguas y los aires nuevos horizontes, y de disfrutar las puras emociones que la novedad le ofrecia. Satisfecha su primera curiosidad, con el empleo de los naturales medios de locomocion, moviéronle los apetitos; y el instinto del interés y la codicia de conocer lo ignoto, le obligaron á esclavizar al cuadrúpedo de carga, y á ser inventor del buque y autor del problema, que está aún sin resolver por completo, de remontarse á la atmósfera y escudriñar sus espacios.

Constituida la familia, y á medida que la humanidad fué en aumento y crecieron las exigencias de su vida,

dió forma á la posesion de la tierra, utilizando las riberas donde en la pesca encontraba el alimento, y los prados y los montes de abundante pasto para sus rebaños, y los campos que con la agricultura dieron principio á la estabilidad de las sociedades. Y cuando los límites de lo poseido fueron ya al hombre estrechos y las necesidades mayores, y creyó precisa la organizacion religiosa y necesaria la política, el génio mercantil y la sed de dominio y la noble aspiracion de acaudalar ciencia le arrastraron, despues de comerciar con los convecinos y de disputarles su territorio, á los descubrimientos y á la realizacion de arriesgadas, y aún hoy sorprendentes, empresas aventureras.

Notabilísimas expediciones, de atrevimiento á veces inverosímil, nos ha dejado descritas la antigüedad, entre otras, en una de las más sábias recopilaciones literarias que ya los griegos, abismados ante su grandeza, calificaron de libro de los libros al darle el nombre de Biblia. Esta obra, divina para muchos pueblos, que áun sólo considerada como documento político religioso merece reverenciarse cual una de las más acabadas producciones de la inteligencia humana, presenta al pueblo viajero, por antonomasia (1), formando en

(1) Del verbo HABAR (*trausire*), pasar, procede el patronímico HIBRI, HEBREO ó *transeunte*, hombre de paso; el que se trasladó de una parte á otra.

edad remota la primera importante agrupacion antropológica de la familia pastoril que, tras paulatino desarrollo en las clases agrícola, comerciante é industrial se convirtió en potente nacionalidad, y cumpliendo al cabo el fatal destino que la ley del progreso impone á todo lo creado, tuvo que rendirse á la pesadumbre de las jóvenes y vigorosas generaciones históricas, herederas de sus tradiciones civilizadoras.

El punto de partida que tuvieron las peregrinaciones de aquel pueblo turbulento, quizás compuesto en sus orígenes de resíduos de la muchedumbre demagógica que se reunió en Egipto despues de eregir los Faraones sus más portentosos monumentos, y el ser el Nilo cuna de sábios y del caudillo Moisés, hicieron considerar las orillas del sagrado rio como cuna tambien de los estudios geográficos. Mas la general creencia de los arios é indianos y áun las indicaciones hechas por el propio Moisés, de existir en el Asia central el asiento de las primeras sociedades organizadas del mundo antiguo, y las suposiciones de que á esta parte del globo pasaran familias errantes de otra más lejana tierra oriental, que respecto de los confines del Asia parecian referirse á la americana, aumentaron la confusion de tal modo, en la sucesion de los tiempos, que aún hoy, y más que nunca quizás, aconseja la prudencia gran parsimonia en la emision de opiniones sobre el

primer domicilio de la geografía, ó sea de la familia humana; opiniones que, áun cuando vagas como necesariamente serian estas, sientan mal en los estudios históricos, que de sí exigen sobriedad en los juicios.

Lo que no admite duda, ni violentará jamás la credulidad de los positivistas, es que las aspiraciones humanas, incitadas por la posesion de lo desconocido, se inclinen constantemente, para obtenerla, á vencer los obstáculos de sus horizontes naturales. Unas colectividades la procurarian sin duda, en calidad de pastores, cual los hijos del Sem de Moisés, ó en otras formas como los industriosos descendientes de Cham y la espiritualista y belicosa prole del Japeto de los griegos, fundadora de los actuales pueblos indo-europeos. Pero lo que la tradicion histórica presenta ya ménos nebuloso es que estos pueblos, establecidos en los confines de Asia y de Europa y empujados siempre por el amor á lo nuevo, siguieron al Occidente sus expediciones, cual aquella de los argonautas, buscádores del vellocino de oro, que en bellos versos legaron los antiguos á sus sucesores; valiéndose quizás de este medio para que el hecho memorable resistiese mejor las injurias de movedizos tiempos, sin pensar que la posteridad, celosa de sus timbres verdaderos, jamás les perdonaria el desgraciado propósito de confiar á los poetas, nunca muy buenos amigos de la historia, la

importante mision de narrar los grandes sucesos humanos.

Homero, sin embargo, presentando en sus escritos geográficos á los *Tártaris* ó habitantes del mundo inferior (zona tórrida y hemisferio meridional) como enemigos de los dioses, algo de provecho dejó á las generaciones venideras; pues ya dió á entender que Grecia, apartándose de la unidad religiosa del Oriente, tenia sus divinidades nacionales: y al condenar el comercio íntimo de las privilegiadas gentes de procedencia caucásica con las de color ménos pálido, demostró perfectamente que ni la sociedad del tiempo del poeta, ni las nacionalidades de su raza, creian conveniente asimilarse á otras tenidas por inferiores.

Mas en cambio de estos preciosos datos, ¡cuán graves y trascendentales errores no apadrinó Homero! Calcando las ideas de otros geógrafos que le precedieron, situó su pueblo en el centro de la tierra; y domiciliando el Olimpo en Grecia, no hizo sino copiar á los indios que en remota edad santificaron su monte Merou. Asímismo les copió la forma del mundo, figurándole en un disco rodeado de aguas, como embelleció con rasgos de su rica imaginativa la creacion en el fantástico país de las nieblas del Elysium, morada de los *macrobianos*, ú hombres de larga vida, favorecidos por los dioses con dichas perennes, y la supuesta exis-

tencia en otras apartadas latitudes de la flotante isla de Eolo y de la fabulosa Circe.

No fueron más felices, ni merecieron mucha mayor gratitud de la ciencia, aquellos otros geógrafos que, imitando al gran poeta, trataron de dar á conocer la forma de la tierra por la que su fantasía creara. Prueba de esto se tiene en la descripcion de Anaximandro, comparándola con un cilindro; en la de Leucipo, que la presentó en figura de un tambor; en la navecilla de Heraclides, en la forma cúbica de otros, y en la elevada montaña cuya base se perdia en el infinito y la cúspide en los astros, que por miriadas giraban en contorno, segun la suposicion de Jenofanes y Anaximenes.

Estos errores, hijos de la imaginacion, explotados por los fanatismos religiosos, se disiparon á medida que los viajes fueron más extensos y frecuentes. No poca luz dió á la ciencia Herodoto, comunicando las propias impresiones que recibió en los que hizo desde Persia á Italia y de Rusia al Nilo; siendo en el dia de inapreciable valor cuanto dijo de los *nasamones* africanos, que habitaban en la vecindad de lo que hoy es Túnez, y tenian por costumbre la de ceder las novias á los convidados el dia de la boda, cual se vió en algunas Antillas al descubrirlas los españoles; y lo que refirió respecto de la habilidad de los *psyllos* para fas-

cinar á las serpientes, parecida á la que más tarde se vió en los indios de la América del Norte.

Las arriesgadas expediciones de Hanon, más allá de las columnas de Hércules ó estrecho de Gibraltar, que le hicieron conocer la region de los monos *gorilas*, ó salvajes de cuerpo velloso, con quienes intentó el marino cartaginés establecer tratados de comercio, y la fortuna de poder bojear alguna de las islas donde se suponia existir la Atlántida, y serian sin duda las Canarias, disiparon tambien muchas tinieblas; y quizás hubieran ya inundado de abundante luz la geografía si el Senado de Cartago, desatendiendo las indicaciones del descubridor que le propuso aquellas islas para residencia del gobierno de la república en los adversos casos de extremo peligro, no hubiese prohibido con pena de muerte á sus súbditos la navegacion por el Océano; temeroso, sin duda, de que las gentes seducidas por las bellas descripciones de Hanon, debilitasen, emigrando en gran número, las fuerzas que necesitaba para mantener su rivalidad con Roma.

De aquel tiempo y de otros poco posteriores parece datar la creencia de que al Occidente habia extensísimas tierras, acaso hácia las partes mismas donde Homero situó su Elíseo é islas fabulosas, y otros la renombrada Atlántida. Por allá suponian que estaba el magnífico templo radiante de oro (cual el de los Incas

del Perú), donde se adoraba al gran Dios por un pueblo más numeroso que los de Asia y Europa reunidos; cuyo templo era punto ménos que imposible reconocer, porque para aportar en las riberas de su territorio habian de vencerse por las naves los peligros casi insuperables que oponia un golfo cuajado de yerbas marinas (las del mar de sargazo sin duda), y afrontar á los salvajes habitantes de aquellas regiones, que en costumbres y circunstancias se les vió más tarde coincidir con los naturales americanos.

Tambien de antiguas épocas datan las suposiciones de Platon, Escillax y Aristóteles respecto de las Indias, cuyas costas, á su decir, sólo el Océano las separaba de España, cual lo comprobó Colon cerca de dos mil años despues. Tan presentes tuvo éste en sus descubrimientos las ideas de aquellos sábios, que muchas veces le entorpecieron; y á no acojer tan en absoluto cuanto fantaseó la antigüedad sobre las Gorgonas y las Hespérides, que algunos creyeron reconocer luego en las islas de Cabo-Verde y las de América, separadas entre sí por cuarenta dias de navegacion, segun las afirmaciones de Estacio Seboso, tal vez á sus atrevidas naves las hubiese fijado otro rumbo el gran marino.

Necos, rey de Egipto, enviando marineros fenicios á recorrer por el mar Eritreo ó Rojo las costas meri-

dionales de sus dominios, consiguió averiguar que en tres años se daba la vuelta al Africa; y Alejandro el Magno lanzando expediciones en el Océano, extendiendo el comercio con la India, y obligando á emigrar á pueblos enteros ó á trasladarse de sitio para facilitar sus conquistas, á la manera que los Incas del Perú usaban de las llamadas *mitimaes* cuando determinadas agrupaciones ó provincias díscolas se oponian á la quietud de sus Estados, aumentó considerablemente los conocimientos geográficos.

En virtud de estos movimientos humanos, se supo entónces de unos indios que de la nariz y orejas colgaban zarcillos de metal como ciertos naturales de América; que en la Escandinavia se empleaban en los entierros procedimientos parecidos si no iguales á otros del Nuevo Mundo; y que en las costas de Africa existian trogloditas, ó habitantes de las cavernas, alimentándose de mariscos y sirviéndose en sus industrias de instrumentos, cuyo exámen tiene ahora en profundas cavilaciones confundidos á los actuales partidarios de la ciencia *prehistórica.* Y en el entretanto, en ninguna parte eran más escasos los descubrimientos que en el interior de esa misma Africa, quizá porque las arenas del desierto mal y difícilmente podian satisfacer la codicia de conquistadores y comerciantes. Pero unos con propósito dado, y otros por mera inclinacion ó instinto,

desde que la Europa se comunicó más frecuentemente con Asia, todos parecian perseguir la idea de realizar descubrimientos en las más remotas regiones que la fábula alimentaban: y unas veces las necesidades de la guerra y otras los deseos de reunir bellas mujeres y raras curiosidades para satisfacer caprichos de potentados y de ociosos, hicieron arrostrar los riesgos del *simoun*, y perturbar la region de las fieras á los esclavos de la ambicion y del lucro.

Estrabon y otros geógrafos describieron pueblos del Norte de Europa, cuyos caudillos mostraban tanta aficion á reunir en sí los atributos de Pontífice y de Rey, como los actuales Czares de Rusia, y se ocuparon de los salvajes de Escocia, que llevaban los cuerpos pintados tan caprichosamente como caprichosos son los trajes que aún hoy usan; remontándose á aquellos tiempos las noticias sobre la isla de Taprobana ó Ceylan, de inmenso territorio segun la descripcion de Ptolomeo; la de la gran Catigara, depósito mercantil de los *sinos* (chinos) en Siam, y la de los pueblos donde vivian las mujeres en comunidad, como las de los turcos. En tales épocas corria aún la idea de que eran todos los mares grandes lagos, cual se tenia al Caspio y se suponia al Mediterráneo, que tomó sin duda este nombre de Tirreno, ya ántes de que por accidentes desconocidos, la gran montaña que servia de dique á

las aguas del Océano se convirtiera en los hachos de Gibraltar y de Ceuta.

Removiendo despues Roma los pueblos con sus guerras, y comunicando la agitacion á lejanos territorios, preparó las emigraciones de los habitantes de paises estériles, que al enterarse de la existencia de otros de rica naturaleza y de más apacible clima, y productores de la opulencia que admiraban en los jefes de las huestes romanas, en su busca viajaron; siguiendo tal vez los mismos itinerarios y las vías militares con que el gobierno de la gran metrópoli facilitó las comunicaciones con el interior de sus tierras.

Poco hizo Roma, sin embargo, para que por otros medios se perfeccionase en su tiempo la geografía; aunque la sed de goces y los consiguientes deseos de aumentar la variedad de objetos que los proporcionaban, mucho la obligaron á fomentar el comercio. De la China, que suponia preceder á otra gran tierra oriental (quizá á la de América), disfrutaron los romanos el *Sericum* ó estofa de seda, que sus mujeres deshacian hebra á hebra para tejer las gasas trasparentes, con que más á sabor del público mostraban sus encantos; en la India y en otros puntos del Asia encontraron los productos que mejor excitaban sus estragados apetitos; y desde el Occidente trasladó tambien á Roma, aquel pueblo poli-

deista, la fábula que al viejo Saturno, padre de Júpiter y del mundo, atribuia en la edad de oro dominio en las islas Afortunadas del gran mar occidental, que suponia cuna de los dioses y campo en donde se riñó el combate de los Titanes. ¿Procederia esta fúbula de alguna antigua tradicion que intentase explicar el fenómeno geológico, relativamente moderno, que modificó la forma de los Andes meridionales? ¿Ó tendria orígen en noticias traidas de la América al viejo mundo por marinos que las corrientes arrastraran hasta las costas de Africa ó de España, y allí hablasen del templo de oro y de grandes monumentos monolíticos, como aquellos que para adorar á su Dios construyeron los peruanos ántes de someterse al dominio de los Incas? Horacio, el más filósofo de los poetas latinos, ocupándose en sus versos de las regiones oceánicas, contribuyó y no poco á vulgarizar en Roma la existencia de aquellas tierras.

Las guerras de los judíos, que trajeron al Occidente las tradiciones hebráicas, las de los parthos que interrumpieron el comercio que con la China se hacia por el Balk, y las demás que Roma sostenia con otras naciones del Nordeste de su imperio, desparramaron por éste gentes de todas procedencias, formando el pavoroso séquito que consigo lleva siempre la ruina de las nacionalidades, y facilitaron aquella formidable inva-

sion de los bárbaros que cual impetuosa avalancha inundó la Europa entera.

Entre ellos los hunos, ó *hio-gou* de los chinos, que dos siglos ántes de Jesucristo habitaban las vecindades del estrecho de Behring próximas á la América septentrional, con cuyos naturales tenian tanto parecido, recorrieron hácia el año 300 de la era cristiana el territorio de los chunos del Caspio, y el de los rusos, y el de la Hunia ó Hungría hasta la Galia pirenáica, en seguimiento de los aventureros godos. Éstos, de cuyo carácter tomamos mucho los españoles, trajeron al extremo Occidente del mundo de entónces, con los derechos de la individualidad humana, los principios llamados liberales por las sociedades modernas; y unos y otros y los demás invasores, que con ellos mezclados asistieron á la larga agonía del imperio romano, lograron contener, con el contrapeso de su naturaleza enérgica y vigorosa, las viciosas corrientes de aquel pueblo envilecido por las malas costumbres que la fácil prosperidad engendra. La oportuna presentacion de los bárbaros cuando las masas populares del grande imperio se afiliaban en el cristianismo, salvó la existencia de las más preciadas conquistas civilizadoras hechas por la raza latina, en su portentoso desarrollo; y mostró patentemente, como enseñanza histórica, que cuando las instituciones del hombre han llenado su mision en

la ley del progreso, caen, se modifican ó desaparecen, obedeciendo á las necesidades de renovacion y trasformacion que, para mantener la actividad vital, impuso la naturaleza á todo lo creado.

Asentados los conquistadores sobre las ruinas de las instituciones que contribuyeron á destruir, empezaron á edificar; mezclando con los restos de aquella civilizacion su propia rudeza y las ideas cristianas, que aceptaron á pesar de oponerse sus principios de unidad universal, copiados acaso de Roma y de otros pueblos meridionales, á los principios individualistas que del Norte traian. De esta suerte la ley del progreso, cuya accion pareció interrumpirse durante los desastrosos momentos de la lucha, siguió rigiendo con el nuevo aspecto que, siempre con rumbo fijo á la perfeccion humana, el paganismo, el cristianismo y el germanismo unidos la imprimieron.

Los más ardientes sectarios de la nueva idea cristiana, partiendo de los conocimientos salvados del reciente naufragio, ora por los intereses de la religion movidos y tal vez por los mercantiles, animaron notablemente la desatendida geografía. Pruébalo aún hoy el planisferio que el siglo VII hizo un geógrafo de Ravena, quien ya en el Océano Atlántico y en frente de las costas de Africa figuró unas islas, donde suponia que habitaban los fabulosos antípodas, y que eran de

imposible acceso por impedirlo los abrasadores rayos del sol; cuyas islas no serian, de seguro, las Canarias de apacible y templado clima: y pruébanlo tambien las numerosas noticias de adelantos geográficos reunidas en sus peregrinaciones por los monges cristianos.

En ellas continuaron estos la interrumpida comunicacion de Roma con el Oriente y el Mediodía, ya partiendo de Egipto, ya de Jerusalen; y cuando á mediados del mismo siglo VII empezaba el mahometismo á hacerse imponente, fueron aquellos valerosos propagandistas á combatir su doctrina y á ponerse en relacion con reyes y caudillos de antiguos pueblos asiáticos, á quienes creian más dispuestos á seguir á Jesucristo que á Mahoma, porque observaban ritos parecidos á los de la religion cristiana, cuales eran los que desde muy remotas edades tomaron de los principios de Zoroastro ó de la adoracion y culto al Jehová de Moisés.

Pero quien verdaderamente extendió á la sazon los conocimientos geográficos fué el pueblo árabe. Impulsado por el fanatismo religioso, ensanchó los límites de escondidos pueblos hasta Mahoma ignorados, en Asia y en Africa, que los califas mandaron luego describir á sus sábios; y áun en el Océano se lanzaron, saliendo algunos de Lisboa, en busca de las tierras que á su juicio formaban la otra ribera del tenebroso mar. Si llegaron allá, ó perecieron todos en la demanda de aquellas

costas, no lo contó la historia del mundo viejo; pero las tradiciones recogidas por los españoles al conquistar el Perú, haciendo remontar á esa época ú otra muy inmediata la llegada allí de los hombres de la camisa larga que fundaron el imperio de los Incas, dan lugar á la suposicion de que algun nacido en esta parte visitó por entónces la América.

En esos continuos flujos y reflujos en que parece la humanidad impresionada por la fatal accion de una causa sin nombre, que así pudiera llamarse magnética, como electro-terrestre ó providencial, y resultado de combinaciones especiales ejercidas en el planeta por elementos de su propia composicion, ó por los cuerpos celestes á él más inmediatos, ó por la universalidad de lo creado que, dada cierta situacion de equilibrio, de distancia, de densidad, tiene por la ley absoluta señaladas precisas consecuencias; en esos flujos y reflujos y acciones y reacciones, se vé á esa humanidad á las veces toda con un propósito, con una pasion, con un *desideratum* inexplicable, correr paralelamente al Ecuador en ciertos movimientos religiosos, como comprendiendo que hay influencias sólo propias de determinados grados de latitud; y en otras circunstancias desbaratar movimientos políticos y de conquista, en direcciones oblícuas al Polo, ú otras opuestas, y destruir inmensos planes realizados por otra humanidad, su predecesora en

la sucesion del tiempo. Así incitados, corrieron incontables millones de árabes, como poseidos del vértigo, desde Asia al Egipto, para hacer desandar, modificándolos, algunos de los preceptos religiosos de Moisés, y áun rebasaron el Egipto y no se detuvieron hasta que el insuperable valladar del Océano les impidió seguir; y tal corrieron tambien hasta llegar á la extremidad oriental, y á los propios paises de donde los bárbaros partieron, unos siglos ántes, para destruir á Roma. Allí, en los confines de la India, hicieron alto, para ver adorar al sol en una casa de la *felicidad*, donde se distribuian víveres á los pobres y medicamentos á los enfermos como en los templos de los Incas del Perú; y para enterarse por los chinos de que los *yang-thung* del Thibet usaban, á falta de escritura, cortes en pedazos de madera ó nudos en ciertas sogas, como los mismos peruanos.

En tanto que los árabes cambiaban el modo de ser de las principales nacionalidades contemporáneas suyas, los aventureros godos, que en el Sudoeste se vieron atajados y sin campo que recorrer por haberlo invadido todo aquellos, se inclinaron al Norte; y ya como normandos, ó con otros nombres ejercitaron su atrevimiento en las inexploradas tierras setentrionales. Partiendo de la Escandinavia, en el siglo IX, fueron atraidos por las ballenas que perseguian, y motivaban

sus arriesgadas expediciones, á la fria Thule ó Islandia; donde, impresionada su fantasía por el sorprendente fenómeno de los *geisers* ó volcanes de agua caliente, inventaron fábulas sin cuento, y avivando estas maravillas su curiosidad, atrevidos y valerosos, venciendo los peligros de un mar enfurecido y cuajado de helados escollos, aportaron ya en el siglo X, primero Gumbiern y despues Erico Rauda (ó el rojo), á la tierra que por su verdor llamaron Groenlandia.

Allí establecieron los escandinavos sus colonias, como ántes en la isla de Thule, que luego sólo fué punto de escala: allí crearon tambien una diócesis, dependiente de Noruega, que pagaba á la Santa Sede, en concepto de diezmo, y á falta de oro, un tributo anual de dos mil libras de dientes de *morsa:* y desde allí bajó uno de aquellos obispos al punto de los 49 grados de latitud, que nombró Marklandia, y debia corresponder al extremo oriental del Canadá en la desembocadura del gran rio San Lorenzo, y luego á la Vinlandia ó tierra del vino (la actual Pensilvania sin duda) donde trató de cristianar á aquellos naturales como ántes á los *skrelingas* groenlandeses, que, resistiéndose, riñeron rudas batallas, y sólo se prestaron á hacer con los invasores comercio de pieles, conservando su viejo paganismo. Tales colonias hácenlas desaparecer, las tradiciones y suposiciones de la gente del Norte, al rigor de influen-

cias climatológicas y de eventualidades extraordinarias sufridas despues que en el siglo XIV visitaron aquellas partes los italianos Antonio y Nicolás Zeno; cuyos mapas y noticias se ha intentado asegurar que grandemente encendieron en Colon, sus ya vehementes deseos de probar á la Europa que existia otro mundo.

A la accion avasalladora de la muchedumbre árabe siguió la reaccion dirigida por Temucin ó Gengiskan. Partiendo éste de los límites de las regiones sometidas por los sectarios de Mahoma, se lanzó, cual torrente desbordado, sobre ellos, arrebatándoles los ricos despojos de sus conquistas y persiguiéndoles, y dominando desde el Japon hasta Hungría; de donde sus rudos mogoles esparcieron por los confines occidentales, mezcladas con el terror que su fiereza infundia, inapreciables noticias sobre desconocidas partes del Asia, y comprobaciones exactas de las comunicadas, el siglo anterior, á la Europa, por el navarro judío Benjamin ben Jonáh de Tudela.

Los alarmados pueblos católicos obligaron entónces al Papa, á enviar misioneros que con sus predicaciones contuviesen al invasor, y á impeler las Cruzadas, emprendidas unos años ántes por Roberto de Normandía contra los enemigos del cristianismo. Algunos de los misioneros no pararon hasta la Tartaria, llegando uno de ellos á titularse obispo de Pekin; y entre todos

trazaron la senda que tras ellos fueron siguiendo, aquel siglo y sucesivos, los viajeros Ascelino, Rubruquis, Pegoletti, Pascalis, Marco Polo, Mandeville, Doria, Ugolino Vivaldi y otros. Y las Cruzadas, en su larga duracion de doscientos setenta años, matando el feudalismo, aceleraron la civilizacion y dieron vida á las nacionalidades modernas; y áun peleando suavizaron la rudeza de los conquistadores asiáticos, que si bien aprovecharon las disidencias intestinas de la familia cristiana para hacerse dueños de Constantinopla, se rindieron en cambio á las exigencias del comercio de ideas y de efectos entre Occidente y Oriente, y acabaron por autorizar las comunicaciones mercantiles.

Quien más noticias trajo á Europa, entre aquellos viajeros, fué Marco Polo. Por sus expediciones en Asia, verificadas durante el último tercio del siglo XIII, se conoció el modo peregrino de ejercer la hospitalidad que los habitantes de Khamul tenian, cediendo á los viajeros sus hijas y mujeres; y las costumbres del Thibet, donde quedaban sin desposar las doncellas que no probaran, con presentes de algun extranjero, haber ya dado á conocer sus más secretos misterios amorosos; y las de Caridi, donde los esposos guardaban cama cuarenta dias despues del parto de sus mujeres, cuidando al recien nacido; y cuyos habitantes se cubrian los dientes con láminas de oro y curaban sus hechiceros las

enfermedades con cantos mágicos y bailes extravagantes. Tambien por Polo se supo la antigua práctica de ciertos chinos, que, á la muerte de sus principales personajes, quemaban con el cadáver trozos de papel en representacion de esclavos, de caballos y de monedas de oro, lo cual implicaba gran superioridad respecto de otros muchos pueblos de la época; en que no eran aparentes sino reales estos sacrificios. Por el mismo viajero se conocieron las aficiones que, quizás haciendo alguna alusion, atribuia á los sacerdotes indianos, de dar marcada preferencia en sus afectos á bayaderas y cortesanas sobre las doncellas que, sin duda, mejor la merecian. Y el mismo Polo, aparte de estos datos, bastante análogos algunos con otros que despues se recogieron en América, no excusó hablar del país de las tinieblas; y refiriéndose á la Siberia ó á la ya conocida Thule hizo indicaciones, que no rechazaba, sobre la existencia de un imperio inmenso situado en remota region, que otra no podia ser sino la americana.

Avivado el espíritu mercantil y aventurero por las relaciones de aquellos exploradores, desarrolló considerablemente la aficion á viajar. Los españoles, que jamás midieron el peligro en la satisfaccion de sus deseos, se lanzaron á fines del siglo XIV por las costas de Africa, en busca de lo desconocido; á donde les si-

guieron los portugueses poco despues, y en tanto que D. Enrique III de Castilla, entendiéndose y cambiando presentes con Tamerlan, encendia más aquellas aficiones y empujaba curiosos hácia los dominios asiáticos, de donde los extraños regalos del kan procedian.

En los principios del siguiente siglo obtuvo España, por el conquistador Juan de Bethencourt, la posesion de las islas Canarias, ya bastante conocidas; cuyo suceso, que puede tenerse por principio de la moderna época de los viajes y descubrimientos, fué el primer paso dado en el camino de las Indias Occidentales ó América. Tras él reconocieron los portugueses á Porto Santo y las Azores; trasladaron del cabo Bojador á Lisboa negros idólatras de pelo rizado, distintos de los atezados que hasta allí habian conocido; llegaron al Senegal; descubrieron en la desembocadura del Gambia las islas de Cabo-Verde y la de Arguin, donde instalaron su primera compañía para hacer el comercio de esclavos; recorrieron la costa de Guinea, Sierra Leona y el cabo Mesurado; y siempre en seguimiento de la India, doblaron en 1486 el cabo de las Tormentas, que don Juan II de Portugal nombró de Buena Esperanza, por la grande que tenia de haber con ello asegurado y serle en adelante fácil de realizar su propósito.

Y al tiempo que los portugueses vencian los obstácu-

los de esta peligrosa empresa, Cristóbal Colon, á quien el rey lusitano habia desatendido y hasta entónces escuchado muy poco los Reyes Católicos, ocupados en la unificacion de la nacionalidad española, envió á su hermano Bartolomé á rogar al rey de Inglaterra, mientras él suplicaba á Fernando é Isabel, que se dignase aceptar el obsequio de todo un mundo. Pero al inspirado marino se le rechazaba, porque no se le comprendia. Él soñaria constantemente, sin duda, en cuanto Solon, Aristóteles, Diodoro Sículo, Posidonio y otros dijeron en lo antiguo sobre tierras oceánicas, situadas hácia el punto donde Platon supuso su Atlántida; él, en los ratos de piadoso recogimiento, recitando para sí los salmos bíblicos, recorria en su imaginacion el camino que debió seguir la tríbu judía desaparecida en tiempo de Salmanasar; y para consolarse en sus afliccciones murmuraria, tal vez, despues de cada negativa, estos proféticos versos de la Medea de Séneca el cordobés:

Vendrán al fin, con paso perezoso,
Los siglos apartados, en que el hombre
Venza del mar Océano las ondas,
Y encuentre al cabo dilatadas tierras.
Descubrirá otro Tiphi nuevos mundos,
Y no más será Thule el fin del orbe.

Perseverando en su fé, alentada con los supuestos de

la carta dirigida á los corintios por San Clemente, tanto como por los escritos de Plinio, Claudio Eliano, Apuleyo y Orígenes, y las noticias que sobre las expediciones de los escandinavos á la Groenlandia recogió en 1477, al recorrer los mares del Norte de Europa, logró adquirir el inspirado marino tal fuerza de conviccion, que, consiguiendo comunicarla á los magnates, á quienes pretendia inmortalizar interesándolos en su obra, obtuvo por fin alguna proteccion, aunque exigua, al concederle los Reyes Católicos la pequeña armada con que emprendió su viaje. Con ella salió del puerto de Palos de Moguer, el 3 de Agosto de 1492, y aportó el 12 de Octubre en la isla Guanahaní, una de las Lucayas y primera tierra de aquellas Indias, en que tanto tiempo soñó, á las que las circunstancias ó la fatalidad le negaron dar un nombre por el que todas las generaciones recordasen el suyo.

Abierto aquel camino á los aventureros legados por la edad media á la moderna, y conocido el ancho campo donde codiciosos y amantes de novedades podian en breve espacio reunir riquezas y la suma de emociones que pretendian, por él se derramaron los más osados y para desgracia de las sencillas gentes que las nuevas tierras habitaban, no los mejores ni más escogidos elementos de los que la sociedad española contenia, ni los más convenientes y propios para la sumision, asimila-

cion y gobernacion de unas nacionalidades constituidas, como lo eran gran parte de las que los americanos formaban.

Hasta 1498 no puso Colon el pie en la tierra firme de sus Indias, que hácia 1507 empezó la Europa á llamar tierras de Américo, ó Américas, en vista de las vivas descripciones que el florentino Américo Vespucci hizo de la region continental, que con Ojeda reconoció, poco después que Juan Cabot descubriese por el Norte á Terranova y las costas de la Marklandia de los escandinavos, y casi al mismo tiempo que el portugues Vasco de Gama visitaba la Cafrería y Mozambique, y que su compatriota Cabral, viajando como él hácia la India, fuese arrojado por una tempestad á las mismas partes, que llamó del Brasil, donde Ojeda y Vespucci estuvieron.

Desde este suceso en adelante, se vió ya á toda la Europa invadida por la fiebre de los viajes. Mientras los portugueses completaban el bojeo del Africa oriental, reconociendo á Calicut, Malabor, Goa, Cormandel, y llegando hasta el Mar Rojo, Coterreal costeó la tierra del Labrador en la América del Norte hasta el estrecho de Anian ó Hudson; descubrieron Juan de Nova la isla de Santa Elena, Almeida á Ceilan, Tristan de Acuña á Madagascar, Sequeira á Sumatra y Malaca; y Solís, dirigiéndose en busca de un paso de

comunicacion entre el Océano y el Pacífico, murió despues de reconocer las márgenes del rio de la Plata, sin poder dar fin á la empresa que diez años más tarde (1520) inmortalizó á Magallanes.

Atravesando éste el estrecho de su nombre, dejó abierto un segundo camino, distinto del que seguian los portugueses, para ir á las Indias Orientales; y ya en la mar del Sur descubrió las islas de los Ladrones, y las Filipinas, donde pereció villanamente asesinado: debiéndose á tan triste suceso el muy glorioso para la marina española de ser la primera en dar la vuelta al mundo, cual la dieron algunos de los compañeros del inteligente marino. Poco ántes de esto iba Ponce de Leon á la Florida, y Vasco Nuñez de Balboa, trepando por los escabrosos Andes de Panamá, contemplaba asombrado, desde su elevada cumbre, la inmensidad del mar Pacífico ó del Sur, que Perez de la Rua costeó hasta el Perú luego y casi al tiempo en que el portugués Fernando de Andrada conocia la China, y Juan de Grijalva el Yucatan en la nueva España, donde ya en 1519 Hernan Cortés adquirió nombre imperecedero como primer conquistador del continente americano.

La fama de las riquezas encontradas por el héroe extremeño, acrecieron considerablemente aquella devoradora fiebre, y avivaron y multiplicaron el número de los feroces corsarios y ladrones de la mar, salidos general-

mente de los ménos afortunados descubridores extranjeros, que á poca costa pretendian enriquecerse. Tal actividad se desplegó en las empresas marítimas y de conquista, y tan rápido desarrollo tuvieron, que en pocos años se visitaron, si no todas, las más principales regiones de la América. A los cuatro de haber dado Cortés á México el nombre de Nueva España, reconoció Verazani dilatadas costas setentrionales; empezó Pizarro la conquista del Perú, descubrió Bermudez las islas de su nombre, estuvieron los españoles y portugueses en la Nueva Guinea, ya de años ántes conocida; y al tiempo que estos se engolfaban en las inexploradas soledades del Pacífico, recorrian las gentes del mismo Cortés las tierras de Acapulco y de la California, é iba Alvaro de Saavedra al Maluco, á Ternate y á instalarse en la Nueva Guinea, para empezar la conquista de las Filipinas, que á poco se confió á Legazpi.

Seguidamente fué al Canadá el francés Cartier, á Chile Almagro, Cabrillo al cabo Mendozino, Moscoso Alvarado al interior de la América del Norte venciendo las corrientes del caudaloso Misisipí; y otros navegantes, enviados por el virey de México hácia las latitudes de la actual Polinesia, animaron á Alvaro de Mendaña á buscar en aquellas partes las islas de Salomon (1567).

II.

Desde esta época empieza á ocuparse el manuscrito, que se da á luz por vez primera con el título que lleva el presente libro y trata de los tres viajes que al efecto de descubrir, reconocer y poblar las islas del mar Pacífico, situadas en los grados intertropicales comprendidos entre las costas americanas y las del archipiélago filipino, se verificaron en los años de 1567, 1595 y 1605.

Dos copias he podido disfrutar del curiosísimo códice que refiere estos viajes; una que se conserva en la Biblioteca particular de S. M. y otra en la del Ministerio de Marina; ambas escritas, al parecer, por la misma mano y con epígrafes de otras letras, diferentes cada cual, y en ninguna con la verdadera expresion del contenido.

El profano, que primeramente conoció la que existe en el Real Palacio y acaso dispuso la encuadernacion del libro, despues de adicionarle una especie de prólogo (1), le intituló así: *Varios diarios de los viajes á la*

(1) Véase en el tomo II la adicion A.

mar del Sur y descubrimientos de las islas de Salomon, las Marquesas, las de Santa Cruz, Tierras del Espíritu Santo y otras de la parte Austral incógnitas, ejecutados por Alvaro de Mendaña y Fernando de Quirós desde el año de 1567 *hasta el de* 606, *y escritos por Hernan Gallego, piloto de Mendaña.* Si el error de llamarle á Quirós Fernando no fuese motivo bastante para aplicar el calificativo de profano, lo justificaria suficientemente la ignorancia que demuestra en el asunto, quien se propuso ilustrarlo, al atribuir á Hernan Gallego la intervencion en sucesos agenos á su persona y posteriores á su tiempo; como podrá observar el lector desde el principio del primer capítulo. Tales equivocaciones, nacidas del descuido, fueron sin duda la causa de que, cuantos no hojearon bien ó muy á la ligera leyeron ántes de ahora en la BIBLIOTECA ORIENTAL y OCCIDENTAL de D. Antonio de Leon Pinelo los artículos referentes á Pedro Fernandez de Quirós (1), estuviesen privados hasta el presente de conocer en conjunto, cual el libro ofrece, los viajes á las regiones australes, que incompletos y por partes publicaron en su tiempo el doctor Antonio de Morga en los SUCESOS DE LAS ISLAS FILIPINAS (2); el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa en la obra titula-

(1) Tomo II, adicion B.

(2) México 1609, tomo en 4.º

da, HECHOS DE D. GARCÍA HURTADO DE MENDOZA, CUARTO MARQUÉS DE CAÑETE (1); y Fr. Juan de Torquemada en su MONARCHÍA INDIANA (2).

La copia que posee el Ministerio de Marina lleva en la cubierta, con errores tambien aunque no tan graves como los de la otra, este epígrate: *Dos relaciones del viaje del ilustre Alvaro de Mendaña en el descubrimiento de las islas de Poniente ó Salomon.—Año de* 1567.—Lo cual no es tampoco exacto; porque son tres y no dos las relaciones á que el manuscrito se refiere, y porque esta fecha no corresponde más que á la primera. Esto no lo tuvo presente el que la escribió; quien en las enmiendas y supresiones acotadas en varios capítulos, dió á entender claramente su propósito de imprimir la obra. El desconocido, quizás marino, que tal hizo, dividió para aquel objeto, con verdadero acierto é inteligencia, en tres partes el escrito. Formó la primera con los tres primeros capítulos, que se ocupan del viaje de Mendaña y Hernan Gallego á las islas de Salomon; la segunda con los treinta y siete capítulos siguientes, hasta el cuarenta inclusive, en los cuales se refiere el segundo viaje hecho por el mismo Mendaña con el piloto mayor Pedro Fernandez de Quirós; y la tercera,

(1) Madrid, 1613, vol. en 4.º
(2) Madrid, 1723.

con el resto del manuscrito, que trata exclusivamente de la expedicion llevada á cabo por Quirós, en calidad de jefe ó general, á las tierras Austriales del Espíritu Santo.

Del autor de tan curióso trabajo literario me ocuparé en la tercera parte de este Prólogo; y respecto de los primeros navegantes que recorrieron los mares, y visitaron las islas descritas en distintas fechas posteriores por Biron, Walis, Carteret, Cooke, Clarck, Bouganville, Surville y otros, diré en el tomo segundo de esta obra cuanto sea pertinente al caso. Ahora, y para responder de antemano á cuantos han dudado si con anterioridad á los descubrimientos de Abel Tasman se conocia lo que llaman hoy Australia, solo trascribiré las siguentes palabras con que Malte Brun expresó su opinion: "Tantas pruebas conformes," (dice el gran geógrafo, refiriéndose á los mapas hechos en el siglo XVI, que existen en Lóndres, y á la Hidrografía de Juan Rotz) "no permiten dudar que en el primer entusiasmo por los descubrimientos, despues del viaje de Magallanes, visitaron los españoles y portugueses las partes setentrionales de la Nueva Holanda, sobre un siglo ántes del *supuesto descubrimiento* de los holandeses; y es tambien probable que descubrieran la parte oriental, que posteriormente visitó el capitan Cooke." Esto, que conviene probarse y procuraré conseguirlo

en el segundo tomo, se indica ya en la última de las tres relaciones de este manuscrito.

La primera de ellas, que dá principio al libro é inaugura los descubrimientos de las regiones australes, refiere en sucinto extracto el viaje que con el piloto mayor Hernan Gallego emprendió Alvaro Mendaña de Neira. Sobrino éste del licenciado Lope García de Castro, que por vacante del virey del Perú gobernó aquellos extensísimos territorios desde Setiembre de 1564 hasta Noviembre de 1569, pudo disponer de todo el apoyo que la posicion de su pariente le ofrecia, y con tal ventaja habilitar fácilmente la armada que, saliendo del Callao de Lima á fines del año 1567, reconoció, entre otras, durante los doce ó trece meses invertidos en las exploraciones, las islas que en conjunto llamó de Salomon; algunas de las cuales, como Guadalcanal y Santa Isabel, señalan aún los mapas con los nombres que les dió. En esta última, llamada Samba por sus naturales antropófagos, tuvo ya Mendaña necesidad de construir un bergantin, para suplir á otra de sus averiadas naves, con el cual se hicieron algunos descubrimientos. Mas á poco de haber reconocido aquellas partes el atrevido navegante, que con sus valerosos compañeros iba á la ventura y sin recursos corriendo los azares de un mar inexplorado, hallándose con los buques maltrechos, y sin bastimentos; todos por las duras

fatigas cansados y abatidos, determinaron regresar al punto de partida. Venciendo mil peligros y tras larga y penosa lucha con los elementos y las necesidades, consiguieron surgir en el puerto mejicano de Santiago, por otro nombre de Zalagua, en Enero de 1569, y en los del Perú á mediados del mismo año; no obteniendo por entónces su heróica empresa otro premio que la honrosa satisfaccion de haber abierto nuevos horizontes á los navegantes que más tarde señalaron el derrotero de la América á la Australia (1).

Refiere la segunda parte del manuscrito el otro viaje que Mendaña, ya con el carácter de adelantado y para poblar, hizo en demanda de las mismas islas de Salomon; que no tuvo la fortuna de ver otra vez, áun llevando por piloto mayor de la armada al reputado Pedro Fernandez de Quirós. Virey era á la sazon del Perú el famoso conquistador de Chile don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, quien eficazmente coadyuvó al apresto de cuatro buques, y á vencer cuantas dificultades se oponian á la realizacion de la empresa; pero lo que no pudo conseguir, á pesar de sus esfuerzos, fué disponer de tanta gente escogida cuanta, para prometerse próspero éxito, necesitaba. Poco fácil era en verdad esto, donde en gran mayoría es-

(1) Tomo II, adicion C.

***

taban los hombres bulliciosos y turbulentos, quienes de sus circunstancias dieron pronto dolorosa muestra en las irregularidades, los desórdenes, las desavenencias, áun entre los mismos caudillos, que malograron al cabo la jornada; como de lo inconveniente de llevar á bordo mujeres de marinos dió tambien entónces señalada prueba doña Isabel Barreto, esposa del adelantado, moviendo con los arranques de su apasionado carácter muchos desacuerdos, y provocando con su soberbia y modales, no muy distinguidos por cierto, las revueltas en el pasaje y alborotos cual el que, sólo con actos sangrientos, logró apaciguarse en la isla de Santa Cruz.

Un viernes, 9 de Abril de 1595, salió la expedicion de aquel puerto del Callao, en demanda de algunos pueblos de la costa, donde debia recojer gente y bastimentos; y ultimados en Páita todos los aprestos zarparon las naos, conduciendo en junto trescientas setenta y ocho personas, y navegaron con rumbo al Sudoeste. Hasta el 21 de Julio, y altura de 14 grados, no descubrieron la primera isla, que llamaron de *Santa Magdalena*, y seria quizás la *Fatou-Hiva*, una de las del archipiélago de *Nouka-Hiva* que dedicó Mendaña al marqués de Cañete, nombrando á aquel grupo de islas las *Marquesas de Mendoza*.

Sin grandes novedades ni importantes descubrimientos avistaron en Setiembre la isla de Santa Cruz,

en los 11 grados de latitud austral, al Noroeste de las actuales *Nuevas Hébridas;* y allí, sin la nave almiranta que la noche anterior desapareció para no saberse más de ella, surgieron en un buen puerto de la bahia *Graciosa*, donde acordaron fundar la primera poblacion española. Mas los soldados," á quien pocas veces ó ninguna las cosas limitadas parecieron bien," segun el manuscrito dice, se mostraron desde el momento de pisar la tierra muy apesarados de ver tanta paz; y la que el adelantado aconsejaba quebrantaron luego, resistiéndose al buen trato con los naturales, y agrupándose en torno del maestre de campo Pedro Marino Manrique que, como ellos, codiciaba los lauros de la guerra, allí fáciles de obtener. Esta disidencia, señal patente de la insubordinacion que entre los expedicionarios existia, obligó á Mendaña á corregirla ántes que tomase mayor desarrollo; disponiendo al efecto que el maestre de campo y un Tomás de Ampuero fuesen muertos á puñaladas, y degollado el alférez Juan de Buitrago, caudillo de la manga de soldados que acababan de asesinar al cacique Malope.

Tan severa justicia ciñó por el pronto en sus deberes á los díscolos, pero dejando en todos profundísimas huellas de disgusto; que se manifestó ya con actos de desmoralizacion cuando las contrariedades diarias y las dolencias endémicas acabaron con Alvaro Mendaña, y

con su cuñado y sucesor en el mando don Lorenzo Barreto, y así que doña Isabel, hermana de éste, asumió, como viuda del adelantado, las funciones de gobernadora. Ménos dispuestos los perturbadores á respetar la autoridad de una mujer, y ya despavoridos por las enfermedades que los diezmaban, obligaron luego á la viuda á dejar aquel puerto de desventuras. De él salieron, navegando sin rumbo fijo hasta que las necesidades, y la muy principal de tomar uno que mejorase su aflictiva situacion, les decidió á dirigirlo á Filipinas; en cuyo puerto de Cavite surgió, á 11 de Febrero de 1596, sola la nave capitana San Jerónimo, por haber desaparecido en la travesía la fragata y galeota, que, siguiendo por otro rumbo, entraron despues en el rio de Butuan.

Recibidos fueron en Manila los expedicionarios con las muestras de simpatía que los pueblos tienen reservadas para los héroes sin fortuna. Disputáronselos amorosamente los vecinos y los alojaron en sus casas para hacerles olvidar con cariñosos cuidados las penalidades sufridas, mientras las autoridades rendian á la gobernadora los honores debidos á su elevada clase. El prestigio que tan deslumbrante recepcion dió á esta señora, la escasez de mujeres españolas en el Archipiélago y tal vez la esperanza de que la Real munificencia premiase en ella los servicios de su esposo, proporcioná-

ronla á poco casarse con don Fernando de Castro, caballero mozo, primo del gobernador das-Mariñas y acaso pariente tambien de Mendaña (1). Este enlace, con persona tan principal é influyente, allanó los obstáculos que pudieran dilatar el apresto del averiado navío, que habia de volver los expedicionarios á la América; en el cual los nuevos esposos, el piloto Fernandez de Quirós y cuantos no quisieron quedarse en Manila, se embarcaron con rumbo á la Nueva España; llegando al puerto de Acapulco, despues de trabajos increibles y peligrosas tormentas, á 11 de Diciembre de 1597. Allí, Quirós, que creia tener sobrados motivos para no mostrarse muy reconocido al trato de doña Isabel, se despidió y fuese al Perú con el propósito de emprender por su cuenta otras empresas marítimas, ya que en esta no se obtuvo todo el buen éxito por Mendaña prometido. Pero como ningun acto del hombre resulta al cabo inútil, áun cuando reproduzca otros conocidos ó camine sobre sus propios pasos, la repetida navegacion en aquellos grados de latitud y en segmentos de horizontes ya descubiertos, no fué del todo perdida; pues ofreció, por lo ménos, datos preciosos para fijar la verdadera situacion que, respecto del archipiélago filipino y de las costas de América, tenia la Polinesia.

(1) Tomo II, adicion D.

Desgraciada suerte tuvieron las gestiones de Quirós cerca del virey del Perú, don Luis de Velasco, como no podia ménos de ocurrir, por corresponder á la autoridad Real la concesion de lo que pretendia. Para lograrla se embarcó en el Callao, á 17 de Abril de 1598, con rumbo á Panamá; dirigióse desde allí á Puerto-bello, Cartagena y la Habana, sufriendo mil impedimentos y estorbos, y vencidos todos desembarcó en Sanlúcar de Barrameda á 25 de Febrero de 1600, y dias despues en Sevilla. Enterado en la metrópoli andaluza de que era aquel año de Jubileo Santo en Roma, y comprendiendo por el retrato que del Rey Felipe III le hicieron, que en la capital del cristianismo mejor que en la de España conseguiria su objeto, allá se fué, vestido de peregrino; donde alcanzando, por mediacion del embajador español don Antonio de Cardona y Córdoba, duque de Sesa y de Baena, una entrevista con el Papa Clemente VIII, y convenciendo á teólogos y cosmógrafos de la fácil realizacion de sus proyectos náuticos y cristianos, mereció de la benevolencia del Pontífice cartas de recomendacion para el Rey, y gracias y jubileos para los expedicionarios (1).

Lleno de esperanzas salió el capitan de Roma en la primavera de 1602, con direccion á la córte reciente-

(1) Tomo II, adicion E.

mente instalada en Valladolid, donde las vió ya realizadas al año de pretender; pues en Marzo de 1603 obtuvo una cédula, y en Mayo otra, en las que se mandaba al virey del Perú que le proveyese de todo lo necesario en buques, bastimentos y gente, para continuar en las tierras australes los descubrimientos empezados por Mendaña.

Temeroso de que el Real mandato se desvirtuase con la tardanza en el cumplimiento, trasladóse luego á Sevilla y de allí á Cádiz, donde tomó pasaje en la flota que llevaba á la Nueva España al virey electo marqués de Montes Claros. Con buen suceso hicieron la travesía hasta la isla de Guadalupe, y pasados los penosos contrastes que el manuscrito refiere, producidos por una furiosa tormenta y las agresiones de los isleños caribes (1), llegó, por fin, nuestro marino á Lima en Marzo de 1605. Presentóse al virey conde de Monterrey, quien, acatando las órdenes de la córte, dispuso inmediatamente el apresto de una armada compuesta de tres navíos, que á los nueve meses pudo ya tener abastecida para un año y en disposicion de navegar, la cual emprendió desde el Callao, á 21 de Diciembre, el viaje que narra la tercera y última parte del libro.

No del todo satisfecho salió Quirós de aquel puerto,

(1) Tomo II, adicion F.

ni podia ciertamente estarlo mucho del virey, que en gran parte habia contrariado sus planes, dilatando el despacho, imponiéndole un piloto mayor que no merecia su confianza y dejando de ultimar ciertos asuntos en la forma que pretendia. Para evitar los conflictos que de estas contrariedades pudieran sobrevenir, y que como práctico y conocedor de las pasiones dominantes en tales jornadas temia, dictó á los pocos dias de viaje una sábia instruccion dirigida al buen gobierno de la armada; en cuyo documento resplandecen los buenos propósitos del capitan, y sus conocimientos náuticos, á la par que la gran capacidad é ilustracion de la persona que la escribió.

Mas ni áun con esto le fué fácil evitar que las murmuraciones de los impacientes solevantasen el ánimo de los que se creian perdidos por no haber visto tierra al mes de navegacion. Aplacáronse aquellos y áun los apocados y tímidos al aproximarse los buques, en fines de Enero, á unas islas desiertas; abrigaron bastantes esperanzas al reconocerse entre varias, el grupo de otras pobladas, que por su situacion y vecindad con la de San Bernardo, serian quizás aquellas que otros navegantes llamaron *Carolinas;* mostráronse más conformes con su suerte, desistiendo de alzarse por entónces cual proyectaban, cuando despues de deponer Quirós al impuesto piloto mayor, por creer que procedia de

mala fé en la estimacion de las distancias (1), tocó la armada en las Hébridas y se refrescó la gente en Taumaco, cuyos naturales conservaban aún noticias de lo ocurrido á Mendaña en la no lejana isla de Santa Cruz; y nadie pudo ya contener la alegría al surgir, á los cinco meses de mar, y pisar tierra en la del Espíritu Santo.

Movido Quirós por sus creencias ó por la gratitud á Clemente VIII, se mostró evidentemente más inclinado á halagar al Pontífice que al Rey Felipe III, y más dispuesto á conseguir ventajas espirituales que políticas y mercantiles. Su extremada religiosidad hízole suponer autorizado para apoderarse de los niños indios; recordando quizás aquel Concilio de Toledo que autorizaba á todo cristiano á arrebatar violentamente del seno de sus padres á los hijos de infieles para bautizarlos; y estos actos de fuerza ejercidos por el marino, no tanto para obtener intérpretes que facilitasen sus relaciones con los indígenas, cuanto con la mira de convertir á la fé á los inocentes, que trataba de necios cuando lloraban la separacion de sus familias, fué capital motivo para enagenarle de aquellos isleños las simpatías que tan necesarias eran para colonizar.

Semejante proceder, siempre ocasionado á la perpetracion de maldades, y ciertas contemplaciones extem-

(1) Tomo II, adicion G.

poráneas aflojaron, mucho más de lo que estaban, los lazos de la subordinacion en los levantiscos expedicionarios, que curtidos en las violencias de los bandos del Perú y acostumbrados á ceder solamente á la presion de caractéres enérgicos, hacian mofa del blando de Quirós. Para encerrarlos en los límites de la obediencia y despertar sus sentimientos de honor, procuró, aunque en vano, dignificarlos y ennoblecerles condecorándolos con la cruz de la órden del Espíritu Santo, creada al efecto, y nombrándoles para los cargos de ministros de mar y guerra, y para los oficios Reales y del Cabildo que estableció, siguiendo las prácticas de los conquistadores de su tiempo, que llevaban con la cruz cristiana la institucion municipal á las tierras que descubrian.

Así que Quirós tomó posesion de la del Espíritu Santo, en nombre de la Santísima Trinidad, de la Iglesia católica, de San Francisco y su órden, de Juan de Dios, de la novísima órden del Espíritu Santo, y por último en nombre del Rey de España, y luego que hubo declarado públicamente libres á unos criados esclavos, para que todo en la nueva colonia fuese cristiano y digno, celebró con gran pompa y solemnidad la fiesta del *Corpus Cristi*; dispuso que se hicieran sementeras de frutos europeos, y escogió sitio para asentar los cimientos de la primera poblacion española. Pero el recelo de los indígenas, no desvanecido sino muy aumen-

tado por las irregularidades de los expedicionarios, y la poca disposicion de éstos á mantener una paz que mataba sus codiciosas ilusiones, y les impedia satisfacer reprobados apetitos, obligaron al capitan á adoptar medidas que, evidenciando la debilidad de su carácter, dieron por resultado, perjudicialísimo á sus planes, que se manifestasen con más descarado desembozo las tendencias á la insubordinacion de los inquietos y malcontentos.

Este estado de cosas y el de su abatido ánimo, tanto como la errónea creencia de haber cumplido debidamente la mision Real con lo que se habia efectuado, ó acaso el deseo, suyo ó de los que gobernaban la nave durante su enfermedad, de comunicar ántes que nadie al Rey y al Pontífice el éxito de la empresa, inspiraron el egoista proyecto de separarse del resto de la armada cuando, el 8 de Junio, se dirigian todas las naves á reconocer otras tierras inmediatas á la bahía de San Felipe y Santiago. Semejante propósito hubo buen cuidado de no divulgarse por aquellos que lo realizaron: pero que fué más voluntario que obligado el alojamiento de la capitana, dedúcese sin violencia de la débil justificacion que del acto hicieron, así el autor del manuscrito como Leza en su diario; pues nadie juzgará causa bastante ni excusa valedera, para desgarrar tan en absoluto, la furiosa tormenta y el viento fuerte que

combatió á los buques. Confirmaron posteriormente esta opinion las denuncias de los compañeros abandonados por Quirós, que navegando en la almiranta y zabra con el famoso piloto Luis Vaez de Torres, visitaron las costas de la Nueva Guinea y dieron el nombre de este marino al actual estrecho que la separa de las de la Australia, que tambien recorrieron. Entre ellos Diego de Prado, sabiendo á los ocho años del suceso lo que en la córte se gestionaba, escribió desde Goa al Rey y á su secretario Aróztegui, acompañando á las cartas un mapa de los descubrimientos hechos por Torres, y tratando en sus inculpaciones á Quirós con los más duros calificativos (1); que ciertamente tenian algo de exagerados dirigiéndose al perseverante descubridor, que contaba entre sus méritos el indisputable de haber sido uno de los primeros que introdujeron á bordo aparatos para hacer potable el agua del mar.

Lanzada la nave fugitiva en las soledades del Pacífico, sufrió todas las privaciones y desdichas á que se exponian entónces pequeños buques dirigidos por imperfectos instrumentos náuticos y no muy exactas cartas de marear; y pasados tres mortales meses de lucha con las corrientes y los vientos, sin haber podido aportar en Zalagua á donde se dirigian, surgieron, por fin,

(1) Tomo II, adicion H.

el 21 de Octubre y se refrescaron en el puerto de la Navidad, al Oeste de la Nueva España, y luego en el de Acapulco; á cuyos oficiales Reales entregó Quirós de órden del virey, en 1.º de Enero de 1607, la averiada capitana.

Poco tuvo que agradecer el marino, durante los seis largos meses de su permanencia en México, á aquellas autoridades que, creyéndole responsable de graves faltas en el uso de la honrosa confianza con que el Rey le habia distinguido, prestaban complacientes oidos á cuanto de él se murmuraba. Quirós era hijo de Évora en Portugal: habíase criado, segun sus émulos, en la *Rua-nova* de Lisboa, punto de reunion de aventureros y tratantes de mala ley, de quienes se separó para ejercer el cargo de escribano ó escribiente en buques de mercaderes, donde adquirió los conocimientos náuticos que le hicieron piloto mayor de Mendaña y jefe en la jornada que acababa de malograrse. La circunstancia de ser portugués el sujeto en quien la Real distincion recayera, movió la envidia española y áun los malos instintos de los que, por haber contribuido en primer término al lamentable éxito de la empresa, parecian obligados á mostrarse más circunspectos; quienes con incansable actividad inventaron calumnias perversamente tejidas, y produjeron contra el capitan tal suma de apasionadas acusaciones, de reclamaciones

y de quejas ante el virey, marqués de Montes Claros, que obligaron á este gobernante á desoir sus razonamientos y negarle toda proteccion.

Creia Quirós, sin embargo, que la presencia y las declaraciones de los niños arrebatados á sus padres en las tierras del Espíritu Santo, le autorizaban suficientemente para probar la grandeza y los ricos prometimientos de las islas descubiertas y para confundir á sus adversarios; pero calculaba mal y sin tener en cuenta que la opinion pública, formada en su mayoría de groseros elementos positivistas, se convence más con una prueba tangible que con todas las imaginaciones y ofertas, por deslumbradoras que parezcan. Además, el triste estado que los pobres y maltrechos expedicionarios patentizaban, se ofrecia ciertamente bien poco á la invencion de poderosos argumentos que corroborasen las aseveraciones del marino. Contrariado éste por las inopinadas defecciones y los irritantes desprecios que recibia, cuando esperaba recompensas; afligido por la muerte de aquellos niños, ocurrida al poco tiempo, y por las persistentes negativas del marqués; y desesperanzado y falto ya de los medios más indispensables para la vida, tuvo que salir de México, socorrido solamente con los modestos auxilios que le proporcionó un buen amigo, para embarcarse en el buque de otro, que desde Veracruz le condujo á Sanlúcar de Barra-

meda. En este puerto se vió precisado á vender su cama de á bordo para trasladarse á Sevilla, y en la capital de Andalucía los efectos que le quedaban para poder ir á Madrid, donde entró sin blanca el 9 de Octubre de 1607, á los cuatro años y tres meses de haber dejado la córte, entónces establecida en Valladolid por una genialidad de Felipe III, y vuelta recientemente al asiento que en 1561 le fijó el hijo de Cárlos V.

Dedicado desde el primer dia á la ingrata ocupacion de pretendiente, le fué muy difícil alcanzar audiencia. Viendo sin fruto sus continuas gestiones para conseguirla y hacerse oir, cual deseaba, del presidente del Consejo de Indias conde de Lémus, del valido duque de Lerma, y del mismo Rey, elevó numerosos y cada vez más apretados memoriales, que imprimia cuando tenia con qué, ó entregaba manuscritos si la escasez de recursos, que con demasiada frecuencia le atormentaba, no le permitia darlos á la prensa.

En uno de los primeros ó el primero quizá de aquellos memoriales, que hizo imprimir probablemente en el mismo mes de Octubre de 1607, refirió sucintamente el segundo viaje de Mendaña, al que fué con el cargo de piloto mayor, y el tercero que bajo su propia direccion se verificó en demanda de las tierras australes. Sublimaba en éste los resultados por él obtenidos, que ofrecia dar á conocer por extenso, en la relacion que

tenia escrita, y en el mapa universal que estaba haciendo, para que, en su vista y prévio el competente exámen de sus razones, le juzgara el Monarca, de cuyos cristianos sentimientos esperaba que le concediese proseguir una empresa tan necesaria para enseñar la verdadera fé y el camino de su salvacion á las sencillas gentes de las islas descubiertas. Textualmente decia en este memorial Quirós á Felipe III: "Por felice memoria de V. M. y por el apellido de Austria, le dí por nombre (á aquella tierra) la *Austrialia del Espíritu Santo*, porque en su mismo dia tomé posesion de ella:" manifestando de seguida que en toda la jornada, sin dejar de incluir cantidad alguna, se habian gastado ciento ochenta y cuatro mil ducados (1). Más en muchos tantos y evidentemente con ménos fruto de lo que gastó Colon en el descubrimiento de la América.

No fueron, en verdad, tan atendidos, cual el capitan esperaba, sus primeros memoriales. Aquellos cortesanos, que la historia ha dado á conocer con tendencias decididas á ciertas aficiones, careciendo de convincentes muestras de la riqueza que el marino ofrecia, y no pudiendo apreciar los quilates del oro, plata y perlas que á su decir abundaban en las regiones australes, se mostraron poco dispuestos á interesarse por quien

(1) Tomo II, adicion I.

solo bellas descripciones traia. Y esta indiferencia, unida á las quejas que los émulos de México hacian llegar á la córte, y á las protestas remitidas desde el Perú por el esposo de la viuda de Mendaña contra las pretensiones del capitan portugués, á quien acusaba de usurpador y de no haber cumplido lealmente las instrucciones del Rey (1), entorpecieron muchísimo el despacho del asunto por dichos memoriales agitado.

Insistiendo en ellos circuló Quirós el octavo en Febrero de 1609; y haciéndose cargo en éste de los descubrimientos de Vaez de Torres, que implícitamente consideraba suyos, por deberse á buques de su armada, repetia la súplica de que se le enviase á tomar posesion en nombre del rey de España y á establecer colonias en aquellas partes (2). Otro dió al público, que puede suponerse complemento del anterior, detallando lo ocurrido en la isla de Taumaco y extendiendo las noticias que los indígenas le suministraron (3): otro en el que, arrastrado por las corrientes arbitristas del tiempo, acumulaba promesas para inclinar los ánimos á su favor, y áun proponia al Rey que fuese á visitar las Indias (4); y otros en que copiándose á las veces, quizás cuando iba

(1) Tomo II, adicion J.
(2) Tomo II, adicion K.
(3) Tomo II, adicion L.
(4) Tomo II, adicion Ll.

camino de México el secretario Belmonte Bermudez, ó fundándose en sucesos del momento, presentaba en nuevas formas su pretension.

Tanta insistencia, fortalecida con las recomendaciones de todo género que sin descanso movia en la córte, y la publicidad dada al memorial número diez y seis, en el que claramente amenazaba con ir al Perú y juntándose con otros realizar la empresa (1), obligaron al Consejo de Estado á proponer una resolucion cualquiera que le librase de las impertinencias del marino. En la consulta elevada al efecto, manifestó aquel alto cuerpo á Felipe III, que: "el recelo del poco secreto que hay en las cosas, hace temer la indignacion y desesperacion de este hombre, si supiese el contradespacho (que se trataba de enviar al virey cuando allá fuese Quirós) y que acuda á otros príncipes con sus propuestas (2);" produciendo el temor de que así lo verificase, la cédula que en el libro se inserta, dirigida al marqués de Montes Claros en 15 de Diciembre del mismo año 1609.

Lejos de satisfacer al capitan la confusion y vaguedad de esta cédula, incitáronle á acudir con nuevos memoriales á los Consejos de Indias y de Estado. En uno,

(1) Tomo II, adicion M.
(2) Tomo II, adicion N.

cuyo contenido hace sospechar si estaria ya enterado de aquel secreto acuerdo, escribió claras frases acerca de la poca voluntad que en su buen despacho se manifestaba (1); demostró en otro, fechado en 1610, que no se necesitaban más de quinientos mil ducados para llevar á cabo la expedicion que proponia (2); y en otro, de fecha inmediata, el más extenso de los cincuenta que en el discurso de sus pretensiones dió á luz, recopilando lo dicho en los anteriores y particularmente en el octavo y en el décimosexto, y decidido á combatir de frente las calculadas resistencias que observaba, se sirvió para hacer efecto de razonamientos bastante atrevidos (3). Tanto lo fueron para lo que la época consentia, que se denunció este memorial al Rey, á fines de Octubre, en otro en que, expresando la conveniencia de no permitir á Quirós que hiciese otras declaraciones, ni comunicase de las tierras descubiertas noticias de que pudieran aprovecharse los extranjeros ántes que España, se exponia la necesidad de prohibirle en absoluto la publicacion de tales documentos, sin el prévio consentimiento de los altos poderes del Estado. A tan recelosas indicaciones proveyó el Monarca: "Dígasele á Quirós que él mismo recoja estos papeles, y los dé con

(1) Tomo II, adicion O.
(2) Tomo II, adicion P.
(3) Tomo II, adicion Q.

secreto al Consejo de Indias, para que no anden por muchas manos esas cosas (1);" por cuya determinacion ó por la ausencia de Belmonte Bermudez, que á la sazon se dirigiria á México, dejó sin duda de imprimirse entónces el manuscrito que en el presente libro sale ahora al público por vez primera.

La táctica de la osadía, favorecida á las veces por la suerte y más y sin tasa en los tiempos revueltos, en los cuales suele ser manantial fecundísimo en resultados para los que con más descaro la ejercitan, aprovechó grandemente en aquella ocasion al tenaz solicitante para el desarrollo de sus planes; pues de seguida obtuvo, quizás para acallarle, la otra cédula de 1.° de Noviembre de 1610, que tambien en la obra se inserta, dirigida al mismo marqués de Montes Claros. Pero tampoco con su contenido se conformó el marino por creerla floja y vaga; y viendo que "mientras más andaba el tiempo más iba atrasando en su pretension," acudió al Consejo de Estado con otros memoriales; elevando uno en Diciembre de 1610, con el mapa de aquellas tierras, en el cual manifestaba que era el penúltimo que presentaria, y pedia en él, desesperado ya, que por fin se le desengañase de una vez (2).

(1) Tomo II, adicion R.
(2) Tomo II, adicion S.

Como si implícitamente accedieran á su negativo deseo, callaron los cuerpos consultivos, y nada respondió el Rey; mas la publicidad que en tan largo espacio de tiempo alcanzaron las gestiones del capitan, habia ya movido á otros aventureros y mayormente á ciertas asociaciones religiosas que, prestándose á realizar por su cuenta ó con cortos auxilios la conquista espiritual de aquellas partes australes (1), empujaron á los Consejos de Estado y de Indias hácia una decision definitiva. Fatigados los vocales de estos por la larga tramitacion de un asunto ya enojoso, pusiéronse de acuerdo, así para evitar complicaciones como para librarse de las importunidades de Quirós (que no de otro modo calificaban las pretensiones del marino); y en consulta elevada al Monarca propusieron que se le enviase al Perú, con el nuevo virey príncipe de Esquilache, para que desde allí le despachara cuando y como las circunstancias permitiesen.

Su ya escaso aliento, agotado en la larga é intranquila vida de pretendiente, le resignó á conformarse con este acuerdo, y saliendo de Madrid, despues de ocho años de trabajosa lucha con los centros del gobierno, se embarcó para la América en los fines de 1614. Pero la suerte, que no supo aprovechar cuando tan favora-

(1) Tomo II, adicion T.

ble se le mostró facilitándole la empresa malograda en la tierra del Espíritu Santo, volvióle luego la espalda; sin embargo de los vehementes y cristianos propósitos que tenia de llevar al cielo las almas de aquellas millaradas de tranquilas gentes que felices vivian con sus seculares tradiciones. Y es que la suerte, como lógico resultado del feliz concurso de circunstancias dadas en ingenio, valor, fé, actividad y discrecion, suele mostrarse sorda al llamamiento, cuando alguno de los componentes representa en los actos de la vida torpe ó irregularmente su papel.

Así sucedió á Quirós, cuyas distracciones de ingenio ó faltas de prudencia fueron con dureza castigadas por aquella, que los atolondrados llaman árbitro caprichoso de la felicidad humana, trocándole en desdichas los favores hasta allí prodigados, y cegándole más de lo que estaba. El ya aturdido pretendiente, sin rumbo y perdida la buena derrota al embate de incesantes contrariedades, solo supo desesperarse y malgastar el tiempo, que para corregirse le era preciso, en consumir la existencia que fatigosamente iba arrastrando; la cual le fué arrebatada en edad provecta á poco de pisar el Nuevo Mundo, y sin tener la dicha de aportar en aquellas costas del Perú, para él de promision, donde confiaba ver sus deseos satisfechos.

III.

Despues de lo dicho acerca del héroe principal de la HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE LAS REGIONES AUSTRIALES, nada parece más propio que dedicar la última parte de este Prólogo al autor del curiosísimo manuscrito.

Anticipando la averiguacion de su nombre, atribuyóse ya la paternidad de la obra, en el prospecto de la BIBLIOTECA HISPANO-ULTRAMARINA que con el presente tomo empieza á ver la luz, al eminente poeta sevillano Luis de Belmonte Bermudez, secretario del capitan Quirós y su cronista en el viaje á la tierra del Espíritu Santo. Pero la Real Academia de la Historia, al emitir en Junio del año próximo pasado el informe que sobre esta publicacion le pidió el ministerio de Fomento (1), contradijo el aserto en la forma más sensible para quien tal responsabilidad contrajo ante el público, puesto que ni una indicacion hizo siquiera de la persona que escribió tan importante documento. Esta circunstancia y las que colocan á la BIBLIOTECA en la in-

(1) *Gaceta de Madrid* del jueves 5 de Agosto de 1875.

dispensable precision de defenderse, si no quiere nacer desautorizada y muerta, fuerzan la voluntad á dejarse llevar del amor á las propias inspiraciones, muy natural áun en las modestias más exigentes, y lanzarse á sostener la afirmacion sentada en aquel prospecto.

Opina, respecto del asunto la respetable guardadora de la historia patria, y dice textualmente despues de dar á Quirós, por distraccion sin duda, el mismo nombre de Fernando que le aplicaron los escritores extranjeros Laet, Grocio, Moreri, y otros (1), "que no es fácil ni del caso averiguar quién fuera el autor del trabajo" (dato cuya posesion tiene, en mi humilde criterio, inapreciable importancia histórica). Y de seguida añade: "A juzgar por algunas frases, parece del mismo Quirós, si la circunstancia de no ser por lo comun los exploradores hombres de letras, induce á suponerle de

(1) QUIR, pays qui fait partie de la grande Terre australe, fut découvert par *Ferdinand Quir*, Espagnol, qui lui donna son nom. Nous ne sçavons pas bien la situation de ce pays, ou il n'y a point de colonie d'EUROPEENS.—LE GRAND DICTIONNAIRE HISTORIQUE, par Mr. Luis Moreri, pág. 419, tomo V, fól. París 1732.

Quir, ó *Tierra de Quir*, costa del mar Pacífico entre el décimo y vintésimo grado de latitud meridional, casi á 20 leguas de la Nueva Guinea, azia el Perú. Fernando Quiros, Español, quien la descubrió en 1606 la llamó *Tierra Austral del Espíritu-Santo*. El dia (de) oy se le adscribe el nombre del que la descubrió en todas las mapas llamándola *Tierra de Quir*. Maty. Diccion.—GRAN DICCIONARIO HISTÓRICO de Luis Moreri, traducido por José de Miravel y Casadevante. Tomo VII. Artículo Quir. Fól. París 1753.

su cronista, al saberse que lo fué de Quirós, Luis de Belmonte Bermudez, uno de los escritores más notables entre los muchos celebrados de su época; hay que desistir de esta conjetura al leer la obra, áun cuando no hubiese otras razones de lugar y tiempo que la contrariasen.”

Dos puntos se presentan aquí á la consideracion del mundo literario, de cuya elevada decision pende el juicio que, contra todo parecer individual, ha de tenerse al cabo por definitivo. Primero, el que se refiere al fondo de la obra; del que se tratará luego, por creerse más conveniente comenzar por el segundo, relativo á las razones de lugar y tiempo que contrarían el modo de ver favorable á Luis de Belmonte Bermudez.

La Real Academia, merecedora siempre del mayor respeto, y nunca avara de su benevolencia con los conceptos atrevidos que sin dañada intencion se emiten, descarta á Quirós de la paternidad del manuscrito en razon ”de no ser por lo comun los exploradores hombres de letras;” áun cuando en puridad nada violento seria suponer hábitos de escribir en quien, como éste, desempeñó el cargo de escribano ó escribiente de buques mercantes, ántes de ejercer las funciones de marino. Y descarta tambien al poeta sevillano, por las dichas circunstancias de lugar y de tiempo.

Este disentimiento de opiniones no parece recono-

cer otro motivo, que la aseveracion sentada por don Cayetano Alberto de la Barrera acerca de la fecha en que nació Belmonte; aseveracion que no seria tampoco de gran valer para los que familiarizados con la historia del continente americano, hayan leido, con no poca sorpresa muchas veces, que algunos héroes de la conquista apénas contaban más de catorce ó diez y seis años de edad; pero aseveracion infundada á todas luces que, por no haberse desmentido oportunamente, ha divulgado el concepto que con pena veo acogido por tan respetable corporacion.

El bibliógrafo Barrera, y D. Angel Lasso de la Vega en su HISTORIA Y JUICIO CRÍTICO DE LA ESCUELA POÉTICA SEVILLANA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, asientan que Belmonte Bermudez nació en Sevilla por los años de 1587: afirmacion que no resiste á una severa crítica, ni la hubieran hecho tan en absoluto á juzgar con más detenimiento los actos de su vida; como no aceptaran de plano que á los diez y ocho de edad, ó sea cuando en 1605 fué elegido secretario y cronista de una expedicion marítima, pudiera ya tenérsele por reputado poeta; lo cual hace inverosímil la falta de tiempo para conquistarse tal honra, por más prematuras que se consideren las manifestaciones de su talento.

Afirma por su parte el distinguido académico don Luis Fernandez Guerra, en su laureada obra biográfica

de D. Juan Ruiz de Alarcon (1), que Belmonte, al que llama *aventurero sevillano*, "habia pasado su juventud peregrinando por la mar; que estuvo en la Nueva España el año 1604, y que al siguiente obtenia en Lima grandes alabanzas de lucidísimo poeta y honrosas distinciones del virey, marqués de Cañete." Y sábese tambien, por confesion del propio Belmonte escrita en la dedicatoria de la comedia *Algunas hazañas de las muchas de D. García Hurtado de Mendoza* (2) (y no en el *Arauco domado* como equivocadamente dice D. Antonio de Leon Pinelo), que hallándose en Lima el citado año de 1605, le contó un capitan los hechos de Arauco, que le sirvieron de motivo para componer la comedia; excusándole esto de buscar la inspiracion, como se ha supuesto, en el libro de Suarez de Figueroa. Y siendo tal, como el propio poeta asegura, su intimidad con capitanes de guerra, ¿es lógico creer que hombres de la

(1) *D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza*, por D. Luis Fernandez Guerra y Orbe. Obra premiada en público certámen de la Real Academia Española y publicada á sus expensas. Madrid, 1871.=4.° mayor.

(2) Unica produccion de este autor que cita D. Nicolás Antonio en su *Biblioteca Nova* (tomo II, pág. 23), quien deja de expresar que se compuso con la colaboracion del Dr. Mira de Amezcua, conde del Basto, el marqués de Belmonte, Ruiz de Alarcon, Velez de Guevara, Ludeña, Herrera, Villegas, D. Guillen de Castro y el poeta sevillano, para representar las nueve musas segun Hartzenbusch. Fué impresa en el año 1622 en Madrid, y publicada últimamente en el tomo XX de la *Coleccion de autores españoles.*

condicion de los conquistadores de Chile, la prodigaran tanto en muchachos ó jóvenes de la poca edad que contaria el insigne sevillano segun dichos autores?

Aparte de ésta, que pudiera salvarse por el ingenio de Belmonte, hay varias pruebas para defender mi causa. En el erudito prólogo del poema La Hispálica, que precede á la dedicatoria del poeta á D. Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla, se dice: "*El Cisne del Jordan* trabaja (Belmonte) con felice cuidado y estudio: si no me engaña la aficion de sus versos será trabajo lucido" (1). Cuyo prólogo, escrito como se vé en presencia del poeta, refiere, sin desmentirlo éste, que "en sus primeros años pasó á la Nueva España (probablemente en su juventud más bien que en la niñez), y como su inclinacion le guió á ver nuevas provincias, navegó á las del Perú el año siguiente, donde á ejemplo de los floridos ingénios de Lima, volvió al estudio loable de las musas; alcanzando gran parte de la doctrina que en sus obras descubre." Luego si volvió á ese hermoso estudio, natural es suponer que ya

(1) *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* formado con los apuntamientos de D. Bartolomé José Gallardo, coordinados y aumentados por D. M. R. Zarco del Valle y D. José Sancho Rayon, obra premiada, etc.—Tomo II, Belmonte Bermudez.—En la biblioteca de Osuna existe una copia del poema *La Hispálica*, cuyo original tengo entendido que posee en Granada el duque de Gor.

ántes se dedicara á él; y no es fácil idear cuándo si tan cortos años contaba entónces el vate sevillano.

Da tambien por cierto el mismo prólogo, que al tiempo que florecia en el reino de los Incas (1605) "el hijo de la robusta Chile Pedro de Oña, Fr. Juan Galves, Fr. Diego de Ojeda, el Dr. Rivadeneira Villarroel y el secretario Obregon, escribió Luis de Belmonte un poema, vário en la invencion porque lo pedia el sujeto, de sucesos de aquellas provincias con la sucesion de los vireyes suyos, que otro por ventura lo tuviera por caudal principal, y él apénas se acuerda de haberlo hecho" (en 1615). Un poema que es trabajo más propio de reconocidos poetas que de aspirantes, ¿no induce á creer que la inteligencia del autor estaria á la sazon en la edad vigorosa y de completo desarrollo que al hombre permite las grandes creaciones épicas?

"Ofrecióse á la sazon (continúa el prólogo) salir una armada al descubrimiento de las regiones del Austro, y como semejantes armadas tienen necesidad de coronistas, así lo encarga S. M. expresamente, buscó el general Pedro Fernandez de Quirós persona que hiciese este oficio y así mismo quien usase el de secretario; que no siendo menester mucho para persuadir á nuestro autor, por su inclinacion natural aceptó la plaza (1605)... Hizo su peregrino viaje, descubriendo en tres bajeles la armada incultas y no domadas re-

giones, costeando la Nueva Guinea y las islas que llaman de Salomon, y poniendo nombre á los mares, puertos y rios;" como el mismo Belmonte dice en la siguiente estancia de la *Hispálica*:

El pecho puse á la mayor jornada,
Llegando al sol los pensamientos mios,
Y tocando en la tierra, en vano armada,
Nombre dimos al mar, nombre á los rios,
Como de Arauco en la jamás domada
Region, notaba los soberbios brios
Arcila (1), de los bárbaros chilenos;
Si bien yo anduve más y escribí ménos.

Cuya expedicion se refiere "más copiosamente (segun el mismo prólogo)" *en los últimos capítulos de un libro suyo en prosa, que saldrá entre las demás obras* (¿no debe entenderse que fuese este libro el de los descubrimientos?); guardando en silencio la historia de su jornada, que escribió en versos heróicos, hasta la última lima, por lo poco que se agrada de sus mismas obras."

Parece que con lo dicho hasta aquí, pudieran tenerse por más favorables que contrarias á Belmonte las razones de lugar y tiempo, y considerarse tambien equivocada la fecha del nacimiento del poeta, que señalan los

(1) El autor del poema LA ARAUCANA, Alonso de Ercilla.

señores Barrera y Lasso de la Vega en 1587, quizás por haber pospuesto el 7 de 1578; mas si aún se dudase de que fuera el vate sevillano autor del manuscrito, quedarian desvanecidas las dudas en presencia de los otros datos biográficos sacados de escritos relativos á sucesos en que él intervino. Refiere aquella historia, que la nave capitana, garrada por la fuerza de los vientos, llegó á las costas de la Nueva España; pasando seguidamente Quirós á México, sin duda con su secretario, quien en otra de las estancias de la *Hispálica*, corroborando la cordialidad y estrechos lazos que existian entre el capitan y el poeta, dice así:

Pudiera mi caudillo lusitano
(Estrella de bizarros portugueses),
Viéndose investigar golfo inhumano,
No verdes plantas, no doradas mieses,
Hasta que el sol doró de Cintia hermano,
Las imágenes todas á los meses,
Llorar de Aries al pez, la noche, el dia,
La falta de escriptor que yo suplia.

Desde México debió Belmonte acompañar á España á su caudillo, para redactarle los numerosos memoriales de que se ha hablado, permaneciendo con él en Madrid hasta el año 1610, que creyendo innecesaria su presencia, así que estuvo seguro de que iba á expedirse la Real cédula autorizando la continuacion de los

descubrimientos, á que queria volver, ó temiendo tal vez recibir alguna desazon en pago de los muchas que con los memoriales diera á los señores del Consejo, se embarcó para la América á esperar allí á su capitan; pues desde aquel año y no ántes encontramos al poeta en la capital de la Nueva España escribiendo comedias al lado de Ruiz de Alarcon é imprimiendo la *Vida del patriarca San Ignacio de Loyola.* Quirós, como se ha visto, no se conformó con la cédula por la vaguedad de su redaccion, y continuando las gestiones siguió en Madrid hasta 1614, que pudo por fin ir al Nuevo Mundo para que Belmonte viese, con el fallecimiento del caudillo, caer rendida del cielo de sus ilusiones la *estrella de bizarros portugueses.*

Muertas con tan triste hecho las esperanzas del poeta, regresó á Sevilla en 1615, donde compuso el *Cisne del Jordan* y otras obras; viviendo en su país natal hasta fines de 1618 que volvió á Madrid, verificado ya el cambio político que alejó de las esferas del gobierno las hechuras del duque de Lerma que pudieran desazonarle. Y teniendo ya por inútil toda gestion, é imposibles de buen suceso las que hiciera para continuar el pensamiento de Quirós, se entregó de lleno á la vida poética; imprimiendo la *Aurora de Cristo* y la *Fiesta de la Concepcion,* limando el citado poema de la *Hispálica,* dedicado á D. Juan de Arguijo, y recorriendo des-

pues las principales ciudades de España para comunicarse con sus ingenios.

Suficientemente probado pudiera creerse, con lo que queda dicho, que el poeta Luis de Belmonte Bermudez fué quien, en el manuscrito que se publica, extractó el primer viaje á las islas de Salomon hecho por Mendaña y escrito por su piloto mayor Hernan Gallego; escribió, dictándole tal vez los sucesos el propio capitan portugués, el verificado por éste con el mismo Mendaña, que el doctor Suarez de Figueroa dió á conocer en la *Vida y hechos del marqués de Cañete* (1613), aunque ocultando en él ciertos actos poco favorables al explorador y las repulsivas escenas y detalles, no muy dignos de elogio, del efímero gobierno de su esposa doña Isabel; y escribió, finalmente, por propia inspiracion y bajo la influencia de los grandes fenómenos de la naturaleza y de la explosion de las pasiones de muchos expedicionarios, la que llamó en conjunto *Historia del descubrimiento de las regiones austriales*, atribuida terminantemente al famoso vate en el prólogo del poema la *Hispálica*.

Respecto del fondo de la obra nada habria que decir, si en este tomo pudiera imprimirse, cual se verificará en el segundo, el *Diario del viaje del capitan Quirós*, escrito por el piloto de la expedicion Gaspar Gonzalez de Leza. Pero en tanto que aquel manuscrito sa-

*****

le á la publicidad, sólo diré que el autor de este viaje es el perseverante marino esclavo de la singladura y de la observacion meteorológica, y pocas veces el gran narrador ni el literato; y en la presente historia, sin omitirse ninguna de las particularidades que el sesudo viajero presencia, resaltan sobre todo las dotes del génio poético de quien la escribió.

Que el autor era poeta, nadie lo dudará al leer los pocos ejemplos que, entre las infinitas bellas imágenes sembradas en el libro, doy como muestra. Para probar que nada en la creacion huelga ni es inútil, lo hace de esta suerte en la página 24: "Las estrellas del octavo cielo son en grandeza desiguales, porque unas á nuesta vista son grandes y otras pequeñas que apenas se alcanzan á ver. Hay quien dice que si alguna de ellas faltara allá en el cielo, que tambien acá en la tierra faltara el efecto suyo; quiero decir, que no se entienda que la cosa más menuda que se muestra ha dejado de dañar y puede aprovechar su parte."

¿Es ó no propio de un poeta este modo de decir? Pues de que lo era, y fluido en la versificacion y más acostumbrado á usar de ella que de la prosa, se ve, no solo en sus mencionadas obras, sino en el fondo de este libro, en el que á lo mejor se encuentran cuartetas y quintillas, y hasta páginas casi en su totalidad compuestas de versos asonantados. Al referir, por ejemplo, en

la página 243 la impresion que en las gentes de la nao capitana produjo la reaparicion de la almiranta, que horas ántes habian perdido de vista, dice así:

Causó tan grande alegría,
Cuanto su ausencia dió pena (1),
Pues perder la compañía
Ya se ve lo que esto suena.

En la 263 se describe, en versos de distintos metros, la visita que los indios hicieron en sus canoas á los buques españoles, en esta forma:

Venian cantando todos
Al son de sus canaletes,
Siendo uno
De su capilla el maestre,
A quien juntos respondian.....
..... Mostrando de ver...

cuando la nao almiranta, por montar cierta punta, seguia la vuelta de afuera:

Que se iba, tanta pena,
Cuanto quedaron gustosos
Ya que la vieron volver;

(1) O *cuanto dió pena su ausencia*, segun la copia del Ms.

Y nos daban á entender,
Apuntando con los dedos,
Que fuésemos á su puerto.
Lo para qué, saben ellos.
Poníanse muy enhiestos,
Y con los brazos y manos,
Piernas y pies, y sus remos,
Hacian con gran destreza
Sones, bailes y ademanes.
Su mayor tema era música...

Y por fin, y para no cansar más repitiendo los abundantes versos de la obra, terminaré con estos de las páginas 349 y 50 en que pone de manifiesto la deslealtad con que servian á Quirós sus subordinados, y los esfuerzos que se hicieron para acercarse á los otros buques cuando, en la bahía de San Felipe y Santiago, desgarró la capitana:

Los pilotos le vendian
El tiempo, y le obligaban
A creer cuanto decian,
A tomar cuanto le daban
Medido como querian.

Y

Finalmente, este dia
Y otros dos, se porfió

Por entrar en la bahía;
Los navíos no salieron,
El viento no se aplacó.

Estos ejemplos, y las afirmaciones del propio Belmonte en las estancias trascritas de su *Hispálica*; las del prólogo de aquel poema, no contradichas por los escritores sus contemporáneos, y el nombrarse el mismo poeta, no solo en las fiestas y entre los concejales del Cabildo creado en la tierra del Espíritu-Santo, sino cuando al aproximarse á la isla que llamaron la *Conversion de San Pablo*, estuvo á punto de perecer envuelto por las furiosas olas, y debió la salvacion al auxilio del alferez Rojo; todo esto, y las indicaciones de que él escribia la relacion del viaje, por lo claro expresadas en la página 359 y en otras del libro, me han convencido de que el autor del trabajo no fué Quirós, y sí el famoso sevillano que paladinamente lo confiesa, cual se ha visto en la estancia de la *Hispálica* que termina diciendo:

La falta de escriptor que yo suplia.

Tal es la opinion que obligado me veo á sostener y que sustentaré en tanto que no me hagan desistir de ella más convincentes razones y mayor suma de datos.

Si á los que aduzco faltasen algunos para robustecer mi aserto y acabar de persuadir á los incrédulos, procuraré poner otros de relieve en las adiciones del tomo segundo, donde en los memoriales, en las notas, en las concordancias de nombres y sitios, en los índices biográficos, aclaraciones bibliográficas y demás ilustraciones de la obra, apreciando en conjunto el fruto de mis investigaciones, podrá, quizás en definitiva, comprobarse lo dicho.

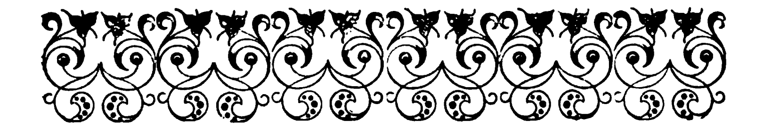
Ahora, para concluir, eúmpleme expresar mi gratitud al favorable juicio que, por otra parte y respecto de la importancia del manuscrito impreso en el presente libro, ha expuesto en su dictámen la legítima estimadora del valor de los instrumentos que más pueden contribuir á acrecer, en los hijos de España, el puro amor á la eternamente preclara maestra de la vida. Su Real Academia expresa en tal documento, para noble y justificado orgullo de su autor y consuelo de los admiradores de las glorias patrias, "que de cualquiera que sea (el manuscrito), el mejor ó mediano estilo de la narracion no aminorará ni el interés que despiertan estos viajes, ni la conveniencia de darlos á luz. Su publicacion contribuirá á recabar para nuestros exploradores la primacía que de derecho les corresponde en el descubrimiento de tierras que, no obstante el nombre español que les dieron, son conocidas hoy, con más

fortuna que justicia, por otros de extranjero idioma." Juzgando, por tanto, la Academia de la Historia, "de gran utilidad la publicacion de esta obra."

No á menor expresion que al más profundo reconocimiento mueven estas declaraciones, que en mayor grado, si posible fuese, aprecia quien ha tenido la honrosa suerte de ser el primero en dar á luz el escrito á que se deben.

JUSTO ZARAGOZA.

Madrid 19 de Octubre de 1876.



CAPÍTULO I.—En que se dá cuenta de la jornada y viaje primero que al descubrimiento de las islas de Salomon hizo el adelantado Álvaro de Mendaña, siendo piloto mayor Hernan Gallego, que es quien escribió la relacion.

HABIÉNDOSE de tratar en esta historia del descubrimiento de la parte Austral incógnita, parece muy conveniente, así para claridad de lo adelante como para dar al lector satisfaccion á su deseo, el dar razon de los descubrimientos que en aquel mar ha habido ántes; y así se tratará en este capítulo del primer viaje, conforme lo escribe el piloto mayor de él, Hernan Gallego.

El año mil quinientos y sesenta y siete, siendo presidente en Lima y gobernador por vacante del virey el licenciado Castro, el cual, por causas que le debieron de mover, despachó del puerto del Callao á su sobrino Álvaro de Mendaña, con título de general y órden para

que descubriese á la parte incógnita del Sur, tierras que debia de sospechar habia en ella.

Isla de Jesús.—Partió el general, como se dice, del Callao, y viernes diez de Enero de mil quinientos sesenta y ocho, reconocieron una isla pequeña, poblada de gente amulatada: púsosele por nombre *Isla de Jesús*: está en altura de seis grados y tres cuartas partes, á mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima: halláronse aquí los primeros aguaceros, truenos y relámpagos que se vieron.

Bajos de la Candelaria.—De esta isla ciento y sesenta leguas, hay unos arrecifes, atravesados de Nordeste Sudueste, con alguna isleta en medio de ellos; lo que se vió tendria quince leguas, y pasan más adelante: llamáronse los *Bajos de la Candelaria*: está su medio en altura de seis grados y un cuarto; pusiéronse diez y siete dias en llegar desde la primera isla á ellos, con contrastes de vientos, grandes aguaceros del Oeste y del Oesnorueste y del Norueste.

Isla de Santa Isabel.—Túvose vista de otra tierra; fuese en demanda de ella, y hallaron un puerto en donde entraron dia de Santa Apolonia, á punto que se cayó un pedazo de tierra mayor que la nao al puerto, que está de la banda del Norte, casi en medio de la isla; se puso *Santa Isabel*: llámanla los indios *Samba*, y al cacique *Bille-banarra*. Córrese este puerto con los Bajos de la Candelaria, Norte Sur cuarta de Norueste Sueste, distancia veinte y seis leguas. Esta gente adora en sus oratorios culebras, sapos y cosas tales; son amulatados, los cabellos crespos, andan desnudos, partes tapa-

das; su comida es cocos y raices á que llaman *renau;* no tienen ningunas carnes ni brebajes: es gente limpia. Entendióse por cosa cierta que comian carne humana, y porque el cacique envió de presente al general un cuarto de un brazo de un muchacho con su mano, mandóle el general enterrar delante de los que le trujeron; mostraron gran sentimiento de esto, y bajando las cabezas, se fueron muy corridos. Es gente de parcialidades, tienen guerra unos con otros, y pareció se cautivaban, porque unos que los nuestros prendieron delante de unos amigos, los pedian por cautivos, y porque el general no se los quiso dar, se fueron tristes á sus pueblos: llaman al capitan *Jauriqui.* En esta isla hizo el general decir la primera misa, y por hallar allí aparejo se hizo un bergantin con que, á cuatro de Abril, fué enviado el maese de campo Pedro Ortega Valencia, con diez y ocho soldados, doce marineros y el piloto mayor Hernan Gallego, á descubrir. Navegóse al Essueste, que así corre la costa, y á seis leguas del puerto se hallaron dos islas pequeñas con grandes palmares, en altura de ocho grados, y por el mismo rumbo se hallaron otras muchas islas, y se vió una grande bahía con siete ú ocho islas pequeñas, todas pobladas de gente que tiene por armas *macanas,* arcos y flechas.

Isla de Ramos.—Leste-Oeste con esta ensenada, á catorce leguas, se vió una grande isla que llaman los indios *Malaíta:* tiene á medio camino dos isletas y otras seis de á dos leguas cada una; á una, punto que está en altura de ocho grados, llamóse *Isla de Ramos* por descubrirse en su dia.

Cabo Prieto.—Corriendo la costa de la isla se vió un puerto y cabo en nueve grados escasos, catorce leguas de la ensenada atrás; púsose por nombre *Cabo Prieto.*

Isla Galera.—Al Sudueste de este cabo, distancia de nueve leguas, están unas islas echadas de Norte á Sur, cuarta de Norueste Sueste, y otras de Nornorueste Susueste: la primera de ellas á que se llegó tendrá de boj legua y media, cercada toda de arrecifes; llamóse *La Galera.*

Buena Vista.—A una legua de ésta y Norueste Sueste, y con Cabo Prieto á distancia de nueve leguas, está otra de doce de cuerpo; es muy poblada y tiene los pueblos formados y juntos: diósele por nombre *Buena Vista*, por tenerla y ser muy fértil; su altura son nueve grados y medio; tiene en su redonda muchas isletas pobladas, y otras cinco en cordillera del Leste Oeste.

Islas Florida, de San Dímas, de San German y Guadalupe.—Saltóse en tierra en la primera, cuyos moradores se enrubian el cabello, huyen del arcabuz, tocan arma con caracoles y tambores, comen carne humana: sus bojes de veinticinco leguas; altura, nueve grados y medio; llamóse *La Florida*: á otra isla más al Leste, de cinco leguas de boj, llamóse *San Dímas*; á las otras islas no se fué, y llamáronlas, á la una *San German*, y á la otra, *Guadalupe.*

Isla Sesarga.—De estas cinco islas, á la parte del Sur hay otra, que se le puso por nombre la *Sesarga*; tiene de boj ocho leguas y de altura nueve grados y

tres cuartos: está con Buena Vista, Norueste Sueste, distancia cinco leguas; es isla alta, redonda y muy poblada; tiene mucha comida de *ñames*, *panaes* y algunos puercos, y en medio de ella un volcan, que de ordinario está vomitando mucho humo.

Isla Guadalcanal.—Rio de Ortega.—Vióse una grande isla; en ella un gran rio, donde salieron á ver á los nuestros, nadando, muchos hombres, mujeres y muchachos, y otros muchos en canoa, los cuales dieron un cabo al bergantin, y teniéndole junto á tierra, tiraron muchas piedras, diciendo *mate, mate:* mataron los arcabuces algunos de ellos, con que se retiraron. Saltó el maese de campo en un pueblo, á donde halló mucho número de raíces y gengibre verde, cogido en cestillas, y tambien puercos; llamaron á la isla *Guadalcanal* y al rio de *Ortega*, que está en altura de diez grados escasos al Sur de Buena Vista, distancia de nueve leguas.

Isla de San Jorge.—De este paraje se volvió el bergantin con toda su gente, en demanda del puerto donde habian dejado las naos; fueron bojeando la isla de Santa Isabel, porque así se les habia ordenado, pasando por junto á Cabo Prieto: á siete leguas de él, al Oesudueste, á distancia de cinco leguas, estaba una isla que, en nombre natural, llaman *Varnesta*, y su cacique *Benebonafa*. Esta isla hace canal con la de Santa Isabel: la entrada, que está por parte del Sueste, tiene de largo seis leguas y un auste de ancho, y puerto de ocho á doce brazas, fondo limpio, que pueden caber mil naos: la entrada al Sueste y la salida al Norueste, á don-

de hay una poblacion con más de trescientas casas. Viéronse en esta isla algunas perlas, y los indios no hacen mucho caso de ellas; dábanlas todas por el rescate de una canoa que se les habia tomado; tambien trujeron unos dientes que parecieron ser de algun grande animal; estimábanlos en mucho, y decian que los tomasen y volviesen su canoa. Su altura nueve grados y un tercio; su nombre *San Jorge.*

Islas de San Nicolás y de Arrecifes.—Navegando al Oeste cuarta al Noreste, como al tercio de esta isla, de la parte del Sudueste, se vieron dos grandes y espaciosas islas: no se fué á ellas por irse acabando el plazo y por ser costa de arrecifes, y tanto que, á veces, apenas se podia salir en el bergantin; estarán á seis leguas de Santa Isabel, altura de nueve grados y un tercio una contra otra Leste Oeste, y la tierra para el Oeste corre mucho adelante: la una se llamó *San Nicolás*, y las demás, al Poniente, de *Arrecifes*, por tener muchos: tiene de ancho veinte leguas; viéronse en ella murciélagos que tenian, de punta á punta de las alas, cinco piés.

Corriendo la costa de la isla de Santa Isabel, habiendo andado cuarenta leguas, se vieron unos muy grandes arrecifes y en ellos muchas canoas de indios que estaban pescando; vinieron todos á tirar flechas al bergantin y se volvieron: en estos arrecifes hay muchas isletas pobladas y despobladas, y en la punta y remate de Santa Isabel, que está en siete grados y medio, hay muchas islas, todas pobladas: tiene de largo esta isla noventa y cinco leguas, de ancho veinte, de boj más

de doscientas: viéronse murciélagos como los dichos.

Isla de San Márcos.—A la vuelta del Oeste, cuarta del Sudueste de este cabo, á seis leguas, se vió una grande isla: no se fué á ella por no detenerse y haber muchos que andaban ausentes: púsosele por nombre *San Márcos*: está en altura de siete grados y tres cuartos: á la gente que está aquí, que se vió, no se le conoció señor.

Habiendo girado la isla por la parte del Oeste, se hallaron los mismos vientos Lestes y Lessudestes con que antes navegaron, y porque habian de volver á Leste en demanda del puerto donde quedaron las naos, siendo tan contrario el viento, por esto el maese de campo envió una canoa con nueve soldados, un marinero y un indio amigo, que siempre anduvo con los nuestros, á dar aviso al general de su ida y de las causas por que no llegaba. Fueron estos costa á costa, y en unos arrecifes se hizo pedazos la canoa, y perdiendo algunos el hato, se salvaron todos; y por habérseles mojado la pólvora, determinaron volver atrás á buscar el bergantin. Fuéseles el indio, aunque no era de aquella isla; caminaron toda la noche en su demanda, por encima de las peñas vivas de luengo de costa sin camino, con temor de cuando los indios los habian de asaltear; encontraron con una cruz, que habian dejado levantada en cierta parte cuando pasaron, y habiéndola adorado, acordaron de esperar tres dias al bergantin, ó hacer una balsa para irse á los navíos. En esta afliccion estaban, cuando Dios fué servido que viesen el bergantin, que les dió el contento que se puede imaginar, y así hicieron una bandera

para hacerles señas, á que acudió el bergantin, y embarcando la gente, siguieron su viaje hasta entrar en el puerto, donde hallaron algunos de las naves muertos y otros indispuestos.

CAP. II.—De cómo salió el general del puerto y prosiguió el descubrimiento.

Rio Gallego.—Puerto de la Cruz.—Sábado á ocho Mayo acordó el general de salir con las naos y bergantin del puerto donde habia estado, por entre unos arrecifes que están á su entrada; los vientos eran Lestes y á ratos recios, y con ellos fué á surgir en una playa de la isla de Guadalcanal; buscóse otro puerto y hallóse junto á un rio que se llamó *Rio Gallego*, altura diez grados ocho minutos, y al puerto *de la Cruz*. Tomóse el siguiente dia posesion de la tierra por S. M. y se levantó una cruz en un cerrillo, presentes algunos indios que tiraban flechas; mataron dos con los arcabuces y los demás huyeron todos, y nuestra gente se embarcó. Quisieron el otro dia salir en tierra para celebrar la misa y vieron cómo los indios habian quitado la cruz y la llevaban, con que los nuestros se volvieron á embarcar, y viéndolos los indios, volvieron la cruz á su lugar y se huyeron.

A diez y nueve de Mayo envió el general á don Fernando Enriquez, alférez real, con treinta soldados, á ver la tierra: queriendo dar cara á un gran rio, cargaron tantos naturales, que fué forzoso dejarse de esto y defenderse; afirmaron los mineros que el rio era de oro; trujeron dos gallinas y un gallo, que fueron los primeros que se vieron, de que mucho se holgó el general, por entender de que cada dia se habia de ir descubriendo más tierra con mejoría de cosas.

Envió el general desde allí á don Fernando Enriquez, con el piloto mayor, en el bergantin; navegaron á Lessueste, y á distancia de una legua, se halló un rio y cerca de él muchas poblaciones: otra legua más adelante está el rio Ortega, y toda la costa llena de poblaciones; y más adelante, en otro rio, doce leguas de las naos, saltó el alférez real en tierra, y en ella le salieron de paz doscientos indios á darle plátanos; mas, al embarcarse los nuestros, la convirtieron en pedradas. Navegó á Lessueste, y á cuatro leguas más adelante, se dió en otro rio poblado; púsosele nombre de *San Bernardino*; su altura, diez grados, un tercio: está Nordeste Sueste con un muy alto y redondo cerro. Dos leguas más adelante, á orilla de un pequeño rio, se vió una gran poblacion; saltó en tierra nuestra gente, y los indios, al son de sus instrumentos, se juntaron más de seiscientos, y al embarcar, les tiraron muchas piedras y flechas y, con todo eso, mandó don Fernando Enriquez que no les hiciesen mal. Algunos se echaron á nado y entraron en el bergantin á pedir con muchos halagos una canoa suya; mas viendo que no se la daban y que

los amenazaban, se fueron á tierra, y á poco rato trujeron dos, en un palo, ün cierto bulto á la playa, y llegándose al bergantin, decian les diesen su canoa y fuesen por aquel puerco, que los nuestros conocieron ser bulto de paja, y ellos que era conocida su treta, y con grandes gritos se echaron todos á nado y, tirando flechas y piedras, se fueron todos á tierra sin que se les hiciese mal ninguno.

RIO SANTA ELENA.—Fuése en seguimiento del camino á dar en un grande rio con muchos bajos de arena, á donde se vió gente sin número; llamóse rio de *Santa Elena*: viéronse en toda la costa muchas llanadas y palmares y, ocho leguas la tierra adentro, una cordillera de muy altas sierras con quebradas, de donde salen los rios: vióse más adelante una punta de arrecife, á donde más de mil indios salieron á flechar á los nuestros, y otros, á nado y zambulléndose, procuraban el *reson*. Habia en tierra grande número de gentes, de quien, matando los arcabuces dos, se deshizo la junta huyendo: para su reparo hicieron en la tierra unos bestiones de arena, y aunque se vió, no se les hizo daño; salieron los nuestros á tomar agua, contra quienes se juntó, detrás de los bestiones, un gran número de gente; disparóseles un verso cargado de perdigones y, muerto un indio y muchos heridos, se fueron á meter en la montaña.

Prosiguióse por la costa, hasta seis leguas, de donde salieron tres mil indios que presentaron un puerco, muchos cocos é hinchieron las botijas de agua, y con sus canoas las trujeron al bergantin y en él sin armas se

entraban á mirarle: el cacique se llamaba *Nabalmua*. Más adelante media legua, hay dos isletas pobladas, y al Norueste de estas dos está otra de arena: junto á ellas, seguida la costa hasta la punta de la isla, se hallaron muchas isletas, y entre ellas una grande isla que tiene un buen puerto, su altura diez grados tres cuartos, y de esta punta va corriendo la costa al Sudueste y no se la vió fin: hay de esta punta y puerto cuarenta leguas á donde habian quedado los navíos.

Al Sueste cuarta del Leste se vió, á siete leguas, una isla; no se fué á ella sino á la de Malarta ó de Ramos, que está con la punta de la isla de Guadalcanal (de donde salieron) Nordeste Sudueste cuarta del Leste; y á diez y seis leguas parte del Sudueste, se fué á dar en buen puerto, que en su entrada tiene muchos arrecifes; está en altura de diez grados y un cuarto, y por ser casi cerrado se le puso *Puerto Escondido*. Los indios andan aquí del todo desnudos y los más con unas mazas, que son de grandor de naranjas, de un metal que parecia oro bajo: tiénenlas puestas y fijas en un palo, para pelear con ellas cuando vienen á las manos.

Saliendo de este puerto, se navegó al Lessueste hasta cuatro leguas, donde se halló una entrada de un gran rio que por su rápida corriente no se pudo entrar en él: cuatro leguas adelante se halló un buen puerto, en diez grados, con una isla á la entrada, que se ha de dejar á la banda de estribor y pasarse por junto á ella; púsose por nombre *Puerto de la Asuncion*. Siguiendo la costa al Lessueste está al cabo de esta isla, en altura de diez grados y un cuarto y Nordeste Sudueste con

la isla de Jesús, la primera que se descubrió: distancia de ochenta y cinco leguas tiene esta isla de Ramos de largo; no se anduvo toda por la parte del Norte, y por esto no se sabe su ancho. De la isla de Guadalcanal dice así Hernan Gallego, que para andarla es menester medio año, y que habia andado de largo de ella, por la banda del Norte, ciento y treinta leguas, y que va corriendo la costa al Oeste con una infinidad de poblaciones, y que hay allí papagayos blancos y de muchas colores.

Isla Treguada.—Del cabo de esta isla de Malarta, se vió al Leste cuarta Sueste otra isla, distancia ocho leguas; fuése á ella, y en un pequeño rio salieron de paz todos los indios, con sus mujeres é hijos, todos desnudos: llámase en lengua nuestra esta isla la *Treguada*, y en la natural *Brava;* llamáronla así por salirlos á recibir su gente con tregua falsa, y está en altura de diez grados y medio: es muy poblada, tiene mucha comida y contratacion con las islas comarcanas; tendrá de boj veinte y cinco leguas.

Islas Tres Marías.—Santiago y San Urban.—De la punta de esta isla, al Sur cuarta del Sudueste, hay á tres leguas unas islas bajas, con muchos bajos á la redonda; están pobladas y llamáronse *Las Tres Marías*; no tienen puerto alguno; córrense Leste Oeste cuarta del Norueste Sueste. A tres leguas de Las Marías, hay otra que bojea seis leguas; está en altura de diez grados y tres tercios, tiene buen puerto: á dos leguas Norte Sur, esta otra isla que se llamó *Santiago;* tiene de largo cuarenta leguas; córrese del Leste Oeste por la

banda del Norte; está en altura de diez grados y tres cuartos: á diez leguas, á la parte del Sudueste, está otra isla grande; córrese Lessueste Oesnorueste en altura de doce grados y medio, y sólo cuatro leguas apartada de la isla de Guadalcanal: llámase isla de *San Urban.*

Volvióse con lo hecho el bergantin á los navíos, y en ellos hallaron que los indios habian muerto nueve hombres, que con el despensero fueron por agua, escapándo solamente á nado un piloto mayor. El cacique de aquella parcialidad se mostraba amigo del general é iba y venia á los navíos muchas veces, y su gente, cuando se iba por agua, hinchia nuestras botijas, y cuando los nuestros fueron á socorrer los otros se juntaron más de cuarenta mil indios, que con muchos atambores y gritos los salieron á recibir. Entendióse se habia hecho este daño por un muchacho que les tenian, y no se le habia querido dar el general, aunque el cacique lo habia pedido trayendo un puerco y rogando se le diese; tomáronle el puerco diciéndole hablase al general, que estaba en tierra, y como no se le dió, sucedió la desgracia contada, que se entendió ser por esto.

Otro dia, despues de sucedido lo dicho, envió el general al capitan Pedro Sarmiento que con toda la gente saliese á tierra á hacer castigo, así en los indios como en sus casas: mató veinte y quemó muchos pueblos, con que se volvió, y se le envió otra vez con cincuenta hombres: quemó todos los pueblos que vió, á donde halló pedazos de los jubones y camisas de los nuestros que mataron; y porque por desprecio habian puesto los

indios en unos palos altos unos pedazos de cocos, entendiendo el general ser las cabezas de los nuestros, envió al Sarmiento con veinte soldados á ver lo que era, y quemóles de esta vez ocho pueblos; y con esto y otros grandes castigos, que cada dia que saltaron en tierra se hicieron, quedaron los indios amedrentados.

CAP. III.—En que se prosigue el descubrimiento, y salida del puerto del general; su gran tormenta y llegada á la Nueva España y Pirú.

ISLA DE SAN CRISTÓBAL.—A trece de Junio se hicieron las naos á la vela, y media legua á barlovento, donde habian estado ántes con el bergantin, se vieron muchas poblaciones y una isla, y desde allí se fué á una isla, que se llamó *San Cristóbal.* Tomóse puerto en ella, saltando en tierra el general, que, visto por los indios, decian por señas á los nuestros que se volviesen, y viendo no querian, fué cosa notable de ver las bravuras que hicieron, visajes, temblores y revolcar y escarbar en la arena con piés y manos, irse á la mar, echar el agua por alto y otros muy extraños ademanes. Tocóse nuestra trompeta á recoger; vino Pedro Sarmiento donde estaba el general con toda la gente, y los indios se vinieron para los nuestros con sus armas en las ma-

nos á punto de pelear; cada uno tenia dos ó tres dardos, otros *macanas*, arcos y flechas: llegáronse tan cerca, que si desembarazaran no dejaran de herir á los nuestros, porque el general les decia por señas que se fuesen, que no los queria hacer mal: esto no aprovechaba, mas ántes enarcaban los arcos y hacian muestras de arrojar dardos, y porque no se quisieron ir se dispararon los arcabuces: matando uno y otros muchos heridos, se fueron todos. Entraron los nuestros en su pueblo y en él hallaron gran cantidad de *panaes* y *ñames*, muchos cocos y almendras, que habia para cargar una nao, y así con las barcas, aquel dia, no se hizo otra cosa sino llevar comida á ellas: los indios nunca más se atrevieron á volver, y con lo hecho, nuestra gente se embarcó, porque se acercaba la noche. Este puerto está en once grados y muy pegado á la isla de Santiago por la parte del Sueste; es isla muy estrecha y montuosa; la gente como la demás.

Islas de Pauro y de Santa Catalina.—A cuatro de Julio el general envió por caudillo á Francisco Muñoz Rico, con doce soldados y trece marineros, en el bergantin, á descubrir: salió costeando esta *isla de Pauro*, que así se llamaba en lengua natural; córrese hasta media isla, Norueste Sueste, veinte leguas, toca una cuarta del Leste y la otra mitad se corre el Este Oeste cuarta de Norueste Sueste: está la punta de esta isla en once grados y medio, y toda ella tiene de boj cien leguas y de ancho siete; es muy poblada. Descubriéronse otras dos islas pequeñas; fuése á la de la banda del Sur, que es la menor, y estando surtos, vinieron doce indios nadando

y entraron en el bergantin, á donde estuvieron un rato, y los nuestros por señas les preguntaron si adelante habia más tierra; á esto dijeron que no, sino á la parte y vuelta del Sueste señalaban que habia mucha tierra, y dice Hernan Gallego que tambien él vió, á la cual no se fué por no tener espacio. Quisieron echar mano á los indios; mas ellos hicieron tanta fuerza, que se huyeron á nado y fueron á su isla, y nuestra gente, saltando en tierra, tomaron algunos puercos, muchas almendras y plátanos; hízose subir un marinero en una palma á ver si descubria tierra por la parte del Sur, ó del Sueste, ó del Leste, ó del Lesnoreste, y no pareció cosa. Púsose á esta isla *Santa Catalina* y el natural es *Aguarí*; su boj es cuatro leguas; es baja y llana; tiene muchos palmares; es muy poblada, y cercada de arrecifes; su altura once grados dos tercios á dos leguas del remate de la isla de San Cristóbal.

Isla de Santa Ana.—La otra isla dista tres leguas, y casi la misma altura: llámase isla de *Santa Ana*, en natural se dice *Itapa*; tiene de boj siete leguas; está baja y redonda, con un alto enmedio á manera de castillo; es bien poblada y fértil, tiene puercos y gallinas, y un puerto muy bueno á la parte del Leste: saltó el caudillo en tierra y los indios acometieron á los nuestros con muchos dardos, flechas y alaridos; venian enbijados; con ramos en las cabezas y unas bandas por el cuerpo: salieron á ellos cuatro rodeleros y cuatro arcabuceros, y tres negros y el caudillo delante, peleando todos bien sin ayuda de otros que estaban en tierra aprestándose. El piloto mayor les decia desde el bergantin que no vol-

viesen pié atrás; hirieron á tres nuestros y un negro, que, visto por el caudillo, cerró con ellos y, muertos dos, se huyeron los demás: arrojaron al caudillo un dardo, con tanta furia y fuerza, porque la gente la tiene, que le pasaron la rodela y el brazo y sobró un palmo del dardo á la otra parte, y por esto, tomada agua, se les quemó el pueblo. Miróse desde un alto y no se vió tierra: embarcados, se fué costeando la isla de San Cristóbal; tomaron en una canoa á dos indios, con que, llegando á los navíos, el piloto mayor dió cuenta al general de lo hecho, y como no se vió más tierra y que á la parte del Oessudueste estaba una infinidad de ella, hizo el general junta de todos los pilotos y capitanes, y en ella se acordó que se hiciese járcia, alojasen los navíos, y se les dió lado lo mejor que pudo. Hubo en la junta, en razon del viaje que se habia de hacer para el Pirú, diversos pareceres, si habia de ser por la parte del Sur: acordóse que fuese por la parte del Norte y que no se perdiese más tiempo, porque no se acabasen los bastimentos ni desaparejasen los navíos, y esto se ejecutó.

Miércoles á once de Agosto se dieron velas á las naos: tardáronse siete dias en montar la isla de San Cristóbal; salieron de ella y con recio viento Lessueste se navegó al Noreste cuarta del Leste, y con algunos contrastes se fué navegando del Lesnoreste al Norte más y ménos y en pareja: de dos hasta cuatro grados parte del Sur se hallaron muchas palmas atadas, y leños quemados y otros palos y rosuras, que salian de rios, señales de tierra al Oeste: entendióse ser la Nueva Guinea.

A cuatro de Setiembre, estando en la equinoccial, quisieron los pilotos hacer al general un requerimiento, dando por razon andaban perdidos y ser mejor de golpe subir á uno ú otro polo; y unos á otros se decian ser enemigo de Dios y suyo el que otra cosa hacia: acordóse seguir la vía, como ayudase el tiempo del Norte al Norueste, y así fueron. En once dias caminaron veinte y cinco leguas y se hallaron en cinco grados parte del Norte, y no es de espantar, por ser cierto en aquel paraje de poca altura hallarse pocos vientos y al propósito: tuvieron aquí un aguacero de que se cogió agua y les dió la brisa del Leste y colaterales con algunos aguaceros. Vióse tierra y fuese á ella; no se surgió por mucho fondo: salió gente en el batel á buscar agua, y vistos los naturales se huyeron. Vióse ir á la vela una cierta embarcacion; saltó nuestra gente en tierra y en ella hallaron un escoplo hecho de un clavo, y un gallo y muchos pedazos de cuerda y muchas palmas agujereadas, señal que el agua que los naturales beben es la que cogen allí y que hacen otras bebidas de unas ciertas piñas que se vieron, con que se volvieron sin agua. Esta tierra son dos islas de quince leguas, con dos andanas de arrecifes y canales, y á su remate otras dos isletas; su altura ocho grados y dos tercios: navegóse al Norte, y por las faltas de pan y agua, se iba padeciendo mucho y muriendo alguna gente.

Isla de San Francisco.—Topóse más adelante una isla baja, redonda, de mucha arena y matorrales, cercada de arrecifes, despoblada y poblada de muchos pájaros marinos, de boj dos leguas, de altura diez y nueve

grados un tercio; llamóse de *San Francisco.* Navegóse al Norte y Noreste hasta treinta grados y un tercio, en el cual paraje, á diez y seis de Setiembre, les dió un chubasco de agua menuda: amainaron, y al siguiente dia al amanecer, la nao almiranta estaba aún á vista. Dióles en esta ocasion con tanta furia un viento Susueste, que confiesa el piloto mayor no haber visto otra tal furia en cuarenta y cinco años que tenia de navegacion, y que le puso espanto; y que hasta media escotilla metió el costado del navío debajo del agua, que á no estar calafeteada y clavada, los hundiera allí, y nadaban los marineros y soldados dentro de la nao. Alejóse el batel lleno de cables y agua, y con mucho trabajo se mandó dar un poco de vela al trinquete, y aún no estaban desatadas dos jaretas, cuando se hizo el trinquete mil andrajos y en ellos fué volando por los aires, quedando mondas las relingas y la nao zozobrada media hora, hasta que el general mandó cortar el árbol mayor, que fué á la mar con todos sus aparejos, llevándose al salir el canto del bordo, y el agua sobre él una vara de medir. Deshicieron el camarote de popa, y alijado, se dió vela con una frazada, con que la nao arribó y navegó al Sur aquella noche, y el dia siguiente para atrás, con cincuenta leguas de pérdida y sin vista de la almiranta: este mal viento abonanzó y les dió otro con que se puso la proa á camino con sola la dicha vela.

A diez y nueve de Octubre se hizo el viento Lesnoreste y mucho, durando hasta veinte y nueve; por ser el navío molo de mar al través, se anduvo de una y otra vuelta, y se volvió á perder el camino que se

habia ganado el dia ántes: negocio de mucha pena. A veinte y nueve de Octubre cargó el viento Sueste con tanta furia y mar, y con tantos truenos y relámpagos, que parecia hundirse el mundo: no se puso vela que no la llevase el viento; habiendo en la nao siempre un codo de agua. Desenvergóse la cebadera y púsose por trinquete para correr con ella; mas cargó tanto el viento Sur, que llevó la vela y quedaron sin ninguna: pusieron las frazadas y con ellas se corrió al Noreste hasta otro dia postrero de Octubre que el viento, con aguaceros, fué rodando hasta que se hizo Oeste, con que se navegó al Leste altura de veinte y nueve grados. Pasó el viento al Noreste muy furioso, con que corrió al Sueste y duró hasta cuatro de Noviembre, y bajóse á veinte y seis grados por no se poder tener el costado á la mar. Saltó el viento Leste y navegóse al Nornordeste: púsose un mastelero por árbol mayor con una vela que parecia de batel, con que se caminó hasta veinte y siete grados. Saltó el viento al Noreste, que parecia venian allí los demonios, y fuése al Leste cuarta del Sueste: pasó el viento al Lesnoreste, y corrióse al Sudeste, que era camino perdido. Iba la gente de sed y hambre muy fatigada; y tanto cuanto bastaba medio cuartillo de ruin agua y ocho onzas de bizcocho podrido en tan largo viaje, contrarios vientos, roto y mal aviado bajel; ver unos muertos de hambre y sed, otros de la flaqueza ciegos; y en punto de arribar, sin saber á dónde, ni tener con qué, ver los soldados estar jugando la racion del agua, y el perdidoso estar bramando hasta recibir la otra.

Andando en estos contrastes, desaparejados y hambrientos, dia de Santa Isabel dió viento, con que se puso la proa al camino. Navegóse hasta altura de treinta grados, y allí saltó el viento al Noreste, que duró hasta siete de Diciembre con grandes frios y nieblas, todo lo cual obligó á volver abajo más de treinta leguas. Algunos soldados se amohinaron é importunaron al general mandase arribar á los bajos de San Bartolomé: respondióles que no queria sino ir á dar cuenta á S. M. de lo hecho, y que, dando á medio cuartillo, tenia agua para veinte dias, con que seria Dios servido llegasen á la tierra deseada; y que cuando la necesidad obligase, se aconsejaria con su piloto mayor ,y haria lo que mejor pareciese para la salvacion de todos. Estos que pruñian eran seis, que insistian en que arribasen y que el piloto mayor, por estar hecho á aquellos trabajos, no se le daba nada de andar un año y dos en la mar.

A nueve de Diciembre se pasó el viento al Sursueste y con él se navegó al Lesnoreste, altura treinta y un grados, en cuyo paraje se vió un palo de pino, mucha *corrióla*, gaviotas, un pato y otras cosas, todas señas de tierra. El viento se hizo Norte bonanza; acertó á lloviznar, y los marineros y soldados cogieron agua para tres dias; aclaró el tiempo con viento fresco á propósito, y por las pocas velas se caminaba poco; las corrientes corrian mucho y mucho más los deseos de llegar á tierra, á cuya causa se hacia un año cada dia. Acabáronse las tormentas, alargó el viento, favorecieron las olas y navegóse á popa, con que la víspera de Nuestra Señora de la O, á la tarde, fué Dios servido de mostrar la de-

seada tierra, que algunos desconfiados decian no ser posible, y certificados de ella, se alegraron de ver la madre de todos; que la mar es buena para los peces. Navegóse aquella noche, y amanecióse junto á dos islas, una legua de tierra firme, altura de treinta grados. Habiendo afijado la aguja un dia ántes, navegóse al Sueste y se ensenaron en una grande bahia, en que surgieron en cieno al pié de un banco de arena, altura de veinte y siete grados tres cuartos: tiene á la punta dos islas, entre ellas y la tierra firme un muy buen fondo; la mayor tiene unos bajos de la parte del Sueste, que salen dos leguas á la mar.

A veinte y dos de Enero de mil quinientos y sesenta y nueve se entró en el puerto de Santiago, por otro nombre de Salagua, y á tres dias allegados, arribó la almiranta, sin árbol mayor ni batel y con sola una botija de agua, y tan necesitada del camino y tormentas como la capitana. Su piloto se llamaba Pedro Rodriguez; surgió dia de la Conversion de San Pablo: vino Samano, alguacil mayor de México, á saber qué gente era; el cual, dando velas á dos de Marzo y á veinte y dos de Julio de la punta de Santa Elena, costa del Perú, don Fernando Henriquez, alferez real, llevó la nueva á Lima, con que se acabó este descubrimiento (*a*).

(*a*) Así está construido este período en el Ms.

CAP. IV.—De cómo se dió principio al segundo viaje de las Islas de Salomon por el ya adelantado Álvaro de Mendaña, en cuya compañía fué por piloto y capitan Pedro Fernandez de Quirós. Cuéntase la salida del Callao.

PASADOS en silencio muchos años, desde el primer viaje arriba dicho hasta el tiempo presente, fué Dios servido que en la ciudad de los Reyes, residencia de los vireyes del Perú, pregonó la jornada Álvaro Mendaña, Adelantado, que por órden de S. M. queria hacer á las Islas de Salomon. Tendió bandera, cuyo capitan fué don Lorenzo Barreto, su cuñado, y envió á los valles de Trujillo y Saña otro capitan que se llamaba Lope de Vega, á cuyo cargo estaba levantar gente y hacer bastimentos. Tuvo el adelantado en su expedicion algunas dificultades y contradicciones, las cuales facilitó y ayudó á vencer don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, virey del Perú en aquella ocasion, conque se despachó y aprestó lo mejor que pudo cuatro navíos, y se fué de Lima al Callao con su mujer doña Isabel Barreto y toda la gente que habia de llevar de allí; y con las diligencias que hizo persuadió, llevó por capitan y piloto mayor á Pedro Fernandez de Quirós, el cual propuso al Adelantado algunas dificultades que se le

habian ofrecido en los discursos que hizo en razon del viaje, así de ida como de vuelta, y todas se absolvieron; conque acabó de resolver en ir á la jornada.

Las desórdenes que en esta jornada hubo fueron muchas, y para el intento que en esta historia se lleva, es fuerza decir algunas de ellas, que á mi parecer han sido la causa del mal fin que tuvo.

Las estrellas del octavo cielo son en grandeza desiguales, porque unas á nuestra vista son grandes y otras pequeñas que apenas se alcanzan á ver. Hay quien dice que si alguna de ellas faltara allá en el cielo, que tambien acá en la tierra faltara el efecto suyo; quiero decir, que no se entienda que la cosa más menuda que se muestra ha dejado de dañar y puede aprovechar su parte.

Embarcóse el maese de campo, y lo primero que hizo fué atravesarse con el contramaestre de la capitana sobre cosas de su oficio, diciéndole palabras de las que obligan poco é indignan mucho. Descartóse el contramaestre, y queriendo vengarse el maese de campo, se lo impidieron ciertas personas de cuenta. Estaba á esta sazon hablando el piloto mayor con doña Isabel, quien dijo:—Riguroso viene el maese de campo; si aquel fuera el modo de acertar en lo que se pretende, tuviera próspero fin, mas á mí muy léjos me parece de acertar. Y vuelto al maese de campo, le dijo que mirase que el adelantado no gustaria que le tratase su gente con el desamor que mostraba, y más por tan leve ocasion. El maese de campo respondió con gran desgarre:—Mire lo que tenemos acá. Y el piloto mayor, lo que es razon en toda parte, mostróse indignadísimo. El maese de campo,

con altivez replicó:—Conóceme, ¿no sabe que soy el maese de campo, y que si navegamos los dos en una nao y le mando embestir con unas peñas que lo ha de hacer? Replicó el piloto mayor:—Cuando ese tiempo venga, haré lo que me pareciere no ser desatino; y, yo no reconozco en esta armada otra cabeza sino el adelantado que me ha entregado aquesta nao, cuyo capitan soy, y en llegando le diré las obligaciones que tiene y tengo; y créase de mí, que si entendiera ser señor de todo lo que se va á descubrir, por sólo no ser mandado por quien tanto se adelanta y tan poca reputacion muestra, no fuera á la jornada. Dos buenos soldados que se hallaron á estas razones se alteraron de lo dicho, y llegándose al piloto mayor, le dijeron que allí estaban sus personas, pues la suya habian tanto menester para su viaje. Estimó el piloto su buena voluntad, respondiéndoles que no venia á formar bandos: lo demás que pasó se deja.

Embarcóse el adelantado, y con decir que pondria el remedio conveniente se quedó el piloto mayor. Viernes nueve de Abril año de nuestro Salvador Jesucristo mil quinientos y noventa y cinco, mandó zarpar áncoras y dar las velas del puerto del Callao de los Reyes del Perú, que tiene de latitud meridional doce grados un tercio, en demanda de los valles de Santa, Trujillo y Saña, de su misma costa y provincia.

CAP. V.—De lo que sucedió á la armada hasta el puerto de Páita, y qué puertos tocó.

Dadas las velas, no se pudo salir del puerto por poco viento. Envióse una barca á tierra, que volvió luego diciendo hallar la playa llena de gente armada que le impidieron la salida. Gastóse la noche, y venido el dia, la galeota se adelantó y entró un barco que iba á entrar en el Callao, y fué por los puertos de la costa visitando los navíos que encontró, tomando de ellos la parte que quisieron; y despues de haberlo hecho mejor que pudiera un cosario, llegaron al puerto de Santa, donde hallaron una buena nao cargada de mercaderías y negros que iba de Panamá á Lima. Quitáronla la barca, poniéndola guarda, porque no se pudiese ir hasta que el adelantado llegase, á quien daban por consejo la llevase, así como estaba, para su mejor despacho, y que su valor lo enviaria á sus dueños cuando se lo diese Dios. El adelantado no lo hizo ni consintió se hiciese: el vicario, celoso del servicio de Dios, con ásperas razones reprehendió al capitan y le dijo que estaba descomulgado, y por ello se hizo cargo de pagar lo que tomó; y con esto fué absuelto y compuesta esta partida, estropeando aquí un soldado: cállase la causa.

Dadas velas, surgieron en el puerto de Cherrepe, que

lo es de la villa de Santiago de Miraflores, á donde el capitan Lope de Vega tenia alistada una buena compañía de gente casada y casados: el adelantado le casó aquí con su cuñada doña Mariana de Castro, dándole título de almirante.

Estaba surta en este puerto una nave nueva y fuerte cargando de harinas, azúcar y otras cosas para hacer viaje á Panamá, y aficionados de la bondad suya los oficiales de la almiranta, persuadieron con razones eficaces al general la tomase, y diese por ella la suya que por vieja y mal aderezada justamente lo podia hacer, pues con ella se habia de servir mejor al Rey. Mostró el adelantado gran pena de todos estos consejos, y á ellos respondió que su nao era muy buena para ejecutar la agena. Sintieron los mal intencionados la buena intencion, y por salir con la suya dieron de secreto á la nao siete barrenos á fin de obligar, como obligaron, á los soldados á decir que no se habian de embarcar en nao tan rota si no tomaba la otra; en cuya conformidad el piloto y maese presentaron una peticion al adelantado, diciendo su nao hacia mucha agua y no estaba para tan largo y arriesgado viaje como el que se queria hacer, por la cual razon le pedian el remedio que tan á la mano tenia. Y el adelantado, visto la determinacion de todos, compelido de su necesidad, remitió la causa á su maese de campo, ante quien se hizo informacion en que se probó cuanto quisieran, y si más quisieran, más probaran; y luego el general mandó que el maese de campo tomase la nao, pero que se estimase la mejora que hacia á la suya por los carpinteros de ribera de la

armada, que dijeron valer ménos la de la armada seis-mil y seiscientos pesos de plata ensayada.

Puso luego el maese de campo soldados de guarda á la nao, empezándose á descargar. Estaba en ella un clérigo dueño de la mitad, que viendo la pérdida de su hacienda, se quejó con mucho sentimiento por el rigor y despojo, y así requirió y protestó fuerzas y daños en nombre suyo y de los á quien tocaba: pedia su nao, alegando estar en ella su remedio: fué y vino con sus quejas á la capitana, mas no hubo lugar, ni faltó quien dijo que un cierto soldado le habia dado un rempujon y que le amenazó le echaria á la mar. Sintióse mucho de esto el sacerdote, y con grande exclamacion decia que habia de suplicar á Nuestro Señor, en sus sacrificios, que nunca llegase á salvamento la nao, que no se descargó toda. Gran lástima hizo á los compasivos el buen sacerdote, así por la fuerza hecha como por el tratamiento de la hacienda, y doblaba el dolor ser empresa de los mismos dueños, que tiernamente rogaban y en vano se quejaban de su perdicion; mas al fin descargada la nave, se le puso la bandera del almirante, entregando la otra y satisfaciendo el adelantado al sacerdote la parte que en ella tenia, con que se quietó algo. Por la otra parte hizo obligacion de la pagar dentro de dos años, ó ántes si viniesen de las Islas de Salomon al Perú, hipotecando á ello todas sus naos. Mucho se quejaba y sentia el adelantado de esta obra en que le habian metido, y así para su tiempo amenazaba á los que entendió ser la causa.

Y porque los tientos en todo se diesen, y áun parece

que en la justicia de Dios no faltasen, se entienda que en aquel puerto hay muy de ordinario, represadas en ciertas bodegas, muchas mercaderías que de todos aquellos valles se embarcan para Lima, Panamá y otras partes. Algunas de ellas se embarcaron, y el que las tenia con su mujer é hijos. Muchas cosas se dejan y callan, pues bastan las sombras de las dichas para que se vea, que jornadas sin bolsa real que parece que no se pueden hacer sin daño de partes.

El maese de campo, porque debia de querer en sus ordinarios y primeros pensamientos de no tener paz, tuvo cierto piconcillo con el almirante, que aunque menudencia, pareció principio á desórdenes; que para haberlas, por mínimo que sea, como el demonio atiza, resobra. El adelantado iba deseosísimo de llevar gente de bien, y así por cosas que le movieron echó en tierra ciertos hombres y mujeres, y bien creo que pudiera echarlos á todos é irse solo á su jornada. Aquí por una ocasion ligera estropearon y dejaron un sargento: quién fué la causa y lo hizo, me perdone el lector, pues se deja entender, y porque no soy amigo de decir aunque lo haya mal.

Asentadas estas cosas, mandó el adelantado al piloto mayor hacer cinco cartas para su navegacion, una para él y las cuatro para cada piloto la suya; y que no mostrase más tierra en ellas, que la costa que hay en el Perú del puerto de Arica al de Páita y dos puntos Norte Sur, uno con otro; el uno en siete y el otro en doce grados y mil y quinientas leguas al Poniente de Lima, que dijo ser lo extremo, segun latitud, de las Islas que

iba á buscar, cuya longitud era mil cuatrocientas y cincuenta leguas; y que hacia poner más las cincuenta, por ser mejor llegar ántes que despues, y que el no mandar describir más tierra lo hacia, porque no se le derrotase ó huyese algun bajel.

Embarcóse el almirante en la nao nueva, y los bastimentos se repartieron, que no eran tantos ni tan buenos como eran menester; pero suplió esta falta los muchos que los soldados y demás gente compraron y por otros medios se hubieron.

Restaba solamente hacer el aguada por el poco aviamento y mal puerto, á lo cual vino el corregidor de aquel partido, don Bartolomé de Villavicencio, cuya buena y bien mostrada voluntad confesaba el almirante en su despecho; mas como vió en llegando las demasías que hacian, se fué á su casa, llevando los indios y caballos de que nos ayudábamos, por necesitarnos á que nos fuésemos de allí. Esta razon le hizo al adelantado hacer á la vela y seguir su camino con sólo el agua que en las naos tenia el piloto mayor. Reconocida tan gran falta, le dijo que mirase que era caso terrible salir de puerto con la mitad de las botijas sin agua, sabiendo habia de entrar en el mayor de los golfos, y que se mirase bien en ello, porque él no habia de dejar la tierra sin llevar cumplida el agua necesaria para viaje tan dudoso y largo. Respondióle el adelantado que los soldados le pedian que los sacase ya de los puertos, á donde se hallaban ya muy gastados, y que si les hubiesen de dar racion de media azumbre de agua, se les diese un cuartillo. Á esto respondió el piloto ma-

yor que á su cargo estaba mirar por todos, y no dejarse vencer de importunaciones de gentes que no sabian lo que pedian. Respondiólea esto el adelantado, ya convencido, que lo acabase con ellos, como lo hizo con buenas y malas razones, y hecho, se dieron velas, arribando á hacer agua en el puerto de Páita.

CAP. VI.—De lo que pasó en el puerto de Páita y cómo la armada se hizo á la vela para su viaje.

En cada puerto desconcierto, y porque siendo este de los mejores de la costa del Perú se guardó el bueno para allí. La cólera del maese de campo, que no perdonaba á nadie, se atravesó con el vicario sobre cierta averiguacion de sus oficios: hubo palabras entre los dos, y hubiera obras si no se hallara el adelantado presente, que lo estorbó; pero quedaron sentidos y poco amigos. Tambien se empezaron embites entre el maese de campo y el capitan don Lorenzo, sobre chismes que llevó y trajo cierto soldado.

El maese de campo dió un golpe con el baston á una persona de consideracion: él decia que no la conoció, pero la parte bien conocia un palo cuánto pesa. Hubo un poco de alboroto, desnudó el maese de cam-

po su espada (que era presto en esto), y dió tras otro soldado que se habia sentido del golpe del compañero, y huyendo éste le prendieron: incontinenti le quisieron castigar. Salió doña Isabel á pedirlo. Mostróse tan airoso el maese de campo, que echó el baston en el suelo y se iba á embarcar: porque no se fuese le daba el adelantado facultad contra el preso. Salió en esto el piloto mayor, á quien el adelantado no queria oir, diciendo que aquel habia puesto la mano en la barba, y que era género de motin. Suplicóle el piloto mayor, no obstante esto, que le oyese ó despidiese, y si no queria, estimase la verdad con que acudia á su oficio; y que aquel hombre le habian traido por fuerza y no parecia justo le quitasen la honra. Al fin con ruegos justos el adelantado le dió el preso libre. El maese de campo se habia ido á tierra y luego envió por su ropa; mas mostrando el adelantado gana de que se quedase, intervinieron el almirante y el capitan don Lorenzo para que volviese á la nao.

Parecióle al piloto mayor no ser cosa acertada ver los fines de tan desordenados principios, á cuya causa pidió al adelantado le dejase en tierra, y para esto le dió muchas razones que no le parecieron mal. Echóle los brazos al cuello el adelantado, diciendo que sólo un ángel podria llevar bien cuanto decia, que él pondria en todo buena órden y cierto remedio. Tornó el piloto mayor á instar por su licencia, pues á donde su persona estaba, que tan bien entendia el arte de navegar, podria bien excusarse. Mostróse el adelantado con mucha pena de lo que le habia oido decir, y con su sa-

gacidad, muy blando y amigo le dijo palabras tan melosas que le obligaron á quedar. Embarcóse, y al pasar la barca, le dijeron los marineros:—¡Ah! señor piloto mayor, muchas idas y venidas son estas; seamos avisados de lo que piensa hacer, porque ninguno ha de quedar en esta nao aunque á todos cueste la vida. Saltando en tierra, el almirante, el teniente de Páita y otras personas de la armada se llegaron á él á porfiarle y él á dar su razon á todos. Llegó en esta sazon el maese de campo y en alta voz le dijo:—Ea, señor, que anda el diablo suelto entre nosotros por ver si puede impedir esta buena obra; vamos á lo que venimos y él váyase para quien es, que aunque le pese y más diligencias haga, habemos de llevar adelante tan cristiano pensamiento, y en esta jornada se ha de servir con muchas veras á Dios y al Rey. Respondió á esto el piloto mayor:—Señor maese de campo, para todo eso ha de haber moderacion y medios, y vuesa merced es muy manipresto en alzar el baston, desnudar la espada y maltratar de palabra á la gente de mar, tan necesaria; y como yo conozco el daño, quisiera ver el remedio para cumplir con todas mis obligaciones. El maese de campo, más manso en tierra, respondió que no podia andar un maese de campo tan medido. Replicó el piloto mayor, que bien mirado y muy medido habia de ser; que aún estaba en el Perú, y que la gente de mar los habia de llevar á las islas y llegados á ellas habian de guardar las naos, y que si los agraviaban como hombres, podian hacer alguna burla pesada; que ellos habian de traer la nueva y llevar el socorro y decir bien de la tierra, ó

por vengarse, mal, aunque fuese buena. No se aquietaba con la razon el maese de campo, casado con su parecer, y así le respondió, que si los favorecia tanto, que no harian en la mar lo que les mandase; que él los habia de hacer saltar más que de paso, y que todo lo pasado habia sido menester para que no se desbaratase la armada; y cada uno en su oficio parece bien y es órden. Y con esto y otras muchas cosas que allí se dijeron se cerró esta plática.

Embarcáronse los dos, no muy conformes, y el adelantado recogió allí un hombre que le dió dos mil pesos por la plaza de sargento mayor, y con esto se acabó de despachar; embarcando mil y ochocientas botijas de agua, dando instrucciones de la órden que se habia de guardar y de la navegacion que se habia de hacer.

Iban en la jornada trescientas y setenta y ocho personas por la lista: doscientas y ochenta que podian tomar armas; doscientos arcabuces y otras armas defensivas y ofensivas, de que tomó testimonio ante el teniente de Páita, para enviarle al Rey nuestro Señor, como lo hizo.

La nao capitana se llamaba San Jerónimo: iba en ella el adelantado, su mujer, su cuñada y hermanos, los oficiales mayores y dos sacerdotes.

El almiranta, Santa Isabel: iba en ella el almirante Lope de Vega, dos capitanes y un sacerdote.

La galeota, San Felipe: iba en ella el capitan Felipe Corzo, y sus oficiales y gente.

La fragata, Santa Catalina: iba por teniente el capitan Alonso de Leyva.

Puesto en todo lo dicho la órden referida, viernes diez y seis de Junio, el adelantado mandó dar velas y seguir al Poniente el viaje de este puerto de Páita, que tiene de la parte del Sur cinco grados de latitud. Lo que se hizo fué decir, como es costumbre, todos:— Buen viaje nos dé Dios.

Isla de la Magdalena.—Dadas velas, se fué navegando á la vuelta de les Sudoeste, tendido el estandarte Real y las banderas, tocando cajas y clarines y festejando todos á tan deseado dia, como tenian aquel. Navegóse con vientos Sures y Sursuestes, que son los vientos del Perú, hasta que subimos á altura de nueve grados y medio, y de este punto se navegó al Oeste cuarta al Sudoeste, hasta en altura de catorce grados. De este paraje se navegó al Oeste cuarta del Noroeste, hasta veinte y uno. Se pesó el Sol á medio dia, y hecha su cuenta se halló diez grados cincuenta minutos; y á las cinco de la tarde se vió una isla al Noróeste cuarta del Norte, distancia de diez leguas. El adelantado la puso nombre de la *Magdalena*, por ser víspera de su dia. Entendióse ser la tierra que se buscaba, á cuya causa fué muy alegre para todos su vista, celebrando haber venido á popa, breve el tiempo, amigo el viento, bueno el pasto, y la gente en paz y sana y gustosa. Hiciéronse en el viaje quince casamientos, no se tratando de uno para otro dia sino quién se casaria mañana: ya parecia á todos correr parejas con la buena fortuna, grandes las esperanzas, muchas las cuentas y ninguna del bien de los naturales.

Dijo el adelantado al vicario y capellan que con

toda la gente de rodillas cantasen el *Tedéum laudamus*, y que diesen gracias á Dios por la merced de la tierra; lo cual se hizo con gran devocion.

El siguiente dia, con duda si aquella isla era poblada, se pusieron las naves al Sur de ella y muy cerca de tierra, y de un puerto que está junto á un cerro ó picacho que queda á la parte del Leste, salieron setenta canoas pequeñas, no todas iguales, hechas de un palo, con unos contrapesos de cañas por cada bordo, al modo de postigos de galeras, que llegan hasta el agua en que escoran para no trastornarse, y bogando todos sus canaletes. En cada una los ménos que habian eran tres y en la que más diez, unos á nado y otros sobre palos, como cuatrocientos indios, casi blancos y de muy gentil talle, grandes, fornidos, membrudos, bueno el pié y la pierna, y manos con largos dedos; buenos ojos, boca y dientes, y las demás facciones; de carnes limpias, en que mostraban bien ser gente sana y fuerte: hasta en el hablar eran robustos. Venian todos desnudos sin parte cubierta; los cuerpos y rostros todos muy labrados con un color azul, y dibujados algunos pescados y otras labores; los cabellos, como mujeres, muy crecidos y sueltos, algunos los traian torcidos y con ellos mismos dadas vueltas; eran muchos de ellos rubios y habia lindos muchachos, que cierto para gente bárbara y desnuda era gusto el verlos, y habia mucho de que alabar á su Criador.

Entre los demás habia un muchacho que parecia de diez años; venia con otros dos en una canoa bogando su canalete, los ojos puestos en la nao, su rostro que

parecia de un ángel, aspecto y brio que prometia mucho, buena la color, no albo pero blanco, los cabellos como de una dama que se precia de ellos mucho: era todo tal, que puedo con razon decir, que en la vida tuve tanta pena como que tan bella criatura en parte de tal perdicion se quedase.

Venian los indios con mucha furia y priesa bogando sus canoas, y mostrando con los dedos su puerto y tierra, hablaban alto y usaban mucho decir *atalut* y *analut*. Esperaron nuestras naos, y llegados, nos dieron cocos y cierta casta de nueces, una comida como masa envuelta en hojas, buenos plátanos y unos grandes cañutos de agua; miraban la nao y gente y á las mujeres, que á verlos habian salido al corredor, á quienes con aficion miraban y se reian mucho de verlas. Alcanzaron de la nao uno con la mano y con halagos le metieron dentro: vistióle el adelantado una camisa, poniendo en la cabeza un sombrero, que viéndose así se reia y remiraba dando voces á los demás, con las cuales entraron cuarenta, junto á quien los españoles parecian de marca pequeña: entre ellos habia uno que era más alto, lo que hay de hombros á cabeza, que el mayor hombre nuestro que habia, con haber uno bien alto. Comenzaron á andar por la nao con gran desenvoltura, echando mano á cuanto podian aver, y muchos de ellos tentaban los brazos á los soldados, tocaban con los dedos en muchas partes, miraban las barbas y rostros y hacian otras monerías; y como veian vestidos y tantos colores, mostrábanse confusos, mas los soldados por satisfacerlos se desnudan los pechos, bajaban las medias y arreman-

gaban los brazos, con que mostraban aquietarse y holgarse mucho.

El adelantado y algunos soldados les dieron camisas, sombreros y otras cosas menudas, que luego colgaban al cuello, danzaban y cantaban á su usanza, y con grandes voces llamaban á los otros, mostrando lo que habian recibido. Empezaron á mostrarse importunos, y enfadado el adelantado de sus demasías, les decia por señas que se fuesen; pero ellos no querian, mas ántes con más libertad echaban mano á cuanto veian: unos cortaban con cuchillos de cañas brevemente pedazos de nuestro tocino y carne, y queriendo llevar otras cosas, el adelantado mandó disparar un verso, que como lo sintieron y oyeron, con mucho espanto, sin quedar ninguno en la nao, se echaron todos al agua y nadando se entraron en sus canoas. Quedó solo uno colgado en las mesas mayores de guarnicion y nunca lo pudieron hacer desaferrar, hasta que cierta persona con la espada le hirió en una mano, que mostraba á los demás que en una canoa lo llevaron. En este tiempo ataron una cuerda al bauprés de la nao, y bogando tiraban por ella á tierra pensando la habian de llevar.

Con la herida del indio se alborotaron todos, á quienes ponia en órden un indio que traia un quitasol de palmas. Entre ellos habia un viejo, de una larga y bien puesta barba, que hacia notables fierezas con los ojos, ponia ambas manos en la barba, alzaba los mostachos, estaba en pié y daba voces mirando por muchas partes. Tocáronse caracoles y dando con los canaletes en las canoas se embravecian todos; algunos sacando lanzas de

palo que traian arrizadas y otros con piedras en hondas, que no traian otras armas: con buen ánimo empezaron á tirar piedras con que hirieron á un soldado, pero primero habia dado en el bordo de la nao, y los de las lanzas, blandiéndolas, hacian acometimientos para tirar con ellas. Los soldados con sus arcabuces apuntaban, y como habia llovido, no tomaba fuego la pólvora, fué de ver el ruido y grita con que los indios llegaban y cómo algunos, cuando veian apuntar, se ponian colgados de las canoas dentro en el agua ó detrás de otros indios. Pero al viejo de las bravuras se le dió un pelotazo por la frente de que cayó muerto, y otros siete ú ocho con él y algunos heridos, se fueron quedando y nuestros navíos andando; y luego vinieron en una canoa dando voces tres indios, el uno traia un ramo verde y una cosa blanca en la mano y parecia ser señal de paz: parece que decia que fuesen á su puerto; mas no se hizo, y así se volvieron dejando unos cocos.

Tendrá esta isla de boj al parecer diez leguas, en todo lo que de ella vimos. Limpia y tajada á la mar, alta y montuosa por las quebradas, que es á donde los indios viven; tiene el puerto á la parte del Sur; está en altura de diez grados y mil leguas de Lima: hay en ella mucha gente, porque demás de la que en las canoas vino, estaban la playa y peñas llenas de ella. Desconocióla el adelantado, y así desengañado dijo no ser las Islas en cuya demanda venia, sino descubrimiento nuevo.

CAP. VII.—De cómo se tuvo vista de otras tres islas, sus nombres, y cómo se tomó puerto en la de Santa Cristina.

Isla de San Pedro.—A poca distancia de esta isla se tuvo vista de otras tres islas, en cuya demanda se fué: la primera, á quien el adelantado puso nombre *San Pedro*, estará de la Magdalena diez leguas al Norte cuarta del Noroeste. No se supo si está poblada, porque no llegaron á ella: es isla de cuatro leguas de boj, de mucha arboleda pareja no muy alta; tiene á la parte del Leste un farellon poco apartado de la tierra.

Isla Dominica.—Hay otra isla, que tendrá de boj quince leguas, su nombre es la *Dominica;* está al Noroeste de la de San Pedro, distancia cinco leguas: es isla de buena vista, córrese de Nordeste Sudoeste, tiene muy buenas llanadas y áun los altos lo parecian; es muy poblada y con manchas de mucha arboleda.

Isla Santa Cristina, Las Marquesas de Mendoza.—Al Sur de la Dominica está la otra isla á quien se dió por nombre *Santa Cristina*: pareció tener nueve leguas de boj, dista de la Dominica poco más de una legua, con canal limpia, hondable. Púsolas, todas cuatro juntas, el adelantado por nombre *Las Marquesas de*

Mendoza, en memoria del marqués de Cañete, porque en esto, y en hacerse en viernes á la vela con sus navíos de algun puerto, queria mostrar cuán agradecido estaba al despacho que le dió.

De una en otra vuelta, buscando puerto en la isla Dominica, salieron de ella muchas canoas de indios, pareciendo algunos de color más morenos, y dando sus voces mostraban la misma voluntad que los pasados. Venia en una canoa un viejo bien ajestado, que en la una mano traia un ramo verde y otra cosa blanca: llamaba este en ocasion que viraban de otra vuelta, y así creyendo que las naos se iban, comenzó á dar de nuevo muchas voces, hacia señas con sus mismos cabellos, y con ellos y con el dedo apuntaba á su tierra. Mostró el adelantado deseo de ir, mas no se pudo efectuar por ser la parte del Leste y ventar récio este viento y no se ver puerto abrigado á donde surgir, aunque la fragata, que lo andaba buscando bien cerca de tierra, dijo haber mucha más gente que de la nao se vió, y que habia entrado en ella un indio que con gran facilidad habia alzado una ternera de una oreja.

El siguiente dia envió el general al maese de campo, con veinte soldados en la barca, á buscar puerto ó agua en esta isla de Santa Cristina. Salieron muchos indios en muchas canoas y acercándose le cercaron: queriendo los nuestros asegurarse, mataron algunos, y uno por salvarse se echó á nado llevando un hijo en los brazos, y aferrados los dos fueron á fondo de un arcabuzazo que disparó uno, que decia despues con gran dolor que el diablo habia de llevar á quien se lo

habia mandado. Diciéndole á esto el piloto mayor que si tanto lo habia de sentir que disparara por alto, dijo que por no perder la opinion de buen arcabucero; y el piloto mayor, que ¿de qué le habia de servir entrar en el infierno con fama de buen puntero? Recogióse el maese de campo sin hallar puerto ni agua.

En este mismo tiempo habian entrado en la nao capitana cuatro muy gallardos indios, y como al descuido cogió el uno una perrica, que era el regalo del maese de campo, y dando una voz todos se echaron al agua con un brío muy de ver, y nadando la llevaron á sus canoas.

El dia siguiente, que lo fué de Santiago, volvió el general á enviar al maese de campo con los veinte soldados á la isla de Santa Cristina, á buscar agua ó puerto. Fué y surto en uno saltó en tierra; con la gente en órden, tocando caja, rodeó un pueblo, y los indios de él se estuvieron quedos mirándolos. Hizo el maese de campo alto, llamólos y vinieron como trescientos: los nuestros hicieron una raya, con señas de que no pasasen de ella, y pidiéndoles agua la trajeron en cocos; con otras frutas salieron las indias. Afirman los soldados ser muchas de ellas muy hermosas, y que fueron fáciles de sentarse junto á ellos en buena conversacion, y regalarse todos de manos. Envió á los indios el maese de campo con botijas á buscar agua, pero ellos hacian señas que las cargasen los nuestros, huyendo con cuatro de ellas; á cuya razon los acañonearon.

Avisado el general del puerto en que estaba el maese de campo, mandó guiar la nao para surgir en él, y

estando cerca, con el abrigo de la tierra faltó el viento y de la mar vino un embate que tuvo la nao, el largo de una lanza, de una roca tajada que tenia á pique cincuenta brazas: hubo gran bullicio por el conocido peligro, y así se alargó velacho con que fué Dios servido cogiese viento y con él salió. Vino luego segundo aviso de ser el puerto ruin, fondo de ratones, é imposibilitados de salir una vez entrados. Estaba muy enfadado el adelantado de oir las quejas que habia, causadas por el trabajo, de que movido quiso seguir su camino diciendo, que bastaba el agua que habia en las naos para llegar á sus Islas. Recordóle el piloto mayor la incertidumbre de la mar, á que respondió:—Y si no se halla puerto, ¿qué tengo de hacer? Dijo el piloto, que volver al de la Magdalena, que ya estaba visto y fondado por la fragata, y que por poco más era bueno asegurarlo más. Andaba en este tiempo el maese de campo costeando la isla, y bien cerca del puerto en que habia surgido halló otro en donde, avisados de él, se surgió.

CAP. VIII.—De cómo el adelantado saltó en la isla de Santa Cristina, y lo que pasó con los indios de ella.

El dia despues de surtos, que se contaron veinte y ocho de Julio, salió á tierra el adelantado y llevó á su mujer y la mayor parte de la gente á oir la primera

misa que el vicario dijo, á que los indios estuvieron de rodillas con gran silencio y atentos, haciendo todo lo que veian hacer á los cristianos, mostrándose muy de paz. Asentóse junto á doña Isabel, á hacerla aire, una muy hermosa india, y de tan rubios cabellos que procuró hacerla cortar unos pocos, y por ver que se recató, lo dejaron de hacer por no enojarla.

El general en nombre de S. M. tomó posesion de todas cuatro islas, paseó el pueblo, sembró maiz delante de los indios y habiendo tenido con ellos la posible conversacion, se embarcó; quedando el maese de campo en tierra con toda la gente de guerra, que luego á poco rato se trabaron unos con otros. Y los indios tiraron mucha piedra y lanzas con que lastimaron á un soldado en un pié, sin hacer otro daño; y con esto se fueron huyendo al monte, llevando hijos y mujeres, y nuestra gente siguiéndolos, hasta que se emboscaron todos. Arcabuceándolos, fuéronse á las coronas de tres altos cerros y en ellas se hicieron fuertes atrincherados; y por las mañanas y tardes, todos á una voz, hacian un rumor sonoro y concertado que retumbaba por las quebradas y se respondian á gritos. Deseaban hacer mal despidiendo galgas, tirando piedras y lanzas, empero sus diligencias fueron vanas.

El maese de campo puso en tres puestos guardia para asegurar el pueblo y playa, donde las mujeres se estaban recreando, y los marineros haciendo aguada y leña para las naos. Lo que yo sé decir es que si como estos indios son fuertes y animosos usaran flechas; que no faltaran más cuidados que vieron. Muchas diligen-

cias hicieron por ofender, y viendo el poco daño y el mucho que de los arcabuces recibian, procuraban amistad y paces que se dejaba conocer, porque yendo los soldados por sus haciendas, salian amorosamente á ellos, ofreciéndoles racimos de plátanos y otras frutas: parece que debian sentir la falta del regalo de sus casas, porque preguntaban por señas cuándo se habian de ir. Venian ya á los cuerpos de guardia algunos, con cosas de comer que daban á los soldados, y especialmente un indio de buena traza enseñado á persinar y á decir Jesús-María y lo demás; estaban en conversacion con sus camaradas, que cada uno tenia el suyo, á quien en viniendo buscaba y se sentaba con él, y por señas unos á otros se preguntaban cómo se llamaba el cielo, tierra, mar, sol, luna, estrellas y todo lo demás que se estaba viendo, y ellos muy contentos lo decian y despedian, diciendo amigos, camaradas. Y porque esta amistad no fuese sin paga, hubo cierto hombre que dijo alegre al general, que tenia su perra muy cebada en indios, por un estrago que habia hecho la noche atrás adonde tenia de guardia su compañía.

Vinieron otro dia en dos canoas once indios, y los dos de ellos con unas sartas de cocos en las manos, en pié, dando voces los mostraban: mandóse no les respondiesen, y á los soldados que alistasen sus arcabuces. Viendo los indios que no les hablaban, hacian sus paradillas; al fin llegaron, y estando junto á la nao, les dispararon un verso, con que mataron á dos, y los soldados con los arcabuces tres, y los vivos, abajados, bogando apriesa se huyeron. Siguiéronlos en el batel;

mas los indios llegaron primero á tierra, y saltando en tierra se vieron sólos tres ir corriendo por encima de las cumbres de unos altos cerros. Trujeron los del batel las canoas, con tres indios que muertos quedaron dentro, porque los demás todos cayeron á la mar; y fué tanta la crueldad, que no faltó quien dijo que con aquellas heridas de la bala del verso, tan fieras y feas, se haria temor á los otros indios, y que lo mismo de fealdad y temor harian las espadas anchas, abriendo grandes cuchilladas; y para que fuesen vistos, los mandó llevar á tierra para que el maese de campo los hiciese ahorcar en parte donde los pudiesen ver los indios. Esto se dijo haber hecho, porque se entendió venian de falso á saber nuestro posible, para venir contra las naos en sus canoas; pero á mí me parece que habian poco que temer cuatro navíos armados, á indios tan desarmados en canoas. El maese de campo hizo colgar los tres indios en la parte más cómoda para el intento referido: los fué á ver cierta persona, y al uno dió una lanzada, y se vino á alabar de aquellas finezas que hizo. Venida la noche, los otros indios los sacaron de allí.

Suele un mal ejemplo dar licencia, y la razon vence á quien la conoce. Tenia cierta persona en su rancho un arcabuz, y un su amigo le cargó y apuntó para tirar á los indios: preguntóle el otro, quitándosele de las manos, qué es lo que pensaba hacer con su buena diligencia; respondió el diligente que matar, porque veia matar.—No es justo, le respondió el amigo, que en negocio de muerte de hombres tanta facilidad se mues-

tre: ¿qué delito es el que estos indios han cometido para que con ellos se usen crueldades? Ni es valentía con corderos mostrarse leones: mate quien quisiere matar; que si no sabe cuán feo y grave delito es matar un cuerpo que tiene alma, tiempo vendrá que lo sepa, y aunque le pese no le aprovechará.

Vino al cuerpo de guardia el indio, que se ha dicho era amigo del capellan, y porque fuese visto del general lo embarcaron muy alegre diciendo:—¡Amigos! ¡amigos! El adelantado con mucho amor le recibió y regaló; dióle conserva y vino, y no la comió ni bebió; empezó á mirar los ganados y pareció ponerles nombre; miró la nao y las jarcias, contó los árboles y velas, bajó entre cubiertas y todo lo notó con cuidado más que de indio. Dijéronle, como dijo, dijese Jesús-María; y se persinó con gran risa, mostrando en todo buen ánimo, y luego pidió personas que lo volviesen á tierra; y fué tanta la ley de este indio, que cuando supo que las naos se querian ir, mostró pesarle y se quiso ir con los nuestros.

Tuvo el adelantado deseo de poblar estas cuatro islas para hacer su negocio dellas ó dejar allí treinta hombres, algunos casados; mostráronse los soldados quejosos de esto, y sabida la mala voluntad, cesó la suya buena.

Teniase por cosa cierta haberse muerto en estas islas doscientos indios, y alabarse los impíos y mal considerados soldados del tiro que caian, uno, dos ó tres; y las cosas tan mal hechas, ni se han de hacer ni alabar, permitir ni sustentar, ni dejar de castigar conforme al tiempo.

CAP. IX.—En que se da relacion del puerto, isla y pueblo de los indios, y de sus comunidades y otras cosas.

Esta isla de *Santa Cristina* es muy poblada y en el medio alta: tiene sus quebradas y valles, que es la habitacion de los indios. El puerto se llama de la *Madre de Dios*, ¡loada sea! está á la parte de Oeste, en altura de nueve grados y medio, abrigado de todo viento; sólo dejará de ser del viento Oeste, el cual nunca se vió cursar. Su forma parece de herradura, con boca angosta, y á la entrada tiene de fondo limpio de arena treinta brazas; á medio puerto veinte y cuatro, y doce júnto á tierra. Tiene por señas un cerro de la parte del Sur tajado á la mar, y en lo más alto dél un pico en que tiene otras, y de la parte del Norte una roca cóncava, y dentro del puerto cinco quebradas de arboleda, que todas bajan á la mar, y un cerro que divide dos playuelas de arena con un chorrillo de bonísima agua que cae de lo alto, de estado y medio, del grueso de un puño, á donde se pueden hinchir las pipas, y cerca un arroyuelo, de no ménos bondad de agua, que viene por junto á un pueblo que los indios allí tienen: de manera que el chorrillo, pueblo y arroyo

todo está en la playa que está del cerro á la parte del Norte; y en la otra del Sur, hay unas casas entremetidas con árboles, y á la parte del Leste unos altos cerros de peñascos, con algunas quebradas, de á donde el arroyo baja.

Algunos indios de esta isla no parecieron tan blancos como los de la *Magdalena*: tienen el mismo uso del hablarse, las mismas armas y canoas con que sirven de cerca. Su pueblo es como los dos lados de un cuadro: el uno de Norte Sur, y el otro del Leste Oeste, con las pertenencias bien empedradas; lo demás es como plaza llana de muy altos y muy espesos árboles. Las casas parecian comunidades, son hechas á modo de *galpones* y de dos aguas; el suelo más alto que el de la calle. Pareció se recogia mucha gente en cada casa, porque habia muchas camas señaladas, y estas bajas. Las unas casas con puertas bajas y otras tenian abierto todo el lienzo fronterizo: son armadas de madera y entretegidas de unas muy grandes cañas, que tienen cañutos de más de cinco palmos de largo y gruesas como lo es un brazo, y la cubierta de las hojas de los árboles de la plaza.

Las mujeres, el piloto mayor no vió ninguna porque no se desembarcó á tiempo, y todos cuantos las vieron afirman haberlas lindas de piernas, manos, bellos ojos, rostro, cintura y talle, y ser algunas más hermosas que damas de Lima, con serlo mucho las de aquel lugar; y que en lo tocante á blancura no se podian decir albas, pero blancas: andaban con cierta cobertura de pechos abajo cubiertas.

4

Apartado del pueblo estaba un oráculo cercado de palizada, su entrada al Oeste, y una casa casi en medio, la puerta al Norte, en que habia algunas figuras de palo mal obradas, y allí ofrecidas cosas de comer y un puerco, que los soldados quitaron; y queriendo quitar otras cosas, los indios les fueron á la mano, diciendo por señas que no les quitasen nada, mostrando tener respeto á aquella casa y figuras.

Tienen fuera del pueblo unas muy largas y bien obradas piraguas de un sólo palo, con forma de quilla, popa y proa, y añadidas con falcas de tablas, amarradas fuertemente con ternelas que hacen de los cocos; y caben bien en cada una de treinta á cuarenta indios bogadores; y con estas daban ellos á entender, porque se lo preguntaron, que iban á otras tierras. Lábranlas con unas azuelas, que hacen de gruesos pescados y caracoles; afílanlas en guijarros grandes que para esto tienen.

El temperamento, salud, fuerzas y corpulencia, dicen lo que es la ropa que se sufria bien de noche, y de dia el sol molestaba mucho. Hubo algunos aguaceros, no grandes; rocío ni sereno nunca se sintió, sino muy gran sequedad; tanto que las cosas mojadas, aunque de noche las dejaban en el suelo sin tenderse, se hallaban por la mañana del todo enjutas, aunque no se puede saber si pasaba así todo el año.

Viéronse puercos y gallinas de Castilla, y el pescado es cierto cuando hay mar.

Los árboles, que se ha dicho estaban en la plaza, daban una fruta que llega á ser del tamaño de la cabeza

de un muchacho; su color, cuando está madura, es verde claro, y cuando verde, muy verde; la cáscara señala unas rayas cruzadas al modo de piña; su forma no es del todo redonda, algo más angosta en la punta que en el pié, y del pié nace un pezon que llega hasta el medio de ella y de este pezon una armadura de telas; no tiene huesos ni pepitas, ni cosa sin provecho más de la cáscara, y esa es delgada; todo lo demás es una masa de poco zumo cuando madura, y verde ménos. De todas maneras se comieron muchas; es tan sabrosa que la llaman manjar blanco; túvose por fruta sana y de mucha sustancia; las hojas de su árbol son grandes y muy arpadas al modo de las *papayas*.

Halláronse muchas cuevas llenas de una cierta masa aceda, que dice el piloto mayor probó. Hay otra fruta metida en erizos como castañas, pero tendrá cada una el mello como seis de Castilla, y tiene casi el sabor de ellas; su forma es al modo del corazon llano; muchas se comieron asadas y cocidas y habia en los árboles por madurar.

Hay unas nueces del tamaño de las de Castilla, de las grandes, y casi parece que parejas en sabor; tienen la corteza muy dura y sin junta, y el miollo suyo no está con la cáscara entremetido, y sale fácilmente y entero cuando la parten; es fruta aceitosa; comióse y llevóse muchas de ellas.

Calabazas de Castilla, se vieron sembradas en la playa, y unas flores coloradas y de buena vista, sin olor; y como no se anduvo en la tierra, y los indios, como se ha dicho, se fueron todos al monte, sólo lo que está



dicho se puede decir, y que los soldados dijeron que todos los árboles que habia parecian frutales.

Fueron los nuestros muy bien recibidos de los indios, y no se puede saber si les daban la bien venida ó qué era su intencion; porque como no les entendieron, mal y á esta causa se pueden atribuir los daños, que se les excusáran si hubiera quien con ellos los diera á entender.

CAP. X.—De cómo el adelantado salió de esta isla y se comenzaron las murmuraciones entre la gente de guerra, en razon de faltas y de no se hallar la tierra.

En el tiempo que estuvo el adelantado en esta isla, mandó adrezar la galera, porque un dia ántes de surta habia estado colgada del bauprés de la capitana en gran peligro; mandó recoger agua y leña, embarcar la gente y aprestar las naos, con que á cinco de Agosto mandó, levantando tres cruces cada una en su lugar, sin otra que en un árbol se esculpió con dia y año, cargar áncora y dar velas en demanda de las islas de su descubrimiento. Navegóse la via del Oeste cuarta del Sudoeste, con el viento Leste que se iba haciendo Les

sudeste, y á la dicha cuarta, y á la del Noroeste y al Oeste franco, anduvieron al parecer cuatrocientas leguas.

A tres ó cuatro dias que se navegó, dijo el adelantado que aquel dia se habia de ver la tierra que buscaba, nueva que alegró mucho la gente, y mirando á todas partes no fué vista en aquel ni en otros muchos dias, y á esta causa empezaron los soldados á decir y á mover cosas (que se dirán algunas) porque se iba alargando el viaje, faltando agua y bastimentos, que dellos con la nueva de la tierra se habia pastado largo, comenzó á mostrarse la flaqueza y desconfianza: y no hay que espantar, que para semejantes empresas han de ser muy hechos á trabajos, y muy sufridores dellos, los que han de poder llevar las faltas y cargas.

Islas de San Bernardo.—Domingo á veinte de Agosto, andadas las dichas cuatrocientas leguas, se amaneció junto á cuatro islas pequeñas, bajas, playas de arena, llenas de muchas palmas y arboleda, que pareció tener de boj todas cuatro juntas ocho leguas más ó ménos. Están como en cuadra, muy cerca unas de otras: tienen del Sudoeste hasta el Nordeste, por la parte del Leste, unos bancos de arena que no pueden ser entrados por estas partes, y descúbrese una cabeza en la restinga que va más al Sudoeste. Púsolas el general por nombre islas de *San Bernardo* por ser su dia: quísose buscar en ellas puerto, y á ruegos del vicario se dejó de hacer; no se supo si estaban pobladas, aunque los de la galeota dijeron que habian visto canoas, mas entiéndese fué antojo: están en altura de diez grados

y un tercio á la parte del Sur, longitud mil y cuatrocientas leguas de Lima.

Pasadas estas cuatro islas, se halló viento Sudeste, que siempre duró, y á ratos con aguaceros pequeños; y no faltaban gruesos y espesos nublados de varios colores, y de ellos, por extrañeza, se formaban muchas figuras, que en contemplarlas se formaban muchos espacios, y á veces eran tan fijas que no se consumian en todo el dia; y por ser á la parte incógnita daban sospecha ser por tierra. Fuése navegando la vía del Oeste y de sus dos cuartas del Noroeste y del Sudoeste, siempre por altura conforme á la instruccion y voluntad del general, que fué no subir á doce grados ni bajar de ocho, y lo más ordinario se navegó por diez y once grados.

Isla Solitaria.—Martes á veinte y nueve de Agosto se vió una isleta baja y redonda, llena de arboledas y cercada en tierra de arrecifes que salen fuera del agua; su boj será de una legua y su altura de diez grados y dos tercios, distante de Lima mil quinientas y treinta y cinco leguas; y por ser sola se llamó *Solitaria*. Mandó el adelantado á los dos navíos pequeños que fuesen á buscar en ella puerto para hacer leña, de que iba muy falta el almiranta, y por ver si traia agua, de que tambien traia notable falta. Surgieron en diez brazas, y á voz alta dijeron al general pasase de largo, porque toda era suelo de grandes peñascos; los cuales se fueron viendo y pasando por encima con la sonda, unas veces hallando diez brazas y otras ciento; no habia fondo, y mirar la nao encima de tantas peñas

ponia espanto: no faltó priesa para salir, como se hizo, á limpia mar. Hay en su contorno de esta isla gran suma de caravelas, y la mancha de estos peñascos está al Sur de ella.

Ya iban en este paraje los soldados algo necesitados de sufrimiento, y así, cansados y gastadas las esperanzas, formaban públicas y secretas quejas, y haciendo corrillos habia disolucion en cosas que fueron rastro ó indicio para adivinar lo que pasó despues.

El maese de campo (como se ha dicho) era algo arrebatado, y así se habia encontrado con muchas personas de la nao. Debia de entender convenir tal modo para hacerse temer mucho; más al fin enseñó la experiencia y el tiempo lo que se podrá decir, y yo paso con que era hacerse querer mal y ocasion de que hubiese contra él criadas malas voluntades y áun amenazas; diciéndose en comun:—Aquí no venimos á perder, sino á ganar; el maese de campo mande las cosas del servicio del Rey como el Rey quiere se manden, que todos habemos de obedecer; haga su oficio y deje los agenos; excuse desprecios y mostrar el baston, que somos hombres de honra y no lo habemos de sufrir. Bien excusadas fueran con tan poca gente tantas cabezas: bastaba nuestro general, que no vamos donde sea necesaria la práctica de Flandes, ni la de Italia, sino á unos indios desnudos, para quien no son menester soldados matadores, sino varones animosos y bien intencionados. Habia, sobre todo, escuchas y correo al general y maese de campo, que cada uno tenia los suyos, que de espacio y menuda daban cuenta de todo

cuanto disimuladamente procuraban oir; y por lo quitado ó añadido disfrazaban la razon de tal manera que el que lo dijo, cuando se la preguntaban, no la conocia. A esta causa habia injustos ojos contra personas lejos de culpa, y éstas cuando querian dar sus disculpas y descargo eran menester ángeles para tantos de su abono, porque ya no habia lugar en lo segundo por tanto crédito al primero.

La razon era corta y así se pasaba la vida, que muchos decian estaba acabada por parecerles que nunca habian de hallar tierra, y que no habia necesidad de tanta tasa, pues la muerte era tan cierta; otros decian que las islas de Salomon ya se habian huido, ó que el adelantado estaba olvidado del lugar donde las halló, ó que el mar creció tanto que ya las cubrió de agua y se pasó por encima; otros decian que por llamarse marqués y hacer sus propios, los habia llevado con cuatro quintales de vizcocho á morir en aquel gran golfo, para ir á su fondo á pescar las grandes perlas que les habian dicho de hallar. Ponian sus argumentos y decian que es cosa y cosa, ha tantos dias que navegamos por altura de diez grados, y las islas que buscamos están en los mismos y nunca las hallamos; ó quedan atrás, ó nunca las hubo, ó por este camino daremos la vuelta á todo el mundo, ó cuando poco iremos á topar la Gran Tartaria. Ni el piloto mayor que llevamos, ni los demás pilotos ni el adelantado saben á dónde nos llevan, ni á dónde al presente estámos; eran fáciles de dar y quitar palmas á quien querian ó las hallaba su gusto.

Los pilotos de los otros navíos decian que subian sus

naos por peñas y encima de tierra, porque el lugar donde estaba pintada habia muchos dias se araba y que por mucha y poca altura se navegaba; y otras cosas decian que eran para decir los soldados. Tambien hubo quien dijo, que en tiempos estrechos y caminos largos, se conocen los verdaderos amigos y soldados.

El piloto mayor, á quien ya por las sospechas no faltaban cuidados de ver que no se hallaba la buscada tierra, y se habia pasado tan adelante de la longitud que el adelantado habia dicho que tenia, y de lo que oyó de cosas, por ser el archivo á donde todos iban á parar, dijo al general, á fin de que consolase á los soldados, que iban afligidos: á que le respondió, que tambien le habian dicho á él que tambien iban todos perdidos. El piloto mayor, por satisfaccion de su parte, le dijo en alta voz muchas cosas que se callan y concluyó con decir:—Y pues oye y no me responde quien lo dijo, téngalo V. S. en la cuenta que merece, que yo no vine á navegar para dejarme perder á mí mismo. Salió el capitan don Lorenzo con cierta razon bien fuera de propósito, á que el piloto mayor respondió:—¿Si no entienden las cosas, para qué las venden por otras? Juntáronse con estas pláticas tres quejosos, diciendo entre sí:—Muy otro es este negocio del que se entiende que fuera; aquí no hay honra, ni vida, segun somos todos compañeros y vivimos en esta casa sin puertas, ni sin guardas de amistad. Pero no faltó quien dijo: ¿qué hospitales han fundado ó servido para que quieran se mida Dios con sus deseos? Tomen lo que les dá con rostro alegre, que esto es lo bueno, y siendo así, lo que falta será tal que nos conviene.

CAP. XI.—De cómo se descubrió una isla y se reconoció la del volcan y la pérdida de la nao almiranta.

EL tropel de todas estas cosas y por decir, las pasó el adelantado con mucho sufrimiento, procurando evitar pecados públicos y secretos, en que hizo cuanto pudo, y más en procurar la paz de todos, dando ejemplo. Con las cuentas en las manos, y sin juramento mandaba sin perder dia rezar la salve, delante de una imágen de Nuestra Señora de la Soledad (que el piloto mayor lleva por ser su devocion), y las vísperas dias festivos los hacia celebrar solemnemente, banderas tendidas y gallardetes colgados, tocando los instrumentos de guerra. Hacia ser diestros á los soldados, y cada tarde alarde; por su persona acudia á las obras del galeon, ayudando á cuanto podia, aunque fuese en lo de más trabajo.

En este estado se hallaba la capitana cuando de la almiranta se pidió al adelantado una barca de leña, diciendo que á falta de ella habian quemado cajas y *cataes* é iban gastando las obras muertas de la nao. Esta se dió, y el otro dia se llegó á la capitana á dar, como era costumbre, el buen viaje, y el maestre de ella signi-

ficó al general su mucha necesidad y le suplicó no se apartase de su compañía, con que estarian todos animados. Pidióle socorro de agua, diciendo que solo tenian nueve botijas de ella; mostróse el almirante con mucha tristeza y dijo que las faltas de su nao eran muchas y su determinacion morir con aquella gente; pues á su causa habian venido allí. El adelantado los alentó cuanto pudo y les mandó diesen velas, que ya sus islas no podian estar lejos. Representóle el maestre que por llevar poco lastre iba la nao muy celosa, y á esta causa no sufria mucha vela, y que pues tenia ciento y ochenta y dos personas, que siquiera le diese veinte botijas de agua: el adelantado, aunque en su nao habia en aquella ocasion mas de cuatrocientas llenas, no quiso dar ninguna por parecerle embite falso.

Destos y otros malos tragos se pasaban, navegando hasta siete de Setiembre, que este dia, con viento Sudeste algo recio, se navegó á popa con sólo el trinquete bajo, sin boneta, al Oeste franco. Habia por la proa gran cerrazon de una estable y fumosa ceja, y por esta razon mandó el piloto mayor á la galeota y fragata, fuesen delante á vista la una de la otra y del galeon, y que si viesen tierra ó bajos ú otra cosa de que avisar, hiciesen por señas dos lumbres, que otro tanto se haria en respuesta ó en aviso; pero pudo tanto el recelo que se quedaron luego atrás la noche.

Con esta trabajosa duda se iba navegando con el cuidado á que tal noche obligaba, y como á las nueve de ella se vió la nao almiranta, y á las once por la banda de babor estaba un grande y muy espeso nublado, que

por aquella parte suya cubria el horizonte; los marineros, y todos los que levantaban los ojos puestos en él, dudosos si era tierra. Corrió el nublado su cortina, que era un grueso aguacero, y luego muy á lo claro se vió tierra, de que no estaba una legua, y reconocida con el regocijo que suele, en alta voz se pregonó la tierra, que todos salieron á ver. Cogióse al galeon la vela y puesto de mar en través se hicieron muchas señas á los otros navíos, y tanto, que aunque la noche era oscura, se podian ver á muy gran trecho. Respondieron de los dos y del otro no se vió seña. Pasó la noche enviando Dios el dia, con que se vió al Sudeste una punta rasa, algo gruesa y negra por ser abundante de arboleda de muy hermosa vista, y mirando por el navío no se vió la almiranta, de que todos quedaron tristes y confusos, mostrando el sentimiento que era razon se mostrase; y quien más perdió de vista fué doña Mariana de Castro, esposa del almirante, que por su falta bien lloró y continuo, y el general, aunque quiso, no pudo disimular, como todos á quien amargó su parte. Lo que se puede decir es que siempre estuve receloso de la pérdida de esta nao, por muchas razones que se pueden dar, cuya falta por pérdida se dijo en Saña, por ser distancia de mil ochocientas y cincuenta leguas. El otro dia al amanecer se dijo por una india que lloraba por muerto á un soldado amigo suyo que iba en ella.

Descubrióse tambien con el dia un sólo y amogotado cerro en la mar, alto y muy bien hecho, á modo de pan de azúcar, todo tajado, y á la parte del Sudeste otro cerrito. Pareció su cuerpo de tres leguas; está ocho de

la isla, no tiene puerto ni parte á donde poder saltar por el alcantil; es todo pelado por no tener árbol ni cosa verde, sino una color de tierra y piedras de extraña sequedad; tiene algunas hendidas, en especial dos á la parte del Oeste, y por ellas y lo más alto del cerro sale con estruendo mucha cantidad de centellas y tanto fuego, que puedo decir con verdad que diez volcanes que he visto, todos juntos no echan tanto fuego cuanto solo este echaba. Cuando se descubrió no se vió echar fuego; tenia una punta muy bien hecha, que á pocos dias que se tomó puerto en la isla, descoronó, reventando con muy gran temblor, que con ser diez leguas distante de él donde surgió, se oyó y sintió moverse el navío; y de allí adelante, de cuando en cuando, habia muy grandes truenos dentro de él, y esto al salir de el fuego, y en acabando salia tanto y tan espeso humo que parecia tocaba la superficie cóncava del primer cielo, y despues quedaba ordinariamente pruñendo.

Mandó el adelantado á la fragata fuese á bojear el volcan, que al Oeste estaba, por ver si acaso el almiranta habia pasado á la otra banda de él y á su abrigo estaba en calma, y que se viniese en demanda de la isla, y que se iba. A los soldados mandó que se confesasen, y por ponerles gana, él mismo se confesó en público, y el vicario por su parte les persuadió, pues salian á tierra no conocida, á donde no faltarian enemigos ni peligros.

CAP. XII.—De cómo salieron á las naos de la isla muchas canoas: dáse razon de ellas y los indios, y de lo demás que pasó hasta que se tomó puerto.

Estando ya cerca de esta isla, salió de ella un canalucho con su vela y detrás de él una flota de otras cincuenta, y dando voces y meneando las manos llamaban á las naos, y aunque con recelos tambien los llamaban los nuestros. Llegaron: la gente que en ellos venia era de color negro atezado y algunos más loros; hombres todos, de cabellos frisados, y muchos los traian blancos, rubios y de otros colores, por ser cierto el teñirlos y quitado la mitad del en la cabeza, y hechas otras diferencias; los dientes teñidos de colorado: venian todos desnudos, salvo partes que las cubrian con unas telas blondas, y con tinta más negra que su color embijados todos, y de otros colores hechas en el rostro y cuerpo algunas rayas. Traian ceñidas y en los brazos muchas vueltas de bejuco negro, y al cuello colgados muchos sarteles de cuentecillas muy menudas, de hueso y ébano y dientes de pescados; y de las caras de los ostiones de perlas, colgadas por muchas partes, muchas patenas

chicas y grandes. Las canoas eran pequeñas, algunas venian amarradas de dos en dos, con unos lechos un poco altos y contrapesos, así como los de las primeras islas. Sus armas eran arcos, y las flechas tenian puas muy agudas de palo tostado y ótras de huesos arponadas, y algunas de plúmas metidas en carcajes untadas las puntas, que pareció ser yerba; y aunque de poco daño, traian piedras, *macanas* de madera pesada, que son sus espadas, dardos de palo recio con tres órdenes de arpones, en más de un palmo de punta; y como se trae el tahalí traian unas mochilas de palma bien obradas, llenas de vizcochos, que hacen de unas raíces, de que todos venian comiendo, y con facilidad dieron parte. Como vió el adelantado su color, los tuvo por la gente que buscaba, y decia: esta es tal isla, ó tal tierra. Hablóles en la lengua que en el primer viaje aprendió; pero ni ellos á él, ni él á ellos jamás entendieron.

Pasáronse á mirar las naos, y todos andaban graznando al redor de ellas: nunca quisieron entrar, aunque más se les persuadió; ántes, hablando unos con otros, se pusieron pronto en armas, á que parece les persuadia un indio alto, flaco y viejo que en la delantera estaba; y sin esperar más se enarcaron los arcos para tirar. Hablábales el viejo y luego se abatian; corria la palabra de unos á otros y no se acababan de determinar, y finalmente, resueltos y dando grita, tiraron muchas flechas, que clavaron por las velas y otras partes de los navíos, sin hacer otro mal ni daño. Visto esto, se mandó á los soldados, que ya estaban prestos,

los arcabuzasen: mataron á unos é hirieron á otros muchos, con que todos, con grande espanto, se fueron huyendo, y en el batel se les siguió con cuatro arcabuceros, y alcanzados, se echaron dos á nado por salvar las vidas, que dejaron, y los demás, saltando en la playa, se emboscaron en la montaña.

Andúvose de una en otra vuelta buscando puerto, de todos tan deseado, con la paciencia gastada por el mucho trabajo que juzgaban padecian, entendiendo estaba el refrigerio cierto en saltando en tierra. Vino la fragata sin hallar la almiranta, que de nuevo dobló la sospecha y pena, y todos los tres navíos surgieron á la boca de una bahía al abrigo de unos bajos. El fondo era á pique, y con la creciente de la marea garró el galeon como á las diez de la noche, y con el peligro de dar en los bajos salió el general para animar á la gente y levar las áncoras. La priesa y bullicio fué grande por estar el peligro cerca, y el ser de noche lo hacia más cerca: no se podia soportar el descuido de los soldados; pero no faltó quien dijo á voces:—No son causas ni descuidos los servicios que han de merecer con el Rey; salgan de debajo de cubierta los peruanos bravos, y pues hay la fama, haya las obras: dentro en sí los tiene esta nao; ayuden aquí, pues es para fama y para redimir sus propias vidas. No quisieron ni les obligó la vergüenza, y sin ellos fué servido Dios que se recogieron las áncoras, y dadas velas salió la nao á ancha y limpia mar con trabajo, porque entraba el agua y los hacia rodar.

En amaneciendo, el adelantado se embarcó en la

galeota y fué á buscar el puerto, y halló uno el piloto mayor, aunque pequeño, que está al Noroeste del volcan, abrigado del Sudeste, que tiene doce brazas de fondo, pueblo, rio, lastre y leña y partes airosas. Volvióse el adelantado sin hallar puerto y las naos á entrar en la bahía, y por ser ya tarde se surgió en una punta que allí habia: saltó el sargento en tierra con doce arcabuceros para asegurar el puesto. Los indios de un pueblo que cerca estaba, los salieron á flechar con tanto ímpetu, que los obligó á hacer fuertes en una sola casa que allí estaba: de la nao se dispararon dos versos, con que los hicieron parar y huir, y la barca fué á traer la gente. Andúvose toda la noche por el mar, y el siguiente dia, el adelantado halló en ella un puerto muerto y abrigado de todos vientos, á donde se surgió, en quince brazas de fondo de lama, y junto tierra, rio y pueblos, de los cuales se sintió toda la noche músicas y bailes á su usanza, con palos unos con otros y tamboriles de palos huecos, en que los indios la pasaron.

CAP. XIII.—De cómo los indios vinieron á ver las naos, cómo se halló otro mejor puerto, la «guazabra» que los indios dieron y lo que hubo hasta que se pobló.

SURTOS en donde se ha dicho, vinieron á ver las naos y gentes muchos indios; los más de ellos traian unas flores coloradas en las cabezas y ventanas de las narices, y á persuacion de los nuestros entraron algunos dentro de la nao, dejando las armas en sus canoas. Entre los demás entró un hombre de buen cuerpo y color loro, algo flaco y cano; parecia su edad de sesenta años, y su rostro y voluntad de hombre bueno; traia en la cabeza unos plumajes azules, amarillos y colorados, y en las manos arco y flechas con puntas de hueso labradas, y á sus dos lados dos indios de más autoridad que los demás: este entendimos ser personaje, tanto por señalarse más que los otros, cuanto por el respeto que todos le tenian. Entró luego preguntando por señas quién era nuestra cabeza: el adelantado le recibió con grande amor, y tomándole la mano, le dió á entender quién era. Él le dijo que se llamaba MALOPE, y el adelantado á él, Mendaña: entendióle

Malope y le dijo, aplicando á sí el nombre, que se llamaba Mendaña y á el adelantado que se llamase Malope; y como se acabó de satisfacer de este trocado, mostró estimarlo mucho, y cuando le llamaban Malope decia que no, sino Mendaña, y por señas con el dedo mostraba á el adelantado, diciendo que aquel era Malope.

Tambien decia se llamaba JAURIQUI, y este nombre pareció ser de cacique ó capitan. El adelantado le vistió una camisa y dió otras cosas ligeras de poco valor; á los otros indios dieron los soldados plumas, cascabeles, cuentas de vidrio, pedacitos de tafetan y algodon y hasta naipes, y todo lo colgaron al cuello: enseñáronles á decir amigos, cruzando los dos dedos índices y abrazándose asímismo en señal de paz, lo que aprendieron y usaron mucho: mostráronles espejos, y con navajas les limpiaban la cabeza y barbas, y con tijeras cortaban las uñas de piés y manos, y de todo se holgaron mucho y espantaban; mas pedian con instancia las navajas y tijeras. Tambien procuraban saber lo que estaba debajo de los vestidos, y desengañados, hacian las mismas monerías que hicieron los de las primeras islas.

Esto duró cuatro dias; iban y venian, traian y daban lo que tenian de comer. Un dia vino Malope, que era el que más frecuentaba y más amigo se mostraba, junto á cuyo pueblo los navíos estaban surtos; juntáronse con él cincuenta canoas en que traian sus armas escondidas, todos esperando á su Malope, que estaba dentro de la nao capitana, de donde, porque un soldado tomó un arcabuz en las manos, se fué huyendo á sus embar-

caciones sin que le pudiesen detener, y luego á tierra y todos tras de él: en la playa habia otro golpe de gente de quienes con gran alegría fué recibido, y todos juntos hicieron grandes consultas. Los soldados se mostraron apesarados de ver tanta paz, y más quisieran que dieran ocasiones de romper y darles guerra.

Aquella misma tarde, los indios sacaron todo lo que en unas casas más cercanas habia y lo retrageron al pueblo de Malope, y la noche siguiente hubo de la otra parte de la bahía grandes fuegos, que duraron la mayor parte de ella; pareció ser señal de guerra, y se confirmó por la sospecha que aquel dia habian dado las canoas andando de unos á otros pueblos á mucha priesa, como que aprestaban, ó avisaban de algo.

La mañana siguiente salieron de la galeota en el batel á buscar agua, en un riachuelo que muy cercano estaba, y andándola cargando, estaban pocos indios emboscados y dando gritos, flecharon á tres de los nuestros y los vinieron siguiendo hasta la barca, de donde porque los arcabucearon se detuvieron. Los heridos fueron curados y el adelantado mandó al punto al maese de campo saliese á tierra con treinta soldados, y á fuego y sangre procurase hacerles todo el daño que pudiese; mas los indios hicieron rostro, de que murieron cinco y los demás huyeron: retiróse nuestra gente á su salvo, y embarcada se vino para las naos, dejando cortadas palmas y quemadas ciertas canoas y casas, y trajeron á tres puercos que mataron.

Este mismo dia envió el adelantado al capitan don Lorenzo, con veinte soldados y marineros en la fra-

gata á buscar la almiranta; llevando por instruccion, que por la parte que estaba por ver de la isla la bojease y se fuese á poner en el paraje donde habia anochecido la noche que se vió la tierra, y que estando allí fuese del Oeste al Noroeste, que era el rumbo que la almiranta podia llevar, fuera del que la capitana habia seguido, y que viesen lo que por aquel camino hallaban.

Ordenó tambien al maese de campo, se aprestase con cuarenta soldados á ir aquella madrugada, como fué, á unos ranchos que cerca en un cerro estaban, para hacer castigo en los indios por los nuestros que flecharon, y por ver si con el daño hecho á estos podian excusar otros mayores. Llegó sin ser sentido de los indios, cogióles los pasos, cercóles las casas y les pegó fuego y embistió á siete indios que dentro estaban, los cuales, viéndose apretados de fuego y gente, procuraron defenderse como hombres de valor, y no bastando, embistieron con los nuestros y se metieron por sus armas sin estimar las vidas: las dejaron los seis, y el que escapó corriendo fué mal herido. El maese de campo se recogió á las naos y trajo flechados siete soldados, y cinco puercos muertos.

Venida la tarde, vino Malope á la playa porque los pueblos y canoas que se quemaron eran suyas, y en voz alta llamó al adelantado por nombre de Malope, diciendo:—Malope, Malope; y dándose en los pechos por sí mismo decia: Mendaña, Mendaña. Abrazóse, y deste modo se quejaba, mostrando con el dedo el daño que le habian hecho; y por señas decia que su gente no habia flechado á la nuestra, sino los indios de la otra parte

de la bahía, y enarcando el arco daba á entender, que todos fuésemos contra ellos, y que él ayudaria en la venganza. Llamólo el adelantado, con deseo de que viniese para darle satisfacion; pero no vino y se fué, volviendo otro dia en que hubo de parte á parte mucha amistad.

El dia de San Mateo apóstol y evangelista, se dieron las velas de este puerto para otro mejor y más acomodado, que se halló á media legua, dentro de la misma bahía. Yendo navegando hácia él, vino el capitan don Lorenzo y trajo por nuevas, que bojeando la isla en cumplimiento de la instruccion que llevó, vió en ella, Norte Sur con la bahía donde estábamos surtos, otra que no parecia ménos buena y que mostró más gente y embarcaciones; y que más adelante vieron, junto á la isla grande, otras dos medianas muy pobladas; y que en la parte del Sudeste ocho leguas, vieron otra isla que pareció tenerlas de boj; y que nueve ó diez leguas, como á Lesnoroeste de donde nos anocheció cuando se vió la tierra, topó con tres islas, la una de siete leguas de cuerpo y las otras dos muy pequeñas, todas tres pobladas de gente mulata, color clara, y llena de muchas palmas, con una gran cantidad de arrecifes que corrian al Oesnoroeste, con sus restingas y canales á que no vieron fin; y que de la nao buscada no hallaron rastro alguno.

Surgióse en el ya dicho segundo puerto, y toda la noche los indios de aquella parte la pasaron en dar gritos, como que toreaban ó hacian burla, y muy claro decian *amigos*, y luego voces; y en esto y en hacer

fuegos se pasó. Venida la mañana, vinieron de tropel á la playa más cercana cantidad de quinientos indios, todos con sus armas en las manos, con las cuales y con furia de enemigos amenazaban y tiraban á los navíos muchas flechas, dardos y piedras; y viendo que no alcanzaban con ellas, muchos se metian en el agua hasta los pechos, otros á nado, en suma, todos en voluntad, diligencias y alaridos estaban parejos. Acercáronse tanto, que aferrados á las boyas de las naos se iban con ellas á tierra; hasta que visto por el adelantado su atrevimiento, mandó al capitan don Lorenzo, su cuñado, que con quince soldados en la barca saliese á escaramuzar con ellos: los rodeleros amparaban á los arcabuceros y bogadores, y con todo flecharon á dos, y fueran más si no fuera por las rodelas de que pasaron algunas de parte á parte. Los indios peleaban muy esparcidos y de salto, y se mostraban tan briosos, que se entendió habiamos encontrado gente que sabria bien defender su casa; pero esto duró en cuanto les pareció que nuestras armas no hacian el mal que hicieron y vieron; que como se desengañaron con la muerte de dos ó tres, y de algunos heridos, desampararon la playa, y dejado el brio, tomando la del camino de su casa, llevaron los muertos y heridos, á quienes metieron arrastrando con la priesa que los nuestros les dieron en el monte; los heridos los llevaron en los brazos, y á otros ayudaban á andar, dejando por donde iban el rastro de su propia sangre.

El capitan don Lorenzo, aunque no llevaba órden de desembarco, con la gente siguió los indios, y el

maese de campo, que desde la nao estaba mirando el suceso, le dijo á voces, que ponia la gente á riesgo, que á ser otro que era, lo castigara por haber tomado la licencia que no se le habia dado. Sintióse mucho de esto doña Isabel, y es que debió de entender, que por ser hermano suyo no habia en la disciplina militar para él cosa limitada. Embarcóse el maese de campo con treinta soldados, con quienes desembarcados todos fueron en seguimiento de los indios, que por no esperar no hubo cosa que contar. Túvose por cosa cierta, que habia dicho el maese de campo al capitan don Lorenzo, que si no habia de obedecer, ni era para ser capitan, que arrimase la jineta, que no faltaria á quién darla que supiese lo que habia de hacer; y que sabido esto por doña Isabel, habia dicho palabras de que se sintió mucho el maese de campo, el cual no se volvió á embarcar, sino aquella noche fué á dormir á uno de los pueblos de los indios que estaba cerca, y sólo; que todos aquella noche guardaron bien el silencio.

CAP. XIV.—De cómo se comenzó á tratar de la poblacion y lo que pasó, poblando, con las quejas de los soldados.

El siguiente dia, hallándose el maese de campo en tierra, trató con los soldados de desmontar un sitio que junto á un grande manantial estaba, para la funda-

cion de un pueblo. No agradó el lugar á los soldados por entender seria enfermo, y por esto se vinieron á la nao, algunos de los casados, á avisar al adelantado de la determinacion del maese de campo y pedirle saliese á tierra, á hacer que se poblase en uno de los pueblos de los indios, que estaban las casas hechas y los sitios usados, que no podian dejar de ser más á propósito que el lugar que se escogia; y que pues los indios no tenian poblado allí, era indicio de su mala disposicion; ó si no, que hiciese lo que mejor le pareciese.

Salió á esto el adelantado á tierra é hizo junta; y porque los solteros fueron del parecer del maese de campo, incontinente se sacaron hachas, machetes y azadones, empezando á cortar árboles que los habia de lisos troncos, altos y coposos y en hojas muy diferentes. Poco contento quedó el adelantado del acuerdo, por ser su intento poblar en una punta rasa, que está más á la entrada de la bahía, á donde fué con el maese de campo y soldados; y todos vinieron diciendo de la tierra ser una Andalucía, y muchas las haciendas que los indios allí tenian, y el sitio para un pueblo tan agradable como bueno.

Con mucho gusto los soldados cortaban árboles, traian palos, con que armaban chozas, y las palmas y ramos con que las cubrian: olvidados de lo que trabajaban y del regalo que habian dejado, y del poco que de presente tenian, no se acordaban de patrias, ni de haber dejado la provincia del Perú tan rica y larga, á donde no hay hombre pobre de esperanzas. Todas las dificultades representadas y á la vista se vencian por

su Dios y por su rey; que todo lo puede el ánimo y valor de los españoles, á quien no espantan trabajos ni malos sucesos suyos ni agenos, por árduos ni temerosos que sean. Al fin hicieron sus casas y plantaron sus tiendas, cada uno como mejor pudo, para principio de las que habian de hacer en partes donde entendieron vivir y acabar con honra y fama; mas pudo el diablo tanto con algunos, que tenian en el alma las delicias de Lima, que bastaron para robar á los demás sus altos pensamientos, y abatir así el ánimo como la constancia que para conservarse y permanecer en tales cosas es menester.

No se desembarcó el adelantado, y desde la nao mandó lo que le parecia convenir al buen gobierno de su gente; mas los soldados, á quien pocas veces ó ninguna las cosas limitadas parecieron bien, comenzaron á quejarse de un bando que el adelantado mandó echar, en razon del buen trato de los naturales y de sus casas y haciendas; y no faltó quien les dijo que no les habia de dar repartimiento, sino una moderada paga, pues bastaba haberlos llevado á su costa, y que todo era suyo, y otras cosas que notaban y bastaron para acordarse de lo que habian gastado y dejado, y del trabajo que padecian y esperaban; con que subian quejas de punto y por todo punto iban perdiendo el amor.

CAP. XV.—En que se dá particular relacion de esta bahía, indios, puerto, pueblos y bastimentos, con lo demás que se vió en ella.

Esta bahía, á quien el adelantado puso por nombre la Graciosa, que tal es ella, tendrá de circuito cuarenta leguas y media; córrese de Norte Sur cuarta al Nordeste y Sudoeste; está en lo más occidental de la isla, por la parte del Norte de ella y al Sur del volcan ya dicho; tiene de boca media legua, y á la parte del Leste un arrecife; pero muy franca la entrada. Esta bahía se hace con una isla que está de la parte del Oeste, cuyo puerto es de cuatro leguas; es fertilísima, y muy poblada por las orillas y tierra adentro, y tanto que la llamabamos la nuestra huerta: está apartada de la isla grande poco espacio, con piedras y bancos y algunos pequeños canales por donde no pueden pasar sino bateles y canoas. El puerto está en lo postrero de la bahía entre un copiosísimo manantial de clara agua y muy buena, que á trecho de tiro de mosquete sale debajo de unas peñas á la mar donde desagua; y á la ribera de ella y de la mar es á donde se plantó el campo: á la parte del Leste de este manantial á tiro de arcabuz

hay un mediano rio. Está el puerto en altura de diez grados, un tercio, y de Lima mil ochocientos y cincuenta leguas; hay en él refriegas del Sudeste, cosa de poco daño; su fondo es lama, y de cuarenta, treinta y veinte brazas; súrgese muy cerca de tierra. En toda esta bahía no se halla donde surgir sino en este puerto, y en el primero que se dejó por ser pequeño; todo lo demás es mucho ó mal fondo por ratones; tiene más otro manantial en una playa de arena limpia; su agua es bonísima; tiene más un buen rio y un riachuelo que á modo de acequia va por junto á las casas de Malope á entrarse en la mar.

Hay en esta bahía muchos puercos, que asan enteros sobre guijarros, gallinas como de Castilla, muchas de ellas son blancas, estas vuelan por los árboles y crian en ellos, perdices de Castilla ú otras que se parecen con ellas.

Hay grandes palomas torcazas, tórtolas de las pequeñas, patos y garzas pardas y blancas, golondrinas y otros pájaros que no conocí. De sabandijas sólo ví unas negras lagartijas y hormigas, y sin mosquitos; cosa nueva en poca altura.

Hay mucho género de peces, que los indios pescan con tres mallos, que tienen muchos y grandes; parecia ser de pita el hilo, con boyas de palo ligero y las plomadas de piedra.

Hay mucho número de plátanos de siete á ocho castas; los unos son colorados, tan anchos como una mano de través, y otros de la misma color muy pequeños y tiernos; y otra casta de pequeños, aunque es-

tén maduros, siempre la cáscara está verde y el meollo, aunque no tanto; otros largos y torcidos con una vuelta, de sabor y olor lindísimos, y los racimos de muchos plátanos cada uno.

Hay mucha cantidad de cocos y muy grandes cañas dulces, y unas almendras de tres esquinas, que el meollo de cada una de ellas será como el de cuatro almendras de las de Castilla y su sabor es bonísimo: hay unas piñas muy hermosas del tamaño de una cabeza de un hombre, y los piñones tan grandes como una almendra de España: los árboles donde nacen tienen pocas hojas y esas grandes; otra casta hay de muy buenos piñones que en unos grandes y largos racimos nacen en unos pequeños árboles de hojas redondas, y será cada uno con su cáscara, hechura y tamaño de un dátil: tambien hay de la fruta grande, que se alabó mucho, de las primeras islas, y las nueces y castañas como las otras; hay otra á que llamaron camuesas; nacen en altos y grandes árboles, y otra que no es tan buena, á modo de peros; y como no se anduvo la tierra, ni se estuvo todo el año, no se sabe lo que hay más de frutas.

Hay tres ó cuatro castas de raices en cantidad, y este es su pan, y las comen asadas ó cocidas; la una de ellas toca de dulce, las otras dos al comer pican un poco: comió una cruda un soldado, de que le resultaron grandes bascas, pero pasó el accidente. De estas raices hacen los indios atajadas, grande suma de vizcocho, ó seco al sol ó al fuego; guardándolo en espuertas de palmas: es buen sustento, y solo tiene de malo ser

algo cálido, pero mucho se comió de él y de las raices asadas y cocidas y en las ollas.

Hay mucho del bejuco de que en todo lo oriental se sirven como de cuerdas.

Hay grandes y colorados bledos, verdolagas y cierto género de calabazas, y mucha albahaca de fortísimo olor: hay unas castas de flores coloradas de buena vista, que los indios precian mucho; no tienen olor: críanse en arbolitos como agies, y tiénenlos como en macetas junto á sus casas.

Hay cantidad de gengibre; éste nace sin que se siembre: hay mucha cantidad de yerba bien alta y enramada que se llama *jiguilete*, que es de la que se hace tinta añil: hay árboles de pita, mucha demajagua, de que hacen sus cuerdas y sus redes, y de los cocos se sirven aunque poco.

Hay caracoles como los que traen curiosos de la China, y conchas de las ostias de las perlas, unas grandes y otras pequeñas.

Habia en nuestro pueblo, orilla del manantial, un árbol que los indios tenian en su tronco herido, y destilaba por allí un licor de buen olor, que parece mucho al aceite de abeto, y de esto ó de otro que con él se parecia se hallaron calabazos llenos: hacen los indios muchillas y bolsas de palmas muy bien obradas, y grandes petates que sirven de velas para sus embarcaciones; usan hacer unas telas, no sé de qué son tegidas, en unos pequeños telares que tienen, las cuales sirven en lugar de lienzo y de mantas con que las mujeres se cubren.

Los naturales ya he dicho que son negros y loros; y

es gente como la que hay entre nosotros de su color. Usan mucho una comida, que tambien es muy usada en la India oriental, que se llama betel; en las Filipinas *buhio*: es una hoja á hechura de un corazon, su tamaño de una mano más ó ménos, su olor, sabor y color como de clavo: juntan á ella cal, al parecer hecha de conchas, y unas del tamaño de bellotas, que es fruta algo recia nacida en palmas bravas; échase fuera la primera mascadura y el demás zumo tragan: alábase por provechosa y buena para fortalecer estómago y dentadura.

Sus pueblos son de veinte casas más ó ménos, y hácenlas redondas, de tablas armadas sobre un solo estante de palo grueso; tienen dos sobrados, á que suben por escaleras de manos, con cubiertas de palmas ensartadas unas en otras, que hacen la forma de pajares de Castilla; son abiertas todas en ruedas, altura de medio hombre, y cercadas de un paredon de piedras sueltas, con su entrada en lugar de puerta, y es de manera que la cobija no llega á las tablas más de la cumbre, y queda sirviendo como un pabellon. Habia en cada pueblo una casa larga, como oráculo, con figuras humanas de medio relieve mal obradas, y otra casa larga que parecia ser de comunidad; y á la larga, por en medio de ellas, unas barbacoas de cañas. Habia de estos pueblos orillas de la mar diez ó doce, y en cada uno, uno ó dos pozos con curiosidad empedrados y con escalones á nuestra usanza, por donde se baja á ellos, y cubiertos con sus tapaderas de tablas; y en la orilla del mar algunos corrales cercados de piedras, á donde cuando la mar crece

pescan, con cierta invencion y un palo á modo de guimballete de bomba.

Tienen unas hermosas y grandes canoas con que navegan á lo léjos, porque las chiquitas no les sirven más que para cerca de sus casas; estas tienen formada su quilla algo chata; su popa y proa son de un solo tronco; tienen su escotilla en medio por donde sacan el agua que entra y en él meten el árbol mayor: arman en ellas unas barbacoas con palos atravesados y con cuerdas muy fuertemente amarradas, de los cuales nacen otros á la larga que se cruzan por un bordo y sirven de escorar para no trastornarse; de modo que el vaso solo sirve de sustentar esta fábrica en que caben treinta y más hombres con sus hatos: la vela es de petate y larga, ancha por arriba y angosta por abajo, son muy veleras y buenas de barlovento, y nuestra fragata procuró coger una y se le fué de debajo del bauprés.

Tienen sus haciendas, labranzas y frutales muy puestos en razon. La tierra es negra, esponjosa y suelta; hay tambien barriales; las partes donde siembran, desmontadas. El temperamento es como el de las demás tierras de su altura: algunos truenos y relámpagos hubo y muchos aguaceros, pero no mucho viento.

A la isla puso por nombre el adelantado de SANTA CRUZ. Tiene de boj al parecer cien leguas: todo lo que de ella ví, se corre casi que del Leste Oeste; tiene mucha arboleda; no es tierra muy alta, aunque tiene sierras con quebradas y llanos con algunos carrizales; es

limpia de bajos, y los que tiene están muy en tierra: es muy poblada por todas las orillas del mar; por la tierra adentro no se sabe dar razon, porque nunca se anduvo.

CAP. XVI.—De cómo se comenzó la inquietud de los soldados por un papel y firmas; de lo que sobre ello dijo el adelantado á ciertos soldados, y de algunas murmuraciones y casos feos que hubo.

Como está dicho, el adelantado no se desembarcó por no tener casa hecha, y así, estaba en la nao y el maese de campo en tierra, á cuyo cargo estaba el órden de las cosas de ella. Empezó nuestra gente á buscar que comer, y siempre que iba un caudillo con doce ó quince soldados por los pueblos de los indios, (que eran muchos y del nuestro estaban cerca) y por sus labranzas y haciendas, ninguna vez dejaron de traer de seis hasta doce puercos, muchos cocos y plátanos y todo lo demás que en la isla hay; hallando los indios llanos y muy de paz, que aunque es verdad que al principio se huyeron, ya estaban con sus mujeres é hijos muy quietos en sus casas, y ellos mismos nos traian

de comer cerca del campo, no los dejando entrar porque no viesen nuestra poca gente, y lo propio hacian á la nao, que ya parecian amigos segun la solicitud.

Tambien Malope guardaba esta órden, y por la voluntad que á todos mostraba, nos pareció ser muy fija su amistad; y llegó á tanto, que el capitan don Lorenzo habia concertado con los indios que vendrian á ayudar á hacer nuestras casas: pidiendo que los dejasen en las suyas, mostrando gran sentimiento cuando se las deshacian. Un dia de los que vinieron, salió el vicario á ellos, y muchos con él; é hizo de dos palos una cruz; mandónos á todos la fuésemos á reverenciar; y luego los indios hicieron lo mismo, y se fueron con ella á su pueblo en procesion.

Estando las cosas en este estado, comenzó á haber entre los soldados pareceres bien diferentes de los del adelantado. Dijeron que la tierra era ruin y muy pobre, y que no habia que comer en toda ella, y que el sitio que poblaron no era bueno; no hallaron nada que les contentase. Lo que ayer les habia parecido muy bien, ya les parecia mal; guiados de sus antojos, y olvidados de las obligaciones que tienen los que siguen la bandera de su Rey. En suma, hubo un papel con ciertas firmas, y lo que en él se decia, que pedian al adelantado los sacase de aquel lugar y les diese otro mejor, ó los llevase á las islas que habia pregonado. Tuvo el adelantado noticia del papel y firmas, por las escuchas y correos que el diablo tenia puestos y prestos para llevar y traer. Cayó luego enfermo, al parecer de pena de ver un tan mal principio á lo que deseaba muy buen fin; mas

viendo cuán desordenadamente se corria, salió á tierra, y encontrando á uno que habia firmado, le dijo:—¿Es vuesa merced cabeza de bando? ¿ya otro no sabe que firmas de tres, sin el que puede, es género de motin? y él respondió, dándole en la mano un papel:—Hé aquí lo que pedimos, y si otra cosa han dicho mieten. Sacó otro argumento un soldado, y el adelantado le dijo:—Calle, que tiene por qué callar. Y con esto se volvió á embarcar, y al punto mandó que el piloto de la galeota fuese á tierra, á donde fué recibido de ciertos soldados: sonóse que éste les dijo dejasen aquella tierra que en ménos de treinta dias los llevaria á otra buena.

Entre medio de revoluciones se hizo en fin nuestra iglesia, para lo cual ya habia de limosna presente buena copia, y de mandas futuras partida de diez mil ducados; y cada dia los sacerdotes decian misa en ella.

Acudíase á buscar que comer, y cortábase mucha majagua para hacer cables: recogíanse la cuerdas que se podian haber de los indios; y la firma del papel andaba viva: túvose por cierto haber ochenta firmas. Los solicitadores no se olvidaban de afear la tierra, recordar trabajos é imposibilidades; y uno de estos dijo á otro lo por qué le respondió, que en todo el mundo se trabajaba y que los trabajos de aquella tierra eran de calidad que bien merecian sus personas.

Dos muertes de dos indios se dijo habian pasado, así: que estando el uno debajo de nuestra amistad, un soldado le dió un arcabuzazo por la garganta, con que luego cayó muerto; y el otro, que estando en conversacion, le llamaron cuatro soldados aparte, y á puñala-

das le mataron. Y esto se praticaba, y hacian por poner los indios de guerra y que con ella faltasen los bastimentos, para que obligados de su falta, fuesen las voluntades todas unas en salir y dejar la tierra; y tambien para que apretados los indios, apretasen el campo, y con este achaque pedir al adelantado la artillería, y desarmándola quedar fuertes. Sonábase que querian matar no sé á quién, y á ciertas personas que le seguian, y que los oficios estaban entre amigos repartidos; y se decia que una noche querian tocar arma falsa, y saliendo los del adelantado de sus casas, dar en ellos.

Fué público que una noche, un tropel de armados iban á entrar en una casa á donde se guardaban de ellos; y como los sintieron y les pusieron los arcabuces en los pechos, se volvieron y entraron en una tienda, donde tentando las camas, no hallaron los dueños que juntos vivian, y juntos con temor dormian en el monte, y sus mujeres que lo sintieron se alteraron. Y en otra parte probaron con una espada el lugar de una cama, y siendo sentidos se fueron; y esto lo contaban los mismos. Y porque los cuentos fueron sin cuento, los dejo: y digo que un soldado me dijo como otros le habian preguntado, si queria ir al Perú; y que él habia respondido que sí; y viendo su voluntad le dijeron que firmase el papel, que le mostraron, para pedirlo al adelantado; y que habiendo firmado le dijo cierta persona:—Pues habeis firmado, tened alistadas vuestras armas; y si viéredes trabado al maestre de campo y adelantado, poneos á la parte del maestre de campo, y

haced como buen soldado: apuntad con vuestro arcabuz, y disparad; y no os digo que mateis; mas si matáredes, etc.; y que este mismo dijo en otra ocasion: —Mal haya yo porque anoche estorbé que no matasen á tantos hombres como se quisieron matar.

Entre los varios pareceres de los inquietos, era uno que diesen barreno á los navíos, y que no era de importancia enviar aviso al Perú, porque las islas do se hallaban, aunque fuesen buscadas no habian de ser halladas: y así que todos habian de ir ó ninguno. A esto dijo un mejor intencionado, que la venida habia sido por el bien de la gente de aquellas partes, y que si no se avisaba al Rey, para que enviase socorro, no se podia conseguir lo deseado. Encendió tanto esta honrada respuesta á otro, que vuelto una brasa, en ira le dijo: que no se quieren convertir: es un hato de ganado: como se han estado hasta agora se estén de aquí en adelante, que no habemos de morir aquí porque se salven; y prosiguiendo el primero dijo:—Dichoso seria yo, si el Señor me concediera fuese medio para que una sola alma se salve; cuanto más tantas como aquí se pueden salvar. Esto de volver al Perú, andaba tan válido, que no querian que ni áun el piloto mayor saliese por la mar á las cosas de importancia á que se ofreció; porque decian que se queria ir con la gente marinera, y no volver allí; y pudo tanto con el adelantado esta novela, que quitó las velas todas, y las puso en el cuerpo de guardia. No fué sólo este el falso testimonio que se levantó, pues tambien á otra persona le levantaron otro; con que dejar la vida era poco, á trueque de que ellos

cumplieran sus deseos; pero aquí se vió por experiencia que aprovechan poco trazas contra la verdadera inocencia, porque al autor de ellas las desbarata y mata; y bien sé que el daño que se pretendieron hacer, ya se lo ha perdonado. Dijo un amigo á los suyos:—¿Es vuesa merced de los otros que querian dejar la tierra?—Hermano, le respondió: ¿y qué habemos de hacer aquí? Dijo el otro:—Lo que venimos á hacer; y cuando todos se fuesen, habia de quedarse sólo por cumplir con lo debido; y que el amigo que desdijese, lo habia, sin más órden, de desangrar con un puñal.

Este tiempo confuso y bueno era para que cada uno brotase claro la buena voluntad, si la tenia. Quejosos é indeterminados soldados, como no se les vé firmeza, abren puertas para que les tienten los ánimos y se determinen los que están y no están determinados, que diga uno en público:—El maese de campo es mi gallo, todos le han miedo: lo que él manda se obedece. Ya anda madurando: ántes de poco se verán cosas y luego tendremos libertad. Tambien se decia, que en los vestidos de doña Isabel habia para gastar dos años; y que dijo uno, que se habia de tener por muy dichoso quien sacase á su mujer de la mano; y otro:—Quédense los tales y tales, que nosotros nos habemos de ir aunque pese á quien pesare, y en mi reino me he de ver; y semejantes disparates que los llevaban precipitadamente á la muerte; y tambien que se decia: llevaremos por piloto á fulano, que no es conocido en el mundo, y este nos llevará al despoblado de Chile, y con que quiera lo contentaremos, y nos iremos á Potosí. En fin, cada pa-

labra era un motin y alzamiento. Bien se fabricaba esta torre de confusion sobre cimientos de venganzas, y vanidades desordenadas de ambicion y cudicia, pestes en semejantes empresas. Esto de faltar reportacion y prudencia, ¿qué no destruirá? Yá bajo se verá.

CAP. XVII.—De cómo salió el adelantado á tierra y lo que sucedió, y dijo al maese de campo: y lo que se trató entre el vicario y piloto mayor.

VIENDO tantos desconciertos, se determinó el adelantado á salir en tierra, en donde encontró ciertos soldados con sus espadas en las manos. Preguntóles por qué razon las traian; y el uno le respondió que porque estaban en tierra de guerra. Llegóse el maese de campo al adelantado diciéndole:—V.ª S.ª sea bien venido; paréceme que estos bellacos van y vienen con cuentos y me revuelven con V.ª S.ª; pues voto á tal, que si V.ª S.ª no lo remedia, que los ha de hallar una mañana en un árbol colgados á todos tres; apuntándolos con el dedo. A esta desenvoltura respondió el adelantado, con mucha paciencia y mostrando gran tristeza:—No harán; no harán; y mostrando gran triste y callando.

Replicó el maese de campo:—Bellacos, que no son para quitar las migas á un gato; y fuera de V.ª S.ª, que le tengo yo sobre mi cabeza (y esto con el sombrero en las manos), no los estimo á todos, desde el chico hasta el mayor, en lo que tengo debajo de mis piés, y ninguno merece lo que yo, que soy caballero; y todos cuantos aquí están, fuera de V.ª S.ª, se quieren ir y dejar la tierra; y á V.ª S.ª tengo yo de obedecer y servir; y sabe Dios que si no fuera por mí que la honra de V.ª S.ª que estuviera por el suelo; y anoche habian de matar la gente de dos casas si no lo estorbara. La una es la de fulano y la otra me callo yo. Dijéronme que habia dicho más: ya yo agora no soy parte; hagan lo que quisieren. Este dia se libertó un soldado con el general. Estaba el maese de campo presente y se lo riñó. Visto por el adelantado, y considerando esta y las libertades de los otros dias, dijo:—¡Ya me pierden el respeto! Fué un hombre de bien, de su parte y parecer, á responder por él y por la honra de su Rey; mas trabándole el adelantado de un brazo, le dijo:—No es tiempo, no es tiempo.

Hacia algunas salidas el general para ver si su presencia los templaba. Encontróse un dia con el maese de campo y díjole:—De todo esto que anda, vuesa merced tiene la culpa, pues dá á los soldados alas y les sufre chismes. Respondió el maese de campo:—Los chismes en el navío andan, que yo no doy á los soldados favor; mas ántes he hecho que respeten á V.ª S.ª y obedezcan como á gobernador.

En otra salida, tomó la mano el maese de campo, quejándose al adelantado por cosas que doña Isabel ha-

bia hablado de él. El adelantado se amoinó esta vez más que las otras. Fuése el maese de campo, y el adelantado se entró en el cuerpo de guardia: acostóse sobre una caja, mostrando gran sentimiento; y estaba tal, que para subir los piés en ella, le ayudaron. Llegó el piloto mayor y algunos otros diciéndole, no tuviese pena y estuviese cierto que todos le eran servidores y le habian de seguir. Habiendo descansado un poco, se fué á la nao y sonóse que habia dicho el maese de campo.—De mano armada venia el general para mí; y que dijo más;—que cosa era no haber ido apercibido, como era de razon, y ya que les habia engañado, no traer siquiera doscientas hachas y trescientos machetes; y que lo llevó á una tierra á donde Dios ni el Rey se habia de servir de la venida; que si en otra parte tuviera aquella gente, le fuera de mucho provecho. Estas cosas del maese de campo las digo ayudado de otros, porque no estoy de todas ellas muy acordado.

La última vez que el adelantado salió á tierra, fué á tratar con el maese de campo la traza y el lugar de una estacada que habia de servir de fuerte, y sobre esto y sementeras, y otras cosas tocantes al buen gobierno, hubo que averiguar y hartas vanidades que notar. ¡Qué de mayorazgos, parentescos, títulos ó cuando poco privados de ellos! ¡Qué de mandas, respuestas y satisfacciones! ¡Qué gastaderos de tiempo y quebraderos de cabeza! Y en suma, no se fiaban unos de otros. Este dia se dispararon desde el campo dos arcabuces, y la bala del uno pasó zumbando por encima del piloto mayor, que estaba en la capitana: la otra bala pasó por

encima de la fragata, y no sé á qué pájaros tiraban.

La noche siguiente, el piloto mayor, que tenia su órden en la guarda de la nao, la veló con cuidado, y á su cuarto, que era el del alba, vino en una canoa don Diego Barreto á hablar á su cuñado; y habiéndole hablado, me dijo que las cosas del campo andaban tales, que no prometian ménos que su muerte, y las de sus hermanos y cuñado, con que habrian cumplido con sus obligaciones. A este tiempo estaba el maese de campo diciendo en tierra: Arma, arma. El piloto mayor mandó al punto que el condestable pegase fuego á una pieza, que estaba asestada al pueblo, y que fuese la bala por alto, ó para espantar los indios ó para que se entendiese que no dormian sin perro. Cesó el ruido de todos, y sonó la voz de uno, diciendo al general les enviase pólvora y cuerda: hízose sordo por entónces, y ya que rompia el alba les envió lo pedido y juntamente á preguntar la causa del alboroto; y respondióse que las postas de cierta parte sintieron bullir unas ramas, y creyendo que eran indios, habian tocado arma.

Este mismo dia salió el vicario á tierra á decir misa, como lo acostumbraba, porque tambien estaba en la nao por falta de casa en el pueblo, y cuando á la tarde volvió le dijo al piloto mayor:—Iráse sin falta aquella gente. Preguntóle el piloto mayor:—¿A dónde se han de ir? Respondióle el vicario:—Solo sé lo que digo. Y el piloto le dijo:—¿Qué gente de mar han de llevar? ¿han de matar ó hacer fuerzas? Dijo el vicario, que sí: que á todo eso estaban determinados. Rogóle el piloto mayor que procurase que los soldados se quietasen,

pues si se iban, los naturales habian de ser los perdidosos. Encogió los hombros, diciendo:—De muy buena gana gastara aquí cuatro años en dotrinar á los indios. Y el piloto le dijo:—Aún no há un mes que llegamos; ¿cómo se ha de sufrir tan poca firmeza en hombres de honra?

CAP. XVIII.—De cómo el piloto mayor pidió licencia para ir en nombre del general á hablar á los soldados á tierra, y lo que con ellos pasó.

El siguiente dia, que fué un viernes, viendo el piloto mayor la determinacion de la gente del campo, por lo que el vicario le habia dicho, y la falta de salud y tristeza del adelantado, le pidió licencia para de su parte ir á hablar á los soldados; á que le respondió el adelantado:—No sé si esa gente estará para oir cosas dichas en mi favor y de la tierra, por estar ya tan declarados y determinados en hacer su voluntad. Volvió el piloto segunda vez á instar por ella, y al fin se la concedió; y con esto fué á tierra, y el primero que encontró como al desgaire, con la cabeza á modo de burla, le dijo:—¿No se despacha para irse con el aviso al Perú? Avíese,

que ya es tiempo y llevarme há unas cartas. Llegóse un soldado amigo del adelantado al piloto mayor, que le dijo:—Muy dañado lo veo; no sé en qué ha de parar segun anda. Y otro le dijo, que cuanto se holgó de verle venir á la jornada, le pesaba de verle allí, por las amenazas que le hacian..

En entrando más en el campo, se vinieron á él muchos soldados, unos diciendo:—¡A dónde nos han traido! qué es lugar este, dónde no saldrá hombre, ni aquí volverá, aunque vaya aviso, sino es llevando oro, plata, perlas ú otras cosas de valor que aquí no hay. El adelantado no ha de enviar aviso, ni lo habemos de consentir todos, ó ninguno.

Decian otros:—Aquí no venimos á sembrar, que para esto mucha tierra hay en el Perú; esta lo es de que se sigue servicio á Dios ni al Rey. Más obligacion tenemos á nosotros mismos, que no á estos bárbaros. No son estas las islas que el adelantado nos dijo, ni habemos de quedar aquí. Embarquémonos y vámoslas á buscar; ó sino, llévennos al Perú ó á otra parte de cristianos. Palabras resolutas de gente sin dueño. De estas cosas y semejantes, decian los unos y los otros, corriendo todos por donde sus deseos los guiaban, ó por mejor decir los despeñaban, sin atender á cosa que fuese de provecho ni daño; porque de los muñidores tenian las voluntades tan rebotadas, que no habia freno que los hiciese parar, aunque más verdades les dijesen.

El piloto mayor les preguntó las causas por qué hallaban ser mala la tierra; á que respondieron, que porque no tenia que dar; y él les dijo: ¿qué habian dejado en el

Perú? ó qué trajeron de él? ó qué se busca para pasar esta vida, sino dinero para comprar una casa y sustentar la vida? cosa que pocos alcanzan tarde, ó se les vá la vida en esperanzas, y que lo presente era bueno para hacendarse, sin saberse lo que más habrá y lo que se descubriria. Dijeron que cuando llegase ese tiempo, se pasarian veinte años y serian viejos. El piloto les dijo:—Segun eso debieron de entender hallar ciudades, viñas y huertas, entrar en casa hecha á mesa puesta, y que los dueños dejando la posesion, se la otorgasen con perpétua esclavitud; ó hallar los montes, valles y campos de esmeraldas, rubíes y diamantes para cargar, y dar vuelta; mal mirando que todas las provincias del mundo han tenido su principio, y que Sevilla, Roma y Venecia y las demás ciudades que tiene el mundo, ó fueron montes ó campos rasos, y que á sus pobladores ha costado lo que cuestan cosas grandes, para que sus sucesores las gozasen como las gozan. Mas yo entiendo, quisieran ellos que otros hubieran trabajado, para que ellos descansasen; sin acordarse que todo estuviera por hacer, si los primeros hubieran hecho estas cuentas.

Teníanle al piloto mayor por sospechoso y daban por razon que como habia de ir con el aviso, por eso favorecia tanto la poblacion de la tierra por quedarse en la otra; y él les dijo, que qué riquezas le veian prestas para que tal se entendiese de él? que era el que más arriesgaba, pues habia de ir para su bien de ellos á descubrir caminos por mares no navegados, á donde podria, demás de los trabajos á que iba puesto,

encontrar de noche una piedra y rematar cuentas.

Díjoles más;—Señores, ¿quién les engaña é inquieta? ¿cuál es el mal mirado que dice podemos salir todos de este lugar con la facilidad que se prometen? Díganme quiénes, que yo les daré á entender las imposibilidades que hay y puede haber en ir desde aquí, así al Perú como á cualquiera otra parte. Respondió el uno:—Haya lo que hubiere; que más quiero morir en la mar que á donde estoy, y entrambos habemos de ir en un grillo. A esto dijo el piloto:—¿No saben que seguimos á nuestro general, que está en lugar de el Rey, y que tenemos obligacion de querer lo que él en su servicio quiere, y el querer otra cosa es querer ir contra el servicio de Rey? Respondieron:—Aquí no vamos contra el servicio real.—¿Pues cómo quieren (replicó el piloto), contra la voluntad de su general, salirse y desamparar la tierra que en su real nombre ha poblado, y libertarse é incitar y amenazar á los que no estamos de su parecer? Dijeron:—Nosotros no queremos sino que no envie aviso al Perú, que somos poca gente y queremos que nos saque de aquí y lleve á las islas que pregonó, ó á otra parte mejor. Dijo el piloto mayor:—El adelantado es la persona que tiene á cargo lo que á todos estará bien; bueno será dejarlo á él, que ya quiere segunda vez enviar á buscar al almirante á la isla de San Cristobal, que llevaba por instruccion buscarla si se derrotase; y que si la hallase haria lo conveniente, y que si no, tomaria cristiano parecer, medido á la necesidad del estado presente; que tambien él tenia su persona y la de su mujer en el lugar que todos

estaban: que no se podian escapar de los peligros que ellos tanto recelaban. Y cuanto á la vista de la almiranta, lo aprobaron todos; mas que el piloto mayor no habia de ir, sino el adelantado que estaba bien prendado. Mas el piloto, estaba enfermo y no era razon poner su persona á nuevos riesgos, ni que se ausentase del lugar; mas ántes cuando el quisiera ir, se lo habian de contradecir, teniendo hombres tan honrados de quien poder fiar esto y más.

Ya en este tiempo se habian juntado otros á dar su parecer; mas como era música de muchos y tan desconcertada, mal sonaba.

Mas prosiguiendo, les dijo el piloto mayor, que les via muy olvidados de lo que habia pasado navegando, con traer los navíos tanta provision, y contó, por acaso cuatro islas donde se hizo nueva escala, y haber sido el viento á popa, el viaje breve.—Acuérdense, les dijo, que si Dios no nos diera la isla en que estamos, podria ser pereciéramos, y pues nos la dió, debe ser su voluntad quedémonos en ella agora. Ya se vé que el mismo viento que trujimos ese tenemos, y que cuanto fué en favor es contrario, y que la vuelta al Perú es imposible, sin subir á mucha altura; y que las naos están desaparejadas y sin órden de poderlas dar carena, y que no habia cables, y la jarcia está podrida; y que bastimentos no habia más que poca harina, y que las botijas del agua eran ménos, por haberse quebrado muchas, y las pipas rotas, por no haber quien las aderezase. El camino mucho y no conocido: que no se sabia el tiempo que habia de durar la tal jornada: que estas cuentas eran

las ciertas que se habian de hacer, y no tratar sin fundamento de acometer cosas con riesgos de propias vidas y agenas. Dijo más;—Yo quiero que se mude el viento y se haga Oeste, que es todo lo que puede ser favorable; y estemos ciertos que no habemos de estar más tiempo en el viaje que el que estuvimos en llegar aquí, á donde tenemos otros tantos bastimentos como se trujeron, cuanto más que los otros no llegaron? ¿y para qué habiamos tomado tanto trabajo, gastando nuestras haciendas y nos pusimos á tantos riesgos, emprendiendo una tan honrada empresa para no salir con ella?

Y mirasen bien que otros vasallos ha tenido y tiene el Rey, que le han sustentado y sustentan fronteras y provincias enteras, contra gentes belicosas de tanta y más fuerza, y á veces comiendo los gatos y perros por no hacer una vileza, y todo sin esperar premio tan grande como aquí se puede esperar; y que al presente ni adelante faltará de comer en tan fértil tierra, ni los enemigos apretaban tanto, ni otras faltas que nos necesiten y obliguen á olvidar de lo que otros no se ovidaron. Y pues estamos en tan honrada ocasion, no la dejemos, pues otros muchos las desean sin poder jamás verse en ellas; esto por eternizarse á costa de muchas finezas; y para que se diga que no rehusamos la carrera, mostremos buena voluntad, pues para todo hay tiempo; y tanto importa llegar á donde se desea por Mayo como por Setiembre. Y en fin, á donde quiera que lleguemos se ha de decir que sólo venimos á buscar nuestros provechos, y que áun para prócurarlos nos faltó el ánimo; pues tan presto, y sin haber más causa que nuestra

flaqueza, lo habiamos desamparado; y todos habiamos de ser tenidos por enemigos de Dios y del Rey, y de la honra de nuestro general y nuestra propia, si dejábamos tal empresa y tal tierra.

De Dios, porque con tanta facilidad y sin haber causas bastantes, alzábamos la predicacion que se venia á hacer á los naturales, y por ser honra de Dios y salvacion de almas, es el mayor interese en que habemos de poner entrambos ojos, y sacallas del cautiverio del demonio que tan domados y ciertos tiene, y desterrarle su adoracion y darla á Dios, á quien se debe y cuya es.

Del Rey, por impedir el servicio que se le podia hacer deste lugar, sin que para estos descubrimientos se hiciesen nuevos gastos ni arriesgase otras armadas. Y puede ser que sea lo que se entiende, que cuando se descubrió el Nuevo Mundo no dieron luego con lo importante de él, sino con unas muy cortas islas dél y de poco ó ningun provecho; y por la constancia de sus descubridores hubieron despues á las manos las dos tan grandes y ricas provincias de la Nueva España y Perú, y que la vuelta para España les fué oculta y trabajosa muchos años, lo que agora se hace fácil por la misericordia de Dios.

De la honra de nuestro general, porque ha gastado su hacienda, dejando lo que dejó en el Perú. Quieren por sólo su gusto desbaratalle tan cristianos pensamientos que tanto le han durado.

De nuestras propias honras, porque de este paraje en que estamos, á ningunas partes podemos ir que no sean tierras de nuestro Rey; á donde sus ministros nos

7

han de pedir muy estrecha cuenta, de dónde venimos y á dónde dejábamos al general y qué razon tuvimos para despoblar las tierras, que en nombre del Rey estaban pobladas, en especial esta que es fértil, la gente mucha y doméstica, que por un camino ú otro no podemos dejar de ofender nuestras conciencias, arriesgar vidas, honras y libertad. Salir todos, aunque queramos, no es posible: dejar las mujeres, niños y gente impedida en lugar semejante, no fuera justo: ir á la Nueva España, ya el adelantado ha andado aquel camino cuando destas partes fué, y se le murió mucha gente, pasó inmensos trabajos y estuvo mucho en llegar; que no eran todos caminos ni tiempos para poderse navegar: ir á las Filipinas, tambien tiene sus dificultades. Pensándolo todo bien, y por hartar esta inconsiderada gana, y por concluir, el piloto mayor cerró este punto con decir:—Y porque vean que pleitean sin fundamento, váyanse luego á embarcar; que yo acabaré con el adelantado que los deje hoy ir á la vela, y verán lo imposible de toda su pretension.

Algunos, abriendo los ojos, se mostraron convencidos á las dichas razones, y otros no, diciendo que cuanto á comida, que ellos se preferian de hinchir los navíos de lo que la tierra tenia, y el agua la meterian en diez mil cocos, en cañutos de cañas, ó si no que en las mismas canoas de los indios, tapándolas y calafeteándolas, y otras cosas tan bien concertadas como estas. Mas el piloto mayor, les dijo:—¿Toda esa máquina no ha de menester tiempo? ¿pues cómo no le dan al adelantado para que se determine en lo que ha de hacerse? Dicen

que de la tierra han de llevar mucha comida; ¿cómo dicen que ya no tienen que comer della?, y sin salir desta bahía, se comieron cien leguas de isla. ¿Qué certidumbre tienen de que los bastimentos de aquí durarán cuanto el viaje sin corrupcion?—Dijeron que á ese riesgo querian ir.—Cuanto al agua, les dijo, que no teníamos sabidas otras islas en el camino, como hallamos para hacer nueva aguada, y que se sujetasen á la razon, pues eran racionales.

En fin, reventaron con decir querian ir á Manila, que era tierra de cristianos. Díjoles el piloto:—Tambien lo fué de gentiles, y el ser de cristianos se debe á los descubridores que la poblaron y conservaron: y en nuestro negocio otro tanto se debiera á nosotros, como se debió á ellos; y adviertan bien que en Manila no han de ser más que unos soldados sujetos á presidios que allí tiene el Rey, haciendo buenas y seguras las haciendas á los encomenderos della, y que para andar allá con el arcabuz al hombro, más valdrá aquí, donde vendrán á ser lo que los otros son con honra y fama. A esto dijo el uno de ellos que la honra habia de ser á donde está el Papa y el Rey, y no entre indios. Mas el piloto les dijo que mejor era pedir comedidamente lo que querian á su general, que era persona que no taparia los oidos á cosas justas, y considerasen que aquel lugar y aquel tiempo era muy peligroso y ofendia mucho al oido del general, que deseaba hacer lo que su Rey le mandaba, cualquier palabra mal sonante; cuánto más tantas y tan libres. A esto dijo un soldado: —Déjenlo, déjenlo, y quédese quien se quisiere quedar;

que nosotros nos habemos de ir, pese á quien pesare. Estaba sin espada, y él y otros seis, ó siete fueron por ellas, y vinieron luego demudada la color: y preguntando por el maese de campo, se le arrimaron todos las cabezas bajas, las espadas en la mano muy á lo bravo, no faltando sobrecejos, ni secretos entre algunos que se hablaban al oido, y fué público que venian á matar al piloto mayor, y hay quien juró en juicio que venian diciendo:—Vamos y matemos á éste que es causa de que estemos en esta tierra; y otros juraron que pasaban las amenazas á decir "que beberian por su calavera." Las apariencias no parecieron bien: la intencion sábelo Dios.

Habló el que dijo que se habian de ir, y dijo:—Ninguno hay que no se quiera ir desta tierra, y alguno que se hace muy afuera, era el que más voluntad mostró; pero no importa. En resolucion ello se dijo mucho en esta parte, esta y otras veces; y como habia mucha gente, muchas razones y con ellas voces: el piloto mayor acabó las suyas con decir que cuanto habia dicho tocaba al servicio de Dios y del Rey, y lo habia de sustentar hasta morir, como lo tiene probado.

CAP. XIX.—De cómo el maese de campo vino á la nao: lo que pasó con el adelantado, y á él con los soldados en la tierra á donde el piloto mayor habló al maese de campo.

Este era el estado de las cosas cuando el maese de campo fué á la nao á hablar al adelantado, que pues le tenia sólo, le hiciese dar garrote y le colgase de una entena; tambien le daba priesa doña Isabel su mujer, (segun ella contó), que decia á su marido:—Señor, mataldo, ó hacedlo matar: ¿qué más quereis, pues os ha venido á las manos? y si no, yo le mataré con este machete. Era el adelantado prudente, y no lo hizo. Entendió que le pareció que su deseo del maese de campo no llegaria á tantas ofensas suyas cuantas le decian trataba. Llegó á tierra el maese de campo, y dijo á los soldados:—Señores, yo vengo de hablar al general sobre cosas suyas y de esta poblacion, y me dijo que sabia que todos andaban afligidos y alborotados, diciendo no ser buena esta tierra; que los sacasen de ella: y dice que pidan por papel que él responderá, y es razon; pues es nuestro general. Y luego dijo:—Motin no lo es, sino cuando sin decir nada á sus cabezas vienen

de rondon los soldados, matando y diciendo: "afuera bellacos." Vuesas mercedes pueden pedir; y entre tanto se irá á buscar la almiranta; que son hermanos nuestros, y no es justo se quede sin que se busque.

Pero si yo fuera que el maese de campo, dijera é hiciera porque no se entendiese que en lo que se pretendia prestaba consentimiento, y más habiéndole dicho el adelantado que sus amigos eran en todo lo más declarados; razon con que se daba á entender que tambien gustaba de ello.

Ningun soldado, de cualquier condicion que sea, de hoy más hable palabra que mal suene al oido de mi general; porque le tengo de colgar, aunque sea el más amigo. Mi general tiene fiado de mí su honra y el servicio del Rey, en cuyo lugar está: yo le tengo de servir: cada uno se aperciba á otro tanto: á mí me tiene porque favorezco vuestro partido; no tengo de perder mi honra, ni se ha de entender jamás que á una persona de mis obligaciones, cargo y prática le pasan por el pensamiento cosas tan feas é injustas. Tampoco es razon se entienda que tan honrados soldados, como son los de este campo, querrán por fuerza lo que suena. Cada uno acuda á lo que se le ordenare; porque aquí venimos sólo á obedecer y servir al Rey, y á quien mal le sirviere, castigarlo.

Los soldados comenzaron á decir cosas de voz comun; que como no los amedrentaron no se acordaron de ello, y dijo uno, tratándose de buscar el almiranta, que él se ofrecia á ir en nombre de todos á buscarla: que como él fuese, estaba seguro el negocio, como si

fuera de más confianza que los otros, ó como si no ignorara del todo el arte de navegar. Dijo otro:—Vaya el adelantado, que es experto, y no lo pueden engañar; y otros decian que fuese el maese de campo: y á esto, un soldado: que el maese de campo no era marinero; y él, riéndose, dijo:—Señores, yo no entiendo estas cosas, y bien me pueden vender en ellas; y dijo más: alguno ha de ir y de alguno se ha de fiar esta ida; y así se quedó lo que toca á público. Lo secreto juró un testigo que estando el piloto mayor hablando, dijo un soldado á otro:—¿Qué escuchamos á este traidor? matémosle.

El piloto mayor apartó al maese de campo, diciendo le oyese un poco. Con cuidado le miró las manos, y en breve espacio trataron muchas cosas sobre las otras que están dichas; y acerca de la navegacion le dijo el piloto mayor, que cuando se ofreciese, los llevaria bien á todos á donde lo mandase el general; y el maese de campo le dijo que ya no hacia cuenta de su vida, y que no dijese nada, sino es cuando se le preguntase.

Despedido el piloto mayor, se fué á la nao á dar cuenta al general de lo que habia pasado, diciéndole que era su parecer que fuese á tierra y hablase con su gente, que la tenia por fácil de atraer y reducir, con su presencia, á su voluntad, representándoles las causas justas que habia.

El siguiente dia fué el general á tierra; en donde saltando, dijo un criado suyo, arremangando los brazos: —Morcillas ha de haber. Viendo ciertos soldados al adelantado, dijo uno á otro:—Fulano, con la martingala

sale nuestro general; tambien viene armado: ¿qué os parece de aquello que su criado dice? El adelantado dejó concertado aquel dia con don Lorenzo y otros tres soldados de quien se fió la muerte del maese de campo, que fué bien diferente de lo que yo entendí salió á hacer; pero tantas cosas debieron de decirle que á mi parecer le mudaron del suyo. Cierta persona me dijo habia dicho un mal tercero al adelantado, que si diesen de puñaladas al maese de campo (que él no decia que lo matasen), pero que si le matasen, etc. Juzgue el de mejor entendimiento, el más experimentado y celoso; porque yo no me tengo por bueno, para juez de vivos y muertos.

CAP. XX.—De cómo salió el piloto mayor á buscar de comer, y cómo Malope salió de paz y las amistades que les hizo.

El dia siguiente el piloto mayor pidió licencia al adelantado para ir á buscar de comer; y dada, apercibió veinte hombres, con los cuales fué en la barca á un pueblo en que no vió más de un indio que, con un muchacho á cuestas, á más correr se fué al monte, y entradas y buscadas las casas, no se halló cosa que fuese

de comer. Siguióse un camino que se entendió iba á las haciendas de los indios, donde vieron algunos puercos que se entraron en el monte. Oyó el piloto mayor el sonido de un arcabuz, y luego otro: con que á más andar, se volvió á la mar, á donde con cuatro arcabuceros habia dejado la barca, y llegando á la playa, halló á Malope que con dos canoas le vino siguiendo, diciendo: "Amigos, vamos todos para comer;" que esta palabra y otras se le habian quedado de nuestro uso, y mostró por señas nos embarcásemos y fuésemos con él adelante á donde habia muchos puercos y comida, y al punto despachó la otra canoa fuese delante: embarcóse el piloto mayor y dijo á Malope llamase á los indios de aquel pueblo; los cuales salieron, y concertó con ellos que á la vuelta tuviesen para darnos comida. Bogó Malope su canoa; nuestra barca le siguió, y llegando á otros dos pueblos, concertó lo mismo. Entramos en el pueblo de los indios belicosos, que cuando el sargento lo arrinconaron. Daban un cuchinato, pocos plátanos y cocos; y como pareció poco, el piloto mayor les pidió más; pero ellos se pusieron en arma, retirados detrás de sus casas y troncos de palmas y árboles con sus arcos y flechas, dando voces, y á lo que pareció, llamaban á Malope; el cual, indeterminado, miraba á unos y á otros. Mas el piloto mayor, que siempre junto á sí le trajo, le cogió de un brazo, y con la daga lo amenazó que no se fuese, y que dijese á los indios que no flechasen, que si no, que con los arcabuces los matarian á todos; y con una cuerda encendida hacia que le pegaba fuego. Fué al pueblo Malope, que les dijo lo que

bastó para que ellos se ofreciesen, que cuando el sol que ya salia, fuese como á las tres de la tarde, viniesen por lo que tendrian presto. Malope los llamó y vinieron luego, dándonos para comer muchos cocos y plátanos, y nos convidaron para ir á flechar otros indios de la otra parte de la bahía, y á matar puercos. Embarcados, siguió la barca á la canoa; mas el piloto mayor fué por la playa con diez y seis hombres y tres indios que le salieron delante guiando; y porque vieron unos pájaros señalaron que los matasen con el arcabuz. No lo consintió el piloto mayor, aunque algunos se aprestaban; porque como el acertar á pequeña cosa con bala rasa estaba en duda, no queria que los indios entendiesen que no acertábamos siempre; porque no perdiesen el miedo que tenian al arcabuz.

Desembarcóse Malope, y la barca con su canoa quedaron juntas. Yendo todos por la playa, hallaron en ella el manantial que dicho queda. Sentóse Malope junto á él, y con la mano nos dijo que bebiésemos. Desde allí llegamos á unos pueblos á donde los indios nos tenian prestos un gran monton de muchos plátanos, cañas dulces, cocos, almendras, raices, vizcocho, petates y dos puercos presos: y así de pueblo en pueblo nos dieron catorce puercos, y de lo demás tanto que no se pudo traer todo. Los indios estuvieron siempre quietos; tenian sus grandes canoas enramadas, y ellos sentados á las sombras de ellas. Algunos habia que nos daban plátanos y raices asadas, los cocos partidos y agua que sacaban de los pozos, haciéndolo todos con tanta voluntad como si se lo pagáramos muy bien; y Malope

se mostraba muy contento, y dijo fuésemos más adelante para darnos más comida. Subíase en parte alta y todos los indios al redor le oian y le respetaban ó como á señor ó grande amigo.

Díjole el piloto mayor por señas que hiciese que los indios cargasen aquella comida; y á una palabra suya la tenian toda á los hombros. Era de ver más de cien indios seguir aquella larga playa en órden. Llegados á la barca, pusieron dentro de ella cuanto llevaban. Malope dijo al piloto mayor diese al general sus abrazos; y despedidos, se embarcó el piloto mayor, y fué por los pueblos ya dichos recibiendo lo que los indios en sus canoas salian á darnos.

Con ser buena la provision que se llevaba, á algunos les parecia poca; y así decian al piloto mayor los dejase saltar en tierra que tomarian, que quemarian, que matarian, que eran unos perros, y que ellos no vinieron desde el Perú á contentarse con nada: á que el piloto mayor dijo:—¿Poco os parece una barca como esta, llena de lo que no os costó dinero, y más dado con tan buena voluntad y solicitado por nuestro buen amigo Malope? Replicaron como sabian; y el piloto mayor los riñó como entendió ser necesario.

Háse contado esto tan por menudo, porque hace mucho al caso á esta relacion, como se verá adelante. Llegados á la nao, le dijo doña Isabel al piloto mayor como el otro dia iban del campo á matar á Malope; y como lo supo, avisó al adelantado de la amistad que le habia hecho, pidiendo avisase al campo no se fuese á hacer mal á quien tanto bien nos hacia. Calló el adelan-

tado holgándose de lo que el indio habia hecho, alabando su buen trato. Levantóse de la cama á ver lo que se habia traido, que embarcado, fué con mucho parejo repartido, diciéndoles el piloto mayor que sólo queria por parte haberle sido compañero.

CAP. XXI.—De cómo el adelantado con el piloto mayor salió á tierra y mandó á una escuadra de soldados, que iba á buscar de comer, que no matasen á Malope. Cuéntase la muerte del maese de campo y algunas crueldades.

Venida la noche, el adelantado hizo llamar al piloto mayor, y mandóle asentar junto á sí en la cama en que estaba enfermo; y con muy gran recato le dijo que el siguiente dia por la mañana saliese con él á tierra, y que llevase consigo cuatro hombres de que más confianza hiciese, armado él y ellos, y que acompañase el estandarte Real, y apellidase la voz del Rey cuando fuese tiempo; porque habia de ir á hacer justicia del maese de campo por causas que á ello le movian.

Veló la nao aquella noche el piloto mayor con el cuidado ordinario, y al romper del dia pidieron la barca del campo á grandes voces, á las cuales se levantó doña

Isabel de la cama, diciendo:—¡Ay! ¡Ay! que han muerto á mis hermanos, y piden la barca para venirnos á matar. Hízose sordo el adelantado, y ya que era dia claro, salieron del campo una escuadra de hasta treinta soldados. Hízoles el adelantado decir que no pasasen adelante, porque los queria hablar, y embarcado con su gente, preguntó quién iba por caudillo, á dónde iban, y quién los enviaba. Respondió el ayudante:—Yo sóy caudillo: vamos enviados del maese de campo al pueblo de Malope á buscar de comer. Avisóles el adelantado que no matasen á Malope, ni le hiciesen mal ninguno, ni quitasen cosa suya porque era nuestro amigo, mas ántes lo llevasen consigo; que aunque no entendia nuestra lengua, servia de ella: que bien sabia se buscaba de comer, y vuelto al piloto mayor, mandó que contase lo que el dia atrás le habia pasado con Malope. Oyéronlo, y segun se dijo, riendo.

El adelantado llevó consigo de camino al capitan de la galeota que un grande machete estaba afilando. En la playa le estaban esperando el capitan don Lorenzo, sus hermanos, y otros pocos soldados: y desembarcados, se juntaron todos con los cuales se fué hácia el fuerte que el maese de campo á gran priesa estaba haciendo; y ántes de llegar, no faltó quien preguntó:—¿Dícese por allá que nos queremos alzar? Y estaba limpiando su escopeta. Llegó el general al fuerte, y el maese de campo que estaba almorzando, como lo vió, así como se halló sin jubon y sin sombrero, salió á recibir al general, y como se vió entre tan pocos amigos pidió baston, daga y espada, que ciñó.

Fuéronse llegando los que habian de hacer la suerte. El adelantado alzó los ojos al cielo, y dando un pequeño suspiro, metió mano á su espada, diciendo:—¡Viva el Rey! ¡Mueran traidores! Y luego, al punto, sin nunca le largar, un Juan Antonio de la Roca echó mano á los cabezones del maese de campo, y le dió dos puñaladas una por la boca y otra por los pechos; y segundó un sargento (1) con un cuchillo bohemio, dejándoselo enclavado en un lado. El maese de campo dijo:—¡Ah, mis señores! Fué á poner mano á su espada; mas el capitan del machete le derribó casi el brazo derecho, y cayó diciendo:—¡Ay! ¡ay! ¡déjenme confesar! Respondióle uno:—No es tiempo; tenga buena contricion. Estaba el miserable tendido y palpitando en el suelo, diciendo:—¡Jesús María!: y una buena mujer que se llegó ayudándole á bien morir; y uno de buena alma no hacia sino envasar la espada, y la mujer reñirle. Al fin le acabaron así, y el adelantado se enterneció.

Hecho esto, mandó luego echar un bando: que pues estaba muerto el maese de campo, á todos los demás perdonaba en nombre de su Magestad: y habiendo espirado el maese de campo, el atambor, por cudicia de los vestidos, le dejó desnudo en carnes.

Era el maese de campo muy solícito, gran trabajador buen soldado que á todo lo que se ofreció en re-

---

(1) En la copia que posee la Biblioteca del Palacio Real se omite el nombre, y en la que conserva la del Ministerio de Marina léese esta nota: *Aquí hay un claro en el original adonde sin duda debia colocarse el nombre del sargento.*

batos y entradas era el primero. Parecia ser de edad de sesenta años, por ser todo cano, y aunque viejo, brioso; pero muy arrebatado. Sabia sentir mucho y callar poco: y entiendo que ninguna otra cosa le mató.

En este tiempo estaban hablando don Luis y el piloto mayor, junto á una tienda de dos amigos del maese de campo, y al uno de ellos embistió don Luis, dándole una puñalada, y el soldado decia:—¿A mí? ¿A mí? ¿qué he hecho yo? Dejó don Luis el puñal, y con la espada le iba á dar; pero el piloto mayor se lo defendió diciendo:—¿Qué cosa y cosa es que sin más ni más se maten así los hombres? Iba saliendo de otra tienda un soldado con la espada en la mano por desnudar, diciendo:—¿Qué es esto? ¡Al maese de campo! Embistióle don Luis, y arrimáronsele otros muchos: y el soldado retirándose hácia dentro, decia:—¿Qué hice yo? ¿Qué hice yo? Llegó el capitan don Lorenzo, y sobre unas casas donde el soldado cayó, lo mataron á estocadas. El atambor le desnudó, y se pusieron soldados de guarda á los baules de los dos.

Don Lorenzo y su hermano con una escuadra de soldados se vinieron; mas hallaron á la puerta al piloto mayor que se les opuso, diciendo se reportasen. El capitan don Lorenzo le dijo, se quitase de la puerta:—¡Mueran esos traidores! Dijo el piloto mayor, que eran amigos.—¡Mueran! ¡mueran! (replicaron) que mejor lo merecen que los demás: y el piloto mayor á ellos, que mirasen el tiempo y lo que hacian. Respondió don Lorenzo, que sólo San Pedro, ó él podrian estar allí por quien quedasen con vida aquellos tales.

A la grita y al ruido de las armas, salieron las mujeres turbadas y desgreñadas. Unas pegaban de sus maridos; otras torciendo las manos, decian lástimas. Parecia cosa de locos ver andar buscando con los ojos á quien matar, diciendo con las espadas desnudas:—¡Viva el Rey! ¡Mueran traidores! Pareció este dia de vengar injurias, ó malas voluntades; pero á mi ver licencia á mozos á más pudiera llegar.

Salió despues del nublado el sargento mayor de su tienda, y por que se dijese que tambien ensangrentó su espada, dió á un paje del maestre de campo una buena cuchillada en la cabeza, y otra á un criado suyo, y queriendo herir á un negro que le servia, se le fué por piés, y los dos heridos con las manos en la cabeza, acudieron á pedir socorro al general, que mandó al sargento mayor que dejase á los muchachos.

Salió uno de sospecha, y otro de viva el Rey le iba á matar, si el piloto mayor no le defendiera. Allí se decia:—Salgan traidores con sus armas: y á esto dijo un cuerdo: que muertos y vivos tenian necesidad de honra.—Salgan, decian, á acompañar el estandarte Real, que enarbolado tenia don Diego Barreto, y tocando la caja junto á él, se pregonaba la voz del Rey á que todos respondian:—¡Mueran traidores!

Fué el capitan del machete á traer las dos cabezas que el general mandó meter en unas redes, y cada una en un palo las hizo hincar junto al cuerpo de guardia. Venia en esta ocasion de la nao la barca, bogando á muy gran priesa, y el vicario en ella con una lanza en las manos, y la gente de mar armada, diciendo unos

y otros:—¡viva el rey! ¡mueran traidores!; y llegando á donde se hallaba el adelantado, dijeron:—Aquí venimos todos á servir á Su Magestad, y á morir donde V.ª S.ª muriese: y con esto se acercaron al estandarte Real. Uno de ellos preguntó al general:—¿Qué es, señor? ¿está hecho?—Díjole, que sí; y él:—Bien hecho está. Y viendo las dos cabezas dijo:—Un muro se me ha quitado de delante.

Y en este tiempo venian doña Isabel y su hermana de la nao, que por ellas habia ido el capitan del machete á dar la nueva y el parabien de la victoria que él sabia celebrar, y alabarse que habia dado una buena cuchillada al maese de campo, y hecho cortar las dos cabezas. Decia: ya agora eres señora, y estás marquesa, y yo capitan, que está muerto el maese de campo. Yo digo que es mucho para temerse hombres necios con licencias. Desembarcada doña Isabel, se recogió en el cuerpo de guardia.

En este punto salió del campo un soldado, disimulado, vestido de nuevo con plumas en el sombrero, y al descuido preguntaba:—¿Qué es esto? haciendo que no lo sabia. Era este el procurador de las pretensiones en quien pusieron los ojos todos: y dejó de volar este y otros por ser la gente poca que así se trataba. Muchos temerosos hubo y la ocasion á su poca seguridad la habian dado: y á sus amigos se encomendaron algunos que con mucha verdad terciaron bien, y los libraron. Mandó el adelantado que todos, así juntos como estaban, fuesen á la iglesia á oir la misa que el vicario dijo; y acabada volvió el rostro, y dijo que no se escan-

dalizasen de las muertes dadas: que así convino. Encomendó la quietud y la obediencia á su general, recordando que haciéndolo así seria acertar, y lo demás yerro. De la manera que se fué á oir la misa, se volvió con el estandarte al cuerpo de guardia. Los baules de los muertos se abrieron, y sus enemigos hicieron reparticiones y aplicaciones. Mandó el adelantado dar sepultura á los cuerpos, con que se acabó esta primera tragedia, y despidió á todos con apercibimiento que se juntasen á la tarde, para el efecto que dirá el capítulo siguiente.

CAP. XXII.—De cómo los soldados mataron á Malope, y las prisiones que hubo sobre esta muerte, con la de un alférez y de un matador de Malope.

Venida la tarde, todos se juntaron en el cuerpo de guardia y el adelantado mandó que se abatiesen las cabezas y esconder el estandarte, cuando llegó uno de los que habian ido y dijo al adelantado, como llegando los soldados á casa de Malope los habia regalado y dado lo que tenia; y habiéndole llevado consigo en cierta parte, estando el inocente seguro, un soldado

puso la boca de su arcabuz en una sien de Malope, y pegándole fuego, cayó en el suelo palpitando; y que cierta persona doliéndose porque le vió penar, se llegó á él y con una hacha le hizo la cabeza partes, diciendo que nunca mejor cosa habemos hecho. Desta manera tan injustamente mataron á Malope; y dar tanto mal por tanto bien, más fuera obra para un demonio que para un hombre. Este tenia la tierra de paz, y daba de comer. Era medio para que lo diesen otros, y realmente era mucha su bondad. Disculpábanse, diciendo que Malope les habia querido hacer una traicion. Este parece que fué achaque para dar color á tanta impiedad como usaron. Riñeron al matador, y él dijo poniendo al órden su arcabuz:—Bien muerto está. ¿Hay quien quiera pedir su muerte? Mucho lo sintió el adelantado, y todos lo sentimos mucho, tanto por lo que era el caso en sí, como por la falta que habia de hacer. Vino en una canoa el matador de Malope, á quien el adelantado mandó prender y con las manos atrás atadas poner en un cepo entrambos pies.

Venian ya marchando por la playa la mayor parte de los soldados. Mandó el adelantado á los que consigo estaban se escondiesen en el cuerpo de guardia, y que en entrando, fuesen de cuatro en cuatro echando mano de fulano. Entró el ayudante de sargento mayor, y llegándose cuatro á él le desarmaron y metieron en el cepo; llegó otro soldado, á quien sucedió lo mismo. Miraban estos dos á todas partes, y alcanzando de vista al paje del maese de campo, con los ojos le preguntaron por él, y el muchacho corrió por la garganta un

dedo dando á entender ser muerto. Mostraron los presos bien su tristeza. Entró luego un sobrino del maese de campo á quien el general honró mucho, diciendo que sabia cuán servidor era del Rey; y lo mismo don Toribio de Bedeterra.

Llegó el alférez con el resto de los soldados, y el capitan don Lorenzo le desarmó, y con unos grillos lo entregó á cuatro arcabuceros que lo llevasen á un cuerpo de guardia algo apartado de allí. Andaba la mujer del preso gritando por entre casas y ramas, bien recelosa del daño de su marido, porque ántes que viniese ya lo lloraba.

Don Lorenzo fué á llamar al capellan: y el buen padre, como veia el rio turbio, no se atrevia á pasarlo, y así decia:—Señor capitan, ¿qué es lo que de mí se quiere? Mire que soy sacerdote: por un sólo Dios que no me maten.—Venga conmigo, le dijo don Lorenzo; que es para un poco. Aquí, aquí, señor, y no pasemos más adelante: y desengañado ser para confesar al alférez, se aseguró y llegó detrás de un árbol, á donde el preso estaba. Empezóle á persuadir á confesion, porque lo querian matar. Dijo el preso:—¿Yo morir? ¿Pues por qué? El clérigo le desengañó. Dicen los que allí se hallaron, que dijo el alférez:—Sea, pues que Dios así lo quiere: y que yendo á ponerse de rodillas á los pies del confesor, que quien á cargo lo tenia y sucedió en su oficio, mandó á un negro del general que con el machete dañador le diese, como lo hizo, por la cabeza y oreja de un golpe, y luego otro: con que le cortó la cabeza, la cual fué puesta como las otras dos, y el cuerpo

cubierto con unas ramas y á poco rato echado á la mar, y de su mujer bien llorado.

Acabado con el alférez, preguntó muy paso, al oido del general, el capitan don Lorenzo, á cuál sacaria del cepo. Mandóle fuese al ayudante á quien con liberalidad sacó el sargento mayor; mas todos pidieron al adelantado le otorgase la vida, como lo hizo, tomándole en sus manos juramento. Retiróse luego porque no le rogasen por el otro que habia mandado sacar del cepo; pues el sargento mayor le tiraba de un brazo; del otro le tenia el piloto mayor diciéndole qué queria con tanta priesa, y el preso, desabrochando el cuerpo, decia:—Aquí estoy: si lo merezco, córtenme la cabeza. Doña Isabel y todos juntos pidieron al adelantado que le otorgase la vida. Hízole jurar lo que al otro, y lo perdonó. Levantado éste, puso los ojos en la cabeza del maese de campo y las manos en el rostro, y llorando, decia en voz que todos lo oimos:—¡Ay, viejo honrado!; ¡y en esto venisteis á parar al cabo de tantos años de servicios del Rey! ¡Este premio se os ha dado! ¡Muerte afrentosa, y vuestra cabeza y canas puestas en un palo! Fuéle un soldado á la mano y dijo:—No puedo dejar de llorar la mal venturosa suerte del maese de campo, que le tenia en lugar de padre. Oyólo el adelantado, y mandóle que callase. Dijéronle diese gracias por haberle librado del peligro en que estuvo, y que agradeciese á los padrinos la buena tercería que le hicieron. Dió las gracias á todos, y abrazó al compañero con muchas lágrimas.

En cuanto esto pasó, el matador de Malope llamó al

piloto mayor y le dijo su estado: que por Dios le rogaba fuese buen tercero en su necesidad, y la segunda vez le dijo con gran tristeza que rogase al adelantado le perdonase su yerro, y para que estuviese cierto cuanto le habia de servir de allí adelante, él se queria casar con la Pancha su criada (esta era una india del Perú, de mala suerte, *carachenta* y lo demás) que el adelantado tenia en su servicio. Aseguróle el piloto mayor, diciéndole estuviese cierto que, sin que hiciese lo apuntado, le seria tan buen tercero como luego lo veria. Iba el adelantado á sacarle del cepo con sus propias manos para que fuese justiciado: pidióle el piloto mayor le otorgase la vida, á que el adelantado casi enojado le dijo:—¿Con qué tengo de pagar la muerte de mi amigo Malope que éste mató? Y el piloto mayor le dijo:—Con mostrar á los demás indios las cabezas de los dos muertos, para que entiendan se hizo castigo por la muerte de Malope: y para más obligarle le dijo mirase que éramos pocos, y que el lugar obligaba á perdonar. Dijo el adelantado se hiciese cargo de él, y le tuviese preso. Agradeció el piloto la merced, y sacado del cepo, lo entregó á cuatro lo llevasen á la nao.

Dió este hombre en no querer comer, hartarse de agua salada, y con la cara á la pared estaba avergonzado, porque unos le decian ¿cómo habia muerto á aquel buen indio sin razon? Otros no hacian caso de él; ántes merecia estar hecho cuartos por haber hecho tal maldad. Al fin parece que tuvo por más acertada la muerte que la vida. Dejóse ir gastando, y á pocos dias murió muy arrepentido, habiendo primero recibido los

Santos Sacramentos, que esta ventaja hizo á los otros tres. Y con eso se acabó la tragedia de las islas donde faltó Salomon (1).

CAP. XXIII.—Del gran llanto que por Malope hicieron los indios. Las grandes enfermedades que en el campo vinieron con la muerte del adelantado y capellan, y las tres victorias que los indios tuvieron.

Venida la mañana, se oyó en el pueblo y casa de Malope un grande llanto de mucha gente junta. Mandó el adelantado que fuesen luego por la cabeza del alférez, y la llevasen á los indios, dándolos á entender, lo mejor que se pudiese, que por la muerte de su Malope se habia dado esta otra. Mas como los indios vieron que iba la barca á su pueblo, dejando los lloros se huyeron todos al monte. Los de la barca les daban voces para que no se fuesen, mostrándoles la cabeza; pero nada aprovechó, que todos se emboscaron. Visto esto, se la dejaron colgada á su puerta, y se vol-

(1) El Ms de la Biblioteca del Ministerio de Marina añade en una nota de letra distinta: *esto es, la prudencia.*

vieron. Las otras dos cabezas, á peticion del vicario, para dallas sepultura mandó el adelantado fuesen quitadas de los palos. Descuidáronse de enterrarlas, y como quedaron aquella noche en la playa, la mañana siguiente se hallaron mondas porque los perros las comieron.

A todo esto nuestro adelantado iba cada dia hallándose con ménos salud, y á gran priesa mandó se le hiciese casa, en la cual desembarcado con su familia, se recogió.

Ya en este tiempo habia bajado del cielo el castigo que merecian nuestras desconfianzas, desórdenes y crueldades, con muchas enfermedades y faltas del remedio de ellas.

El capitan don Lorenzo, á cuyo cargo estaban ya las cosas de mar y tierra, envió una madrugada en la barca veinte soldados con un caudillo, para que le trajese algunos muchachos, con ánimo de enseñarles nuestra lengua, por la falta que nos hacia no entender la suya. Los indios que con mucho cuidado velaban, se defendieron la salida á tierra con tanto ánimo, que ántes que los nuestros se desenvolviesen, flecharon siete, y al caudillo; y gozando la ocasion, les fueron siguiendo con tiros de muchas flechas y pedradas y grandes gritos: y llegaron tan cerca del campo, que fué necesario salir don Lorenzo, con la bandera tendida y resto de la gente sana, á defender la entrada. Tiróseles un verso con que se fueron retirando, en cuyo alcance hirieron y flecharon seis, y á don Lorenzo, que recogidos y curados fueron. Visto esto, don Lo-

renzo envió á un soldado por caudillo de otros para quemarles las canoas, piraguas y casas, haciéndoles, como les hicieron, todo el más daño que se pudiese: de que trajo ocho soldados heridos. Con estas tres victorias habidas todas en un dia, quedaron tan ufanos que de dia y de noche flechaban al campo, y tiraban piedras de tal manera que hirieron dos; de que murió el uno. Con los soldados heridos, y enfermedad del adelantado y de otras muchas personas, sólo se procuraba defender y asegurar el pueblo, siendo las mayores entradas que hacia nuestra gente sólo á buscar bledos, que á ratos costaban caros.

Víspera de San Lúcas evangelista murió el primero de nuestros compañeros, el capellan Antonio de Serpa; por cuya muerte hizo el vicario un muy del alma sentimiento y dolorosa lamentacion, cuanto lo fué clavar los ojos en el cielo, diciendo:—¡Oh, Dios mio! ¡Qué castigo tan grande es este que por mis pecados me enviais! ¿Dejáisme, Señor, sin sacerdote con quien me confiese? ¡Oh, padre Antonio de Serpa! ¡Dichoso vos, que habeis muerto habiendo recibido los sacramentos! ¡Y quién pudiera trocar por vos la suerte, y no quedar en la que estoy para mí tan desdichada, pues puedo confesar á cuantos están aquí y no tengo quien me confiese! Andaba escondido el rostro, sin querer admitir consuelo; fuese á la iglesia, y sobre el altar lloró y sollozó reciamente, y otras muchas cosas hizo y dijo el buen vicario en cuanto se amortajó el difunto, y abrió la cueva á donde fué sepultado.

La siguiente noche, que se contaron diez y siete de

Octubre, hubo un eclipse total de luna, que al ascender por el Oriente ya venia toda eclipsada. El adelantado se halló tan flaco, que ordenó su testamento que apénas pudo firmar. Dejó por heredera universal y nombrada por gobernadora á doña Isabel Barreto, su mujer, porque de Su Magestad tenia cédula particular con poder para nombrar la persona que quisiese. A su cuñado don Lorenzo nombró por capitan general; y mandando llamar al vicario, cumplió con todas las obligaciones del alma.

En esto se pasó la noche, y vino el dia, que fué de San Lúcas; viéndole el vicario tan al cabo, le dijo que una persona de suerte y buena vida bien sabia cuánto importaba el bien morir, que estaba en tiempo de poder negociar con Dios lo que le faltaba. Díjole más otras cosas, tan santas como piadosas, que el adelantado oyó mostrando, demás de la atencion, gran contricion, y dando bien á entender cuán conforme estaba con la voluntad del Señor que lo crió. Hizo el vicario traer un Cristo, en cuya presencia pareció que el adelantado humilló las rodillas en su corazon, y ayudándole á decir el salmo de *misere mei* y el credo, á la una despues del medio dia pasó nuestro adelantado de esta vida, con que se le acabó su jornada de tantos y tan largos tiempos deseada. Murió al parecer de todos como de él se esperaba. Todos le conocimos muchos deseos de acertar en cuanto hacia. Era persona celosa de la honra de Dios y del servicio del Rey, y á quien las cosas mal hechas no parecian bien, ni las bien hechas, mal. Era muy llano; no largo en razones: y él mismo decia que

no las esperasen de él, sino obras, y que parecia que sabia bien mirar las cosas que tocaban á su conciencia. Paréceme que podré decir con razon que sabia más que hacia, porque ninguna cosa ví que pasó por alto. La gobernadora sintió su muerte y ansí muchos, aunque algunos se holgaron de ella.

Venida la tarde, con la mayor pompa que nos dió lugar el tiempo, le fuimos á sepultar, en un ataud cubierto con un paño negro, en hombros de ocho oficiales los más señalados; los soldados los arcabuces al revés á la usanza de entierros de generales. Ibanse arrastrando dos banderas, y en dos atambores cubiertos de luto dando unos golpes tardos y roncos, el pífano hacia el mismo sentimiento, y llegados á la iglesia, el vicario lo encomendó; y sepultado, nos volvimos á dar el pésame á la gobernadora de su desgracia.

CAP. XXIV.—De cómo el vicario hizo algunas amonestaciones á los soldados y los ejemplos que trajo.

PASADAS las dos muertes referidas, como el vicario vió las enfermedades cuán de veras eran, y que cada dia moria uno, dos, ó tres, andaba por el campo di-

ciendo á altas voces:—¿Hay quien se quiera confesar? Pónganse bien con Dios, y miren por sus almas, que tenemos presente un castigo de que entiendo no ha de escapar ninguno de cuantos estamos aquí. Los indios han de triunfar de nosotros, y quedar gozando vestidos y armas y todo lo que tenemos en este lugar, á donde Dios nos tiene presos para castigarnos, que lo merecen nuestras obras. Miren que sí por un pecado castiga Dios á un reino, aquí á donde hay tantos, ¿qué será? Pues hay hombre de tres, cinco, siete, nueve, catorce y treinta años de confesion, y otro que una sola vez se ha confesado en su vida. Hay hombres de dos y tres muertes de otros hombres; y hombre que ni sé si es moro, ni si es cristiano: y otros pecados tan feos y graves que por ser tales, su nombre callo. Miren que hizo Dios concierto con David y le dijo que escogiese de tres castigos el uno, y que tenemos presente peste, guerra, hambre y discordia entre nosotros mismos y tan alejados de todo remedio. Miren, pues, que tenemos á Dios airado, y de su justicia desnuda y sangrienta tiene la espada con que vá matando, y presta para nos acabar: bien justificada tiene su causa; no es tanto, ni tan riguroso el castigo que nos dá, que no sea más nuestro merecido. Confiésense; limpien sus almas, y con la enmienda aplacará la ira de Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Abran los ojos, y verán cuán gran castigo es este.

Andaba el buen sacerdote una y otra vez, dia y dias, haciendo bien su oficio, sacramentando á los enfermos, enterrando muertos, y para los que no se

querian confesar buscaba medios: otras veces, con las mismas ansias pregoneras de su espíritu, decia que la misericordia de Cristo era mucho mayor que nuestros pecados, por feos y enormes que fuesen, y que una sola gota de sangre de las que derramó en su pasion, bastaba para satisfacer por los pecados de infinitos mundos, y que ninguno de los que allí estaban, por pecador que fuese, perdiese la esperanza; mas ántes con la fé y constancia de cristiano la afijase más en Dios, que sabia perdonar pecados. Y para más animar y consolar á todos con ejemplos, trujo los dos siguientes.

En un pueblo del Perú habia un fraile de San Francisco, en un convento, de buena vida, á cuyos piés se puso de rodillas para confesarse un soldado extragado, vecino y conocido suyo; y como á sus piés le vió, puso los ojos en un Crucifijo que en el crucero estaba, y en su corazon le dijo:—¡Ah, Señor, duélete y apiádate desta alma!; y que en aquel instante salió la imágen de la cruz y vino hasta la mitad de la distancia, y le dijo:—No dudes: confiésalo y absuélvelo, que por ese y otros pecadores como ese, vine yo al mundo.

El otro fué, que en las Indias habia un hombre rico de hacienda y pobre de virtud, que pecaba, y tenia viejas y bien arraigadas raices en muchos vicios; hombre que salia algunas veces al campo con adarga y lanza, y apretados dientes y los ojos hincados en el cielo, decia: —Dios; baja aquí á este lugar á reñir conmigo y veremos quién es más valiente; y otros dichos, de tan poco

temor y reverencia de Dios como son éstos. Este tal dice que andando una noche paseándose en un aposento suyo, rezando en unas cuentas, oyó una voz que le dijo:—¡Ah! fulano, ¿por qué no rezas con devocion ese rosario? Y que, alborotado y temeroso, trujo una lumbre y mirando el aposento, no vió á nadie; y buscando más, halló una imágen de Nuestra Señora, pintada en papel, que levantada del suelo, la puso en la pared, y él, de rodillas, la tenia con las manos, prosiguiendo su rosario: y que estando así, llegaron á él dos negros, que, matando la luz, en un proviso lo desnudaron en carnes y con unos de hierro le azotaron con tanta fuerza, que estaba ya para espirar; y que en este punto, se vió en el aposento un gran resplandor, y dijo una voz:—Andad, andad y dejad esa alma, que no es vuestra, que mi hijo me la tiene concedida por su misericordia y mis ruegos; y que luego, en un instante, los negros le dejaron, y el resplandor y ellos desaparecieron, y que el paciente, como pudo salió fuera y se acostó en su cama, enviando á llamar un religioso, que, venido, le preguntó qué novedad era la de llamarle á media noche. Contóle el caso, mostróle las heridas y cardenales, pidiéndole confesion con mucha instancia, diciendo habia treinta y ocho años que no se confesaba. El confesor le dijo tuviese ánimo y se consolase, que á muchos mayores pecadores perdonaba Dios con larga mano; y que hizo una confesion que duró diez y siete dias; y que acetada, una chica penitencia le absolvió, y le dió una calentura que le fué gastando de manera, que el dia que cumplió la penitencia ese murió como un santo.

Con estas y otras muchas diligencias, tan cristianas como éstas, procuraba la salvacion de las almas que le cupieron en parte repastar; y para mejor acudir á las obligaciones de su oficio, se desembarcó y se fué á vivir en una casa de uno de los muertos.

CAP. XXV.—En que se cuenta lo que más pasó con los indios.

Conocido por los indios el tiempo, iban en seguimiento de su venganza, y así buscaban á nuestra gente cada dia, trayendo paveses, pensando librarse del arcabuz, como nuestras rodelas se derendian de sus flechas. Estaban muy escarmentados, y así con esta rábia por entre las ramas y árboles nos flechaban, tirando al rostro y piernas, porque las veian desarmadas: y los soldados se tenian la culpa, porque tomaban sus flechas y daban con ellas en las rodelas de punta y en las otras armas duras, para darles á entender como no les hacian mal; pero ellos decian que diesen con ellas en los ojos ó piernas; y como no querian, entendian el secreto y siempre tiraban á estos dichos dos lugares. Visto por el general don Lorenzo que nos venian á casa á buscar, mandó á un soldado que con otros doce fuese á hacer

mal al pueblo de Malope, entendiendo ser suyos los que hacian el daño. Quemaron el pueblo, y se volvieron habiendo sus moradores huido al monte.

En cuanto esto pasó, los indios más vecinos al campo estaban dando muchos gritos, y no faltara quien les ayudara á dar más diciendo:—Miren y vean cuál se está abrasando el pueblo de Malope, y vean el sentimiento que aquella gente está mostrando. Llamáronles del campo con una banderilla de paz (que tambien la usan ellos). Llegáronse más un poco, y el general salió á hablallos, llevando al piloto mayor consigo, y que á sus espaldas fuesen seis arcabuceros para lo que pudiese suceder; mas los indios, como viesen arcabuceros, iban dando pasos atrás, y con las manos daban á entender no llegasen.

Mandólos el general quedar; y acariciándolos, les dijo: que éramos amigos suyos; y que ¿cómo ya no nos traian de comer como solian? Y ellos, por señas, se quejaban diciendo que si éramos amigos, ¿cómo los mataban, estando en paz? Y luego dijeron:—Malope, Malope, amigos *pu* (que así llamaban al arcabuz), dando á entender, que si tan amigos éramos de Malope, ¿cómo le habiamos muerto con el arcabuz, y agora le estaban quemando el pueblo? Y lo mostraban con el dedo. Dijo el general que ya los que habian hecho el daño, estaban muertos y enviado una cabeza á su pueblo en castigo de lo que hicieron. Preguntaron por el *jauriqui*, que era el adelantado, y fuéles dicho que estaba en el pueblo. Díjoles don Lorenzo que trujesen de comer: y ellos lo hicieron así, viniendo el siguiente

dia y los demás con la ofrenda acostumbrada. Estos indios me parecieron de buena ley y fáciles de atraer á paz, y esta guardaron enteramente estando della. Paréceme que la guerra nosotros se la dábamos á ellos; y ellos á nosotros la hacienda: y todo el tiempo que estuvieron de quiebra hubo grande necesidad por las faltas de su socorro, y no estar los soldados para buscar de comer. Esta falta suplió la harina que del Perú se habia llevado, que fué la vida de esta jornada.

CAP. XXVI.—En que se cuenta lo que más pasó hasta la muerte del general don Lorenzo Barreto.

Acudia don Lorenzo lo mejor que podia con su enfermedad al sustento y bien del campo, y juntamente envió tercera vez con la fragata al capitan de la artillería á buscar la almiranta, dándoles instruccion de lo que habia de hacer. Fué el capitan é hizo sus diligencias, sin hallarla. Saltó de camino en una de las tres isletas referidas. Estaban en los arrecites; y cogió en ella ocho muchachos, los cuatro varones, y todos bien agestados, de color loros, buenos talles, lindos ojos y mejor ingenio. Trajo algunas grandes conchas de las

ostias de perlas que en un pueblo halló; y con esto se volvió á la nao.

Envió el general á don Diego de Vera por caudillo con algunos soldados de más salud, á buscar indios para tenellos por prendas y por freno para que no nos procurasen el mal que hacian. Trajeron tres indias con seis hijos, á quien los maridos vinieron muchas veces á ver; y juntándose muchos otros, las vinieron á pedir con muchos halagos; y por contentarlos, se las dieron.

Tratábase de pedir licencia á la gobernadora para irse de la tierra; y mandaban los que trataban de esto, á los soldados que firmasen un poder, que al vicario dieron para que en nombre de todos lo diese. El uno, escarmentado, respondió que no le mandasen firmar; pues por firmas de papeles habia el adelantado muerto al maese de campo y á los otros dos soldados; asigurándole que firmase y que no tuviese pena de presente, por ser uno de otro diferente tiempo.

El vicario hizo una peticion, apuntando en ella causas que decia ser bastantes para dejar la poblacion. Mandaron la gobernadora y el general se recibiese informacion, de que pidiendo traslado el fiscal (segun él dijo) le mandaron pasar de largo: y porque toda la gente de la tierra habia firmado el papel y poder, tomaron toda la gente de mar por testigos, y porque el piloto mayor tiene probado cuánto le hubo de costar el deseo de poblar, digo que fué un dia á la nao un su amigo, y no se sabe si fué de caridad, ó si fué enviado adrede, y le dijo que se callase, porque ó le habian de

matar, ó dejarle solo en aquella isla. Llegó su instancia á tanto, que se ofrecia á sembrar y sustentar la gente de mar; mas fué tanta la sospecha ú ódio que de él concibieron de esto, que nunca le quisieron dejar ir á las salidas que por mar se hacian: con que le atajaron los pasos de la intencion que allí llevó; pues por emplearse en descubrimientos de tanta importancia habia dejado lo mucho que podia tener en el Perú.

Agora me parece que será á tiempo el disculpar la tierra que muchos de nuestros soldados decian ser la más mala que se sabe, dando por razon las muchas muertes que en ella hubo, y enfermedades.

Claro está que de mudar temple, comida, costumbres, trabajar, andar al sol, mojarse sin tener que mudar, poblar montaña en invierno, dormir en el suelo, la humedad, desconciertos, y otros contrarios, con malos tratamientos, y otros disgustos, en hombres que no son piedra, no parece mucho que haya habido enfermedades: y luego la falta de médico que entendiese su mal, y la de los remedios que se habian de aplicar, ni quien sirviese y los regalase, eran abiertas puertas á la muerte. Demás de esto, en los pueblos y ciudades pobladas, hay unos barrios más sanos que otros: y así entiendo que no fué pequeña parte el sitio para los daños referidos; porque los que se hallaron en la mar, ninguno allí cayó malo; y si la tierra fuera tan enferma como se dijo, los enfermos con todas las faltas apuntadas no duraran tanto tiempo; pues muchos vivieron muchas semanas y meses, y ninguno hubo que se muriese en breve, como acaece en Nombre de Dios, Puerto

belo y Panamá, Cabo Verde y San-Tomé, y otras partes sujetas á poca salud; y esto, con tener presentes todos los remedios necesarios, acaban en breve tiempo, y á ratos en breves horas.

Los enfermos se iban á más andar muriendo, y era lastimosa cosa verlos en las manos de sus males, metidos en unos tendejones, unos frenéticos y otros poco ménos; unos irse á la nao, pensando hallar allá salud, y otros de la nao al campo, pensando hallarla en él. El general don Lorenzo acudió á estas faltas cuanto le fué posible y la gobernadora como pudo, y otras personas habia que, obligadas de caridad, acudian; pero todo era poco, por ser las faltas muchas. En esta ocasion cayó el vicario malo, y no le pareciendo bien la tierra, se volvió á la mar.

El general que, como habemos dicho, estaba flechado en una pierna, le fué menester guardar cama, en donde por minutos se hallaba peor de salud, habiéndosele pasmado: y en este tiempo llegó el campo á estado que no habia quince soldados sanos, y esos eran todos mozos, que por serlo podian mejor sufrir con calenturas hacer las postas; y tal hubo, que en quince dias no la rindió. Fué el piloto mayor á visitar á don Lorenzo, y estándole preguntando por su salud muy afligido:—¡Ah, señor piloto mayor, que me muero sin confesion! Y luego:—¡Ah muerte, en qué estado tan fuerte me coges! Y puestos los ojos en un Cristo, dijo: —Pecador soy, Señor, perdonadme.

Conociendo el piloto mayor su grande necesidad, le consoló, diciendo iba á rogar al vicario viniese así co-

mo estaba. Fué á la nao, y pidióle que por amor de Dios saliese á confesar á don Lorenzo, porque se moria á gran priesa. Respondióle el vicario, que tambien él se moria; que le trajesen á la nao, que allí le confesaria. El piloto mayor le replicó, diciendo que el mal de don Lorenzo era pasmo, y le tenia tan yerto y envarado, que para revolverse en la cama, tenia una cuerda en el techo, á que se asia, y con ayuda de dos hombres se revolvia; y pues sabia que era mozo, no permitiese que él, ni otras personas que en el campo pedian confesion se muriesen sin ella. Respondió el vicario:—Vuesa merced me quiere matar. ¿No vé que no me puedo tener en pié? ¿tan poco quiere mi salud? llévenme donde quisieren, aunque muera. Y así fué embarcado, temblando, envuelto en una frazada: y llevado, le acostaron con don Lorenzo en su cama, á donde le confesó, y á todos cuantos se quisieron confesar. Un soldado, viendo con tan poca salud al vicario, dijo muy lloroso y triste:—¡Ah, Señor! ¿qué priesa es esta que veo? ¿en qué hemos de parar? y le volvieron á la nao. Aquella noche apretó el mal con don Lorenzo de tal suerte, que al romper del dia dos de Noviembre murió. Dios le perdone. Fué llorado y sepultado de la manera que el adelantado su cuñado. Entre los demás murió un soldado, que recibió la muerte con tan alegre rostro, que en esto y en las palabras que dijo y lo que hizo, parecia ser peregrino que caminó al cielo.

CAP. XXVII.—En que se dá cuenta del infelice estado de nuestra gente y muerte de el vicario y la embarcacion de todos.

Con los sucesos dichos llegaron los nuestros á estado, que si solo diez indios vinieran determinados, los degollaran á todos y arrasaran el pueblo bien á su salvo. Finalmente los enfermos apretados de su mal que era grande, y sin remedio se vinieron á la nao, y la gobernadora con ellos; quedando la bandera en tierra con los pocos soldados que tenian alguna salud, en cuanto se recogió agua y leña: y lunes, que se contaron siete de Noviembre, se embarcó bandera y gente, y con esto se dió mal fin á esta buena empresa. Yo nunca entendí ménos: y se dejó en las uñas de quien de ántes la tenia, hasta que Dios permita vayan otros más deseosos de el bien de aquellos perdidos, para que con el dedo les muestren el camino de su salvacion para que fueron criados.

El pueblo quedó hecho un espectáculo de sentimiento y consideracion, por los desastrados y breves sucesos que en él hubo. Era cosa notable ver en la playa andar los perros aullando, como que preguntaban la

causa por que se iban y los dejaban. El más chiquito se echó á la mar y vino nadando, y por tanta lealtad fué recibido, y por él se pudo decir que á los osados favorece la fortuna.

El vicario ordenó su testamento, y la siguiente noche le velaron tres soldados. Rogó al uno le leyese en el Símbolo de la fé de Fray Luis de Granada. Venido el dia, viendo el piloto mayor la poca esperanza de vida con que estaba, y como al parecer se moria, le dijo, que pues se le acortaba el plazo y llegaba el de la cuenta, mirase lo que convenia á su alma. Respondióle que él estaba bueno, sin dolerle cosa alguna. Replicóle el piloto mayor que él hacia oficio de amigo y que no se dejase engañar, porque se iba concluyendo.—¿Y cómo no me lo ha dicho más temprano? dijo el vicario; y el piloto mayor: que nunca entendió que su enfermedad le pusiera en el estado que le veia. Pidió el vicario un Cristo, y con él en las manos dijo:—¡Oh, Padre eterno que enviaste... Lo que prosiguió no se le entendió, porque luego se le impidió la lengua: y así, agonizando, dió al Salvador y Criador suyo el alma.

Esta pérdida fué tal, cual nuestros pecados merecieron. Azote y castigo para que nos desengañemos que teniamos á Dios muy enojado, pues despues de tantas aflicciones corporales, nos quitó el regalo espiritual. Fué su muerte muy sentida; no de todos, porque no todos saben sentir semejantes faltas. Era el vicario Juan Rodriguez de Espinosa, un muy honrado sacerdote, á quien por su mucha virtud y buenas partes se debia un grande amor. El piloto mayor, su alba-

cea, le hizo sepultar en la mar; no queriendo fuese en tierra, por temor de que los indios no le desenterrasen é hiciesen con su cuerpo algunas cosas indecentes.

CAP. XXVIII.—De cómo se hicieron otras dos entradas, que fueron las últimas, y lo que pasó hasta que se dieron velas.

El dia siguiente se hizo el viento Norte, y con ser poco, se rompieron tres cables que la nao tenia por amarras, quedando un delgado cable que para tener una barca parecia flaco, y fué tan fuerte que él sólo sostuvo la nao que no fuese á dar en tierra, de que estuvo muy cerca.

Más tarde fue enviado Luis Andrada por caudillo, con treinta hombres, á buscar de comer para el viaje. Fué á la isleta que llamábamos huerta y en un estero halló cinco canoas de las grandes, cargadas de espuertas de vizcocho de la tierra, que los indios allí tenian retirado, y sin ninguna dificultad lo cogió todo y envió á la nao: y dijo que mató ciento y veinte puercos, de que se vió parte, y que halló los indios de paz, y despues se amontaron porque soldados mal mirados toman más licencia que les dan para hacer agravios. Por

esto en los caminos que son angostos, hicieron cuevas cubiertas de ramas y tierra, y dentro clavaron puas derechas, á donde un soldado se enclavó un pié. En cuanto anduvieron en esta entrada, se dió órden con los enfermos, y la nao se aprestó del todo.

Venido el caudillo, fué luego el piloto mayor con veinte hombres á la misma isla, siguiéndole muchas embarcaciones de los indios. Dejando en la barca seis hombres, saltó con los demás en tierra, y los indios de ella, como escarmentados, los recibieron con las flechas en las manos, haciendo la *perneta*, dando gritos y vueltas. Hízoseles con bandera blanca señal de paz; mas ellos daban más vueltas y más voces. Allegóse más el piloto mayor haciendo la misma señal. Era un camino angosto y de mucha arboleda; y ansí comenzó de todas partes á llevar flechas y piedras. Hizo tirar dos arcabuces perdidos y dar arremetida al pueblo, en que no halló más de espuertas de su vizcocho en las casas, y otras de raices muy naranjadas de que hacen tinta del mismo color. Siguió los indios que iban huyendo por una cuestecilla arriba, y llegando á lo alto, se halló en una muy hermosa llanada y de grande abundancia de frutales, á donde se cortaron muchos y grandes racimos de plátanos, cantidad de cocos, y en una casa se halló gran número de vizcocho; y cargado por escoltas á vista una de otra, por no dividirse, lo embarcaron todo, sin que se les hiciese mal ninguno, con haber habido muchos encuentros con ellos, ni tampoco se hirió ni mató á indio, porque el piloto mayor decia á los soldados que no les tirasen á dar, sino á espantallos.

Hecho esto, mandó á la barca le fuese siguiendo playa en la mano, á un puesto á donde iba á cortar palmitos; y cuando llegó, no fué vista la barca, por más que se procuró. Hizo junta, y todos fueron de acuerdo de ir á la parte á donde habian saltado en la isla. Iban marchando ya puesto el sol, cuando encontraron un sitio que con unas peñas hacia un buen reparo. Por esto y haber allí una canoa, decian al piloto mayor esperase á que del todo fuese de noche, para que uno en la canoa fuese á dar aviso á la nao y los viniesen á buscar. El piloto mayor dijo que el no parecer la barca daba pena, y mucha más considerando el lugar poco seguro á donde estaban los marineros de más cuenta, á cuya falta no quedaba quien pudiese llevarla y la gente á donde estaba acordado: con que no se tendrá noticia del descubrimiento hecho, y de la presuncion de la parte.

Preguntó qué pólvora habia. Dijéronle que diez cargas. Dijo ser poca, y mejor pasar adelante, buscando alguna de las muchas embarcaciones, que ganadas, si los indios los necesitasen, despues de gastar la pólvora se defenderian con las espadas y rodelas, y dió por razon que si á la barca habia sucedido desgracia, los indios la habian de ver, y esconder sus embarcaciones para que no se pudiesen ir. Esto acordó. Encargó la vanguardia á un soldado, y él con otros fué caminando por la playa, á donde habia una grande espesura de árboles que desde su creacion están allí sin haber quien les ponga mano, y unos grandes peñascos con cuchillas y puntas y partes casi imposibles de andar de dia, cuanto y más de noche obscura. Unas veces les daba el agua á

la rodilla y otras á medio cuerpo. Iban subiendo y bajando troncos y peñas, y torciendo caminos al mar y al monte. Eran por todos diez: los dos enfermos, que sentados dijeron á los demás que se fuesen y los dejasen, que ya no podian andar más. El piloto mayor que oido la resolucion, les dijo no los habian de dejar, sino llevarlos, si necesario fuese, á hombros. Esforzados algo más, daban sus pasos, ó traspies. Era más de media noche cuando oidos dos arcabuces y luego otros dos, los compañeros delanteros se dieron priesa por saber qué fuese la causa; y hallaron ser la barca que acababa de llegar, y se habia detenido por la contrariedad del viento, y dado vuelta á la isla. Embarcada la gente, volvieron á las naos, donde al romper del alba llegaron, hallando la gente de ella con el mismo cuidado y pena de la tardanza.

Este dia propuso la gobernadora á los pilotos que queria salir de aquella isla, á buscar la de San Cristobal, por ver si en ella hallaba la nao almiranta, para hacer lo que fuese para más servicio de Dios y de Su Magestad: y que si no la hallasen, su determinacion era ir á la ciudad de Manila en Filipinas, á traer sacerdotes y gente para volver á la poblacion y acabar aquel descubrimiento; y que para esto rogaba, persuadia y mandaba á cada uno de los que allí estaban, le diesen su parecer en la forma que entendiese ser más conveniente. El acuerdo y parecer de todos fué se saliese al Oessudueste todo el tiempo que fuese menester, para ponerse en altura de once grados; y que si la isla, ó la almiranta no se hallasen, en tal caso siguiesen el cami-

no de las islas Filipinas; y lo firmaron todos de sus nombres, y el piloto mayor en su parecer se obligó de volver acompañando á la gobernadora, si ella volvia como decia.

Viendo el piloto mayor la nao cuán maltratada estaba así de casco como de aparejos, los marineros pocos, la gente enferma, y que habia de ser necesario dar treinta hombres, los más sanos, para con ellos tripular la fragata y galeota, dijo á la gobernadora: que su parecer era dejarse aquellos dos bateles pequeños; pues así por su mal despacho, como porque sus pilotos no eran de satisfaccion, como porque con sus jarcias y velas y la gente que habian de llevar, se despacharia muy mejor la capitana y se asiguraria el viaje. A esto replicó el capitan de la galeota, que porque los navíos no le costaron su dinero decia que los dejasen. Respondióle el piloto mayor que no le movia otra cosa más de lo que entendia convenir al bien de todos, y que en Manila, á donde se pretendia ir, se hallarian por ménos de doscientos pesos otros mejores, y que por tan corta cantidad no era justo arriesgar lo mucho. Ayudaron al capitan de la galeota ciertos lisonjeros enemigos de la verdad y de la razon, los cuales la gobernadora tenia para su consejo de Estado, guerra y mar; y cada uno dijo su poco, y así se quedó siendo nada.

Quisiéronse luego descargar de enfados y trabajos de enfermos. Mandóse que fuesen llevados en la fragata. El piloto mayor lo contradijo, diciendo no era justo por la poca comodidad que allá habia el quitarlo de la buena que allí tenian; pues todos podian ir aloja-

dos y abrigados en la nao grande y no en la pequeña al sol, sereno y lluvia. Respondieron que allá se les haria una tolda con una vela al modo de galera, debajo de la cual irian á su voluntad. El piloto mayor dijo que la navegacion no siempre sufria toldos, y los enfermos siempre habian menester reparos. Mandóse en público que los dejasen, y por otra mano un cierto sargento los iba á su pesar echando en la barca. Dió uno voces. Acudió el piloto mayor, quitándosele de las manos, riñendo tan poca piedad y tan gran locura. Al fin mandó la gobernadora que los dejasen: y así, se quedaron.

Venida la tarde, salió el piloto mayor á visitar la galeota y fragata, y les dejó la harina y agua necesaria, é instruccion de la navegacion que habian de hacer, y una carta de marear al piloto de la fragata, que no la tenia ni la entendia. A la noche salió á tierra el capitan don Diego de Vera, con algunas personas de su compañía, y desenterró el cuerpo del adelantado para llevarlo en la fragata á Manila, porque en la capitana no quisieron consentir por abusos que nunca faltan.

CAP. XXIX.—De cómo salia la nao y los otros dos bajeles de la bahia Graciosa: los trabajos que por el viaje habia: pérdida de la galeota, y dáse razon de un ermitaño.

Habia desde la bahía Graciosa á Manila distancia de novecientas leguas. El siguiente dia, diez y ocho de Noviembre del mismo año, salieron los tres navíos en demanda de la isla de San Cristóbal, y estaban los aparejos tales, que para recoger la barca se rompian tres veces.

Murieron en un mes cuarenta y siete personas. Los demás se llevaron casi todos enfermos pero alegres, pareciéndoles que ya tenian sus trabajos acabados. Los ojos puestos en las chozas del pueblo, diciendo:—¡Ahí te quedarás, rincon del infierno, que tanto nos has costado! Llorando maridos, hermanos y amigos, caminaban vencidos del propio amor.

Navegóse este dia y el siguiente al Oessudueste. Pesado el sol, y hechas cuentas, se hallaron once grados. Miróse luego si por alguna parte se via tierra, y no fué vista. Este mismo dia cayeron malos el contramaestre y otros cuatro marineros; y cinco ó seis que

quedaron sanos, dijeron al piloto mayor: que mirase que aquella nao estaba desaparejada, llena de enfermos, faltos de agua y comida, y no se podia con ella andar arando la mar. Ayudaron los soldados, y no faltaron voces: ni habia viento, y se rompió el estay mayor, con que hubo un mal sabor que duró un rato por estar variables los pareceres. Remediado, dijo el piloto mayor á la gobernadora que la altura en que estaba era de once grados; conforme á lo acordado que mirase lo que mandaba se hiciese. A que respondió, que pues no se via la isla de San Cristóbal ni el almiranta parecia, que hiciese su camino á Manila.

El piloto mayor hizo gobernar con el viento Sueste al Noroeste, por huir de la Nueva Guinea de que se hacia muy cerca, por no hallarse entre islas, ú otras tierras; que si no fuera por la incomodidad del navío, diera órden de ir costeando aquella tierra y saber lo que era.

Por este rumbo fuimos navegando hasta veinte y siete del mes, y bajar á cinco grados. Vióse este dia en la mar un grueso tronco, un grande hilero de *rosuras* de rio, con tres almendras como las que dejábamos, muchas pajas, culebras, y el viento Sudoeste con refregones, celages y aguaceros de aquella parte: y por estas señas entendimos que la Nueva Guinea estaba cerca de este paraje. Empezamos á hallar grandes olas venidas del Noroeste y del Nornorueste, que dieron á la nao mal trato, y peor cuando habia bonanzas ó calmas: señal de cursar aquellos vientos de la otra parte de la línea. Duró esto hasta casi las islas de los Ladro-

NES. Tambien hubo contrastes sin hallar viento hecho hasta otros cinco grados parte del Norte, y en ellos se halló brisa del Lesnordeste al Nordeste que duró todo viaje; y si el sol estuviera cerca del Zenit cuanto lo estaba de Capricornio, no sé cómo fuera al doblar la Equinocial.

Navegóse hasta diez de Diciembre: hallóse altura de medio grado por llegar á la línea, paraje en que se halló, estando claro el cielo, sosegado el aire, quieta la mar, sin verse tierra, un tal frio de noche, que era menester cubrirse con paños de lana, y de dia un sol tan fuerte, que aún no apuntaba por el horizonte, ya no se podia sufrir su calor.

La galeota habia dias que se conocia de ella que maleaba, porque se apartaba y no queria acudir á las obligaciones de su capitana. La gobernadora hizo que se notificase al capitan de ella que, so pena de traidor, no dejase la conserva, ni se apartase media legua; pero siempre le pareció que la capitana, por sus incomodidades y llevar el árbol mayor rendido, no habia de llegar á salvamento. Por esto aquella noche viró de otra vuelta, y desapareció sin ser más vista.

La racion que se daba era media libra de harina, de que sin cernir se hacian unas tortillas amasadas con agua salada y asadas en las brasas; medio cuartillo de agua lleno de podridas cucarachas, que la ponian muy ascosa y hedienda. La paz no era mucha, cansada de la mucha enfermedad y poca conformidad. Lo que se veian eran llagas, que las hubo muy grandes en pies y piernas; tristezas, gemidos, hambre, enfermedades y muer-

tos con lloros de quien les tocaba; que apénas habia dia que no se echasen á la mar uno y dos, y dia hubo de tres y cuatro: y fué de manera, que para sacar los muertos de entre cubiertas, no habia poca dificultad.

Andaban los enfermos con la rabia arrastrados por lodos y suciedades que en la nao habia. Nada era oculto. Todo el pío era agua, que unos pedian una sola gota, mostrando la lengua con el dedo, como el rico avariento á Lázaro. Las mujeres, con las criaturas á los pechos, los mostraban y pedian agua, y todos á una se quejaban de mil cosas. Bien se vió aquí el buen amigo, el que era padre ó era hijo, la caridad, la cudicia y la paciencia en quien la tuvo; y se vió quién se acomodó con el tiempo y con quien así lo ordenaba. Viéronse muchas muertes sin confesion, y otras faltas que de verlas todas juntas era para sentir sumamente. La *Salve* se rezaba á la tarde, delante de la imágen de Nuestra Señora de la Soledad, que fué todo el consuelo en esta peregrinacion.

Habia ido á la jornada un venerable viejo y buen cristiano, que en Lima era *barchilon*, que servia al hospital de los indios: su nombre era Juan Leal (que tal fué él para todas las necesidades que hubo). Este siervo de Dios y viejo honrado, con poca salud, porque era convaleciente, sin asco (que habia bien de qué tenerle con mucha verdad, porque él mismo buscaba en qué ocuparse de noche y de dia sin descansar), fué el que en el campo y en la nao, cuando estaba surta, y en el presente viaje, llevó en peso el servicio de los enfermos, con rostro alegre, mostrando á lo claro que aquellas

sus entrañas ardian en caridad; con que sangraba, echaba ventosas, hacia las camas, las medicinas, y todo pasaba por sus manos en servicio de los enfermos: ayudábalos á bien morir, amortajábalos y los acompañaba hasta la sepultura ó sacarlos de peligro. Hombre, al fin, que mostraba bien en las palabras y obras cuánto sentia ver tantos y tan miserables trances; pero habia orejas á donde llegadas sus voces, por no hallar puertas se volvian á su dueño, que de nuevo las convertia en más amor y más cuidado de acudir, como acudió, con su piedad acostumbrada.

CAP. XXX.—Del estado en que iba la nao prosiguiendo su viaje, y la muerte del ermitaño.

Hízose lista de los demás enfermos, y á cada uno se daba cada mañana, de más de su racion, un plato de gachas ayudadas con manteca y miel, y á la tarde un jarro de agua con un poco de azúcar para ayudarlos á sustentar; y á las personas que estaban con alguna salud más, racion doblada para poder suplir la bomba cuatro veces cada dia, con que se padeció grandemente, porque unos se escondian, otros se sentaban, otros se tendian diciendo no podian trabajar. Noche se pasó

toda sin poderlos obligar con el daño que tan cerca estaba, cuyos clamores y necesidades forzosas son dos cosas que no se pueden bien soldar.

La nao por tener la jarcia y velas podridas por momentos habia que remendar, y que hacer costuras á cabos: era el mal, que no habia con qué suplir. Iba el árbol mayor rendido por la carlinga: el dragante por no ser amordazado, pendió á una banda y llevó consigo el bauprés, que nos daba mucho cuidado. La cebadera con todos sus aparejos se fueron á la mar, sin cogerse cosa de ella. El estay mayor se rompió segunda vez: fué necesario del calabrote cortar parte y hacer otro estay, que se puso ayudado con los brandales del árbol mayor que se quitaron. No hubo verga que no viniese abajo, rompidas trizas, ostagas, y tal vez estuvo tres dias la vela tendida en el combes, por no haber quien la quisiese, ni pudiese izar, y triza de treinta y tres costuras. Los masteleos y velas de gavia, verga de mesana, las quitamos todas para aparejar y ayudar las dos velas maestras, con que sólo se navegaba. Del casco del navío se puede decir, con verdad, que sólo la ligazon sustentó la gente, por ser de aquella buena madera de Guayaquil, que se dice Guatchapelí, que parece jamás se envejece. Por las obras muertas estaba tan abierto el navío, que á pipas entraba y salia el agua, cuando iba á la bolina.

Los marineros, por lo mucho que tenian á que acudir, y por sus enfermedades, y por ver la nao tan falta de los remedios, iban ya tan aborridos, que no estimaban la vida en nada; y uno hubo que dijo al piloto ma-

yor, que para qué se cansaba y los cansaba: que más valia morir una que muchas veces; que cerrasen todos los ojos, y dejasen ir la nao á fondo. No querian algunas veces laborar, diciendo que Dios ni el Rey obligaban á lo imposible; que ellos estaban sin fuerzas, y si se colgaban de los brazos, no se podian sustentar sin venir abajo; y si muriesen, ¿quién los habia de resucitar? Y al piloto mayor le dijo uno, que se echaria á la mar, aunque le llevase el diablo cuerpo y alma; y otros muchos le decian, que pues los sabia mandar, que les diese de comer, y juntamente de las botijas de vino y aceite y vinagre que tenia la gobernadora, ó que se las vendiese á trueque de su trabajo, ó que ellos le darian prendas, ó pagarian en Manila, ó la darian otro tanto de lo mismo, pues era para cobrar fuerzas para llevar su nao y á ella, ó si no que muriesen todos á trueque de que ella muriese; y cuando habia las mayores necesidades de sus personas, entónces mostraban las suyas y recordaban lo pasado. El piloto mayor trató por veces á la gobernadora de este pleito, que duró todo el viaje, y le dijo que mucho peor era morir que no gastar. Díjole que más obligacion tenia á ella que no á los marineros que hablaban con su favor dél, y que si ahorcase á dos, los demás callarian. Respondióla el piloto mayor, que no trataba sino de remediar necesidades, y que los marineros eran buenos; que si abogaba, no era por aficion ni obligacion que les tuviese, sino para que llevasen su nao donde ella misma queria; y que la obligacion del darla gusto, no le quitaba la que tenia á su oficio; que bien parecia la paga junto á la deuda. Al

fin dió dos botijas de aceite; mas como eran muchos, gastóse presto; y por esto se renovaron quejas, que duraron todo el viaje.

Los soldados, viendo tan largos tiempos (porque ninguno es corto á quien padece), tambien decian su poco y mucho; y tal dijo, que trocaria la vida por una sentencia de muerte en una cárcel, ó por un lugar de un banco en una galera de turcos, á donde moriria confesado, ó viviria esperando una victoria, ó rescate. —Esperanza en Dios, cuyo poder es mayor que todas nuestras necesidades, dijo uno, y que aquel era viaje armado y sobre pobreza.

Esta muerte que tengo por venturosa venida al remate de tan buenas obras, recibida con mansedumbre, ¿qué se puede entender sino que pues el Señor fué servido de llamar en tan buena ocasion á nuestro buen Juan Leal, que fué para premiarle en el cielo lo merecido en el suelo? Murió tan sólo y desamparado como los otros. Era en vida y costumbres ejemplar; estimaba el mundo y sus cosas, en lo que merece ser estimado; andaba vestido de sayal pegado á las carnes, hábito á media pierna y descalzo, barba y cabello largo; y en esta estrecha vida, y en servir hospitales, habia muchos años que vivia, despues de otros muchos que habia sido soldado en Chile. Esta misma noche se fué á la mar un enfermo, no se supo cómo, y dando voces, que pedia socorro y las metia en el alma, se quedó sin ser más visto.

CAP. XXXI.—De cómo se trataba de elegir general: la respuesta á ello del piloto mayor, y el consejo que dió un hombre á la gobernadora, y pérdida de la fragata.

Como llevaba el piloto mayor la agua tan en cuidado por ser poca, y haber por vias secretas grandes gastadores de ella, se hallaba presente al dar la racion. Era muy larga la gobernadora en gastarla, y en lavar con ella la ropa, y para este efecto le envió á pedir una botija, á que el piloto mayor dijo mirase el tiempo, y no parecia justo gastar largo el agua que habia, pues era poca. Tuvo éste por gran delito, y sintióse tanto, que con mucha ira le dijo:—¿De mi hacienda no puedo yo hacer lo que quiero? Respondióle el piloto mayor, que de todos era, y por todos iba: que buena era la tasa para lo que faltaba por andar, y suya la obligacion de acortarse para que los soldados no dijesen que lavaba su ropa con su vida de ellos; y que estimase en mucho la paciencia de los que estaban padeciendo, y no quitaban por fuerza cuanto en la nao llevaba; pues gentes hambrientas á veces saben pasar adelante. Quitó la gobernadora las llaves al despensero que era hombre fiel, y

á quien el piloto mayor las habia dado, y las dió á un criado suyo. No faltó quien dijo al piloto mayor, que no se dejasen gobernar de una mujer, y que á más votos se eligiese un hombre; mas el piloto mayor respondió, que la dejasen gozar el breve espacio que le quedaba de su justo título; que cuando el tiempo obligase á ello, entónces pareceria más razon decir lo que agora se decia sin ella.

Deseoso un hombre de bien de ver en el galeon ménos chismes, más órden y paz de la que habia, sabiendo que ciertos hambrientos y mal sufridos estaban determinados á saquear la escotilla, cuando se abriese, y lo que podria resultar de esto así de encuentros como de mucho daño, que con asaltos recibiria el poco bastimento que habia, dijo á la gobernadora muchas cosas tocantes á su buen gobierno; mas no faltaba quien á ella le decia que no se fiase de él, y sabiéndolo la dijo así:—Mirad, señora, que no son santos los que os hablan; y bien lo muestran en lo que os dicen, y piden en su provecho y daño ageno. Fiad de los hombres de quien vuestro marido se fió; pues habeis visto que en sus necesidades y vuestras han hecho bien su deber, con ver su riesgo. Aquietaos, que aquí no hay quien se quiera alzar, ni tal se le consentirá, ni quien os deba más de una sola obediencia á cosas justas. Respondió:—Aquí me vienen con cuentos sin que yo los quiera saber. El otro dijo:—No oirlos, ni creerlos, y tratar bien á los hombres. Mirad que sobrecargas á tan grandes cargas como tienen, pueden como de apurados echarse con ellas y no querer levantarse, ó hacer algun des-

concierto malo de concertar despues. Estad cierta que cadá uno piensa que aunque le sobran miserias, no le faltan merecimientos. A estos vuestros hermanos refrenadlos, no se diga, chico gobierno de muchas cabezas sin piés, ó de muchos piés sin cabeza. Mirad bien, que son noveles: vuelan poco, y aquí les sufren mucho, y no les deben nada, y ellos deben muchas, que por lo que se debe á vos se disimulan; y si no vinieran aquí, á nadie faltaba nada, ni lo que falta fuera falta; y á vos os sobra todo. Finalmente la preguntó este hombre: ¿qué debia hacer aquel que estaba avisado que le querian matar en la nao? Respondió ella que ganar por la mano. Y dijo él:—Pues sabed que me dijeron que vos y vuestro hermano sois los que tratais de mi muerte, y afilais los cuchillos; pero yo no me creí de ligero, aunque de amigo. Tampoco me descuidé, aunque no debo: y veis aquí cómo se va acertando; y si quereis acertar, no creais á quien os engaña; mas no me espantó lo dicho y excusado; pues mujeres para cabezas hay muy pocas Didos, Cenobias y Semíramis.

Con los contrastes dichos se fué navegando por el mismo rumbo Nornoroeste hasta martes diez y nueve de Diciembre, que se llegó hasta tres grados y medio de la parte del Norte. La fragata venia fatigada por bomba; y tanto que fué necesario darles tres hombres, para que ayudasen á sus trabajos. Envióse gente de mar para tomar las aguas que por mucha parte entraban. No valieron diligencias, ni podia andar al paso de la capitana. La gente se mostró muy triste y deseosa de conservar aquel bajel, por el cuerpo del adelantado

que iba en él. Conociendo el piloto mayor el peligro, dijo á la gobernadora algunas veces, que le parecia justo se dejase la fragata y recogiese la gente, con que quedaria sigura y el galeon más bien despachado; y como no aprovechó, le dijo á don Diego de Vera, capitan de ella:—Pues sabe quejarse, ¿por qué no se sabe salvar? ¿No ve que es homicida de sí mismo y de tòdos sus compañeros?: aborde con este navío, que aquí les darán la mano con amor más que de hermanos. Al fin la fragata anocheció aún á vista, á cuya causa el piloto mayor hizo aventar las escotas, y esperó hasta el otro dia á la tarde. Los soldados le daban voces, diciendo no era tiempo de perderle y navegase, que pues la fragata no parecia, iba adelante, y si no que Dios con todos y cada uno mirase por sí. Respondióles que seria muy mal hecho dejar aquel navío de amigos en un golfo, sin un tal piloto cual para salir de él era necesario, y que si perdia la compañía no asiguraba su llegada, y se quedó sin ser más vista.

CAP. XXXII.—De cómo se tuvo vista de una isla de la parte del Norte, y el peligro grande en que el galeon estuvo puesto.

Con viento Leste y Lesnordeste que ya se llevaba, se fué siguiendo el rumbo Nornoroeste, y el siguiente sábado se tuvo vista de una isla en cuya demanda se fué con ánimo de buscar puerto y provision; mas no le pareciendo bien al piloto mayor ir de noche por junto á tierra no conocida, mandó virar la nao. Los marineros, gente harta de trabajar, le dijeron no los fatigase tanto, y que bien se podia ir más adelante. Ayudó uno del consejo que se fuese hasta cierta punta. El piloto mayor largó al trinquete la escota, y cambiado el timon, fué la nao virada; y parece fué inspiracion de algun ángel, pues si no se vira, sin remedio alguno se pierde, como abajo se dirá. Fué haciendo y diciendo que hasta adonde estaba conocia ser la mar limpia y que más adelante no sabia lo que la nao toparia.

Al cuarto del alba se volvió la nao, y vino á amanecer donde anochecido habia. Mandó subir un marinero al tope, como lo tenia de costumbre mañana y tarde, y avisó que á la vuelta del Noroeste iban unos grandes

arrecites, y no les veia su fin. El viento era Nordeste y poco y travesía. La nao no llevaba velas de gavia para tenerse á barlovento; los bajos llevaban el agua á sí. La nao estuvo tan cerca de ellos que ya no se buscaba remedio, estando todos con la muerte tragada. Cierta persona hizo en su corazon una peticion y promesa á San Antonio de Pádua, y fué servido el Señor que este dia, que lo era de su santo nacimiento, la nao salió de este peligro en que estuvo, y á las tres de la tarde se acabaron de doblar los bajos y puédese decir de milagro.

De la isla salieron indios en sus embarcaciones de velas, y sin ellas: por no poder pasar el arrecite saltaron en él, y desde allí llamaban con las manos. A la tarde, por el remate de los bajos, vino un sólo indio en una pequeña canoa. Púsose á barlovento y lejos; y por esto no se pudo divisar si tenia barbas, por ser aquel paraje de las islas de los *Barbudos*. Pareció ser hombre de buen cuerpo, desnudo: traia los cabellos largos y sueltos; apuntaba de hácia dónde habia venido, y partiendo cosa blanca con las manos, lo comia, y empinaba cocos como que bebia. Fué llamado, y no quiso venir.

Era ya tarde, y á esta causa subió un marinero al tope á mirar la mar, y avisó de unas isletas bajas y muchas restingas, en que la nao estaba metida como en corral. Hubo otro poco de desabrimiento, con pareceres que si se hubieran de seguir (como de quienes no lo entendian), prometian daños. La nao se puso á camino, y se navegó al Nornoroeste.

Esta isleta tiene de elevacion de Polo ártico seis grados largos. Es casi redonda: bojea treinta leguas. No

es muy alta en demasía: tiene mucha arboleda, y por sus laderas muchas rosas y simenteras. A tres leguas parte del Oeste tiene cuatro islas rasas, y otras muchas junto á sí, y todas cercadas de arrecifes. Pareció ser más limpia por la parte del Sur.

CAP. XXXIII.—De cómo se tuvo vista de las islas de los Ladrones, y lo que allí pasó.

Siguióse el rumbo Nornoroeste, y lunes primero de Enero se halló altura de catorce grados. Gobernóse al Oeste franco. El viento era largo y fresco; y miércoles tres del dicho, al amanecer, se tuvo vista de dos islas de los *Ladrones*, en cuya demanda se iba. La una era *Guan*, y la otra la *Serpana*. Pasóse por entre las dos, que se corren Nordeste Sudueste por canal de diez leguas arrimado á la de Guan. Cayó un hombre á la mar estando mareando el trinquete, y no habia en toda la nao más de una cuerda, y ésta la tenia uno en la nao, que echada á la mar acertó de ser en parte donde salia el caido debajo la nao, á la cual asido, subió arriba ¡gracias á Dios! De la isla de Guan salieron muchas piraguas con sus velas y muchos de aquellos indios ladrones, que son unos hombres fornidotes, de razonable

color. Venian diciendo *charume*, que quiere decir amigos; *herrequepe*, que quiere decir daca hierro, que esto es lo que venian á buscar, por ser muy amigos de ello. Como venian tantos, y se daban mucha priesa, se encontraban y trastornaban algunas embarcaciones, cuyos dueños nadando las volvian boca arriba con grande facilidad. Son embarcaciones de dos proas; virando la vela están á camino, sin que se vire el bajel. Trajeron muchos cocos, plátanos, arroz, agua, petates, y unos grandes pescados voladores y dorados, y todo lo dieron á trueque de hierros viejos. Con esta gente y refresco, la de la nao se alegró extremadamente. Acabóse el rescate: fuéronse los indios, dos ménos, que mató un arcabuz, por un pedazo de arco de pipa.

Los soldados instaron mucho con el piloto mayor que tomase puerto en la isla para procurar que comer. Buena fué su voluntad, mas dejólo de hacer por no tener aparejos en que echar la barca al agua: y esto lo dijo á todos; mas ellos instaban más, diciendo á manos la echarian. Preguntóles:—¿Y al recoger, qué será?— Respondieron:—¿Qué más que se quedase allí? El piloto mayor dijo:—No está bien perder la barca, habiéndose de navegar por entre las muchas islas que se iban á buscar. Porfiaron mucho; mas él, haciéndose sordo, siguió al Oeste franco su camino hasta viernes doce, que se tomó del sol trece grados.

CAP. XXXIV.—De cómo teniéndose vista de tierra de Filipinas, tuvo la nao muchos peligros, y cómo se surgió en un buen puerto.

El piloto mayor iba por sólo noticia y sin carta en demanda del cabo del Espíritu Santo, primera tierra de Filipinas. Domingo al romper del dia se vió tierra, corona de un alto cerro, y no pareció otra cosa por la cerrazon que habia. La tierra se pregonó con tanto contentamiento como si se hubiera llegado al cierto y seguro descanso. Unos decian: presto oiremos misa y veremos á Dios: no hay que temer la muerte sin confesion, porque esta es tierra que pisan cristianos. Con estas cuentas y la grande alegría, ya parecian otros los que venian tales que no se podian tener en pié por flacos, y tan faltos de virtud, que con sola la armadura parecian la propia muerte: y así traian por refran decir, que no querian sacar á luz más de los fustes apuntalados. Luego pidieron doblada racion de agua, por ser su falta la que más guerra les daba; mas el piloto mayor dijo no se diese más que la tasa, por ser muy poca la que habia, y que hasta surgir todo era navegar.

Llegados que fueron á tierra, se vió una abra en

costa de Norte-Sur. Dió la gente en decir era el embocadero y que se entrasen por él, pues Dios les habia hecho tan señalada merced, que de punto en blanco se habia dado con él. Este parecer era el suyo, porque habia un soldado que en los tiempos pasados habia hecho aquel viaje, y lo certificaba á todos. Ibase costeando la tierra por ver si se hallaban señas que fuesen de satisfaccion. El viento era Lesnordeste y mucho, la tierra estaba anublada; el sol cubierto, y no se podia pesar. Al piloto mayor no le pareció aviso ir más adelante, ni ménos entrar por lugar tan peligroso, donde una vez entrado no se podia volver atrás por viento contrario, pocas fuerzas de gente, y mal aparejo de nao. Por esto la mandó virar á la mar, y por ver si aquella noche podia conocer la altura por la estrella, ó el dia siguiente por el sol, para estar cierto de que acertaba.

Volviéronle á persuadir que embocase, y él á ellos que tuviesen un dia de más sufrimiento en caso que no les iba ménos que las vidas, y al soldado preguntó por muy menudo las razones de que se satisfacia de ser aquel el embocadero buscado; y las que dió fueron tan lejas de la verdad cuanto él estaba cerca de mal mirado, y con todo, éste y otros daban sus pareceres á la gobernadora. Hacian sus corrillos, y decian que el piloto mayor no sabia gozar de tan buena ocasion como le ofrecia el tiempo; y á todo esto respondió que ninguno deseaba más la salvacion de aquella nao, á cuyo cargo estaba el buscar puerto con la pena al ojo de la honra, y cuanto á la vida todos eran parejos; y que pues Dios habia sido servido de traerlos allí

tambien lo seria de que él los llevase á Manila, y si no que hubiese quien le descargase y se obligase, pues no haria mucho si tan ciertos estaban en lo que decian.

Tambien la gobernadora decia que aquella debia de ser la boca, pues todos así lo decian. El piloto mayor la dijo que le dejase hacer como entendia su oficio, ó si no que mandase lo hiciese otro, porque él sabia que acometer aquella entrada, en que veia no tenia disculpa un yerro tal cual lo seria si el navío tuviese algun mal tope en lugar que lo fuese sin remedio: y ¿cómo se podian salvar en sola la barca los muchos enfermos, mujeres y niños como habia? Y cuando todos se salvasen, ¿cómo se podrian sustentar ni caminar? Y ¿qué certeza tenia ser de paz aquella tierra? Y cuando lo fuese, ¿cuánto mejor era procurar conservar aquella nao que estaba cierta, que no buscar despues en duda embarcaciones para poder ir á Manila, que distaba de allí cien leguas? Y más, que venia la noche y picaba la necesidad de hacerse afuera. Al fin la nao fué virada, y velada con el cuidado que pedia noche sin luna.

Venida el alba, se volvió á buscar la tierra, que no se vió por mucha neblina, á cuya causa se levantó contra el piloto mayor suma de mormuraciones. Decian que á todos los habia de ahogar de una vez, y que mejor hubiera sido haber embocado cuando se lo dijeron, que no arriesgallos. De nuevo volvióse á ver la tierra en parte que hacia un cabo, que por estar algo á barlovento, se puso boneta, y se metió dello cuanto se pudo, con intencion de ir costeando la tierra, la sondalesa en el brazo, y en la mano el escandallo, para en hallando

fondo, surgir luego y elegir lo que más pareciese convenir. Hízose la verga arriba: rompiéronse las ostagas: cayóse la vela abajo, y la gente, que estaba ya aburrida, desconfió de manera que no querian ya el remedio; mas al fin, obligados de buenas razones y de unos bajos que á sotavento parecian, fué la verga levantada, y con unas bozas amarrada al mástil para que se detuviese. Rompiéronse las bozas: volvió á caer la verga, y para volverla á izar fué menester lengua y manos. Aquella noche habia habido grandes olas, y al presente era lo mismo; y como la nao con la proa al viento trabajó tanto, la jarcia se rompió toda casi, en especial la del trinquete á quien no le quedó amante, y sólo un obenque por banda. Casi tan desacompañado parecia el árbol, que al primer balance habia de tronchar; pero era bueno y tuvo firme; que firmeza es menester en todas cosas, porque sin ella todo vale poco, ó nada.

Por los arrecifes vistos, decian que eran las *Catanduanes*, que los tiene, y que habia de zozobrar la nao en ellos y perecer todos; y si escapase alguno á nado los indios lo habian de flechar como á San Sebastian, que lo sabian hacer muy bien. Otros decian que estaban entre ellos y la isla de Manila, en parte donde la salida era imposible. Otros que el embocadero se quedaba atrás, y que el piloto mayor tenia la culpa. Otros decian que varase la nao, muera el que muriere, y otras cosas tan desconcertadas como estas, bastantes á desconcertar al más concertado.

La gobernadora en su retrete pareció que se estaba concertando con la muerte. Unas horas en las manos,

puestos los ojos en el cielo, echando jaculatorias, y tan afligida y llorosa como todos. El piloto mayor se quejaba de no poder hacer lo que entendia. Los unos hervian, los otros se mostraban tristes, y todos tenian los ojos en el piloto mayor con quien era todo el tema. Preguntábanle qué tierra era aquella, ó á donde estaban, entendiendo que sólo bastaba verla allí para que sin más ni ménos la conociese; pero al fin, de todo esto y mucho más que se deja, tenia la culpa el soldado que por prático de aquella tierra se vendia, y parecia que algun espíritu se habia aquel dia encastillado en él para dar á todos muerte, si Dios no guardara un juicio.

Dijo el piloto mayor:—¿Qué es lo que quereis que os diga? Esta tierra, yo no la he visto en mi vida si no es agora. Tampoco soy adivino; el cabo del Espíritu Santo vine á demandar. Aquí debe de estar dos leguas más ó ménos. Bien veis que la tierra está cubierta de nieblas y lo mismo el cielo, con que no me puedo aprovechar de mis instrumentos. Agora iremos costeando y á donde viéremos puerto ó fondo, le daremos, porque la nao no ha de varar por ningun caso. Y dijo á dos marineros, que sin cortar el cable se pusiesen unos brandales al trinquete para sustentarle, y que el otro chicote se atalingase á una áncora para dar fondo donde se hallase. Dieron las espaldas sin responder nada, blasfemando de él.

En este estado estaba la nao y gente, cuando el Señor con los ojos de su clemencia los miró, y fué servido que iba la nao con la proa derecha á una bahía. Luego se hizo el viento largo, con que se entró en ella por un

canal, de una y otra parte de arrecifes, que la bahía tiene en su boca. Ya en este tiempo venian á reconocer tres indios en una barangay, y se pusieron á barlovento de la nao sin decir nada. El prático, que de sólo la lengua lo era, les habló en ella, y sabiendo ser cristianos, se llegaron y entraron á enseñar el surgidero que ya se iba buscando; y en mitad de la bahía se surgió en catorce brazas. El uno destos indios era ladino, y el otro, segun él dijo, era el que el inglés Tomás Candi, cuando pasó por allí, llevó consigo para que le enseñase entre aquellas islas sus canales. Preguntóseles qué tierra era aquella. Dijeron que era el cabo del *Espíritu Santo*, y el puerto y bahía se decia de *Cobos*, y el embocadero cerca y la nao en su camino. Preguntósele:— ¿Quién gobernaba á Manila? Respondió que don Luis Perez de las Mariñas, y que estaba por españoles. Preguntóse esto por decirse en el Perú que bajaba sobre ellas el Japon con gruesa armada. Estas nuevas fueron dadas á gente que no habia una hora se tenian por sentenciados á muerte, y agora á vida. No pudieron encubrir la alegría que tenian de lo que ya se iba gozando. Manifestóse con lágrimas y gracias á Dios, que sabe hacer destas mercedes cuantas quiere á quien se sirve.

CAP. XXXV.—De lo que pasó en el tiempo que la nao estuvo en la bahía.

FUERON los indios á su pueblo, de donde vinieron otros, y uno con vara alta de justicia, que por verla, y una cruz en tierra, se creyó ser gente de paz y cristiana. Trajeron gallinas y puercos, que por dos y tres reales daban uno, y juntamente vino de palmas, con que algunos hablaron varias lenguas: muchos cocos, plátanos, cañas dulces, papayas, raices, agua en cañutos, leña en tercios; al fin, socorro tal cual lo habia menester gente tan necesitada. De todo se rescató por reales, cuchillos, cuentas de vidrio, que estiman más que la plata; y con esto, en tres dias con sus noches, no se apagaron los fogones, ni dejaron de amasar y cocinar, comiendo, cuándo la olla del uno y el asado del otro; de suerte, que sólo se trataba de comer de dia y de noche.

Con las bocas dulces y los estómagos satisfechos, quedaron todos tan contentos, cuanto se puede entender. Mas el piloto mayor dijo que estaba la obra presente, y ellos por llegar donde tanto deseaban. Unos le querian abrazar, otros le decian haber hecho feliz, y él á todos, que diesen las gracias á Dios; y dijo á los dos

marineros que no le quisieron oir:—¿Paréceos que si hubiese seguido vuestro parecer que hubiera dado buena cuenta? Decid si estais mejor aquí que donde me importunábais que fuese.

Los indios son de color parda, no muy altos, y todos los cuerpos labrados. No tienen barba ni señal de ella: los cabellos negros y largos. Traian cubiertas partes con unos medriñaqües, y de lo mismo en los pueblos traen una túnica sin cuello que llega á la pantorrilla. En las orejas unos grandes zarcillos de oro, en los brazos unas manillas de marfil, y en las piernas de laton dorado, con que engañaron algunos nuestros. Es gente tan interesada que sin plata, ó cosas que ellos apetecen, no dan nada.

Los enfermos, como venian tan poco usados á comer y comian sin tasa, les hizo notable daño, de que murieron tres ó cuatro. Los indios venian mañana y tarde, trayendo y llevando su rescate, con que en catorce dias se reformaron y sacaron comida que duró hasta donde se verá.

La entrada de la bahía está abierta al Noroeste, que por soplar reciamente era de ver la nao combatida de tantas olas gruesas y tanto viento, amarrada con un cablecito que parecia un hilo, en que se conocia ser nueva merced que Dios hacia, en darle fuerzas para que tuviese la nao, dos dias y una noche que allí estuvo proejando sobre su delgada amarra, con bajos á sotavento, mezcla de mangles, la tierra anegadiza y despedazada. El piloto mayor, como vió el peligro de la nao, dijo á la gobernadora que convenia echar fuera la

artillería del Rey y municiones, y ponerla en uno de aquellos pueblos que cerca estaban y juntamente su hacienda, la de los soldados, mujeres y niños, ó á lo ménos las cosas de más valor; y que lo tocante á la nao él, con la gente de mar, estaria siempre en ella presto para lo que sucediese. Respondióle que para ocho dias que habia de estar allí, ¿qué peligros podia haber? Díjole ser tan puntuales que no asiguraba la nao sola una hora, y por ver el descuido con que la gobernadora estaba se lo volvió á decir; y como no quiso, le dijo haria un protesto para su descargo, pues ella tenia cierta su disculpa con su cuidado dél. Por esto hizo una breve protestacion, diciendo en ella lo que le pareció debia y convenia; y como fué leida, juntóse el consejo y salió proveido un auto, que le mandaba se hiciese luego á la vela, y siguiese el camino de Manila, á donde se le mandó que fuese, y no que entrase en aquel puerto. El piloto mayor dijo que daba lo pasado por respuesta, y que la nao no estaba de presente para navegar sin que primero se aderezase y avituallase de todo lo necesario, y que el viento entraba por la boca de la bahía, por donde habia de salir; y que de nuevo la volvia á protestar mandase hacer lo pedido, porque un momento no estaba sigura la nao. Proveyó segundo auto, y mandó que dentro de una hora saliese con la nao é hiciese el viaje á Manila, y que lo que hacia era desacato ó motin. Todas estas y otras cosas tales pasaron allí, á que el piloto mayor decia á los soldados:—¿No ven que concertadas respuestas son estas para sus necesidades? No sé qué órden me tenga para

que esta señora se aficione á la razon. Debe de entender que yo nací con obligacion de servirla y de sufrirla. ¿No ven esta nao cuál está sustentada de esta amarra que con dos dedos se abarca? ¿No ven que aunque ve su daño al ojo usa de su condicion?

Los marineros firmaron con esta ocasion un papel y lo dieron al piloto mayor, pidiendo en él que pues era su mandador, les diese de comer, ó dinero á cuenta de su salario, ó los despidiese luego porque lo fuesen á buscar, porque allí ya habian vendido lo que tenian, y si trataban de racion, ó de prestado, ó de paga, para todo habia excusas y malas respuestas. Mostró el piloto mayor el papel á la gobernadora; y díjole ser traza suya que todos se le querian ir, ó alzarse con la nao. Los marineros decian que era tiranía: que el Rey, con lo ser de todos, pagaba, daba de comer, y libertad. La gobernadora á esto decia al sargento mayor:—Vaya á Manila, y tráigame un oidor con soldados y una fragata, para irme á hacer castigar esta gente. Hablaba como lo entendia y obrara si pudiera como lo mostraba su condicion. Todos se quejaban y todos sufrian. Dijo el piloto mayor:—No quiero decir que hice en esta jornada otra cosa buena más de solo sufrir una gobernadora mujer y á sus dos hermanos, y todo esto y más puede el deseo de no ofender el nombre del servicio del Rey: que de presente estaba en manos de doña Isabel Barreto.

El piloto mayor, no se descuidando de lo que le tocaba, hizo sondar cierto puerto que parecia estaba allí al abrigo de una punta á donde luego fué á surgir la

nao; y se podrá con razon decir que fué excusar un peligro para acometer otro más cierto y el uno tan á la ventura como el otro; pues los dos ramales de la escota del trinquete de sotavento, fuera de la escotera, estaban rotos: tieso el viento, los escollos cerca; pero en semejantes dudas suele salvar la temeridad, como lo fué esta. Y dado un pruis (1) en tierra, quedaron en puerto muerto, y allí se mandó hacer á los indios de un pueblo que cerca estaban un grueso cable de bejucos y otros delgados, con que se enjarceó el trinquete, y se amarró la nao, que se aprestó del todo.

Por respeto de los marineros habia la gobernadora mandado echar un bando, que so pena la vida nadie saliese á tierra sin su licencia. Sucedió que un soldado casado, que fué á un pueblo á buscar de comer sin licencia, ó con ella que él bien decia que la habia pedido, y por esta razon lo mandó prender. Juntóse el consejo y luego salió resuelto que fuese el preso estropeado. El sargento mayor, á quien la ejecucion tocaba, muy solícito pegaba en uno y otro cabo, y como no los conocia ni se daba maña, dijo al contramaestre hiciese guarnir un moton y subir la verga arriba. En este paso estaba la comedia, cuando iban saliendo por la escotilla un alférez con unos alabarderos tan largos y flacos como él lo era, que venian por autoridad desta justicia, y el atambor que cerca de difunto estaba en rostro y fuerzas, y en vestido y caja extragadísimo, porque no haya

(1) O sea una amarra para asegurar la embarcacion. Úsase aquí prúis por próis: hoy se llama noray.

obra sin entremés. Era el contramaeste un Márcos Marin, de nacion *arragocés*, hombre de gran cuerpo, ya viejo y muy de bien, y como sabia mejor conocer cosas y quejarse de ellas, que no pronunciar la lengua castellana, era donosa cosa oir sus libertades honradas y bien fundadas quejas, de que usó hasta con el mismo adelantado; pero era muy cuidadoso y grandemente entendido en su oficio. Como el sargento mayor le daba tanta priesa, y él tenia tan poca gana, le dijo:—Reportaos, señor sargento mayor, que harto estropeados estamos con tantas hambres, enfermedades y muertes que por la mar se han pasado y pasan: mejor será que se vea esto que no que se estropee el otro. El sargento mayor le replicó, que diese órden se aprestase, que la gobernadora lo mandaba. Respondió el contramaestre: —Igual hiciera la señora en darnos de comer de lo que tiene guardado, y las botijas de vino y aceite que aquí vende un secreto mercader, gastarlas con quien tiene necesidad, que no esas estropeaduras. Mandador tengo que me mandará lo que convenga. El sargento mayor se enojó, y él, sin ninguna pena, dijo:—Buen recaudo tenemos: estropea acá, ahorca acullá, mucha órden y morir de hambre.

Estando en esto sonaron quejas y llantos, que su mujer del preso hacia pidiendo justicia á Dios, del agravio que á su marido querian hacer. El piloto mayor fué á hablar á la gobernadora y representarle, que parecia cosa injusta, en pago de tantas calamidades como aquel hombre habia pasado, muertos cuatro hijos, gastada su hacienda, en remate, por causa

poca y mal averiguada, quedar sin todo y morir sin honra. Respondió la gobernadora, que habia quebrantado su mandamiento y era razon lo pagase. Y el piloto mayor replicó diciendo: que tambien se quebrantaban los de Dios con pena de la vida eterna, y los de la Santa Madre Iglesia con pena de excomunion, y los del Rey con pena de traidor, pérdida de la vida, honra y hacienda, y que no se ensangrentaba luego la espada. Dijo la gobernadora que habia mandado hacer aquello para poner miedo á los marineros. Pidióla el piloto mayor que no fuese á tanta costa ajena, y que él los asiguraba y se hacia cargo de ellos. Con esto fué libre el preso y paró la solicitud del sargento mayor.

CAP. XXXVI.—De cómo salió la nao desta bahía, y lo que sucedió hasta llegar á la boca de la de Manila.

Desta bahía de Cobos, que está doce grados y cinco sesmos de elevacion de Polo ártico, salió la nao martes veinte y nueve de Enero, y en su salida se echaron á la mar dos muertos; y á las cinco de la tarde ya estaba del todo embocada, y dejada muy atrás la isla de *San Bernardino*, que está en medio de la boca.

A la noche, en el paraje de una isla que se dice *Capul*, halláronse unos furiosos rilleros y escarceos, alhajeados de corrientes, que son allí muy poderosos, y tanto que hicieron dar á la nao una vuelta en redondo, y aprovechó mucho su bondad pára no dar en tierra. El siguiente dia, de un puerto que está en la isla de *Luzon*, que se dice *Nivalon*, salieron indios en barangais con muchas gallinas, puercos, vino y fruta; mas por no haber ya casi con que rescatar los soldados, se compró poco. Navegóse la isla en la mano sin dejarla, yendo por entre otras muchas de noche á la ventura, pasando por partes que dijeron los pilotos práticos, despues, que no sabian cómo no se habian perdido en muchos bajos que habia por donde fueron, los cuales nunca vieron; y si los hay, fué el Señor servido de guardarlos.

Jueves primero de Febrero, la gobernadora, en el paraje que dicen de Galvan, envió en la barca á sus dos hermanos y otros siete hombres, con achaque de que iban á tierra á buscar de comer. Este negocio llegó á punto que el capitan don Diego mandaba tirar con un arcabuz á un marinero que se subió á la mesana. El piloto mayor dijo á la gobernadora que á nadie estaba mejor que á ella acabar el viaje en paz. Esto fué mucho y necio, y así se deja. La barca no vino, aunque se estuvo esperando el dia, y ellos fueron á Manila, á donde habia quince leguas, por cierto delgado que la isla hace, á dar aviso desta ida. Aquella siguiente noche al amanecer, se halló la nao ensenada en islas sin ver salida, sin barca y sin comida, por haberse acabado la provision del puerto de atrás. Veíanse por

allí muchas embarcaciones de indios, que todas se huian de la nao aunque della los hacian señas, porque como aquel tiempo no era en el que van las naos de la Nueva España, entendian ser nao de ingleses, porque tienen muy presente lo de Tomás Candí, y aviso del gobernador que lo hagan así. No faltaba pena de verse tan estrechos, y mucho más de no verse por donde salir con la nao. Anduvieron así en calma lo que se pudo de una parte á otra, cuando se vió una muy angosta canal, que poco más tendrá de ancho que un tiro de piedra, y con el viento que refrescó á popa la acometieron, y salieron por entre la isla de la *Caza* y la de *Luzon*, por junto á una punta que se dice del *Azufre*, á mar ancha de una grande ensenada que se dice de *Bombon*.

Donde hay hambre no hay contento. Los soldados, porque la gobernadora no les queria mandar dar su racion, amanecieron muy marchitos alrededor de la escotilla. El piloto mayor por verlos así, hizo con el escribano decir á la gobernadora que le hiciese merced de mandar dar de comer á aquella gente, y que si no queria dárselo, él la haria una obligacion de pagarla en Manila lo que gastase con ellos hasta llegar, ó si no, de darla otro tanto en la misma especie, y que si no, podria ser fuese desentrañada la bodega; que no era justo que habiendo que comer en aquella nao, la gente de ella muriese á falta. Mandóle llamar la gobernadora, y en llegando le dijo:—Señor capitan, ¿vuesa merced tiene gastados cuarenta mil pesos como yo gasté en esta jornada, ó esta gente tráela á su cargo para lo quedice?

Mal paga al adelantado lo mucho que le queria. Respondióle á esto el piloto mayor, diciendo:—Señora mia, yo gasté mi hacienda y cada uno la suya, y muchos la vida, y todo lo gastado se sabe; y del señor adelantado he sido yo con más verdad servidor que él se ha mostrado mi amigo, y esas memorias pasadas no me han de obligar á que me parezcan bien presentes faltas, ni vaya contra ellas, que duelen mucho á quien las sabe conocer. Esta gente tiene la misma necesidad de comer un dia que tuvo el otro y tenemos todos, y hasta ponerlos en Manila hay obligacion de darles la parte de cuanto hubiere que comer y que beber; y lo que es cargos, al del señor adelantado y al de vuesa merced habia estado el traer largo lo que habia necesidad en su jornada, y al mio el cuidado de guardarlo y disponerlo con fidelidad, midiendo su cantidad, camino y gente con el tiempo que esta nao pudo gastar conforme la poca vela que lleva. Dijo la gobernadora, convencida, que hiciese matar una ternera que allí habia.

Estando en estos conciertos, se tuvo vista de dos caracoas, que cada una la bogaban cuarenta indios, veinte por banda, con canaletes. Hízose con una bandera señal á la que venia delante. Desvióse, y no quiso esperar. Púsose la proa en la otra que temiendo llegó, y con un cabo que se le dió, se amarró. Preguntóse al patron de dónde venia, y para dónde iba. Dijo, que de Manila, que estaba de allí veinte leguas, y esto en legua castellana (que hablaba bien), y que iba á *Cebú*, la primera poblacion que los españoles fundaron en aquellas partes, que es isla cien leguas de Manila. Pi-

dióseles un indio para guía, porque habia la nao de pasar aquella noche unos bajos que se dicen de Tuley. Diéronle con precio de tres pesos por su trabajo. Compróles el piloto mayor dos cestos grandes de arroz, por dos patacones, que repartió por toda la gente, y la gobernadora quiso comprar otros dos; mas desavenidos en el precio, y dada la guía, largaron el cabo y se fueron y nuestra gente á su camino. Pasóse aquella noche con mucha vigilancia, y la mañana siguiente se alcanzó á ver la boca de la bahía, á la cual se fué acercando por tierra de la isla de Fortun. Era contrario el viento por estar la entrada á la parte de Poniente y ser brisa del Nordeste la que venteaba.

CAP. XXXVII.—De lo que pasó en esta entrada con los marineros, y cómo vinieron á la nao cuatro españoles, y lo demás hasta surgir en Cavite.

Hay en la entrada desta bahía de Manila una isla que se dice *Marivelez*, á donde de ordinario está un centinela español con indios remeros, y barcas ligeras para salir á reconocer los navíos que van entrando, para con presteza avisar al gobernador. Tiene más

un farellon pequeño, que se dice el *Fraile*, Norte-Sur con Marivelez. Estas dos islas hacen tres pequeñas canales, y para entrar por la que hace Marivelez y el Fraile se comenzó á voltear la nao. Como no tenia más velas que los dos papahigos, y la gente estaba ya tan lasa y desganada de trabajar, y con tanta gana de dar con la nao al través por se vengar, ganábase poco ó nada, y á ratos se perdia mucho. Anduviéronse así tres dias: todos cansados y aburridos de ver que el no montar aquella isla les robaba el contentamiento de llegar á descansar en Manila. Todo era pena, y esperar una y otra marea, haciendo cuenta á las horas de su creciente para que les llevase adentro; mas como no guardan órden, nunca llegó esta hora. Decian los marineros al piloto mayor que varase aquella nao; que bastaba lo trabajado, siendo más de lo que debian. La causa debia de ser ver de una y otra parte la tierra y los humos de Manila. Cuando acudian era tan despacio, que se podia decir de cumplimiento. No habia ya que comer, ni agua para beber. Sólo viento contrario y picante; y por esto las mostradas aflicciones. La gobernadora decia que sólo tenia dos costales de harina y poco vino, y que todo lo queria para decir misas por el alma del adelantado.

Mostróse el piloto mayor muy sentido de los marineros que decian que se varase la nao; á cuya causa les dijo que mirasen que toda aquella costa era brava y de grandes tumbos de mar.—¿No ven que están sin barca, la nao llena de enfermos y sin comida? Si dicen que avisarán á Manila, no hay por la mar en qué; pues por tierra es fuerza gastarse dias. Esta gente, segun está

consumida, no es posible sustentarse sólo un dia. No se diga que sólos ellos se quieren salvar por más salud, y por saber nadar. Miren que habemos traido esta nao de tan lejos y remotas tierras y partes, por camino jamás navegado. No parezca lo poco mucho á quien ha padecido tanto con buen ánimo: ¿ni cómo se ha de sufrir, á donde nos están mirando, perder la palma que por lo trabajado se les debe? Miren bien, que si hubieran traido la nao bien aparejada, siendo mucha la gente sana, bien de comer y pagados, en tal caso pocas gracias. Respondiéronle que ellos sólo eran marineros, y que surta la nao, no se habia de reparar, ni dar la palma, sino al piloto mayor que mandaba. El cual les dijo, que el mayor premio que esperaba, sólo era el de surgir la nao en puerto siguro, donde todos gozasen del bien que tanto deseaban.

Destos y otros muy penosos lances hubo, cuando aquel piadoso Señor, que todo lo está mirando y siempre en los tiempos de mayores necesidades más acudia con el consuelo y remedio, al fin de padre á hijos aunque desbaratados, fué servido que se acertó á ver un barangay, que á vela y remo á gran prisa venia hácia la nao, que como cerca llegó, se vieron dentro de él cuatro españoles, que cuatro mil ángeles parecieron, con ocho indios que lo bogaban. Estos eran el centinela, que se ha dicho está siempre en Marivelez, que se decia Alonso de Albarran, y el maestresala del gobernador que con dos soldados, por su órden, venian á dar el pésame á la gobernadora de su desgracia, y á traerla una carta, que luego mostró al piloto mayor, en

que la hacia muchos y honrosos ofrecimientos; que ya sabia de la ida por los hermanos de la gobernadora que por tierra habian ido. El contentamiento fué tanto y tan mostrado de todos con la vista de los cuatro españoles, cuanto se deja entender. Diéronles las manos y entraron en la nao, en donde fueron recibidos á puros abrazos, que no habia otra cosa; y ellos, con mucho cuidado, mirando á los unos y á los otros, y como veian tantos enfermos y llagados, pobres, rotos y tantas miserias, sólo decian:—¡Gracias á Dios! ¡Gracias á Dios!

Bajó el centinela entre cubiertas á ver el hospital robado, y las mujeres enfermas cuando le vieron, alzaron la voz diciendo, ¿qué las traia para comer? ó, dénos de lo que come, que rabiamos de hambre y sed; y con la esperanza del refresco, que ya venia, las dejó algo consoladas y se subió arriba muy espantado de todo lo que habia visto. Mas viendo dos puercos, que en la nao habia, dijo:—¿Cómo no matan estas puercas?—Dijéronle cuyos eran: fuese á la gobernadora, y rogóla mucho que las dejase matar, habiendo dicho:—¡Pese al diablo!; tiempo es este de cortesías con puercas. Mandólas matar la gobernadora, y un soldado que bien notaba estas cosas, exclamando dijo:—¡Oh cruel avaricia, que hasta á las piadosas mujeres, siendo de condicion tan blanda, las haces de pedernal el corazon, y más en obra tan forzosa, barata y lustrosa! Fué Dios servido que todo el bien vino junto. De la vuelta que la nao iba se montó á Marivelez, desde donde envió la gobernadora un soldado con la respuesta de la carta que recibió del gobernador, con que se despachó y volvió el barangay.

A poco se tuvo vista de otro barangay en que venia el alcalde mayor de aquella costa, con los hermanos de doña Isabel, y traian mucho pan fresco, vino, fruta que les dió el gobernador; y estándolo repartiendo, se vieron en personas bien compuestas algunas cosas bien lejos de autoridad: porque en los tiempos tan necesitados como era aquel, se suelen descuidar las demás obligaciones. A todos cupo parte, á unos más que á otros, con que comieron por aquella tarde; y venida, se murió un mozo apurado del tiempo atrás. Pasóse la larga noche con esperanzas del dia, en que llegó un gran champan cargado de muchas gallinas, terneros, puercos, pan, vino y verdura, que los traia un Diego Diaz Marmolejo, encomendero de aquella tierra, por órden del gobernador. Recogióse todo, y se repartió entre todos con mucha largueza.

Fuése la nao acercando al puerto, haciendo algunas vueltas forzosas. Salió Pinao, contramaestre de otra del Rey, con un esquife lleno de marineros, todos vestidos de sedas de colores, á ayudar los pocos mal sanos que en la nao habia. Estaba el capitan de aquel puerto en la playa, con bandera tendida y toda la gente de mar en órden con sus armas. Al punto del surgir, se hizo salva con toda la artillería y arcabucería al estandarte Real que iba tendido. De la nao se respondió como se pudo; y con esto se dió fondo, como se pudo, á una áncora á que estaba atalingado el cablecito tan celebrado en esta jornada, á once de Febrero de noventa y seis, en el deseado y buscado puerto de Cavite, dos leguas al Sudueste de la ciudad de Manila, cabeza de

Filipinas, altura de catorce grados y medio, parte del Norte, con cincuenta personas ménos, que murieron despues de la salida de Santa Cruz. Surta que fué la nao, entraron luego algunos hombres movidos de caridad que dieron mucho pan y carne, que ya todo rodaba. Luego la gente de mar y otras personas de la ciudad vinieron á ver la nao por cosa de ver, así por sus necesidades como por venir del Perú y traer, como se decia, la Reyna Sabá de las islas de Salomon. Entraron todos, y habiendo visto su poco remedio, se admiraban de que hubiese venido en salvamento; y por haber llegado alababan mucho á Dios, cuya es la honra y gloria, y á quien se debe atribuir el suceso y dar las gracias, porque son suyas, por las grandes y conocidas mercedes que en este viaje hizo. Es de advertir que si la gente que se murió no muriera, que los que quedaron vivos no llegaran con veinte botijas de agua, y dos costales de harina que sobraron: con que se concluyó, como dicen, este mal viaje á salvamento.

CAP. XXXVIII.—De lo que pasó hasta que la gente se fué á Manila.

Pasó este alegre dia y vino la noche, en la cual no faltaron algunos nuevos, pero usados disgustos, con el alcalde de la costa, porque doña Isabel le informó á sus

solas, y él se mostró juez que partia con la primera sin oir las partes; que si las oyera, supiera cuánto aquella señora debia á quien la trajo á donde estaba, y cuán poco por ninguna via se le debia á ella: pero es ya muy usado en pobres trabajar sin paga y sin gracias, y debiéndoles bienes, darles males. Prendió á un marinero, y á otro trató con palabras bien ásperas, y á otros amenazó, diciendo ser costumbre antigua de la gente del Perú ser briosos, y que si venian alzados no pensasen que estaban allá en su isla, á donde se alargaron cuanto quisieron, y que lo que allá dejaron de pagar á falta de haber castigo, que acá lo pagarian doblado, ó con las vidas; y otras razones á que se le respondió, que todos cuantos venian allí habian sido y eran de su Rey buenos vasallos, y en lo demás tanto como otros. Estas y otras cosas al fin pasaron, y así se pasó esta deseada noche con ménos contento que se entendió; pero los contentamientos de esta vida llegan tarde, y duran poco más de un soplo.

La siguiente mañana vino á la nao el maese de campo por órden del gobernador, y un regidor por órden del Cabildo popular, y un clérigo por el Cabildo de la Iglesia, todos á recibir á la gobernadora y dar órden como fuesen los enfermos á Manila. A la gobernadora la sacaron luego á las casas reales del puerto, y de nuevo se le hizo salva al desembarcar; y en habiendo comido, la embarcaron y llevaron á la ciudad. Entró de noche y fué recibida con aparato de hachas y bien hospedada. A los enfermos sacaron de la nao en brazos y fueron llevados al hospital. Las viudas á casas

de hombres principales, y despues se casaron todas á su gusto. Los convalecientes y demás soldados fueron alojados de vecinos ricos. Los casados pusieron casas, donde los unos y los otros fueron de los honrados ciudadanos de Manila recibidos, hospedados y curados con mucho amor y gusto. A pocos dias murieron diez, y cuatro se entraron religiosos.

La fragata nunca más pareció. Nuevas hubo que la habian hallado con todas sus velas arriba, y la gente muerta y podrida, dada á la costa en cierta parte.

La galeota fué á aportar á una isla que se dice *Mindanao*, en tierra de diez grados, andando perdida por entre todas aquellas islas. Llegaron á estar tan necesitados, que saltaron en una pequeña que se dice *Camaniguin*, y mataron y comieron un perro que en ella vieron; y unos indios que acaso encontraron, los encaminaron á un puerto, á donde habia unos padres de la Compañía de Jesus, y los padres á un corregidor de aquel partido, el cual envió cinco presos á Manila, porque su capitan se querelló de ellos diciendo que se le quisieron alzar, con carta para el doctor Antonio de Morga, teniente general de aquel gobierno, que se la mostró al piloto mayor. Decia ansí:

"Aquí vino á aportar una galeota que traia su capitan "tan impertinente como las cosas que decia. Preguntéle "de dónde venia, y dijo que de la jornada del adelan- "tado Alvaro de Mendaña, que salió á hacer desde el "Perú á las *Islas de Salomon*, y que habian salido cua- "tro navíos. Este aportó aquí, y por traer una ban- "dera del Rey le recibí como es debido. Si los otros

"fueron allá, se sabrá esto mejor. Contra los soldados "no se procedió. Dijeron, como porque quiso el capitan "se apartó de la nao con su galeota."

CAP. XXXIX.—En que se pone un discurso que el piloto mayor hizo por qué no se hallaron las islas de Salomon.

Porque las *Islas de Salomon* de que Hernan Gallego, piloto mayor que las descubrió, hace mencion en su relacion, y en cuya demanda iba el adelantado Alvaro de Mendaña, no son las *Islas Marquesas de Mendoza*, ni las de Santa Cruz, que en este viaje hallamos, y se pasó tan adelante del paraje en que él decia que estaban conforme á su instruccion; me pareció conveniente decir aquí lo que siento, para satisfacer las dudas que se pueden ofrecer por no haberse dado en ellas.

Tres causas hallo que pudieran ser impedimento para que las islas de Salomon, á donde íbamos, no fuesen halladas. La primera, es decirse haber ménos longitud de la que realmente habia, porque no pareciesen tan léjos á las gentes que habian de ir á la poblacion de ellas.

La segunda, alguna pasion nacida de particulares intereses, y por estos negarse la verdadera latitud, dando de ella más, ó ménos parte.

La tercera es ignorancia, ó la falta de los instrumentos, que no hay para mostrar ciertas distancias, ó por razon de la estimativa con que se navega, parecer una cosa y ser otra, ó yerro en el escribir.

A la primera, si fué ansí que no se dijo la verdadera longitud de las islas de Salomon; digo que realmente no llegamos á ellas, y están más al Poniente de las otras que descubrimos. La razon es, porque si es verdad como me dijo el adelantado, por cuya órden hice las cartas para navegar, y verdad lo que dice su instruccion y la relacion de Hernan Gallego, que de siete grados hasta doce de la parte del Sur, mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima, estaban las islas de Salomon, no podian ser erradas, por haberse siempre navegado sin llegar á sus *tremos*, y haberse pasado por en medio de ellas cuatrocientas leguas más al Poniente: y es de creer que no quedan atrás y que están adelante.

A la segunda, si fué pasion, como muchas personas dicen, que Hernan Gallego, pidiéndole el adelantado la derrota de aquellas islas, no le dió su verdadero lugar segun latitud; porque cuando fué á la córte á dar noticia á Su Magestad, no habia negociado una de ellas para él mismo, y que el adelantado en el tiempo que las fué á descubrir, no entendia el arte de navegar, y que á esta falta le pudo engañar: á esto digo que no pudo ser tan secreta su altura, cuando se descubrieron con cuatro pilotos, que no la supieran todos cuatro y

toda cuanta gente fué con ellos, ni Hernan Gallego sabia entónces que se habia de desavenir con el adelantado, ni yo creo que un hombre de tan buena fama como lo es el dicho, hiciese una cosa tal. Mas si en esto hubo engaño, digo que si las islas estaban de siete para ménos grados, ó de doce para más, y las buscamos por de siete á doce, bien podian quedar atrás á una de las dos partes.

A la tercera, si fué ignorancia, no hay más que decir en esta parte; y lo más cierto es que navegando tanto como ellos navegaron del Leste á Oeste, que es rumbo por donde no se determina altura, ni se conoce longitud más de aquella que la estimacion de cada uno puede determinar; en que puede haber muy grande engaño, así en el que estima, como en el navío, que en tal caso bien podian haber entendido andar ménos camino del que realmente hicieron.

Y para prueba de la mayor distancia que tienen del Perú las islas de Salomon, digo que dice Hernan Gallego en su relacion, y tambien el adelantado me dijo, que en ocho grados y dos tercios, parte del Norte, estuvieron en las islas de San Bartolomé, que están en el paraje de los Barbudos, y vieron salir huyendo dellas una embarcacion con vela de gavia; y enviada la barca á tierra, toda la parte natural se huyó de un pueblo suyo, y los nuestros lo entraron, y trajeron dél á los navíos un escoplo hecho de un clavo, por donde se entendió que habian estado, ó estaban allí españoles.

Lo que acerca de esto sospecharon es que cuando el adelantado Miguel Lopez de Legazpi descubrió las

islas Filipinas, un piloto llamado Lope Martin, sin órden suya se volvió á la Nueva España, á dar la nueva al virey don Luis de Velasco, que habia enviado á hacer aquel descubrimiento, de quien fué muy bien recibido y despachado con el socorro para ellas, y una carta, que llevaba el Lope Martin ú otro de los que iban con él, que cierto amigo del adelantado Legazpi le escribia desde Méjico, en que decia que vista aquella, ahorcase luego al Lope Martin, por haber tomado la licencia que no le dió. Esta carta la hubo á las manos, no sé por qué órden, el Lope Martin. Demás de esto, entre él y los otros hubo encuentros y algunas muertes con la del capitan, y llegados á los Barbudos, salió á tierra Lope Martin con otros amigos suyos; y el contramaestre con los de su bando se concertaron y se hicieron á la vela, y los dejaron en la isla; y como el adelantado Alvaro de Mendaña llegó á estas islas, que fué poco tiempo despues de este suceso, sospéchase que los quedados entendieron que los iban á buscar para castigarlos, y á esta causa se huyeron en aquella embarcacion que sobre la barca debian ya de tener hecha, y fueron á parar á la *Nueva Guinea.*

Digo yo, que si esto es verdad, como se dice que las islas de los Barbudos están de la parte del Norte en ocho, nueve y diez grados, más y ménos, y dos mil leguas y más del Perú, y que saliendo Hernan Gallego de las islas de Salomon, que dice están á mil cuatrocientas y cincuenta leguas de Lima, yendo á buscar tierra de la Nueva España, navegando del Nordeste para el Norte, que así se corren las islas con aquella costa, que

no podian encontrar con las islas de los Barbudos, estando con las islas de Salomon á ménos que al Noruoeste, sino es habiendo salido de mucha más longitud de la que realmente pensaron, ó no quisieron decir; y más, que islas pobladas no es poco indicio estar la Nueva Guinea cerca.

Dice más Hernan Gallego con estas formales palabras: "En dos y tres grados, hasta cuatro de la parte del "Sur, hallamos grandísimas señales de tierra, y nunca "vimos tierra ninguna. Al fin, que habia tierra de la "parte del Oeste de nosotros, y era la Nueva Guinea, "y no está en más altura de cuatro grados de la parte "del Sur, porque la descubrió Iñigo Ortiz de Rates, y "no otro ninguno; que Bernardo de la Torre no des"cubrió ni vió tal, ni hay tal *Cabo de la Cruz.*"

Yo digo que lo tocante á señales de palmas en la mar y las demás que dice Hernan Gallego, tambien yo ví muchas que me estaban haciendo fuerza á creer que fué la causa estar la Nueva Guinea cerca, por ser en la misma altura y paraje, y por otras razones que adelante en su lugar daré: y que tambien en la parte del Norte encontré, en altura de seis grados paraje de los Barbudos, una isla poblada de buenos indios; mas que yo salí de la isla de Santa Cruz, mil ochocientas y cincuenta leguas de Lima, y despues navegué más al Oeste otras cuarenta leguas, que vienen á ser cuatrocientas y cuarenta de más camino que no salió Hernan Gallego, segun él dice; y que porque yo navegaba á las islas Filipinas, que es más al Poniente, estaba más anejo á mí dar vista á las señales de isla que hallé, que no á Hernan

Gallego, pues confiesa que salió de punto apartado de Lima mil cuatrocientas y cincuenta leguas, y llevaba su via á la Nueva España, que es de Norte al Nordeste. Con que está probado que no podia ver las tales señas, ni las islas que vió, sino habiendo salido de mucha más longitud de la que dice.

Dice más Hernan Gallego, hablando en su relacion con el licenciado Castro, presidente que era en aquel tiempo en la audiencia de la ciudad de los Reyes, que es quien despachó para que se hiciera aquel descubrimiento, estas palabras: "Estando en siete grados parte "del Sur, treinta leguas apartados de la isla de Jesus, "que fué la primera que descubrimos, porque como "vimos el archipiélago de las islas, nunca quisieron que "descubriese para adelante, sino que volviésemos al "Perú como es público y notorio; que si adelante fué- "ramos, otro gallo nos cantara: porque descubriéramos "otra tierra diferente de esta y muy cerca de adonde "estábamos. La bondad de la tierra que dijo no la "quiero decir porque V.ª S.ª lo sabrá de otros."

Digo á esto, que pues Hernan Gallego estaba tan cierto que se hallaba tan cerca de la Nueva Guinea como él dice, que esto no lo podia él sentir sino era sabiendo que estaba las dos mil y más leguas que hay de Lima á ella, porque en el sitio suyo no puede haber grande engaño, por ser descubierta á muy poca distancia, como hay del Maluco á ella; porque Miguel Rojo de Brito, natural de Lisboa, fué del Maluco á la Nueva Guinea, y dice estar muy cerca, como se verá en un capítulo de una relacion suya que irá al pié deste dis-

curso. Y aunque yo no sé el fundamento que se llevaba en aquel descubrimiento de que se trata, sospecho que iban en su demanda, porque lo da á entender cuando dice que Iñigo Ortiz de Rates la descubrió, y no Bernardo de la Torre; y segun esto bien se puede tener por cierto que era relacion de alguno de ellos, ó de ámbos que iban siguiendo; pues dice que no hay tal Cabo de Cruz, y que la Nueva Guinea no está más de en cuatro grados de la parte del Sur, dando á entender que el uno decia en los cuatro grados que él tenia por más cierto, y el otro en más; que decia ir buscando, y no la halló: y como acaso encontró la isla del nombre de Jesus en seis grados y tres cuartas, y luego encontró los bajos de la Candelaria y la isla de Santa Isabel, y siempre fué descubriendo para más altura y á ménos longitud. Fuéle quizás el impedimento para no ver la Nueva Guinea, el que yo entiendo fué á nosotros la isla de Santa Cruz, que encontramos para no ver las islas de Salomon, y lo que de esto entiendo es que la Nueva Guinea, islas de Salomon, islas de Santa Cruz, todas son vecinas, unas de otras, por algunas razones que luego daré.

Dice más Hernan Gallego, que cuando el adelantado le pidió su parecer para la vuelta de aquellas islas al Perú, que quedaban mil y setecientas leguas de golfo que navegar: y luego dice que salido del puerto de la isla de San Cristóbal, estando tres leguas de tierra á la parte del Leste della, que les dió un recio viento del Sueste, con que navegó veinte leguas al Nordeste, cuarta del Leste, y quince al Nordeste cuarta del

Norte, y al Nordeste veinte y cinco, y diez y ocho al Norte cuarta del Nordeste, y que estando en aqueste punto, estaba en siete grados largos parte del Sur-Leste-Oeste cuarta del Noroeste-Sueste, treinta leguas apartado de la isla de Jesus de la parte del Leste della.

Digo, que él dice, que aquesta isla de Jesus fué la primera que descubrió, y que estaba en seis grados y tres cuartas de la parte del Sur, y que habia de ella á la ciudad de Lima mil cuatrocientas y cincuenta leguas: y si es ansí como lo dice, que esta isla de Jesus con el puerto de donde salió se corre casi Norte-Sur, síguese luego que las mismas leguas que hay de la isla de Jesus á Lima, habia de haber del puerto de San Cristóbal, por estar ámbos puertos casi en un mismo meridiano. Y pues á lo claro se vé que en esto se descuidó, ó no hizo bien su cuenta, muy mejor se puede entender que lo debió de haber en el todo en determinar la verdadera longitud; pues en tan poco espacio como hay de un punto á otro, hubo engaño de ducientas y cincuenta leguas: por donde infiero que en tanto camino como hay de Lima á las islas de Salomon, mucho mayor seria el yerro, y siendo, como es, navegacion de Leste á Oeste.

Si su relacion se mira, hallarse hán otros puntos de poca claridad y áun de contradiccion, porque una vez dice: los indios le dijeron habia de aquellas islas al Sueste mucha tierra, y dice que la vió: y luego dice que un marinero subió en una palma, y que no la vió. Dice más, que á la isla de Guadalcanal no la vió el cabo, y que su costa iba corriendo al Oeste: y luego dice que

era menester seis meses para andarla; y á la tierra que no vió la vende por muy buena, y afirma lo no visto por muy cierto: y dice que era mejor ir á la parte del Norte para volver al Perú, porque por la del Sùr tenia por dificultoso hallar vientos; razon que la confesaron pocos pilotos, porque no la hay más para haber vientos generales fuera de los trópicos en tanta altura de la parte del Norte como de la del Sur. Y ¿cuánto más barato era, estando (como dice) cierto de no haber tierra al Sueste, ir de once grados, donde se hallaba á treinta ó cuarenta de su parte, que no disminuir once y subir á treinta y más de la parte contraria, y quedar más lejós del Perú?

Y porque tambien puede ser duda, cómo el adelantado la primera vez no encontró las islas que agora descubrimos, digo; que cuando salió á navegar del Perú, hicieron una vuelta larga á diez y ocho grados al Oessudueste, y otra al Oesnorueste, y puestos en seis grados más y ménos, fueron siguiendo aquella altura, segun que lo he sabido de quien se halló en aquella navegacion: y por esto no pudieron encontrar aquellas islas, que estaban en más altura, y las dejaron á la parte del Sur, y pasaron por el Norte de ellas.

Para más prueba de que las islas de Santa Cruz parece que están más cerca de las de Salomon, viene bien ser sus naturales parejos en color, teñirse de colores los cabellos, llamar al capitan jauriquí, tener las mismas armas, los puercos, gallinas de Castilla, y otras tantas cosas de unos mismos géneros como en ámbas relaciones se puede ver, y realmente se puede tener por cierto

que todas las gentes de las islas de Santa Cruz, islas de Salomon, proceden del Archipiélago de las Filipinas. Demás que el teñir los indios de Santa Cruz los dientes de colorado y de negro, y usar comer el *buyo*, como lo comen en Filipinas, y haber en la isla de Luzon negros que dicen ser los naturales de la tierra, á quien llaman *pogotes*, retirados en una isla que se dice *Maragondon*, y en otras islas; por manera que los morillos é indios vizayas, y otras castas de gentes que hay por allí, les ocupan sus tierras, y los echaron de ellas, y arrinconaron los que quedaron á donde están: y bien podria ser, que por razon de los advenedizos, los perseguidos fuesen buscando á donde poblar, hasta hinchir y ocupar la Nueva Guinea, como más cerca, y de allí á las islas de Salomon, y de estas á la de Santa Cruz; y los mulatos, y las diferencias de color que hay entre todos proceda de las mezclas de unos y otros.

En conclusion digo, que me dijo el adelantado, y tambien ciertos pilotos de aquel tiempo, que Hernan Gallego, yendo navegando á la costa de Méjico, se hizo un dia con tierra, y que despues se navegó para llegar á ella setecientas leguas, que juntadas con las mil cuatrocientas y cincuenta, que él dice de las islas de Salomon á Lima, vienen á ser más de dos mil, que digo ponen de Lima á la Nueva Guinea, del cual paraje realmente debió de salir. Y siendo así, viene todo bien á mi sospecha, y podria ver, como él dice, las señales de tierra de la Nueva Guinea, encontrar con los Barbudos, y no se ver la tierra cuando se dijo; porque si saliera de las mil cuatrocientas y cincuenta que dice, pa-

rece mucho tiempo más de cuatro meses de navegacion, para poco más de setecientas leguas que hay desde allí á la costa de la Nueva España, navegando por rumbos tan fáciles de conocer, el camino hecho, por ser al Norte. Con que se ve no podia haber tan grande engaño, si no era habiendo entendido salia de aquel punto, y ser de otro más al Poniente las dichas setecientas leguas; y parece que satisface lo dicho, hasta que se vea lo contrario.

CAP. XL.—De varios sucesos del piloto mayor Pedro Fernandez de Quirós, hasta que llegó á la córte del Rey de España.

En esta ciudad de Manila, como se ha dicho, estuvimos algun tiempo; la cual es cabeza del gobierno de las islas Filipinas, y está plantada en una punta rasa que hace al mar, y un rio que entra en él, y tiene una buena fortaleza y edificios y otras cosas particulares y dignas de cuenta, de que se pudiera hacer un largo capítulo; pero puédese excusar, remitiéndonos á un libro particular que de la dicha ciudad, islas Filipinas, y de sus conquistas y sucesos escribió el doctor Antonio de Morga.

Estando en esta ciudad, vino á ella, proveido por nuevo gobernador, don Francisco Tello, que habia sido tesorero de la casa de contratacion de Sevilla; en cuyo recibimiento hubo muchas fiestas, que le hicieron así los españoles como los indios, y en especial fueron mucho de ver tres elefantes que se sacaron á la plaza, de los cuales el más grande se decia don Fernando, que el rey de Camboja envió de presente al gobernador pasado cuando le pidió socorro. En cada uno de ellos venia caballero un indio, diestro en el modo de gobernarle así de palabra cómo con un garabato de hierro, con que puesto en la frente le hacia correr, parar, arrodillar, levantar y otras cosas bien de ver hacer á un tan grande animal. Sirve este garabato como á un caballo el freno. Fueron corriendo derechos á donde el gobernador estaba en la ventana, á quien pusieron las rodillas en el suelo por tres veces, quedando los pies largos para atrás, porque no los pueden doblar. Las gentilezas que los elefantes hicieron fueron muchas; y por remate le apartaron á don Fernando, y su indio le puso con el rostro derecho á las vigas, sobre que se habia armado el castillo de fuego de la noche ántes y diciéndole una palabra, y tocándole con el garabato en la frente, daba el elefante un arremeton y entre los dos colmillos cogia la viga que le decian, con mucha facilidad, y así las sacó todas: cosa notable.

Pocos dias habia (segun allí se decia), que estando este elefante bebiendo en el rio, se llegó á él un grande y cebado cocodrilo, que en aquel rio habia hecho muchas presas en indios; aferróle de la trompa y tiróle

para sí, y como el elefante lo sintió lo levantó al modo que la caña de pescar saca un leve pez, y á un buen trecho fué á caer en el campo sin dar más paso: y pesa un caiman, cual este era, lo que pesa un grueso buey.

Decíase tambien, que este mismo elefante tuvo una llaga en una encía, y que habiéndole curado un dia el mismo indio, por el dolor le aventó con la trompa de que le trató muy mal; y cuando sanó le dijo:—Muy enojado me teneis, señor don Fernando, pues en pago del beneficio que os hice, me habeis querido matar. ¿Qué os parece si lo supiera el rey mi señor y vuestro, que os envió aquí, y me dió por vuestro compañero para que mirase por vos? Mirad que no podeis comer y os vais enflaqueciendo, con que moriréis muy presto sin tener yo culpa: abrid si quereis la boca, y luego os curaré como amigo, olvidado del mal que me hicisteis. Y que el elefante habia dado con la trompa dos vueltas á un estante que allí estaba y abrió la boca, con que fué curado sin moverse, mostrando bien el gruñir cuánto sentia el dolor; y así vino á sanar.

De otro elefante me contaron que, por vengarse de un indio que le mandaba, pasando por un portal lo estrujó y mató, y que su mujer le dijo:—Don Pedro, habeis muerto á mi marido; ¿quién me ha de sustentar? Y que luego el elefante fué á la plaza y della cogió con la trompa una cesta de arroz, que le dió, y cuando le pareció que la habia comido le llevó otra, y más adelante otra. Cosas se dicen destos animales que parecen increíbles, y para mí lo más es que entienden á todos en la lengua que les hablan; como yo lo ví allí, estando

cercado de soldados españoles decirle uno, sin otra señal, que le sacase de la faltriquera un plátano para comer; y entrar la trompa en ella, y porque no lo halló cogió del suelo con la trompa un poco de tierra, y se la tiró al rostro al soldado que le engañó.

Acabadas estas fiestas, se casó nuestra gobernadora con un caballero mozo llamado don Fernando de Castro, primo del gobernador Mariñas, el cual, como era justo, tomó las cosas de su mujer por propias suyas, y podia en la ciudad mucho; y así, con su ayuda, la nao se avitualló y aprestó de todo lo necesario, y se dió vela dia de San Lorenzo para hacer viaje á la Nueva España, en que, por haber salido tan tarde, se pasaron increibles trabajos y tormentas. Y en efecto, llegamos al puerto de Acapulco á once de Diciembre del año de mil quinientos y noventa y siete, donde la nao se visitó, y se dió franca licencia para que todos pudiesen saltar en tierra; y allí yo, el capitan Pedro Fernandez de Quirós, me despedí de la gobernadora, y demás compañeros, y me embarqué en una nave pasajera para el Perú.

Habiendo corrido toda la costa de la Nueva España, llegué al puerto de Páita, á tres de Mayo de mil quinientos noventa y ocho, de donde escribí una carta al virey don Luis de Velasco, y por tierra caminé á Lima, donde llegué á cinco de Junio, y fuí muy bien recibido por el dicho virey; que se quiso informar particularmente del discurso y sucesos de nuestro descubrimiento y navegaciones, y yo le dí de todo la mejor relacion que pude y supe, y me ofrecí que, dándome un

navío de sesenta toneladas y cuarenta marineros, volveria por los rumbos convenientes á descubrir las dichas tierras, y otras muchas que sospechaba, y áun tenia por cierto, habia de hallar en aquellos mares.

Pero, en efecto, se resolvió que no podia darme el despacho que yo pretendia y era necesario, sin particular consulta y órden de Su Magestad: y que así tenia por mejor que me animase á ir en persona á la córte de España, pues el negocio era tan grave é importante, que nadie lo podia alentar y dar á entender mejor que yo que tenia de ello tanta noticia; y que él de su parte me ayudaria con algun socorro, y con cartas para Su Magestad y sus consejeros. Y habiéndolas recibido, me embarqué en el puerto del Callao en la capitana, á diez y siete de Abril de mil quinientos noventa y ocho, general don Beltran de Castro y de la Cueva, y en veintidos dias llegamos á Panamá, y de allí por tierra á Puerto-belo, donde me embarqué en una fragata de las del trato, y en siete dias llegué á Cartagena; la cual hallé muy alborotada, porque habia parecido sobre ella una escuadra de veintidos naos gruesas, cuyo general era el conde de Morlant, inglés, que habia tomado la ciudad de Puerto-Rico (1). Pero parte de este temor cesó con la llegada de don Luis Fajardo, caballero del hábito de Calatrava y general de la Armada de la guarda de Indias y su carrera.

Desde allí volví á escribir al virey del Perú, y,

(1) La ciudad de San Juan de Puerto Rico fué en aquella ocasion (Agosto de 1597) tomada por el conde Jorge Cumberland.

por si acaso yo muriese en el viaje, le dí más particular cuenta del discurso de la jornada y descubrimiento que pretendia, y de las cosas que juzgaba ser necesarias para cuando se hubiese de proseguir; y habiendo vuelto don Luis Fajardo de Puerto-belo con la plata, me embarqué en su galeon, y salimos de Cartagena primero de Noviembre de mil quinientos y noventa y ocho. En veintisiete dias dimos fondo en la Habana, de donde salimos á diez y seis de Enero del año siguiente en conserva de treinta navíos; y habiendo desembocado bien y brevemente, en altura de veintinueve grados tuvimos una tormenta tan récia, que estuvimos para perdernos, y se desaparecieron muchos navíos, y otros con el nuestro se desaparejaron, y fué forzoso volver á arribar á Cartagena, mártes tres de Marzo. De allí escribí á Su Magestad y al virey del Perú, y hubimos de invernar todo aquel año hasta que, habiendo llegado aviso de Su Magestad y venido nuevos galeones por la plata, los dos generales cargaron en veinte bajeles trece millones. A cuatro dias de Enero dieron velas, y habiendo pasado algunas tormentas llegamos al cabo de San Vicente, donde se tomaron dos naos inglesas, y á veinticinco de Febrero de mil y seiscientos, con estruendo de artillería y música de instrumentos, dimos fondo en Sanlúcar.

De allí me embarqué para Sevilla, donde entré tan ajustado de cuenta, como se deja entender de los trabajos y arribadas que habia padecido; y viéndome libre de ellos, y considerando que aquel año era el santo en que en Roma se gana el gran jubileo, me determiné

de ir allá, y gastar en esto aquel verano. Para cuyo efecto vendí lo poco que tenia y compré un hábito de peregrino; y á pié, con sólo el arrimo de un bordon, fuí siguiendo mi viaje hasta Cartagena de Levante, en todo lo cual me pasaron varios sucesos; y habiendo llegado las galeras de Italia, me embarqué en ellas por San Juan, y fuimos costeando por Valencia y Barcelona. A quince de Agosto atravesamos el golfo de Narbona, y poco despues desembarcamos en el puerto de *Baya*, que está en el *Ginovesado*, de donde vestido como peregrino, en compañía de otro y de un fraile, pasamos por todos los mejores pueblos de Italia, en que tuve mucho que ver y notar.

Finalmente, habiendo llegado á la gran ciudad de Roma, tuve suerte de ser bien recibido y oido por el señor duque de Sesa, que hacia á la sazon oficio de embajador de España en aquella córte, á quien dí cuenta de las tierras que habia descubierto y el deseo que tenia de volver á ellas, y cuán justo era que Su Santidad favoreciese este intento; pues principalmente iba enderezado á la salud y conservacion de infinitas almas, como las de aquel nuevo orbe. Parecióle bien á Su Excelencia, é hizo juntar en su casa los mayores pilotos y matemáticos que se hallaban en Roma; y habiendo en su presencia hecho largo exámen de mis papeles, discursos y cartas de marear, y quedando satisfechos de que todo lo que yo decia era probable y digno de ponerse en ejecucion, me negoció el señor duque audiencia para con Su Santidad de Clemente VIII, la cual tuve á veintiocho de Agosto, habiendo primero

comido en la mesa de los pobres. Su Santidad me oyó muy de espacio y vió todos los papeles que le mostré, y se enteró de mi celo y verdad; animándome á que siguiese tan loable intento, con muchas gracias y jubileos que me concedió para cuando hubiese de hacer la jornada, y con cartas para la Magestad del Rey Nuestro Señor, á quien ansimismo escribió en mi abono y recomendacion el señor duque de Sesa, y tambien me dió cartas y socorro para otros príncipes y consejeros de la córte de España, y poder llegar á ella. Habiendo ganado el santo jubileo, y visto muchas cosas que en él se ofrecen que notar, y la canonizacion del glorioso San Reimundo, me detuve todavía en Roma mucho más de lo que pensé, por negociar el despacho de los breves y jubileos que he dicho, y que Su Santidad me hiciese gracia y merced de algunas cuentas benditas y de parte del *Lignum Crucis*, en que tuve gran dificultad.

Al fin, pasadas estas y otras que se me ofrecieron, llegó el dia de salir de Roma, que fué Miércoles Santo á la tarde del año mil seiscientos y dos; y habiendo ido por la Casa Santa de Nuestra Señora de Loreto, pasé por las ciudades de Arimino, Forli, Ferrara y Lodi, en que tuve mucho que ver y notar, y me acontecieron varios y notables sucesos; y entré en la ciudad de Milán, que tiene tantas cosas de grandeza y admiracion, que no se pueden decir brevemente sin agraviarlas. Pasé á Pavía y á Tortona, de donde fuí á dormir á la villa de Santo Estéban, primero lugar de la señoría de Génova; y de allí entré en Génova en tan buena ocasion, que al segundo dia me embarqué en una de seis

galeras del príncipe Doria, que enviaba con un sobrino suyo á dar el parabien á Su Magestad del nacimiento de la señora infanta. Y con esto llegamos á Barcelona, de donde fuí á Monsarrate, y pasando por otras principales ciudades de España, entré en Madrid la víspera de la octava del *Corpus Christi* del dicho año de seiscientos y dos; y por no estar allí la córte, que habia pasado á Valladolid, fuí luego al insigne convento del Escurial, donde tuve noticia que estaba Su Magestad, á quien pude hablar, y besar sus reales piés, y dar el primero mi memorial, cerca de mi pretension, un lúnes que se contaron diez y siete de Junio del dicho año (1),

CAP. XLI.—De lo que pasó al capitan Pedro Fernandez de Quirós en la córte de España, negociando licencia de Su Magestad para ir á descubrir y poblar las partes australes; y cómo y en qué forma lo negoció, y su viaje hasta el Perú.

HABIENDO hablado á Su Magestad, como he referido, y puesto en sus manos el primer memorial, en que declaraba mi pretension y la importancia de ella, me

(1) Véase en el tomo II, MEMORIALES AL REY DEL CAPITAN PEDRO FERNANDEZ DE QUIROS, Apéndice núm. 1.

oyó con la clemencia y benignidad que acostumbra, y respondió que lo mandaria ver; y luego fuí hablando á don Juan Idiaquez, y al Padre confesor, y á don Pedro Franqueza, y á las demás personas del Consejo de Estado y otras graves de la córte, que podian ayudar á mi intento y despacho: á los cuales fuí dando las cartas que traia del virey del Perú y del embajador de Roma, y mostré los breves de Su Santidad, y los demás papeles, mapas y derroteros de mi descubrimiento.

Unos me admitieron bien, teniendo el negocio por grave y digno de ser favorecido. Otros hicieron poco caso dél y de mí, pareciéndoles que prometia más de lo que habia de cumplir, y que para tan grande empresa era necesario persona de más partes y valor. Algunos hubo que me respondieron, que hartas tierras tenia descubiertas Su Magestad, y que lo que importaba era poblarlas y convertirlas, sin ir á buscar las que yo decia de nuevo, que estaban tan remotas y habian de ser tan dificultosas y costosas de conservar, despues que se hubiesen conquistado y poblado. Y no faltó quien pusiese duda en la justificacion destas conquistas y en la utilidad dellas; con lo cual me fué forzoso ir haciendo más instancia con Su Magestad, dándole cada dia nuevos memoriales, representando las razones que habia en favor de mi empresa, y procurando satisfacer á las que se oponian en contrario. En este tiempo pasé mucho trabajo y necesidad en la córte, é hice un largo discurso de la vida que pasábamos los pretendientes en ella, y tuve diferentes respuestas, unas ásperas y otras apacibles de don Pedro Franqueza, y de otros señores

del Consejo de Estado; y finalmente, el postrer dia de Pascua de flores del año de mil seiscientos y tres fuí llamado por don Pedro Franqueza, el cual me dijo que ya estaba despachado, y me puso con el secretario y oficial mayor suyo, llamado Matienzo, y les dijo que por su amor no me detuviesen un punto: y ansí, el sábado cinco de Abril me entregaron unas cédulas de Su Magestad, en que se contenian mis despachos, las cuales se negociaron y libraron por el Consejo de Estado; y su tenor es como sigue:

Copia de la cédula de Su Magestad en cuanto al despacho principal.

"Don Luis de Velasco, ó el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitan general en mis reinos y provincias del Perú, ó cualquier otra persona que los gobernare en mi nombre al tiempo de la presentacion desta. Ha venido aquí de Roma el capitan Pedro Fernandez de Quirós, de nacion portugués, y escrítome el duque de Sesa y de Baena, del mi Consejo de Estado y mi embajador en aquella córte, que el año Santo tuvo noticia de fray Diego de Soria, Prior de Manila, de la órden de Santo Domingo, de que se hallaba en aquella córte el dicho capitan Quirós, que era un gran piloto muy plático del mar del Sur y del gran golfo que hay desde las costas de la Nueva España y del Perú al Japon é Islas Filipinas, habiendo sido piloto mayor del segundo descubrimiento que hizo el adelantado Al-

varo de Mendaña; y que habiendo el dicho padre hecho instancia, en que convenia mucho al servicio de Dios y mio introducirle otra vez para que volviese á descubrir las dichas islas y partes incógnitas, le hizo llamar á su casa con ocasion de preguntarle algunas cosas curiosas de su arte, y le entretuvo en ella cerca de diez y siete meses, y descubrió su ánimo, y vió muchas relaciones y papeles que tenia, y le hizo hacer otros de nuevo que comunicó con el padre Clavio, y otros matemáticos y geógrafos insignes: y con las buenas pruebas y razones que hizo, todos han quedado persuadidos de que no puede dejar de haber gran pedazo de tierra firme, ó cantidad de islas que se continúen desde el estrecho de Magallanes hasta la Nueva Guinea y la Java mayor y otras de aquel grande Archipiélago; y juzgan que gozando de lo mejor de las zonas tórrida y templada, por lo que se ha visto, ansí en las antiguas provincias del mundo como en las nuevamente descubiertas, que no puede dejar de hallarse en el dicho paraje mucha y muy buena tierra y muy rica, templada y por consiguiente habitada; y que tienen por muy conveniente no se pierda tiempo en descubrir aquella parte Austral, incógnita hasta agora, en que se hará gran servicio á Dios.

Y que demás del interés y provecho que esto promete, será más fácil este descubrimiento que falta de hacerse de la parte Austral, que no lo fué el de las Indias Occidentales; y que el dicho capitan, cuando volvió de aquella larga navegacion que con lo que se detuvo en diferentes partes le duró dos años, ofreció á don Luis

de Velasco, mi visorey del Perú vuestro predecesor, que volveria, en el mismo navío en que habia venido, á aquel descubrimiento, si le proveia de lo necesario hasta dar en la Nueva Guinea, Islas Malucas, y volver al Perú por la navegacion de las Filipinas, con entera relacion de todo lo que hubiese descubierto; y aunque le pareció bien, no se resolvió: que le dió cartas para mí, y Su Santidad le ha oido y hablado, y gustado de lo que le ha propuesto, de manera que le ha concedido muchas gracias espirituales para aquellas partes (si yo le mando hacer dicho viaje) por lo que le han satisfecho las razones del dicho capitan, de cuyas partes, buen juicio, prático en su profesion, ser trabajador, quieto, desinteresado, de buena vida, celoso del servicio de Dios y mio, y del bien público, me ha hecho el duque muy buena relacion; y que en cuanto á la teórica (segun lo que los matemáticos que le trataron en Roma afirmaron), entienden que hay muy pocos pilotos que entiendan lo que él, que es hábil en hacer globos, y cartas de navegar, y las entiende muy bien, y los instrumentos necesarios para la navegacion, y que ha mostrado allí dos de su invencion, uno para conocer navegando la diferencia que la aguja hace del nordestar y noroestar, y otro para tomar la altura con más facilidad y certeza: y que ámbos han sido alabados de los padres Clavio y Villalpando, de la Compañía de Jesús, de los dotores Toribio Perez y Mesa, que en Salamanca han leido públicamente matemáticas, y de otros geógrafos insignes, y que el dicho capitan Quirós habia ofrecido al duque que

siendo yo servido de que él hiciese este viaje, le haria desde España por el estrecho de Magallanes y volveria por la India oriental, habiendo dado la vuelta al mundo; y usando en mar y tierra con atencion de los instrumentos que ha hecho, podria traer muy grande claridad de las verdaderas diferencias que hace la dicha aguja de marear: cosa hasta agora muy obscura y en que hay muy diversas opiniones; y de hallar la verdad se siguiria gran provecho para la facilidad de la navegacion, y venir en conocimiento de la verdadera longitud y latitud de los lugares, puertos y cabos descubiertos y que se fueran descubriendo en diversas navegaciones.

Y en esta misma conformidad me ha hecho, el dicho capitan Quirós, relacion de todo lo susodicho, cerca de las navegaciones y descubrimientos; comprobando con escrituras y trazas que trae, las islas que descubrió, cuando fué por piloto mayor del dicho adelantado Alvaro de Mendaña, la diversidad de gentes que vió de diferentes colores, pero á su parecer dóciles, las islas fértiles y que prometian ser ricas; suplicándome que, teniendo consideracion á su buen celo y que su fin y pretension es el servicio de Dios y mio y la conversion á nuestra santa fé, bien de aquellas gentes, y el beneficio que pueda resultar deste descubrimiento (sin tratar de sus intereses): y demás desto facilitar la navegacion de aquellos anchos mares, por la mucha plática y experiencia que tiene de ellos; fuese servido de mandarle dar un navío no muy grande, proveido de la gente, bastimentos, municiones y de las demás cosas

necesarias para la dicha navegacion y empresa, y que con esto confia que dispondrá las cosas de manera que se consiga lo que pretende. Y habiendo considerado su proposicion, con la atencion que tan grave negocio requiere, por el aumento de la fe y el beneficio de las almas de aquellas gentes remotas, anteponiendo el servicio de Dios á lo demás, como es razon, con consulta de mi Consejo de Estado, he resuelto:

"Que el dicho capitan Quirós parta luego, á hacer el dicho descubrimiento, en la primera flota para el Perú. Y así, os ordeno y mando que llegado allá, le hagais dar dos navíos muy buenos á su satisfacion, que vayan muy en órden, con el número de gente conveniente, bien avituallados, municionados y artillados, como es menester para tan larga navegacion, y le hagais proveer de las cosas necesarias para rescatar con indios, si llegare á parte donde lo pueda hacer, conforme á las órdenes generales que vos y vuestros predecesores teneis para semejantes descubrimientos, y lo que más os pareciere convenir á mi servicio; pagando el gasto y costa de su apresto, y de la gente que en ellos se embarcare, y las vituallas, municiones y vestidos y las demás cosas que hubieren menester para su viaje, de mí Hacienda Real, y de lo más pronto y bien parado de ella. Y ordenareis que lleve algunos religiosos descalzos de la órden de San Francisco, ejemplares, de buena vida; y terneis la mano en que la gente que se embarcare con él en los dichos navíos sea buena y útil, dándoles órden que obedezcan y respeten al dicho capitan, en su navegacion de ida y vuelta, como á su cabo y

superior, que yo le nombro por tal desde agora, cumpliendo en todo y por todos sus órdenes.

Y advertid que es mi precisa voluntad, que el dicho capitan Quirós haga luego el dicho viaje y descubrimiento sin que se difiera: y así torno á encargaros, y mandaros muy expresadamente, cumplais con pronto efecto lo que aquí os ordeno, sin poner en ello duda ni dificultad, no obstante que esta órden no va despachada por el mi Consejo de Indias; que por ser el negocio de la dicha calidad que es, ha convenido, y yo he sido servido, que vaya por esta de mi Consejo de Estado, que en ello recibiré muy aceto servicio de vos: y con el primer navío de aviso me le dareis de la llegada del dicho capitan Quirós, á esos mis reinos, y de como lo habeis despachado con los dichos dos navíos, bien proveidos de todo lo necesario (como se ha dicho); porque esperaré con mucho deseo nuevas del cumplimiento de ello. Y á cualesquier ministros ó contadores mios, ó á quien tocare tomar las cuentas de lo que en lo contenido de esta mi Real carta se gastare, ordeno y mando que reciba y pase en cuenta lo que para este efeto vos libráredes, ó hiciéredes pagar de mi Real Hacienda con vuestras libranzas, ó las cartas de pago y recaudos que en ellos acusáredes, sin pedir otro alguno, porque yo desde agora lo doy por bien gastado y pagado, y lo recibo y paso en cuenta. En Valladolid á treinta y uno de Marzo de mil y seiscientos y tres."

Copias de otras dos cédulas reales.

"Don Luis de Velasco, ó el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitan general en mis reinos y provincias del Perú, ó cualquier otra persona que en mi nombre gobernare los dichos reinos al tiempo de la presentacion desta. Aunque en otra carta aparte he mandado escribiros muy particularmente, las causas que me han movido á resolverme en mandar que el capitan Pedro Fernandez de Quirós, de nacion portugués, que os dará ésta, vaya con dos navíos bien proveidos de gentes, vituallas, municiones y artillería á hacer el descubrimiento de las islas y tierras Australes hasta la Nueva Guinea y Java Mayor; en esta he querido tornar á ordenaros y mandaros, como lo hago muy expresamente, que sin reparar en dificultad ó causas, que á vos se os presentasen por convenientes á mi servicio, despacheis con suma brevedad al dicho capitan Quirós con los dichos dos navíos; de manera que cumpla con gran presteza lo que le he mandado, como sé que él lo hará de su parte, y confio que lo hareis de la vuestra con darle los dichos dos navíos, como lo he ordenado. Pues demás de que conviene así á mi servicio, tengo particular inclinacion y gusto al descubrimiento que ha de hacer, por el aumento que con él espero se ha de hacer de nuestra santa fé en aquellas remotas gentes, con gloria de Dios y beneficio público, que es el fin que pretendo; y así dareis aviso con el pri-

mer navío que despacháredes para acá, de lo que en ello hubiéredes hecho, pues le aguardaré con el deseo que podreis considerar. De Valladolid á treinta y uno de Marzo de mil y seiscientos y tres años."

EL REY. Cualesquier mis visoreyes, gobernadores, lugarestenientes, y capitanes generales, adelantados, y almirantes de mis Reinos y Estados y de mis ejércitos y armadas de tierra y mar, de las Indias orientales y occidentales, islas de Filipinas y otras, y de las costas de Africa, y todos mis ministros de justicia y guerra de cualquier nombre, calidad, nacion y condicion que sean, á quien esta mi Real cédula se presentare. Por cuanto yo he mandado al capitan Pedro Fernandez de Quirós, de nacion portugués, que pase á la ciudad de Lima en el Perú, y con dos navíos bien proveidos de gente, vituallas y municiones de vivir y guerra y bien artillados vaya desde allí á descubrir la Nueva Guinea y Java mayor, y otras islas y tierras australes, y venga por ellas, dando vuelta por aquella parte al mundo, á estos mis Reinos de España á hacerme relacion de lo que viere y descubriere, y de las observaciones que hiciere en mar y tierra durante su navegacion, conforme á las órdenes que le he dado: os ordeno y mando, que en cualquier parte de los dichos mis Reinos y Estados que el dicho capitan ó los oficiales y marineros que con él fueren, llegaren con los dichos dos navíos ó parte de ellos, ó con otro cualquier género de bajel, recibais, defendais y ampareis al dicho capitan, y á ellos en mis puertos y

tierras, y le proveais de lo que hubiere menester para acabar la dicha su navegacion con mucha presteza; y le asistireis en todo lo que para ello os pidiere como á criado y capitan mio que va expresamente á ejecutar lo que le he mandado, y no le pongais en ello impedimento ni estorbo alguno; ántes le dareis favor y ayuda, como se ha dicho, por cuanto habeis cara mi gracia; porque así procede de mi voluntad y conviene mucho á mi Real servicio. En Valladolid á treinta y uno de Marzo de mil seiscientos y tres años.—

A estas cédulas acompañaron muchas cartas, que en la córte me dieron algunos grandes señores, para el virey del Perú: y habiendo acudido al real consejo de Indias con los breves de Su Santidad para refrendarlos, quiso el conde de Lemos, que era presidente de aquel consejo, y los demás señores de él enterarse de mi intento y promesa, y me mandaron que llevase un mapa, y les fuese á dar cuenta de todo á un jardin del conde, donde se juntaron para este efecto; y habiéndome oido, mostraron quedar satisfechos y áun envidiosos de que mi despacho se hubiese encaminado por el consejo de Estado. Pero yo todavía no me tuve por contento, por ver que en las cédulas que habia negociado no se habia puesto cláusula particular, de que por falta ó muerte mia, se pudiese nombrar otra persona que siguiese y llevase adelante este descubrimiento; y ansi hice instancia para que se me despachase cédula para esto, como en resolucion, despues de algunos lances, la vine á conseguir, y es del tenor siguiente:

EL REY. Don Luis de Velasco, ó el conde de Monterey mi pariente, mi visorey y capitan general en mis Reinos y provincias del Perú, ó cualquier otra persona que los gobernare en mi nombre al tiempo de la presentacion de esta. El capitan Pedro Fernández de Quirós, que por órden mia va á hacer el descubrimiento de la parte incógnita del Sur y otras (como más en particular se contiene en los despachos que para este efecto le he mandado dar), me ha suplicado que para asegurar el descubrimiento que ha ofrecido, y que si él faltase por muerte ó enfermedad ó accidente, no se pierda tan gran bien como se espera del dicho descubrimiento en servicio de Dios y de nuestra santa fé, sea servido mandaros que en el dicho caso nombreis vos persona tan hábil y suficiente cual convenga, para que con los dichos despachos y papeles y escritos que ha ofrecido dejar, de lo que ha visto y lo que espera descubrir, pueda la tal persona ir á hacer el dicho descubrimiento. Y por ser lo que pide testimonio de su celo en el servicio de Dios y mio y de la cristiandad, os encargo y mando precisamente, que si Nuestro Señor fuere servido de que el dicho capitan Quirós faltase, ó no pudiese ir á ejecutar el dicho viaje, con los papeles y memorial que él dejare, para luz é inteligencia de lo que se pretende, nombreis persona en su lugar lo más suficiente que se hallare para que ejecute tan gran empresa; y al que en el dicho caso fuere, le dareis el favor y ayuda que hubiere menester, en la forma que se contiene en las dichas cédulas, que asi

procede de mi voluntad y conviene á mi servicio. En Aranjuez á nueve de Mayo de mil seiscientos y tres.—

Con esto me puse en camino para Sevilla, y hallé la flota de la Nueva España presta ya para partirse.

Procuré despacharme con toda brevedad por lo tocante á la casa de la contratacion, en que hubo algunas dificultades, y la víspera de San Juan en la noche, en un bergantin me embarqué el rio de Sevilla abajo; pero cuando llegué á la bahía de Cádiz, salia de ella la flota, que lo era de treinta velas, en que iba el marqués de Montes Claros proveido por virey de la nueva España, y así como pude y la priesa dió lugar, me concerté y embarqué en una fragata de un capitan Diego Ramirez, que hacia su viaje á Tierra-firme en conserva de aquella flota. Con buen viaje, el primer dia de Agosto vimos la isla Marigalante, y el dia siguiente, que era de la Porciúncula, tomamos puerto en la de Guadalupe, donde el virey y vireina se desembarcaron para oir misa, y por horas de comer los personajes de más cuenta se recogieron á las naos; quedando en tierra mucha gente á espaciarse y lavar la ropa y hacer agua, á los cuales cogieron descuidados los indios de aquella isla, que dando sobre ellos con grande alarido y rociada de flechas, se tiene por cierto que cautivaron, mataron é hirieron y fueron causa de que se ahogasen más de sesenta personas, y siete de ellos fueron frailes dominicos: lo cual causó grande pena y turbacion en toda la flota y fué como

pronóstico (1) de lo que despues habia de suceder; porque aquella noche se turbó el cielo y se hizo Susudueste el viento, que era casi travesía, y como las naos estaban cerca de la costa y juntas unas con otras, corrieron todas grande peligro, especialmente la capitana, por haber arribado sobre ella otra nao llamada la *Pandorga*, con que entrambas se vinieron á perder, y fué forzoso que el virey y vireina casi desnudos se pasasen á otras naos, dejando perdida mucha hacienda que en aquellas venia, las cuales se mandaron quemar porque no se aprovechasen de ellas los enemigos. Habiéndose las demás hecho á la mar lo mejor que pudieron, fueron prosiguiendo su viaje y nuestra fragata el suyo, en demanda de una isla que se dice *Curazoa* (2), la cual fué tan desgraciada, que la víspera de San Lorenzo se sentó é hizo pedazos en unos bajos que despues entendimos ser lo que llaman isla de *Aves*; donde nos vimos en grande aprieto, aunque por la misericordia de Dios se salvó lo más de la gente, saliendo en la barca á ponerse sobre aquellas piedras. Con la misma barca se fué sacando lo que se pudo de la ropa y matalotage, con que nos entretuvimos, hasta que el diligente capitan mandó aserrar la barca por el medio y sobre ella armó un barco, que el postrero de Agosto fué echado á la mar, y aprestado me dijo tenia determinado de enviarlo con todos los pasajeros, y á mí por cabo de él, para que

(1) Véase la relacion de este suceso en los Apéndices del tomo II.
(2) Curazao: una de las Antillas.

fuésemos al puerto de Guaira de la ciudad de Caracas, y trujese bastimentos para los que quedaban, y algun barco ó fragata en que pudiesen salir de aquel peligro y cárcel en que Dios los dejaba puestos; aunque no sé si era mayor el suyo que el que llevamos y padecimos los que íbamos en el barco. Pero con el favor de Dios, habiendo pasado grandes trabajos, llegué á Caracas, y dando cuenta del suceso al gobernador, me previne de lo necesario y volví con el refresco á mis tristes compañeros, que con penitencia y oraciones rogaban á Dios por mi vuelta, y comian á sólo dos onzas de pan, y á esta tasa solo les quedaba para diez dias. Habiéndoles entregado el socorro, dije al capitan que pues tenia bastimentos y casi hecha otra fragata, era justo siguiese yo mi derrota; y así me despedí y embarqué con ciertas personas, volviendo á Caracas, donde estuve ocho meses esperando pasaje, y noté, y escribí muy particularmente las cosas de aquella isla. Por gran ventura hallé en ella tres hijos de un hermano mio, de quien yo no habia sabido en muchos años, y parece que se habia casado allí y muerto, dejando viuda á su mujer con los hijos que he dicho. Y pareciéndome justo sacarlos de tan mala tierra y llevarlos en mi compañía, se los pedí á su abuela, porque tambien la mujer era muerta, y me envió los dos varones, quedándose con una niña.

Llegó, en fin, el tiempo de mi deseada partida, y embarqueme para Cartagena en una fragata, y en Cartagena presenté al gobernador la cédula en que Su Magestad mandaba á todos sus ministros ayudasen mi

viaje, aunque él hizo poco caso de ella y de mi socorro; pero como pude me volví á embarcar para Puerto-belo y llegué á Panamá tan pobre, que habia más de ocho dias que no tenia un real. Entré debiendo el alquiler ó flete de las mulas y otras muchas cosas, por lo cual determiné de pedir á la Audiencia de aquella ciudad, se me prestasen de la caja ducientos reales de á ocho, ó se me buscasen á daño por via de mercaderes, que yo los pagaria en Lima. Pero los oidores hicieron tan poco caso de mí, como de las cédulas de Su Magestad que les presenté; diciendo que mostrase algunas que hablasen con aquella caja, y que en lo demás no habia lugar; y ansí me hube de retirar á mi pobre albergue, donde fuí ejecutado por el arriero y otros acreedores.

En medio de estos trabajos, un lunes treinta de Agosto salió el Santísimo Sacramento de su casa al hospital, que es fabricado de madera vieja; y subiendo á lo alto, como fué mucho el peso de la gente se hundió una gran parte del sobrado, de alto de más de cinco estados, y caimos sesenta personas, y camas y enfermos, en que hubo diversos sucesos, y murieron allí luego un clérigo y un seglar, y otros salieron rotos brazos y piernas, y yo saqué de mi parte lo que me dieron, que fué un mal golpe en el costado izquierdo, una herida en el cornejal derecho, y una mano atravesada de un clavo, cuya cura me costó cuatro sangrías y dos meses y medio de cama, sin tener para todo esto un sólo maravedí, y en un lugar tan costoso, donde por milagro hallé quien me acudiese ni se doliese de mí en tanta necesidad.

Mal convalecido me hube de embarcar, como pude, en una nave que partia para el Perú, sin un pan, ni un jarro de agua; y Dios la dió tan buen viaje que en veinte dias surgimos en Páita, y con el chasque (1) escribí luego al conde de Monterey, que habia venido por virey de aquel reino desde la Nueva España, y volviéndome á embarcar fué Dios servido que en diez y ocho dias llegué al puerto del Callao, donde desembarqué á seis de Marzo de mil seiscientos y cinco con deudas del pasaje y comida, y sin dinero. Para alquilar los caballos fióme un conocido de atrás, y entré en Lima de noche; corrí los mesones sin hallar ninguna posada, hasta que Dios me deparó un ollero, que con buena voluntad aquella y otras tres noches me hospedó entre sus ollas; por lo cual puedo decir con razon que llegué á Lima, á pesar de tantos trabajos viejos, á dar principio á los nuevos, en la manera que se verá en lo siguiente.

(1) Chasquí, correo de á pié ó posta que conduce correspondencia.

CAP. XLII.—De lo demás que sucedió en la ciudad de los Reyes, y en el puerto del Callao de ella al capitan Pedro Fernandez de Quirós, hasta que tuvo efecto su despacho y embarcacion para el nuevo descubrimiento.

Despues de haber llegado á la ciudad de los Reyes, como se ha referido, se pasaron tres dias sin que pudiese tener puerta ni audiencia del virey, para darle noticia de mi pretension y la cédula de Su Magestad. Habléle la primera vez en viernes once de Marzo, y habiendo visto la cédula, me señaló audiencia para veinticinco del mismo mes, la cual se me dió; habiendo mandado juntar para ella dos oidores, dos religiosos de la compañía de Jesús, el general del Callao, D. Lope de Ulloa, el capitan de la guarda y un secretario.

Mandóme el virey que leyese ciertos papeles del caso, y que les enterase de todo; y tendióse una carta general de navegar sobre un bufete, con que satisfice á lo que me quisieron preguntar. Aunque en el discurso vino á decir el virey, que le parecia más á propósito hacer aquel viaje desde Manila, donde se podria armar toda la jornada con ménos costa de la que se habia de hacer en la compra de los dos navíos en Lima, yo dije ser contra

la órden real, que mandaba expresamente saliese de Lima y no de las Filipinas, y contra toda buena navegacion por los vientos opuestos; y añadí la falta de la gente de mar y guerra en Manila. Hubo en la junta á quien pareció bien este dicho: D. Juan de Villela, que era uno de los oidores, se mostró muy en favor de la empresa, y tambien el padre Francisco Coello, que habia sido alcalde de la misma audiencia y asesor del virey pasado, D. Luis de Velasco, y el uno y el otro se hallaron presentes cuando la primera vez le dí cuenta de mi navegacion y pensamientos; y así les dije ser testigos que Dios habia traido aquel tiempo, para prueba de las verdades que trataba. Mostró el virey quedar satisfecho de ellas, y de la importancia y grandeza de este descubrimiento; pero por su falta de salud y muchas ocupaciones, y por las dificultades que siempre se suelen ofrecer en materias semejantes, y que han de pasar tantas manos, no se pudo disponer su despacho, que era menester y yo deseaba; porque si pasaba del dia de San Francisco, se perdia la mejor sazon de dar velas y seguir la derrota al Sudueste. Así me fué forzoso continuar los memoriales al virey y pedirle se sirviese de abreviar, y proponer en ellos todas las cosas que yo juzgaba ser necesarias para armar, bastecer y pertrechar los navíos, así de gente como de municiones, bastimentos y aparejos necesarios para tan larga jornada; la cual, en todas partes, halló siempre más contrarios que valedores, y D. Fernando de Castro, marido de mi antigua gobernadora, doña Isabel Barreto, que habia con ella y toda su casa venido á vivir al Perú, me dijo

habia de contradecir mi viaje por tocarle la poblacion de las islas de Salomon, como á sucesor del adelantado Alvaro de Mendaña, descubridor de ellas. Pero dejóse el buen caballero convencer de mis razones piadosas, y dijo, que á su entender condenaria su alma quien pretendiese estorbarme.

El doctor Arias Ugarte, oidor de aquella real audiencia, sabiendo cuán pobre y desacomodado estaba, me dijo que acetase su casa y mesa y lo que valia su persona, como ofrenda hecha de un hermano, ó de un amigo á otro. Viendo diferente mi voluntad de la suya, quiso casi por fuerza recibiese una gran fuente llena de reales de á ocho. Rendile las gracias, y dije que no parecia honesto, sirviendo en cosas grandes á Su Magestad de balde, sustentarme de limosnas. En efeto, despues de muchos memoriales y mayor porfía, acabé con el virey nombrase comisarios á quien se cometiesen y repartiesen las cosas menesterosas de mi despacho; y lo más de él, en lo tocante á la mar, vino á pender del almirante Juan Colmenero de Andrada, que no se mostró bien afecto á mi pretension. Así tuve necesidad de volver con algunas quejas é importunaciones al virey, el cual en todo me honraba y favorecia, y un dia me dijo que, en virtud de la cédula real que le mostré, queria nombrar persona que fuese en mi compañía, para que, en muriendo yo, quedase en mi lugar y oficio. A que respondí que no me convenia llevar conmigo quien supiese me habia de suceder y heredar, por ser cosa esta que tiene muy conocido peligro; que en la cédula confesaba Su Magestad que yo mis-

mo la pedí, á fin de que, si muriese ántes de llegar á Lima ó salir de su puerto, quedase el negocio vivo, y que al presente yo estaba tan sano y bueno, y presta la voluntad; y así le suplicaba suspendiese este negocio hasta ver lo que ordenaba Dios, ó lo dejase á mi cargo para que cuando me viese necesitado pudiese echar mano de persona tal, que el tiempo hubiese mostrado que merecia la administracion de un negocio tan grave.

En este estado se quedó, y mi despacho se iba prosiguiendo, aunque á paso lento; y acercándose el tiempo de la partida, se trató de hacer la paga ya servida y adelantada, y las personas á quien tocaba el hacerla, pretendieron que habia de ser dentro de los navíos, ó con abonadas fianzas; y yo les procuré satisfacer, quedando por todos, y diciendo que pues Su Magestad fiaba de mí y de ellos un negocio tan importante, no era justo se procediese en todo con tanta limitacion.

Hecho esto, traté de que la gente ganase el jubileo, que se me habia concedido para ella por Su Santidad, y se hiciese una particular fiesta para ella en el convento del Señor San Francisco del Puerto del Callao, de donde eran los seis religiosos que habian de ir en nuestras naves, y que se bendijese el estandarte y banderas y saliésemos de allí con toda la gente en órden, con los vestidos que para este fin casi todos habiamos hecho de sayal á lo galano; pero la envidia, que es tan poderosa, desbarató lo más de este intento tan loable, y no faltó quien contradijo la bendicion y leva del estandarte, como si aquella armada y empresa no fuera de Su Magestad. Por lo cual la gente toda se confesó,

y comulgó donde pudo, y se embarcó el estandarte y banderas arrolladas en sus astas, y yo con otras personas de la armada fuí á buscar á los seis religiosos que, acompañados de otros muchos de su órden y del guardian y del comisario, salieron de su convento, siendo mirados y abrazados amorosamente de muchos; que siempre en semejantes despedimientos suele haber tiernas lágrimas. Con esto nos embarcamos todos juntos con el almirante general y oficiales reales; y hecha la visita, no faltó un solo hombre de los que recibieron paga, y sin ella fueron otros veinte y dos. Un dia ántes habia yo ido á Lima á despedirme del virey, llevando conmigo los dos capitanes de los otros dos navíos: le dije me perdonase la priesa pasada, pues habia sido necesaria para dar fin á mi despacho. El virey respondió á esto, que ántes estaba muy grato, y me abrazó; y lo mismo hizo á los otros dos capitanes, diciendo que por sus graves indisposiciones no podia ir al puerto á vernos salir, como deseaba; pero que escribiria una carta á toda la gente de la jornada, la cual se les leyese en público al tiempo que se quisieren hacer á la vela, como se hizo, y su tenor era el siguiente:

Carta del virey conde de Monterey.

"La indisposicion presente no me dá lugar para honrar y favorecer con mi presencia vuestra salida del puerto, y el principio de vuestra navegacion. Ya que de palabra no puedo cómodamente deciros lo que conviene, me ha parecido hacerlo por carta.

"Estoy bien cierto de que generalmente habreis entendido los altos fines del servicio de Dios Nuestro Señor, á que la Magestad Real se ha movido á emprender este descubrimiento, con gran costa de su hacienda, y cuán grande interés puede resultar de esto á la Iglesia de Dios con la salvacion de muchas almas, y á la corona de Castilla en el aumento de Estado; y así fio que llevareis lo uno y lo otro muy presente para proceder como se debe, habiendo sido lo principal que tambien os movió á determinaros.

"Lo que tengo que encargaros es la paz y obediencia de los súbditos á sus oficiales, y de todos al capitan Pedro Fernandez de Quirós, á quien Su Magestad manda hacer esta jornada; y yo la encargo, con viva memoria de que se os debe representar en su persona que yo mismo voy embarcado, y os doy las órdenes que él diere; certificando que en la sujecion y obediencia que le prestáredes en todo acontecimiento, se ha de echar de ver señaladamente la lealtad y aficion de buenos vasallos de Su Magestad, y que quien desdijere de ello, será mirado y juzgado severa y rigurosamente por los consejos de Su Magestad ó ministros del reino á donde aportáredes, y señaladamente por mí en lo que me pudiere tocar. Dios os guíe, y vaya en vuestra guarda. Veinte de Diciembre de mil y seiscientos y cinco años."

Leida esta carta, y estando los navíos prestos, hice luego descoger banderas de topes y cuadras y enarbolar el estandarte real, y á todo reclamar izar las vergas, zarpar áncoras, y en el nombre de la Santísima Trini-

dad largar trinquetes, cevaderas y velachos, diciendo la gente de rodillas:—"Buen viaje, Señora nuestra de Loreto, que esta armada se dedica á vuestro nombre y va fiada en vuestro favor y amparo." Disparóse la artillería toda, los mosquetes y arcabuces. Pasóse por junto á las otras naos del Rey que estaban tirando sus piezas, y mucha gente asomada por sus bordos y corredores, y mucha más en el pueblo, en balcones, terrados y playas, mirando con atencion cómo saliamos de aquel puerto: que fué dia de San Tomé apóstol, miércoles, á las tres de la tarde, en veinte y uno de Diciembre de mil y seiscientos y cinco años; estando el sol en el grado postrero de Sagitario. Y desta manera salieron y partieron las dichas tres naves, que la capitana se llamaba San Pedro, la cual se compró de Sebastian de Goite y Figueroa, y era muy acomodada para semejante descubrimiento. La otra iba por almiranta, que era algo menor, y tambien se compró por cuenta de Su Magestad en el Puerto del Callao. La tercera era una lancha ó zabra, de menor porte, que habia venido poco ántes de la isla de los Galápagos, de recoger la gente que allí se habia perdido, y era muy fuerte y buena velera: y en todas se embarcaron cerca de trescientas personas de gente de mar y guerra, con algunos versos y piezas pequeñas de artillería, arcabuces y mosquetes, y bastimentos de todos géneros para un año, y cosas de hierro y frutos y animales de los del Perú para lo que se hubiese de poblar, y los dichos seis frailes religiosos de San Francisco, y cuatro hermanos de Juan de Dios para curar los enfermos. Por piloto mayor

iba uno que contra mi voluntad me hicieron recibir, que habia traido de la Nueva España al conde Monterey, que me fué de harto daño, y por segundo piloto iba el capitan Pedro Bernal Cermeño, al cual entregué el cargo y gobierno de la dicha zabra.

CAP. XLIII.—De cómo habiendo el capitan Pedro Fernandez de Quirós salido del puerto del Callao con su armada, fué navegando por la costa del Perú, y la instruccion que dió á los demás pilotos y gente de mar y guerra para que supiesen cómo se habian de gobernar.

Comenzando á salir del puerto del Callao, fueron puestas las proas de las tres naves á donde estaba puesto el tema. Ibase poniendo el sol. La almiranta pidió el nombre. Fuele dado el nombre de San Pedro, patron de la misma nave y causa. Navegóse con el viento Susueste, tan continuo en aquella costa, á la vuelta del Oes-sudueste, y así como nos íbamos apartando se iba el viento pasando de cuarta en cuarta hasta que hizo Leste franco, á donde por muchos dias afijó y sopló suavemente. Parece que aquella alta cordillera del Perú de Norte-Sur impide que no cale el

viento Leste, hasta que ya engolfados, se abate el horizonte y se goza de él, que es la brisa ordinaria.

El capitan, aquellos tres primeros dias, señaló en su carta puntos, y luego le faltó la salud; porque de Lima sacó el cerebro tal, que ni le sufria sol ni sombra tenerle desnudo ó cubierto. Sobre este mal le dió un pasmo que le puso en grande aprieto, y segun despues se entendió, fué curado al revés, y nada de esto bastó para acabarle, pues quien Dios quiere vivirá. Las tres vísperas y dias de Navidad, Circuncision y de los Reyes, fueron celebradas con grande fiesta, y el de la Conversion de San Pablo, el capitan, por no haber podido ántes, dió la instruccion siguiente á la gente de su nave y de las otras dos de su armada, por juzgarla muy necesaria.

Instruccion.

"Pedro Fernandez de Quirós, capitan y cabo de los tres navíos de armada que llevo á cargo para descubrir la parte meridional incógnita por Su Magestad, etc.

"Por cuanto conviene al servicio de Dios Nuestro Señor y al del Rey de España don Felipe, tercero deste nombre, cuya es la dicha armada, y cuyo vasallo soy, y en cuyo nombre voy al dicho efecto; y conviene al buen gobierno que los capitanes han de tener, reglas que han de guardar, el viaje que han de seguir, y lo demás que han de hacer, si acaso por algun temporal forzoso ú otra legítima causa perdieren mi compañía, lleven instruccion y avisos para con ellos procurar todo

buen aumento en lo que vá á su cargo, se le dá á Luis Vaez de Torres, almirante del navío llamado San Pedro, la órden como se sigue:

"Encargo mucho al dicho almirante, que procure introducir toda buena disciplina cristiana, política y militar en la gente de su nao.

"Y más le encargo, que vele mucho que no se pésie ni reniegue, ni digan ni hagan otras cosas de mal sentir ó sonido contra Dios Nuestro Señor, ni contra su Madre Santísima, ni contra los ángeles y santos y cosas divinas ó sagradas; y si acaso (lo que Dios no permita) hubiere algunos tan desalmados que se atrevan á semejantes blasfemias, sin disimular los castigará luego severa y rigurosamente como merecieren sus delitos.

"Otrosí: Le encargo mucho que no consienta que se juegue dados, ni naipes en poca ni en mucha cantidad; y si acaso en su navío fueren algunos naipes, ó dados (excepto para jugar las tablas), los eche luego á la mar, como cosa tan perjudicial al intento que se lleva; y si el juego de tablas, damas ó perinola causaren porfías, inquietud y revueltas, los echará todos á la mar, para con esto del todo evitar ocasiones tan dañosas.

"Tendrá mucho cuidado que todos los dias á las tardes, la gente toda de rodillas delante de un altar á donde estará una imágen de Cristo ó de la Vírgen María, se rece la salve y las letanías de Nuestra Señora de Loreto; pidiéndole su favor y suplicándole su intercesion para que Dios Nuestro Señor nos guíe y muestre las tierras y gentes que buscamos, y nos ayude en

todo aquello que con justicia pretendemos, y nos dé tal suceso cual conviene á este negocio, que tan enderezado es á su mayor honra y gloria, y al bien de tantas sus criaturas.

"Más le encargo, que vele y del todo evite que no se jure el nombre de Dios en vano, con pena que la persona que incurriere le será quitada la racion de aquel dia, y si la hubiere cobrado, será la del dia siguiente; y pasarán por la misma pena aquellas personas que le dieren de comer aunque sean sus camaradas: y si el jurador se arrepintiere de su culpa, le será perdonado por aquella vez, y por la segunda, tercera ó más veces será la pena arbitraria de cepo, ó grillos, ó dinero para las almas del purgatorio, y esto irremisible. Y porque venga á noticia de todos, se pegará la copia de este capítulo al árbol mayor de la nao.

"Otrosí: Será muy vigilante en que no se digan palabras libres, ó desacato contra la persona Real ni se hagan contra su servicio: y á los que las dijeren ó hicieren, los castigará con rigor brevísimamente; justificando siempre bien la causa desta y de todas especies.

"Ansí mismo tendrá cuidado y mucha cuenta, de tratar suave y amorosamente toda la gente de su cargo, y honrar y mantener á cada uno de sus oficiales en el puesto que les tocare, y de hacerles respetar á todos y á cada uno de por sí. En suma, se desvelará en adquirir aquellos modos y medios que han de ser parte para que su gente concorde y guarde en su trato amor, verdad, fidelidad y lealtad; recordando cuán digno es de estimacion el capitan que, sin cuchillo ni otro rigor

alguno, gobierna en paz su gente y la conserva.

"Encomendará mucho al maestre de su nao, que sea muy vigilante en mirar que los bastimentos no se pudran ni malgasten; y que aquellos de que se tuviere sospecha que se han de corromper los haga gastar primero.

"La racion que ha de mandar se dé cada un dia, á cada una persona de cuantas fueren en la nao con sueldo ó sin sueldo, ha de ser libra y media de bizcocho, una libra de carne, dos onzas de tocino, una de garbanzos, media azumbre de agua para beber y la que bastare para guisar las ollas. Los dias de pescado se les dará un tollo, y si fuere grande, la parte, seis onzas de garbanzos, una medida de aceite, otra de vinagre y su pan y agua como en dia de carne, y cuando no hubiere tollo, se darán cuatro onzas de queso; y en lo tocante á ventajas, hará lo que le pareciere convenir, mirando siempre que no haya con razon quejosos, y que tenemos siempre mucho tiempo á que mirar y camino que andar.

"Será vigilantísimo, así de dia como de noche, en ir siguiendo la nao capitana, que va navegando la vía del Oes-sudueste, hasta subir altura de treinta grados; y si puesta en ellos no hallare tierra, hará su derrota al Noroeste franco hasta bajar á altura de diez grados: y si hasta ponerse en ellos no hallare tierra, navegará al Sudueste hasta subir á veinte grados; y si hasta este punto no hallare tierra, navegará al Noroeste hasta bajar á diez grados y un cuarto; y puesto en ellos navegará al Oeste en demanda de la isla de Santa Cruz, y

en ella tomará puerto en la bahía Graciosa, que está á la parte del Norte en altura de diez grados y un tercio, y mil ochocientas y cincuenta leguas de la ciudad de los Reyes, al Sur de un grande y alto volcan que está solo en la mar ocho leguas más ó ménos de la dicha bahía. El capitan que primero llegare á este puerto, que está en el remate de la bahía entre un grande manantial de agua y un mediano rio bien junto á tierra, su fondo de cuarenta á treinta y cinco brazas, surgirá allí, y esperará allí tres meses á los otros dos navíos, para que estando juntos se tome resolucion de lo que se ha de hacer en cumplimiento de lo que Su Magestád manda; y si acaso no se juntaren, el capitan que quisiere salir del puerto levantará una cruz, y al pié de ella ó del más cercano árbol, haciendo señal en el tronco para que sea entendido del que llegare despues, enterrará una botija tapada la boca con brea y dentro en ella la relacion de todo cuanto le hubiere sucedido, y el intento que lleva, y luego irá navegando á la vuelta del Sudueste hasta subir á veinte grados, y de ellos al Noroeste bajará á cuatro, y puesto en ellos irá al Oeste á demandar la Nueva Guinea. Y costeada toda ella, y tomada la razon cuanto más fuere posible arribará á la ciudad de Manila en la isla de Luzon y Filipinas, altura de catorce grados; y dellas, por la India Oriental, irá á España á dar á Su Magestad la cuenta que espera de todo lo descubierto, en la forma que se sigue.

"Tendrá cuidado todos los dias de pesar el sol y de noche el crucero, ó al ménos las veces que diere lugar

el tiempo, para saber su altura y para señalar punto en la carta, dando los resguardos del abatimiento de la nao por viento, ó por corrientes, y por la aguja dará el resguardo de cuarto, ó grado que tuviese de variacion al Nordeste; y para mejor saberlo cuidará de marcarla por el sol y por estrellas conocidas, cuando estuvieren en el meridiano. Y asimismo irá haciendo derrotero de las leguas que cada dia anduviere su navío, de los vientos y mudanzas dellos, de los aguaceros, corrientes, pájaros, cardumes de peces, y otras señales que son de tierra, y el paraje donde topare con ellas: asimismo de las islas pobladas y despobladas, que se han de descrebir en la carta segun longitud, latitud y forma; y si fuere tierra firme será guardada la misma órden en los puertos, puntas, cabos, senos y ensenadas, y de todo lo demás que contiene; escribiendo las señas, y para qué parte está cada cosa, y juntamente los rios, ú otra cualquier parte á donde poderse hacer aguada y leña, y tambien más los bajos, placeles y arrecifes que encontrare: siendo de arena, señalarse han con puntillos de tinta; si fueren de tierra, con crucetas. Demás desto el color, talle, faciones y trajes de las gentes que las habitan, de sus comidas, armas, embarcaciones, tratos, señorío, gobierno y culto; y de todo esto y de lo demás que viere hará tal relacion, que por sí sólo la pueda dar copiosa y verdadera al Rey Nuestro Señor en el su Consejo de Estado donde esta causa emanó.

"Todos los dias llegará á esta capitana á dar, como es costumbre, el buen viaje, y á pedir el nombre; y se le dará, y responderá en la forma que se usa.

"Tendrá cuidado al salir y poner el sol, y más veces si le pareciere convenir, hacer subir á los topes á dos hombres para explorar la mar á todas partes del horizonte; y de noche hará que la nao se vele con dobladas centinelas, habiendo una en el bauprés: y la ronda y sobreronda la hará por su persona, y no pudiendo, la encomendará á otras de quien tenga muy grande satisfacion; y en esto será puntual, y riguroso en castigar á los que estando de guardia se descuidaren, ó durmiesen. Y en lo que es tomar las velas, no haya en esto pereza cuando el tiempo amenaza.

"Cuando en la capitana se pusiere una bandera en la gavia mayor, es señal para pedir el punto á los pilotos, hacer junta y acordar lo que convenga. Luego los navíos llegarán á su capitana, para hacer lo que de ella se ordenare.

"Si la capitana virase de noche de otra vuelta, tirará una pieza; y si avisare de vista de tierra y de bajíos, tirará dos piezas. Lo mismo harán los otros dos navíos; y todos tres se responderán para entenderse.

"Si de dia le sucediere alguna cosa que necesite, avise de ello poniendo una bandera en el medio de la jarcia, de modo que pueda ser vista por los otros dos navíos, que luego se llegarán á saber la necesidad que tiene y á remediarla; y si este caso fuere de noche, hará dos lumbres, sin la del farol, para aviso que pide el socorro, que luego se le dará.

"Tendrá mucha cuenta con el fogon, y con que no vaya vela encendida, ni otro fuego abajo de cubiertas, si no fuere dentro de una lanterna y con un hombre

que la lleve y otro de guarda que la vele. Y le encargo que no reserve de esta deuda y de todas á ninguna persona de cuantas fueren en la nao como sean capaces.

"Tendrá mucho cuidado de que no se malgaste la cuerda, pólvora y balas, y mucha cuenta con los gastos y consumos de toda la Hacienda Real, para que en esto no haya fraude alguno.

"Si navegare con mar y viento y se hallare de golpe sin los dos, si fuere de noche, reparo y sonda y buena guardia, porque suele ser por interposicion de cercana tierra.

"Si hallare embates ó bahajes de viento fuera del que va en las velas, ó el navío alzare la popa y proa como que le dan de rempujones, si fuere de noche, breve la sonda, porque suele ser muy cerca de tierra ó de bajíos, á donde quiebra la mar y vuelve la resaca atrás.

"Si estando el cielo claro, el sol, luna y estrellas saliere, ó se pusiesen más altas que el horizonte, por ser señal cierta de tierra, si fuere de noche reparo y sonda, y de dia demandarla.

"Si á su camino tuviere nublados espesos que no corran ni se deshagan, ó una ceja fija, ó cerrazon ahumada, si fuere de noche, reparo, sonda y buena guarda, que suele ser sobre tierra.

"Si hácia donde navega viere unos *fuciles* muertos y de poca lumbre, ú oyere algunos truenos roncos ó viere unos pequeños y á menudo chubazos, si fuere de noche, reparo y sonda, porque suele ser señal de cayos, ó de islas pequeñas ó de bajos coronados; y si los relámpagos

fueren encendidos y apresurados con recios truenos, si fuere de noche, lo mismo de reparo y sonda y buena guarda, y de dia procurarla.

"Si á pesar del viento que llevare vinieren de alguna otra parte unos refregones secos, ó con agua ó con granizo, señal de tierra cerca, y si menudearen, señal de más cerca; siendo de noche, reparo, para de dia buscarla.

"Si hallare la mar engrasada, ó en ella hojas de árboles, pajas, yerbas, maderos, ramas, cocos, palmas, y las otras cosas que el agua saca de playas, y los rios le traen con avenidas, es señal de tierra cerca hácia la parte á donde al presente cursa el viento, ó ha cursado, ó las corrientes las trajeron, ó las traen; y en caso tal, el paraje puede mejor avisar de lo que tiene de hacer, sino deja tierra atrás de hácia el viento que lleva.

"Si hallare corrientes, es mejor cuanto mayores, ó cardumes de peces menudos que suelen hervir sobre el agua ó manchas de camarones, culebras, lobos marinos, tortugas, muchas aguas malas, *alfurrezas* y caravelas juntas, ó el agua sin su pureza revuelta como *compulo*, ó algunos pájaros de tierra que suelen della desgarrar, cuidado como en lo demás, por ser muy cerca de tierra.

"Si topare bandadas de muchos pájaros marinos, como lo son garajáos blancos ó negros, y rabiahorcados, ha de mirar á la tarde para qué parte van volando, y de dónde vienen de mañana; advirtiendo que si se recogen temprano y vuelven tarde, que tienen léjos la tierra, y si se recogen tarde y vuelven temprano, que

la tierra está más cerca, y que si no los viese recoger y de noche los viese graznar, y al amanecer están á vista, que en caso tal, ó la tierra está muy cerca ó que duermen en la mar; con advertencia que casi siempre habitan pájaros en islas ó placeladas, por ser allí muy cerca su pesquería, á cuya causa es más debida su vigilancia por no dar en sus bajíos, ó en ellas.

"Si los pájaros que encontrare fuesen piqueros, patos, gaviotas, gallaretes, estopegados, tiñosas, gavilanes, alcatraces, flamencos, siloricos, señal de tierra más cerca; y si sólo fueren pardelas, no dará tanto cuidado por hallarse estos pájaros en los mayores de los golfos, y lo mismo rabos-de-junco, que suelen volar cuanto quieren. Mas si todas las castas de pájaros ó parte de ellas andasen juntos, es señal más cerca de tierra; advirtiendo que unos de estos pájaros suelen andar desgarrados y buscando tierra de una y de otra vuelta.

"Si hallaren en la mar manchas de agua parda, señal de peñascos entre aguados; si fuere blanca, señal de poco fondo de arena; si fuere negra, señal de lama; si colorada, señal de barro; si verde, señal que el fondo es de yerbas. En suma, si el agua fuere de otra color, fuera del ordinario que tiene el mar de mucho fondo, que es azul obscuro, le dará el verlo así el debido cuidado, y mucho más cuando de noche oyere roncar, sonar y hervir la mar un poco ó mucho más que el ordinario; por ser todas las dichas señales que obligan á grandes vigilias y sonda, que son dos cosas de que más se ha de cuidar y se ha de usar, y las que más han de importar á la seguridad del viaje. Siendo princi-

pal aviso que aunque todas las dichas señales suelen ser de tierra y de bajíos, que tambien los pájaros tienen alas, y que duermen cuando quieren en la mar, y que los peces están en su elemento, y los vientos, truenos y relámpagos y nublados vuelan todos por el aire, y que sólo en Dios se ha de poner la confianza, pues sólo Dios es el que sabe y el que puede guiarle y salvarle su persona, gente y nave.

"Despues de surtos en algun puerto, sea aviso que se mire recatadamente, así de dia como de noche, que los indios son muy grandes nadadores y buzos, y pueden acuñar los timones, cortar las amarras, y se debe temer pegarán fuego á las naos; á cuya causa será bueno que en las partes sospechosas se haga guarda de noche á las boyas en la barca, ó á lo ménos que las visiten muchas veces.

"Aviso que no deje entrar en su navío á tantos indios que se puedan alzar con él, ó, cuando poco, suceda de esto un grande daño así á nosotros como á ellos, que no conocen nuestras armas, con que se dará principio á guerra y nunca se haga paz fiel.

"Aviso que siendo fuerza salir á tierra, sea de dia, y jamás de noche; y que la parte sea rasa y sin monte, ó á lo ménos el mejor puesto que se pueda hallar; llevando perros delante para descubrir emboscadas, las armas prestas, marchando juntos y en órden, y en los pasos ocasionados, ántes de entrar en ellos, se haga alto y se acuerde lo que pareciere convenir: advirtiendo bien que los indios suelen estar detrás de troncos ó peñascos, ó en el suelo tendidos,

aunque sea en campo raso, cubiertos con sólo yerbas.

"Aviso que si posible fuere, ántes de nuestra gente salir á tierra, se queden en el navío caciques ú otros indios que parecieren de más cuenta como por prendas; y que á estos se les haga buen tratamiento y se les dén cosas de las nuestras á que más se inclinaren: y esto mismo se haga en tierra cuando ellos buscan trato y nuestra conversacion, y el rescate lo haga un nuestro, dándoles siempre á entender que las cosas que les dan son todas de mucha estima, como realmente lo son para ellos, y esto porque no estimen las suyas en mucho, y en poco las nuestras.

"Informarse há de los indios si tienen cerca otras islas ó grandes tierras, ó si es firme la en què están, si tienen gente, y de qué colores, si comen carne humana, si son amigos, ó tienen guerra. Mostrarles há oro en polvo ó en pepitas, ó en joyas, plata labrada, por labrar, y en metales, toda suerte de perlas, de especerías y sal, para saber si comen estos géneros; y si les dieren nombre escribirlos, y preguntarles en qué parte se hallan las dichas cosas, y cómo se llaman aquellas tierras. Lo que dieren, mostrarse agradecidos á ello; y á lo que preguntaren por señas, procurar dárselo á entender.

"Aviso que no se haga poca cuenta de los indios, porque son maniprestos y corredores, y cuando á su parecer ven la suya, conócenla bien y ejecútanla mejor; á lo ménos la intentan, de que se siguen daños de parte á parte, que es lo que se debe excusar.

"Aviso que no se dejen guiar de los indios sin ir con grande recato; que jamás se fien ni crean de ellos en

ninguna ocasion de muchas ni pocas muestras de amistad, porque suelen empuyar los caminos, hacer cuevas cubiertas con yerbas y tierra. Pueden llevarlos derechos á donde estén sus trampas armadas, ó emboscadas hechas, ó con otro mal intento apartarlos de las barcas, ó playas, ó campos, y entrarlos la tierra adentro, ó en los montes, y hacer el mal que pudieren. Lleven siempre sus cañutos abiertos por ámbos cabos á donde vaya la cuerda encendida, porque no se apague cuando llueva.

”Aviso que jamás se mezclen con los indios, ni los dejen juntar consigo, por el peligro á que se ponen de que tres ó cuatro de ellos á señal dada arremetan y se aferren con uno y con todos los nuestros, y hacer á salvo la suerte que ellos quisieren.

”Aviso que las veces que se vieren con los indios, si pudiere ser, sea siempre en parte clara, apartados buen espacio de ellos, y que el caudillo, ú otro por su mandado, estando en medio de unos y otros, concierte con ellos lo que quisieren, ó de lo que pidieren; y siempre con cuidado se procure el seguro de las espaldas, sin dejarse cercar de ellos ni jamás volver el rostro, sino todos en un cuerpo: y cuando obligados, en cerco espaldas con espaldas y rodeleros delante, para estar todos más fuertes y seguros.

”Aviso que si se hubieren de embarcar de retirada por ser así necesario, ó en presencia y áun en ausencia, la mitad de los arcabuceros y rodeleros hagan rostro á los indios, y guarda á la otra mitad de los nuestros para embarcarse á salvo: y con presteza los embarcados,

cuerdas caladas, harán desde la barca la misma guarda á los quedados en tierra hasta que todos se embarquen; porque si van de tropel, corren peligro de flechas, pedradas, dardos y lanzas, que son las armas de los indios.

"Aviso que jamás quiten á los indios cosa que traigan consigo ó las que tienen en sus casas, aunque sea oro, plata, perlas y otra cualquier cosa de estima, ni entiendan nuestra cudicia; mas ántes les den de las nuestras, mostrándose muy liberales, y juntamente les siembren y enseñen á sembrar maíz, frisoles, sapallos, algodon, y todas las otras semillas y legumbres más provechosas; y todas las veces que hubiere ocasion las haga sembrar á su gente aunque sea en islas disiertas: y si en ellas hubiere disposicion, haga echar conejos, cabras y puercos, pues será ganando tiempo enriquecer aquellas tierras perdidas, por lo que puede suceder navegando despues por ellas y para provision de las pobladas.

"Aviso que no se ceben en las cosas que los indios presentan de comida ó lo que fuere, porque de intento saben hacer mucho desto; á cuya causa no embaracen las manos ni dellas quiten las armas, ni de los indios los ojos: en cualquier caso que sea, será este punto y el no se dividir, muy bien guardados; y que el uno ó dos nuestros hagan siempre guarda á todos velando la parte de que más sospecha tengan.

"Aviso que se guarden de veneno echado en agua, ó dado en comidas, y que las yerbas y frutas no las coman sin las conocer primero ó verlas comidas de pájaros ó de monos.

"Aviso que en los puertos donde hubieren de asistir, jamás maltraten indio alguno, ni lo prendan, si no fuere para volverlo á soltar vestido y acariciado; ni ménos quiebren paz ni palabra que les hayan dado, ni les corten árbol frutal, ni talen sus sementeras, ni les quemen sus casas, piraguas, canoas ú otras embarcaciones, por ser todas estas cosas de gran dolor para ellos por lo caro que les cuestan de obrar por falta de herramientas; á cuya causa procuran luego la venganza, retiran luego las comidas: en suma, se pierde todo lo que dellos se pretende. Si fuere necesario, les dará á entender el mal que con arcabuces, espadas y otras de nuestras armas les pueden hacer, y no hacen; y esto á fin de refrenarlos.

"Sea aviso que los indios por dos razones pueden dar falsas noticias en materia de tierras, gentes y riquezas, que es lo por que más preguntamos y ven que buscamos. La primera porque nos vayamos; la segunda porque nos despeñemos, en venganza de algun mal que se les haya hecho; y cuando al parecer convenga seguir alguna destas noticias por tierra ó por mar, se llevarán los mismos indios que las han dado, por asegurar este punto.

"Aviso que los gritos y alaridos de los indios en sus juntas, ni el estruendo de sus muchos instrumentos de guerra, no han de ser parte para ser temidos de los nuestros, ni ménos para ser despreciados los indios; y que en los lances forzosos se ha de probar primero si disparando por alto, con bala ó sin ella, ó haciendo otras diligencias acomodadas al tiempo, los hacen huir ó parar.

"Sea aviso principalísimo que cuando se buscare agua, leña, ó comida, sea llevando en las barcas cantidad de gente armada para amedrentar á los indios, y en partes que prometan no venir á rompimiento con ellos; y si procuraren impedirlo, no siendo muchas las necesidades de lo buscado, se vuelvan á la nao á esperar mejores ocasiones; y siendo la necesidad grande, llevar más gente para guarda de los que han de hacer la provision. Finalmente, jamás se pongan á peligro de ofender á los indios, ó ser ofendidos dellos. El trato para con ellos sea como de padres á hijos, y se han de guardar dellos como si fueran enemigos conocidos; nuestra parte sea siempre la justificada, sana la intencion, desnudo el celo, para que Dios nos ayude como hace á todo lo bueno.

"Sea notorio á todas las personas que van á este descubrimiento, el como Su Santidad de Clemente octavo á mi humilde peticion, les tiene concedido que si Nuestro Señor fuese servido llevarlos desta vida á la otra, que á la hora de la muerte, si no pudieren confesar y comulgar, estando contritos nombraren con devocion con la boca ó con el corazon el Santísimo nombre de Jesús, indulgencia plenaria y remision de todos sus pecados. El breve desta gracia tengo en mi poder.

"Si alguna persona cayese enferma, confiese luego y haga su testamento. Si muriese, mandará que el maestre con el escribano hagan el inventario de los bienes que tomará á su cargo para que sean cumplidas las mandas del difunto. Si no testare, se hará la misma diligencia de inventario y guarda de bienes.

"Todo lo cual guardará y hará cumplir sin exceder dello en cosa alguna, si no fuere muy obligado del tiempo. En caso tal, pareciéndole convenir mudar de lo referido, tomará consejo con su maestre y piloto, y los demás oficiales y personas de cuenta, y con el parecer de todos ellos firmados de sus nombres hará y seguirá lo acordado, siendo todo encaminado á más servicio de Dios y de Su Magestad. Dada en el navío de San Pedro y San Pablo, capitana del dicho descubrimiento en este golfo de Loreto, navegando á la vuelta del Oes-sudueste, altura diez y nueve grados, á ocho de Enero de mil seiscientos y seis años."

CAP. XLIV.—Cuéntase la navegacion que se fué haciendo y las señales que se hallaron, y cómo se vió la primera isla despoblada.

Por el Oes-sudueste, derrota conforme á la instruccion, se fué navegando desde que se dieron velas en el Callao hasta subir altura de diez y seis grados, paraje en que se hallaron largos y bien vagarosos mares que se dicen de leva, y venian del Sudueste. A diez de Enero se vieron los primeros pájaros; á once los primeros aguaceros con los vientos Leste y Les-su-

dueste; á doce hubo viento Sur; á trece se vió cantidad de pájaros garajáos; á quince tuvimos viento Norte y Noroeste; á diez y seis se vieron grandes bandadas de pájaros; á diez y siete, en altura de veinte y cuatro grados, nos hallarón los vientos Norte-Sur, Sudueste y el Oeste con alguna fuerza y grandes mares, por la cual mudanza hizo luego el capitan poner bandera en la gavia para tomar el parecer, á que no dió lugar el tiempo. Dijeron los pilotos de sus navíos á voces que estando fuera de los trópicos se hallaban todos los vientos, y que subiendo á más altura, más fuerza tendria el Norte. A diez y ocho anduvo el viento los rumbos todos, y en el que más porfió fué en el Norte. A veinte y uno nos dió viento Sur y Sudueste.

A veinte y dos nos hallamos en veinte y seis grados con temporal y aguaceros del Sueste y con grandes mares del Sur, que descubrieron los temerosos ánimos de algunos, diciendo:—¿A dónde nos llevan por este golfo grande en tiempo de invierno? Tal hubo que dijo se echase la barca á la mar. Obligados, pues, de la fuerza de los vientos y mares, se navegó al Oes-noroeste hasta veinte y cinco grados. A veinte y cuatro dias á la noche se vieron los primeros relámpagos, que no eran muy encendidos: á veinte y cinco se vieron las primeras yerbas: á veinte y seis se vieron juntos pájaros de diversas castas; y este dia, á las once, se descubrió la primera isla, cuya altura es veinte y cinco grados escasos. A buen juzgar dista de Lima ochocientas leguas: tiene cinco de boj, mucha arboleda y playas de arena, y junto á tierra fondo de ochenta brazas: púsosele por

nombre *Luna-puesta*. Era ya tarde, y por esto se acordó andar la noche toda en vueltas, esperando el otro dia para ir en su demanda; que venido, nos hallamos á sotavento, á cuya causa y por otras se dejó.

CAP. XLV.—Cuéntase cómo desapareció la nao almiranta y volvió á juntarse, y cómo se vió la segunda isla despoblada.

Ya se iba con alguna desconfianza navegando al Oeste franco, cuando se vieron algunas ballenas y muchos pájaros garajáos. Al amanecer deste dia no se vió la almiranta. Luego el capitan mandó se reparase y mirase, como de los topes miraron, con atencion á todas partes; y á las nueve del dia á una fué vista venir la nao por nuestra estela con todas sus velas dadas. Causó tan grande alegría, cuanto dió pena su ausencia; pues perder la compañía, ya se vé lo que esto suena. Llegada, recibió el capitan una carta, diciendo el almirante en ella, que aquella noche pasada se habia muerto el farol de la capitana, y que como iba enfermo no veia lo que pasaba, ni todo lo que mandaba se hacia fielmente.

Yendo así navegando, á veinte y nueve de Enero al

romper del dia, vimos una isla cerca; fuimos luego en su demanda. La zabra, á la parte del Sudueste, halló puerto en una pequeña caleta, á donde luego surgió en veinte y siete brazas de fondo y casi en tierra. Iban las naos á lo mismo. Dieron de la zabra voces que ya habian garrado, y por esto viraron de otra vuelta, y la zabra zarpó su ancla y dió velas.

Envióse de la almiranta tres hombres en un botiquin á tierra, y temiendo quedarse en ella dieron priesa en se volver, trayendo de allí ciertas piñas, fruta de algunos conocida, que no se comió por verde. Dijeron que aquel desembarcadero para el botiquin era malo y mucho peor para barcas.

Esta isla al parecer dista de Lima ochocientas y setenta leguas: bojea diez. Es maciza, medianamente alta, llana, tiene arboledas y sabanas: es alcantil y sin fondo, y sus orillas de unos cóncavos roquedos, morada sola de pájaros: su altura veinte y cuatro grados y tres cuartos; su nombre San Juan Bautista; y por no haber en ella puerto para buscar agua y leña, seguimos nuestro viaje al Oes-noroeste.

Este dia vino el almirante á ver al capitan para tratar ciertas cosas, el cual, por desterrar enemistades, hizo que el almirante y el piloto mayor se abrazasen y quedasen los dos amigos, porque lo eran muy poco.

El otro siguiente dia, que fué penúltimo de Enero, se vieron mucho número de pájaros, y el último tuvimos unos aguaceros tan recios que obligó á calar los masteléos.

CAP. XLVI.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla descubierta, y una grande tormenta.

Siguiéndose iba la vía del Oes-noroeste, cuando á tres de Febrero el capitan hizo poner una bandera en la gavia, y tenia un auto hecho para declarar los pilotos en cuántos grados se hallaban, y cuántas leguas de Lima, y el resguardo que á las naos habian dado por el abatir de mar y vientos y variacion de aguja, y las islas las Marquesas de Mendoza á dondé le demoraban. Llegáronse los navíos, y sus pilotos dijeron que por los muchos nublados no habian pesado el sol tres dias habia, y que á su parecer tenian las Marquesas de Mendoza al Nor-nordeste, y que en habiendo sol sabrian su altura y hablarian más en forma.

Estando, pues, tratando desto, fué vista al Poniente una tierra que por estar nublada y cerca, y ser ya tarde, se tomaron todas las velas. Cerró la noche, y á poco andado della se levantó al Nordeste un negro y espeso nublado con tres piés, que en breve se hicieron uno, y con este enderezó la vía hácia donde estaban las naos, con tanta presteza y furia, que á todos nos

hizo cuidar de buscar remedio á los males con que venia amenazando. Los navíos temblando lo recibieron y se inclinaron á las bandas. Alborotóse la mar; y todo se puso horrendo: los *fuciles* y relámpagos que por el aire tejian, parecia dejar los cielos rasgados, y deslumbradas las vistas. Oyéronse caer tres rayos, los truenos espantosísimos; terribles los aguaceros, y los borbotes de viento venian con tanto ímpetu, que el menor daño esperado era llevarse los mástiles; y por vecindad de la zabra, el piloto della decia con roncas voces:—¡Ah de la nao capitana: desvia! ¡Ah, orza, arriba! Todo eran sobresaltos, todo priesa y todo grita. Era la noche espantable, la determinacion incierta, grande la pena por no saberse si era seguro el lugar á donde estaban las naos.

Nuestro padre comisario, con una cruz en las manos, pasó la noche toda en claro conjurando mar y vientos. Allí pareció Santelmo, segun dicen marineros, al cual con gran devocion le saludaron tres veces. En suma, noche tenebrosa, confusa, fea y larga, que pasamos fiados, despues de Dios, en la bondad de navíos y valor de marineros. Venido el muy deseado dia, se vió ser nuestra tierra una isla toda en medio anegada y cercada de un paredon raso de múcaras. No se halló fondo ni puerto, que con cuidado se buscó para provision de agua, de que ya íbamos faltos; y para leña sólo habia matorrales. Acordóse, por verla ser tan inútil, dejarla para quien era, y más tambien, porque la noche que nos dió, fuera cara de pasar por una muy buena tierra, cuanto más siendo tan mala. Esta isla, al pare-

cer, dista de Lima mil y treinta leguas: bojea treinta y cinco: tiene de elevacion de Polo Antártico, veinte grados y medio. Diósela por nombre *San Telmo.*

CAP. XLVII.—Túvose vista de otras cuatro islas desiertas, y lo demás que pasó.

NAVEGANDO al Oesnoroeste, el otro siguiente dia encontramos una isla, al parecer de seis leguas, y luego otra, y otras dos; y en todas cuatro no se halló puerto ni fondo. Son bajas y anegadas y casi de un mismo cuerpo. Distan las unas de otras á cuatro y á cinco leguas, y de la ciudad de los Reyes mil y cinquenta. Su altura son veinte grados y su nombre *Las Cuatro Coronadas.*

Viendo el capitan que en todas las siete islas descubiertas no halló puerto ni agua, preguntó la que habia en la nao; y hallando ménos botijas de las que mandó embarcar, hizo algunos discursos en razon del tiempo y del estado presente, y parecióle convenir acortar, como acortó, la racion, de tal manera que de doce á quince botijas de agua que se gastaban cada dia, las redujo á tres y á cuatro. Hallábase presente al repartirla, y cerrada la escotilla, guardaba las llaves della.

Ordenó luego que se hiciese sobre uno de los dos fogones un horno de ladrillo, para con un instrumento de cobre que llevaba, sacar del agua de la mar agua dulce por vía de destilacion. Sacábanse al dia dos, tres botijas della, muy dulce y muy sana: el dia que ménos, botija y media, y por todas hasta cincuenta; cuya invencion, añadiéndole ciertos requisitos, promete que con poca leña se pueden sacar en quince horas ocho, nueve y diez botijas de agua dulce, y más si fueren necesarias.

Era este dia de Ceniza. Nuestro padre comisario la dió á toda la gente de la nao. La derrota seguida fué al Oesnoroeste, y á distancia de setenta y cinco leguas de las cuatro islas atrás, se vió al Nordeste otra isla pequeña, á la cual no se pudo ir por estar á barlovento. Juzgóse ser su altura diez y ocho grados y medio. Dióseleoment nombre de *San Miguel*, y por amenazas del tiempo y mucho escuro, esta noche estuvimos de mar al través con las naos.

CAP. XLVIII.—Vióse la primera isla poblada. Lo que en ella pasó con sus naturales.

El otro dia, que se contaron diez de Febrero, estando mirando de cada un tope un hombre, con el cuidado que siempre, á todas las partes del horizonte, tiró

la almiranta una pieza, y al punto en los tres navíos se dijo:—¡Tierra por proa! Y como las otras islas todas salieron desiertas, entendióse que esta seria lo mismo, y á esta causa se festejó con tibieza. Fuimos luego en su demanda, y á poco espacio fue visto entre unas palmas levantarse un alto y espeso humo. Los de la zabra dijeron luego á gritos:—¡Gente, gente por la playa! Una nueva tan alegre como gozosa é increible para muchos, con ser tanto deseada, temiendo no fuese antojo, hasta que por cercanía vimos á lo claro ser hombres; y como si fueran ángeles, fué celebrada su vista.

Desta gloria cupo al capitan grande parte, que hasta allí vino diciendo:—Muéstrenos Dios en este piélago á un hombre, que ciertos son millares de millares dellos. La gente estaba tan inquieta de puro contentamiento, que no habia entenderse al marear de las velas para montar cierta baja. Surgió la zabra junto á la reventazon de la playa, y las naos, que iban ámbas á lo mismo, se hicieron luego á la mar por no ser para ellas puerto. Por buscarlo se echaron las barcas fuera, y no le hallaron, sondando hasta llegar á donde estaban los indios puestos en hilera con bastones y con lanzas en las manos. Los nuestros que así los vieron, entendiendo estar de guerra, se pusieron á mirarlos y á hablarles por señas; y ellos por señas decian fuesen á tierra.

Era el lugar arriscado, y poca la satisfacion que de sus personas habia: á cuya causa nuestra gente estaba determinada de se volver á las naos por no se poner á tiro de romper la paz con ellos. Hacian las olas su oficio, y los indios, cuando venian las bravas, decian que desvia-

sen las barcas por el peligro que tenian, y cuando habia buen *jacio* decian que se llegasen. Pareciendo á los nuestros que estas muestras eran todas de bondad, se desnudaron y arrojaron dos al agua. Los indios, como los vieron en tierra, dejando luego las lanzas, todos juntos á un tiempo, bajando cabezas y brazos, los saludaron tres veces. Al parecer dábanles la bien venida y risueños fueron á recebir á los nuestros, en tiempo que á el uno de ellos atropelló una ola que ellos luego levantaron, y á ámbos los abrazaron y besaron en los carrillos; que debe de ser modo de darse la paz, como se usa en Francia. Viendo, pues, los de las barcas, la lealtad que aquellos hombres mostraban con otros para ellos tan extraños, y no sabidos sus intentos, salieron otros dos á tierra. Era el uno muy blanco, y los indios como lo vieron, llegaron todos no parando de tentarle espaldas, pechos y brazos, mostrando desto cierto género de espanto, y esto mismo hicieron con los otros tres, y todos cuatro les dieron lo que llevaban, que los indios recibieron como por prendas de amor. El uno, que pareció ser el señor de los otros, dió á un nuestro una palma por señal de amistad, y tambien hizo más, cruzó los brazos haciendo grandes caricias y señales de que fuesen á su pueblo, que con el dedo mostraba, para darles de comer.

Con esto se despidieron y embarcaron los nuestros con tristeza de los indios, y ocho dellos fueron siguiendo las barcas, y por verlos dejaron luego de remar y los llamaron que entrasen; y visto que lo temieron, se vinieron con la zabra á donde estaban las

naos ya que se ponia el sol. Luego el piloto mayor preguntó al capitan lo que se habia de hacer, y respondióle que tener á barlovento aquella noche, para que el dia siguiente se volviese al mismo puesto ó á otra parte, de nuevo á buscar puerto ó surgidero y agua, por ser tanto necesaria. El piloto mayor fué á explorar de la gavia y dijo della que via á sotavento una bahía muy mejor que la de Cádiz.

Toda la noche anduvimos á las vueltas de mar y tierra algo gustosos con la esperanza del puerto, y cuando amaneció nos hallamos tres leguas á sotavento del paraje á donde estaban los indios, y mirando segunda y tercera vez no fué vista tal bahía, sino solo una angosta y larga restinga de piedras y que casi la cubre el agua. Estaba allí cierto paraje á donde habia unas palmas, á cuya causa el capitan envió ámbas las barcas bien despachadas de gente, armas y vasijas para que buscasen agua. Hallaron muy enojada la playa, que era lo más della peñas á donde la mar quebraba sus olas con mucha furia; mas no por verlas nuestra gente dejó de arrojarse al agua, que le daba á la cintura, cargados de arcabuces, barretas y azadones, y al postrero, que se decia Belmonte, trujo tan á mal traer, que si un alférez Rojo no le acude con el cuento del venablo, á que asido salió fuera, allí da fin á su jornada. Y marchando con buena órden, entraron en el palmar á donde hallaron al pie de un árbol, armado de piedras acaneladas, uno á forma de altar enramado. Este lugar fué juzgado por entierro, ó donde el demonio hablaba y engaña á aquellos miserables indios sin haber

quien se lo impida. Los nuestros, por santificar el puesto al punto levantaron una cruz, y de rodillas dieron á Dios muchas gracias por haber sido los primeros que enarbolaron su estandarte Real en tierras no conocidas, gentiles sus moradores, y con dolor de sus daños dijeron desta manera:—¿Hasta cuándo, piadoso Señor, han de durar á estas gentes las tinieblas en que viven? Esto dicho con la reverencia debida, se despidieron de la cruz, y cavando buscaron el agua, que no hallaron siquiera para matar la sed presente, que suplió la de los cocos.

Ya venian á embarcarse, cuando apartado un poco vieron andar hácia ellos un bulto que pareció ser de hombre. Fueron á ver lo que era, y hallaron una vieja, al parecer de cien años, mujer alta y abultada, que tenia los cabellos delgados, sueltos y negros, con sólo cuatro ó cinco canas, el color suyo tostado, arrugado el rostro y cuerpo, los dientes podridos y pocos, y tenia más otras faltas causadas de vida larga. Venia tejiendo de blandas palmas una tela; traia en una espuerta pulpos curados al sol y un cuchillo de una concha de nacar, y una madeja de hilo y compañía de un perro chico manchado, que luego se fué huyendo.

Con esta presa tan buena se vinieron á la nao para verla el capitan, que sumamente se alegró por ser criatura humana. Sentóla sobre una caja: hizo darle de una olla carne y sopas que sin escrúpulo comió, y más conserva; mas el bizcocho á secas nunca lo pudo moler, sino empapado en vino, que mostró saberle bien. Diósele en la mano un espejo que miraba al revés y al de-

recho, y cuando en él vió su rostro se alegró mucho, y todos de verla á ella su modo y su buena gracia; y se entendió que cuando moza no debia tenerla mala. Miraba á todos con cuidado, y de lo que más gusto mostró era de ver los muchachos. Miró las cabras como que habia visto otras. Vió en un dedo un anillo de oro con una esmeralda. Pidiólo á su dueño, que le dijo por señas no le podia dar sin que se cortase el dedo. Mostró lastimarse desto. Diósele uno de alquimia que nada le agradó. Estándole dando cosas para vestir y llevar, vimos venir de hácia el pueblo cuatro piraguas á la vela por un lago que la isla tiene dentro, y surtas junto al palmar, el capitan hizo luego llevar á tierra la vieja con ánimo de asegurar á los indios, que apenas la conocieron cuando vinieron á verla, y de tal modo la miraban como si hubierá hecho alguna muy larga ausencia. Llegáronse á los nuestros con confianza de amigos. Eran setenta y dos los indios y por señas les dijeron que fuesen, como luego todos fueron, á mirar la cruz; y lo mejor que se pudo les dieron á entender el precio suyo, y que se pusiesen delante della de rodillas. Al fin hicieron todo cuanto les dijeron.

Preguntóseles cuál dellos era el señor, y mostraron un indio robusto y alto y de muy proporcionados miembros, bueno el rostro y el color, al parecer de cincuenta años, que traia en la cabeza un mazo de plumas negras y hácia la parte del celebro unas madejas de unos dorados cabellos, cuyas puntas bajaban al medio de las espaldas, y segun la estima dellos, debian de ser de su esposa. Traia más, colgada al cuello una gran pa-

tena de nácar. Era en el modo grave, y á quien todos los otros tenian grande respeto. Fuéle preguntado á este si queria ir á la nao, y dando á entender que sí, fué llevado con los suyos á donde estaban las barcas, la una dellas zozobrada, que ayudaron á levantár. Embarcóse el señor, y en otra barca ciertos indios que, á poco espacio andado, parece que por temor se echaron todos á nado, y queriendo hacer lo mismo el otro indio principal, los nuestros lo detuvieron. Quiso valerse de sus fuerzas, que eran muchas; quitar á un soldado un cuchillo: no pudo; hizo otras diligencias; mas nada le aprovecharon. Llegó la barca á la nao, y cuatro aferrados dél, procurando subirlo arriba, mas fué trabajo en vano, pues ni moverlo podian. Estaba el indio tendido de largo á largo esgrimiendo con sus brazos nerviosos, y deste modo y de otros porfiaba por desasirse y echarse á nado; mas visto que no podia, puso un pié en el costado de la nao y apartó la barca un gran trecho. Viendo los nuestros lo mucho que á todos daba que hacer, le ataron un aparejo para izarlo á la nao, y como se vió ligado se embraveció de manera que espantaba con los ojos.

El capitan bajó á la barca y lo primero que hizo fué darle en la mano la palma que él mismo dió, como queda referido, y la cuerda que tanta pena le daba al punto se le quitó. Mostró estimar esto en mucho con el rostro y con las manos; mas no por ello se tenia por seguro, pues con asombro miraba á cuantos en la barca estaban y luego á la nao, velas y árboles y á su tierra, apuntándola con el dedo, dando en esto á entender si

lo habian de volver á ella. Doliéndose el capitan de verlo tan mal contento, le vistió un calzon y camiseta tafetan amarillo; púsole en la cabeza un sombrero; al cuello una medalla de estaño; dióle una vaina de cuchillos; abrazólo y halagólo y ordenó que luego fuese la barca, y con esto se aquietó.

Habian quedado en tierra un sargento y ciertos hombres que divididos andaban cogiendo cocos: y para tres que estaban juntos se vinieron puestos en órden los indios con sus lanzas arrastrando, al parecer muy airados y con ánimo determinado de por fuerza llevarlos á sus piraguas, como á la nao fué llevado su señor. Juntáronse de los nuestros ocho, y por no venir á las manos, procuraron asegurarlos con decir que ellos habian quedado por prendas de su capitan, que le mostraron ya venia en la barca. Con esto, y con que dos de los nuestros esgrimieron con espadas y broqueles y hicieron otras gentilezas, se entretuvieron los indios, hasta que el otro desembarcado lo extrañaron por vestido. Dióseles á conocer con hablar, y conocido, corriendo lo fueron á recibir. El uno de ellos era mozo muy dispuesto y muy hermoso. Entendióse ser su hijo porque este sólo abrazó, y ámbos juntos hicieron un modo de sentimiento que los otros ayudaron.

Acabada esta y otras extrañezas de recibirse y hablarse, con órden de soldados prácticos, llevando todos en medio á su señor, fueron marchando despacio hasta entrar en sus piraguas, y algunos de los nuestros que iban mirando y notando á todo esto, entraron tambien con ellos. Los indios que ya estaban contentos les die-

ron agua á beber y pescado que traian para comer. El principal, que su guirnalda, ó lo que era, de plumas y cabellera en tierra habia dejado, la dió en la mano al sargento para darla al capitan que lo soltó y vistió. Muestra al fin de hombre conocido y grato, aunque incógnito, y confusion de algunos de la compañía que recibieron muy mayores beneficios y daban males por retorno. Los indios se fueron luego, y los nuestros por darles gusto dispararon al aire sus arcabuces y se volvieron á las naos.

A esta isla se puso nombre la *Conversion de San Pablo*. Está en altura de diez y ocho grados; dista de Lima al parecer mil ciento y ochenta leguas (1): tiene cuarenta de boj, y en medio un grande lago de mar de poco fondo. La gente della es corpulenta y de muy buen talle y color; su cabello delgado y suelto, y traen cubiertas partes. Sus armas son unas gruesas y pesadas lanzas de palmas de treinta palmos de largo y bastones de lo mismo. El surgidero que tiene, á donde dió fondo la zabra, está á la parte de Levante en frente del referido palmar, debajo del cual está el pueblo á la orilla del lago.

Luego que la gente se embarcó, pareció al capitan seria acertado que aquella noche se pairase, para ir al otro dia á donde estaban los indios. El piloto mayor dijo que por estar muy á barlovento y no gastarse el

(1) El Ms. que se conserva en la Biblioteca del Ministerio de Marina, dice así: "*Dista de Lima mill y cinquenta y ocho; digo, mill y ciento y ochenta leguas.*"

agua seria mejor navegar, como se navegó, con el viento Leste al Noroeste. El dia siguiente se vió al Nordeste otra isla que se llamó la *Decena.* Procuróse y no se pudo ir á ella, ni á otras dos que más adelante se vieron. La primera se llamó la *Sagitaria*, la segunda la *Fugitiva.* Más adelante, en altura de catorce grados, se pidió el punto á los pilotos y hubo en esto mucho más y mucho ménos.

CAP. XLIX.—Cuéntase los avisos que tuvo el capitan de que se le querian alzar con la nao, y los discursos y diligencias que hizo en razon dello.

Ya de atrás habia visto el capitan que el piloto mayor le mudaba la derrota, y se decia se queria alzar con la nao, y si tardaba dos dias no lo podria remediar. Hombre hubo que le dijo, que por esto estuvo determinado de darle de puñaladas y echarlo á la mar. Estas y otras cosas se decian que el capitan no creia, sino lo que les oia decir de ruin sonido y lo que les veia hacer de mal parecer. Consideraba que motin no se podia formar sino entre dos ó tres, y que para granjear los otros era fuerza ha-

ber pruebas, amistades y grandes correspondencias, y que estas se habian de ver, como ya se via la poca voluntad que el piloto mayor mostraba de que se buscase lo necesario, y la largueza con que se gastaba el agua y los bastimentos con sus amigos y otros que de nuevo adquiria, y podrian estar inocentes, favores que á todos daba, el ruido que juntos en la nao hacian, trabacuentas con los oficiales della, los concilios tan continuos que habia de dia y noche sin haber podido obligar á él y á ellos con los modos que buscó, más de amigo que no de juez, por no venir á rompimiento por la trabazon de cosas y disgustos de todos; en suma, por conservarse. Para lo que un dia les dijo á todos, se acordasen que la Magestad Real despachó aquellas naos, con grandes gastos de hacienda, á fin de saber si habia en aquella parte incógnita la tierra que se entendia; por el tanto, estuviesen todos ciertos que la habia de buscar arando toda la mar con largas vueltas, hasta que diese con ella ó costar á todos las vidas. Y al piloto mayor dijo que conociese lo que llevaba á su cargo, diciéndole mucho en ello; mas no por esto hizo mejores diligencias, y le envió á decir con el padre comisario le diese licencia para pasarse á la nao almiranta. El capitan dijo á esto fuese luego, y no se fué ni trató más dello; ni faltó quien dijo que eran envites falsos entendidos y tenidos del capitan, que añadió que siempre los descubrimientos costaron caro á sus inventores, y que él no podia desechar los inquietos ni mejorarse de otros; por el tanto, paciencia y vigilancia, dos cosas bien necesarias.

Viendo el capitan la poca altura en que se hallaba, sin

haber hallado la madre de aquellas islas que dejaba atrás, y que el piloto mayor dijo á voces al capitan de la zabra que estaba cerca el invierno, y otras cosas que de oirlas no sentia muy bien dellas; y que habia otros que decian que si la navegacion se hacia al Sur-Sudueste y Oeste, y la costa de la tierra que se buscaba seguia los mismos rumbos, que jamás se toparia y que quedariamos engolfados y por contrarios vientos imposibilitados del vivir, y que al fin todos se habian de ahogar; dichos, testigos del poco amor á la obra y mucho á sí mismos, y léjos de los ánimos esforzados, que deben tener buscadores de ocultas tierras para sustentar en pié las causas de sus primeros motivos, y hacer hechos heróicos, ó cuando ménos merecedores de un buen nombre: á cuyas faltas, y por otras sobras, dijo en público que supiesen estimar y agradecer haberles cabido en suerte la demanda, busca y cata de la cuarta parte del globo que estaba por descubrir; y que de mostrarse arrepentidos ó cansados sin haber ocasiones, ¿qué esperanza podia tener siendo lo más lo que faltaba? Y advertia, que servicios no los habia sin padecer y sufrir todos los golpes que viniesen, una vez y tantas veces cuantas bastasen para dar al caso fin ó á las vidas. Ordenó que se fuese navegando al Noroeste y al Norte hasta bajar á diez grados y dos tercios, por si podia ganar el oriente de la isla de *San Bernardo*, que el otro viaje ayudó á descubrir aunque no se llegó á ella.

CAP. L.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la isla de San Bernardo, y lo que pasó allí.

Por los dichos dos rumbos se fué navegando hasta diez y nueve de Febrero. Este dia se navegó al Poniente, y á veinte y uno el piloto de la almiranta, Juan Bernardo de Fuentidueña, dijo que aquel mismo dia habia de ver, como se vió, la isla que se buscaba, y por acercarse la noche pairamos con poca vela. Venido el dia, fuimos en demanda della. Iba delante la zabra que surgió muy cerca de tierra, y della dieron voces á las naos, que ambas iban á dar fondo, que no era puerto para ellas.

Hizo luego el capitan echar las dos barcas fuera, y que un caudillo fuese en ellas con gente y procurase muy de veras buscar agua, pues su falta era causa del cuartillo que se daba. Salieron á tierra, y buscada el agua no fué hallada; por lo que se volvieron á las naos.

. Esta isla de *San Bernardo* es despoblada, partida en cuatro ó cinco mogotes y todo lo demás anegado. Su boj parece de diez leguas; su altura son diez grados y dos tercios. El surgidero está á la banda del Norte y sólo bueno para embarcaciones pequeñas. Dista de la

ciudad de los Reyes al parecer mil y cuatrocientas leguas. Hallóse en ella una canoa vieja al través. Tiene en sí mucho número de peces de diversas castas; y por ser tan poco el fondo, lo mataban con las espadas y palos. Tiene muy grandes langostas, y cangrejos y otros géneros de marisco. De cocos hallaron amontonados á los pies de sus palmas una gran cantidad y muchos dellos largos y angostos, mayores y menores, hasta muy pequeños; y de pájaros, garajaos, rabihorcados y bobos tanta copia, y ellos tan importunos, que parecia querer embestir á los hombres. De todo se trajo copia.

Pareciéndole al capitan que en isla á donde habia tantos árboles era imposible faltar agua, quiso que aquella noche se esperase, para que el dia siguiente se volviese á buscar agua haciendo nuevas diligencias, y que al ménos se hiciese pesquería. Dijo el piloto mayor estar la gente cansada, y otros desvios dió, y cosas dijo, haciéndolas todas hijas legítimas de nuestras necesidades.

Viéndose el capitan tan enfermo y engolfado en muchos géneros de cuidados, y que habia algunos de obligaciones que como polilla iban comiendo la jornada y representában muy grandes desconfianzas, y traian á la memoria aquella grande abundancia de la córte, nieves frias, frutas frescas, y otros toques y recuerdos que entibiaban las voluntades fervorosas y otras muchas se trocaban; y que hasta el presente no habia hallado islas con puerto ni agua, tan necesaria, y la poca que tenia en las naos, y sin ella no era justo poner á riesgo ne-

gocio tan importante, siendo los tiempos dudosos y dudosa la parte á donde se habia de buscar la tierra; por estas y otras razones que deja de apuntar, acordó, pareciéndole ser lo que más convenia, que se fuese en demanda de la isla de *Santa Cruz*, que sabia tenia puerto y agua, y otras cosas necesarias á provision de naos, haciendo cuenta salir de allí á descubrir como si saliera de Lima; y en prosecucion deste intento se navegó al Oeste. Esta noche, en la capitana hubo un muy grande alboroto, á cuyo ruido acudió el capitan que halló á unos abrazados unos con otros, y á otros ir á buscar armas, y al piloto mayor con una espada desnuda con que hirió á un hombre. Se la quitó de las manos sin acabar de entender quién era reo ni autor. Lo que desto sintió, lo dejó para sí, confesando estar tan flaco que no pudo decir en voz alta tercera palabra.

CAP. LI.—Túvose vista de la segunda isla poblada, y cuéntase lo que sucedió en ella.

Con el viento Leste y sus colaterales se fué navegando al Oeste hasta primero de Marzo. Esta noche, yendo la zabra delante, tiró un verso y se atravesó diciendo un hombre della:—¡tierra por proa!; que lue-

go al punto vimos y fuego en ella, que por verlo fué grande el contentamiento. Iba ya mostrándose claro el dia con que vimos era isla, en cuya demanda fuimos; y cerca della vinieron á reconocernos dos canoas, y no quisieron esperar, por más que fueron llamadas, las gentes que las traian. Fué la zabra y surgió muy cerca de tierra por no poder ménos, y della salieron luego hácia la nao capitana, bogando apriesa y á porfía, una flotilla de diez canoas pequeñas que traian para escora contrapesos; y llegados vimos venir dentro en ellas á unos hombres altos, bien hechos y hermosos, y de buen color. Venian cantando todos al son de sus canaletes, siendo uno de su capilla el maestre, á quien juntos respondian, y por señas nos dijeron llamásemos á la almiranta que por montar cierta punta seguia la vuelta de afuera, mostrando de ver que se iba tanta pena, cuanto quedaron gustosos ya que la vieron volver; y nos daban á entender, apuntando con los dedos, que fuésemos á su puerto. Lo para qué, saben ellos. Ponianse muchos enhiestos y con los brazos y manos, piernas y piés y sus remos hacian con gran destreza sones, bailes y ademanes. Su mayor tema era música y mostrarse de nuestra vista y naves alegres y regocijados. Por más que les porfiamos, nunca quisieron entrar ni comer de tantas cosas que les dimos, que recibieron en las puntas de las lanzas, y á todas ellas las olian y guardaron y mostraron estimar, y las que caian á la mar las sacaban con destreza zabulliéndose.

Venian en una canoa cinco indios, y muy brioso el del medio achicando el agua de su bajel. Traia este á

la cinta su rubio cabello. Era blanco de color, lindo de cuello y de talle, el rostro aguileño y bello, algo pecoso y rosado, los ojos negros, graciosos, la frente y las cejas buenas, la nariz, boca y labios muy proporcionados al todo, con los dientes bien ordenados y albos. En suma, era dulce en la risa y caricias, y en el modo extremado. Por rico de tantas partes y gracias, fué juzgado por una doncella muy hermosa; mas empero, era un zagal al parecer de trece años. Este fué el que de la primera vista se robó los corazones de todos los de la nao, y el más mirado y llamado, y el á quien todos á una ofrecian sus dones, y á quien con muy grande instancia el capitan pretendió acarrear con un vestido de seda, que pidiéndolo, se fué con mucho donaire; dejando bien que decir, y que notar, y al capitan bien que sentir la pena de no lo poder haber, para llevar por muestra desta grandeza de Dios en tal lugar.

A la zabra se llegaron muchos indios, y atada al bauprés una cuerda, pretendieron llevarla á tierra. Otros muchos, zabullidos en el agua, ataban sogas al cable, y tiraban por el ancla: otros ocupaban luego sus puestos para cubijar las tretas: y vistas sus diligencias y tanta priesa cuanta daban, hizo el capitan de la zabra se disparasen arcabuces, para con esto espantarlos. Mas ellos, por no conocer sus efectos, no mostraron un punto de miedo ni recelo de asir con ámbas las manos á las espadas desnudas, y lastimados algunos, se alborotaron los otros, y se hablaban, bogando de unas á otras partes sus canoas á gran priesa; y con esta, á la

capitana vino en una dellas un viejo muy atrevido, con una gruesa y larga lanza de palma bien terciada, y puesto en pié. Traia de una hoja carmesí un capotillo ó muceta, y en la cabeza un sombrero que le dieron en la zabra. Era hombre alto, robusto y muy suelto; mostraba ser arrogante. Heria de piés y piernas, temblando terriblemente. Con los ojos y con la boca hacia fieros visajes. Daba muy altas las voces; al parecer nos mandaba ó nos reñia. Con la lanza, blandiéndola á menudo, amenazaba y tiró cuantos botes pudo. Con intencion de amansarlo se dispararon dos mosquetes. Diéronle gritos y amagáronle, de que hizo poco caso; mas ántes con más orgullo dió de nuevo otras muestras para ejecutar su ira, y visto que no podia, como un rayo rodeó ámbas las naos y se fué á donde estaba la zabra, y siguiéndolo todas las otras canoas.

En este tiempo ámbas las naos dieron fondo, siendo el viento de la tierra, y para ella los indios se huyeron todos, y se mostraron de guerra. A poco espacio fué el viento travesía, y aunque poco, hizo prolongar las naos, que por estar cerca de tierra estuvieron en un notable peligro; por lo que el capitan mandó al punto que por la mano fuesen largados ámbos cables, y con gran priesa dar velas, y á las dos barcas que fuesen á recoger cables y áncoras. Los indios parece que de amor ó de pena, de ver cuán presto nos íbamos sin ejecutar su bueno ó su malo intento, no alcanzando el secreto, como yo no supe el suyo, vinieron muchos á nado y se asieron fuertemente á los remos de una barca, procurando con toda fuerza quitarlos á quien

los bogaba: y tanto fué su osadía y su coraje del viejo de la muceta, que con sólo un garrote acometió á un alférez que en la delantera estaba, que recibido en la rodela su golpe no le quiso dar el pago, por ser órden del capitan que á los indios no les hiciesen mal alguno en las personas, ni haciendas; mas yo entiendo, segun despues alcancé, que fueron ménos que vinieron, y que estas órdenes sólo las quiere cumplir el que las dá ó les duelen.

La zabra y barcas se recogieron á donde estaban las naos. El capitan hizo llamar al almirante y le dijo, estaba determinado de enviarle el otro dia siguiente con las dos barcas y gente armada, y la zabra para que le hiciese escolta á tierra y que procurase en ella con buena maña traerle al ménos cuatro muchachos, siendo el uno aquel zagal que se ha dicho, y los otros como él, y notase, que pues ponia á tan manifiesto riesgo naos y gente en una tan pequeña isla, la necesidad que tenia por este ó por otros medios haber el agua, y la leña de que tan faltos estaban, para de allí buscar al Sur y Sudoeste las tierras de donde aquellas gentes vinieron y ellos mismos nos guiasen. Esto encargó muchas veces mostrando mucha codicia de él mismo ser el caudillo.

De una y otra vuelta anduvimos esta noche bien deseosos de pasarla, y cuando ya rasgaba el dia, el almirante salió con la gente á tierra, á donde saltó el primero, y porque los indios procuraron impedirlo, fué forzoso á él y á otros dos atravesárseles delante. En esto la gente toda fué saltando á la mar, cuyas olas los arrebataron y los arrollaron, y á puros golpes les echaron

todos á la playa con manifiestos peligros. La una barca reviró la quilla arriba, quedando debajo los cuatro que la bogaban. Otra ola puso la barca derecha y todos salieron salvos, que á no ser gente marinera, segun el rigor que hallaron, fuera muy mayor la pérdida, que paró en vasijas y otras cosas que llevaban para hacer aguada y leña, y más en ciertos arcabuces.

Estaba la playa con muchos indios puestos en órden y en arma, y todos juntos á un tiempo haciendo un *pabori*, que yo entiendo ser lo mismo que un modo de una entonada grita, á cuyo son deben de dar sus batallas, y remataban con una voz pareja brevisíma y espantosa. Viniéronse para los nuestros, por lo que fué forzoso acometerlos con brio por el mucho con que ellos se allegaban; mas empero los arcabuces, á los que no les conocen despues que saben sus obras los espantan, como se espantaron estos, dejando bien franco el campo, y llevando como habian traido en unas andas y á hombros, haciéndole con palmas sombra, á su rey ó capitan, quedando allí dos ó tres encendiendo á trechos con paja, leña: y entendimos que era señal ó de paz ó de imitar el fuego salido de nuestros mosquetes. Huyendo estos y los otros, se entraron todos en el pueblo que allí estaba debajo de un palmar, junto á una laguna que la isla tiene en medio. Se embarcaron los más dellos, y fueron á la otra banda.

El almirante formó su cuerpo de guarda, á donde vino un muchacho, segun dijeron tan hermoso y con tan dorados cabellos que era verlo lo mismo que ver un ángel pintado. Este tal, con las dos manos cruzadas,

ofreció su persona ó por preso ó por lo que más quisiesen dél. El almirante, por verlo así tan humilde y ser tan bello, lo abrazó y vistió con calzon y camiseta de seda, que el capitan le dió del rescate llevado, para este fin dado por Su Magestad. El muchacho por mostrarse agradecido, se subió con ligereza á unas muy altas palmas y derribó dellas cocos para los nuestros, diciendo si querian más. Parece que viendo otros muchos indios que allí estaban este buen trato, se venian ya llegando á donde nuestra gente estaba: el almirante sin moverse los llamaba por mejor asegurarlos, para que en estando juntos hacer muy mejor la presa; mas Satanás, que no se duerme en casos que tanto le importan, acabó con un soldado bisoño y mal mirado, que se entrase en una de aquellas casas. Su dueño se le opuso delante: acudió allí otro nuestro; mas el indio se dió tal maña con un garrote, que si no acude más gente, mata al uno, que de un golpe ya le tenia en el suelo aturdido, habiendo huido el otro. A la grita acudió más gente nuestra, á quien el indio hizo rostro; y un alférez Gallardo, que es el que llegó primero, dió al indio un balazo, que como se sintió herido y vió su sangre, con gran coraje arremetió con Gallardo, que por detenerlo, puso delante la espada y en ella se pasó de parte á parte; y cayó muerto en el suelo quien no debia la muerte por valiente y defensor de su casa. Con esta muerte y otras que allí se dieron, se perdió la ocasion del capitan deseada y pretendida, pues por sólo conseguirla y lo más della pendiente, se puso á brazo partido á luchar con la fortuna. Esto visto por

los indios, se fueron como los otros, y así quedaron los nuestros con todo el trabajo en vano; que para un tan grande daño basta y sobra quien quiera. Dijo un nuestro por los muertos, que era de poca importancia llevarlos hoy el diablo, habiendo de ser mañana; razon de toda razon bien lejos, y más teniendo la fé de Cristo á las puertas de sus almas.

Los soldados, repartidos por escuadras, se entraron la tierra adentro, y por el paraje que Gallardo con ciertos amigos iba, oyó ruido y miró hácia la parte á donde vió que se movian las ramas, y puestos todos en arma, Gallardo caló la cuerda, y apuntando caminaba para ver quién era desto la causa: y estando cerca, se levantaron con priesa y miedo de niños dos donceles y tres doncellas, todas bellas criaturas de diez años la más vieja, y más una dama derecha, gallarda y lozana muy airosa, cuello levantado y los pechos, muy ceñida de cintura, los cabellos muy rubios, largos y sueltos, y de hasta solos quince años. Era por extremo hermosa y agradable el todo della, y en lo que es color muy blanca, y por ser tanta su lindeza, á los nuestros esta dama espantó más que nuestra vista á ella; pues con ánimo varonil y prestos pasos, rostro alegre y risueño, los salió á recibir y al Gallardo le dió con su propia mano una su cobija nueva, que doblada llevaba debajo del brazo izquierdo, y luego con grande amor, ambos los brazos abiertos, lo abrazó y á su usanza le dió la paz en la mejilla. No faltó gana á los nuestros, segun despues me dijeron, de traer todo este nido, y que la dama no se mostró melindrosa para venirse con ellos; mas

empero yo digo á esto, que dejaron de las manos á una tan rica presa cuanto yo la sentiré por grande pérdida de seis almas.

Pasando más adelante, vieron detrás de unas matas estar escondido un indio que, de viejo, apenas abria los ojos; mas, por verlo tan pesado, Gallardo le dió la mano, y tan recio se la apretó, que dudó que tanta fuerza estuviese en tanta flaqueza cuanta aquel viejo mostraba.

Visto por el almirante cuanto pudo desta isla, con la gente se vino para los barcos, á donde hallaron tan enojada la mar como cuando desembarcaron, y á tal extremo llegaron, que estuvieron muchos dellos para quedarse en la isla por el rigor de la playa, á donde por haber erizos de mar muchos se empuaron los pies y se embarcaron con trabajo y mayor peligro, y se fueron á las naos. El almirante de pesar excusó de verse con el capitan, cuyo dolor no se dice, por la mala maña que se dieron.

Fueron halladas en las casas de los indios mucha cantidad de blandos y muy delgados petates, y otros más grandes y gruesos, y madejas de muy dorados cabellos, y otras de unas delgadas y bien tejidas trencillas, teñidas unas de negro, otras de rojo y leonado; unos cordeles delgados recios y blandos, que parecian de mejor lino que el nuestro, y muchas conchas de nácar, cada una tan grande como un plato ordinario. De estas mismas y de otras más pequeñas hacen, como allí se vieron y se trajeron, cuchillos, sierras, escoplos, formones, gubias, barrenas y anzuelos; y de huesos, al

parecer de animal, hacen agujas para coser sus vestidos y sus velas, y azuelas con que labran sus maderas. Halláronse ensartados muchos ostiones secos, y en algunos al comer se toparon menudas perlas y se vieron unos ciertos pelos blancos, que parecian de animal.

Esta isla es muy rasa; al parecer, de seis leguas; y en una parte que está casi empantanada, tiene el agua de que sus naturales beben, que á mi ver sólo es de la que llueve, que allí está en el arena detenida al mismo paso de la mar. En este propio paraje hay algunas caserías: tienen la tierra dividida como que es de muchos dueños y sembradas ciertas raíces, que debe ser su pan. Todo lo demás es un grande y espeso palmar, y de los indios su principal provision; de cuya madera y hojas hacen y cubren sus casas, que son de cuatro vertientes curiosa y limpiamente obradas, con un sobrado cada una, abiertas todas por abajo, y el suelo y todas ellas aforradas con esteras, que tambien hacen de las palmas y de sus cogollos más tiernos tejidas unas blandas telas, con que los hombres cubren partes y las mujeres se cubren todas.

Y destas palmas hacen los indios sus canoas y unas muy grandes piraguas, de viente varas de largo y dos de ancho, más y ménos, con que navegan á lo lejos, en que bien caben más de cincuenta personas; cuya fábrica es extraña y de dos vasos, el uno apartado del otro el espacio de una braza, con muchos palos y cuerdas muy firmemente ligados. Destas palmas hacen los árboles y todas sus jarcias y velas, timones, remos, canaetes y achicadores, y sus armas de lanzas y de garro-

tes. En estas palmas nacen los cocos que les sirven de comida, y de bebida, y de aceite para curar sus heridas, y de vasijas en que recogen el agua; y casi se puede decir que con solos estos árboles se sustentan aquellas tan buenas gentes, que están allí y estarán en aquel desierto de agua hasta tanto que Dios se apiade dellos.

Esta isla dista de Lima, al parecer, mil y seiscientas leguas: su altura son diez grados y un tercio. El puerto á donde surgió la fragata está á la parte del Norte, bien junto á tierra, enfrente y cerca del pueblo. Parecióle al capitan quedarle bien el nombre de *Peregrina.*

CAP. LII.—Lo que pasó salidos de esta isla.

Por altura de diez grados y un tercio se fué navegando al Oeste, en demanda de la isla de Santa Cruz; habiendo hallado en el camino muchas calinas y bonanzas, con algunos contrastes de viento Oeste y Noroeste, hasta veinte y uno de Marzo. Por ser este dia del equinoccio, se marcaron las agujas al salir y poner del sol, y se halló que tenian de variacion media cuarta al Nordeste.

La noche del siguiente dia, que fué Jueves Santo,

con mucha cera ardiendo y disciplina fueron hechas procesiones en todos los tres navíos. Toda la noche estuvieron levantados los altares, y hubo delante de ellos de rodillas muy continua oracion.

Esta misma noche hubo un grande y total eclipse de luna. Al parecer, tuvo principio á las ocho de la noche, y que duró dos horas y media.

Como eran ya pasados tantos dias que se navegaba, sin topar la isla de Santa Cruz, á donde al presente estaba puesta la esperanza de surgir en su bahía Graciosa, y en aquellos manantiales que tiene matar la grande sed que habia, y porque tanto se dilataba la ejecucion de este deseo, lo pagaba bien el capitan; diciendo los mal sufridos ser digno de un castigo ejemplar, pues por sólo sus antojos y movido de sus provechos, los llevaba todos á morir por aquellos grandes golfos; y que era sueño, que no habia tierra, que engañó al Papa y al Rey, y cosas de esta manera: y segun despues se supo, más males dijeron dél que pudieran decir de un turco. Mas el capitan dijo á esto, que no era nuevo para él, ni en semejantes viajes haber hombres que de poco se cansasen: y que en lo que reparaba y le cuidaba era ver tanta salud, tanto comer y beber, poco trabajo, muchas quejas, tantas juntas, y tan poco amor al caso y tanto temor al tiempo; y no quisiera que unas tan ruines madres engendrasen y pariesen mónstruos dañosos y feos. Al fin oficiales muchas veces hacen más lo que quieren, que no lo que se les ordena y manda. Unos venden las cosas de su cargo, otros las dan porque callen, otros por ganar amigos, y muchos por temo

de enemigos, y por otros muchos fines todos engañan su poco: y como de estas verdades son testigos los mismos interesados, guardan muy bien el secreto, y son tantos los culpados que se hallan por estos caminos y otros, que les fuerza á quien gobierna hacer del ladron fiel; porque á sér de otra manera, seria guerra casera.

CAP. LIII.—La junta que se hizo de pilotos, y lo que en ella pasó, y prision del piloto mayor.

A veinte y cinco de Marzo, víspera de Pascua, el piloto mayor dijo en público que se hallaba del Callao distancia de dos mil doscientas y veinte leguas, y que lo decia así por lo que podia suceder. Por esto, y porque en razon del viaje habia en algunos desasosiego y diversos pareces, luego al punto el capitan hizo poner en la gavia mayor una bandera, señal que llamaba á consejo, para por este medio satisfacer y aquietar la gente poco gustosa de lo que oyeron decir al piloto, que los debia animar. Llegáronse los dos navíos y en sus barcas vinieron á la capitana el almirante Luis Vaez de Torres y Juan Bernardo de Fuentidueña, y de la zabra el capitan della Pedro Bernal Cermeño, todos tres pilotos. Estando juntos con el piloto mayor y su

acompañado Gaspar Gonzalez, sin haber causa conocida, el piloto mayor se subió á la toldilla, mostrándose muy sentido; cosa que á todos pareció bien nueva y bien mal. El capitan lo llamó, y venido, dijo á todos desta manera:

—Esta junta he hecho, para que cada uno diga en público las leguas que le parece estar del puerto del Callao, juntamente lo que sienten en razon del no haberse hallado la isla de Santa Cruz, habiendo venido en su demanda navegando por su paralelo. Advierto que es grande y no baja, y que tiene cerca un volcan tan alto, que se puede ver á más de cuarenta leguas, y que dista de Lima mil ochocientas y cincuenta.—Esto dicho, los pilotos mostraron todos sus cartas y sus puntos, que por ser estimativos habia grandes diferencias, en especial en el punto del piloto mayor por serlo de dos mil y trescientas leguas poco más ó ménos, y en el punto del capitan Bernal porque iba más adelante. El almirante dijo que se hallaba dos mil leguas, y que podria ser haber corrientes que detuviesen la nao, ó haber juzgado más camino del que realmente anduvo, ó estar la isla de Santa Cruz más lejos de Lima que en la carta se mostraba, y otras causas que de presente no se podian alcanzar; mas que si por aquella altura caminaba lo que restaba del año sin ver la buscada isla, entenderia no haber pasado della. Deste mismo parecer fué el piloto Juan Bernardo de Fuentidueña, cuyo punto y el de su contramaestre y otros no estaban tan adelante como los referidos.

Queriendo el piloto mayor, con razones que daba,

hacer creer que su punto era el bueno, le dijo el capitan mirase como de hácia el Norte venian muy hinchadas y muy espaciosas olas; señal cierta de que estábamos mucho más al Oriente de lo dicho; porque si estuviéramos tan al Poniente como decia, quedaba á la parte del Norte todo lo que es Nueva Guinea y Filipinas, y así no habia lugar de venir tan grandes olas como aquellas que con el dedo le mostraba. Y diciendo el piloto mayor que habia noventa y cuatro dias que se navegaba, le dijo el capitan que el viaje pasado se vido la isla de Santa Cruz en sesenta y nueve dias, y que aunque era verdad haber más dias que se navegaba ahora, que tambien lo era que muchas noches habian estado de mar al través con las naos, y que otras muchas se habia navegado con solo el trinquete ó con la cebadera, y que en todas las islas ahora vistas se habian gastado dias enteros, y partes dellos en buscar puerto, y que casi todo el mes de Marzo, en que estábamos, habia sido de calmas y de pocos vientos; y que no habian faltado en otros tercios del viaje bonanzas y contrastes y otros gastos de tiempo, que reducido á singladuras enteras venian á ser sesenta y cuatro, y que sesenta y nueve á su cuenta faltaban cinco para igualar los dos viajes; y que él mismo habia pesado el sol en la isla de Santa Cruz y estaba cierto de ser su altura de diez grados y un tercio, y de que no quedaba atrás y estaba adelante.

Luego el piloto mayor mostró en su carta la derrota que en ella puso desde el Callao hasta los veinte y seis grados á que los navíos subieron, que venia á ser casi

por el Oeste cuarta del Sudueste; y al parecer este debió de ser su mayor engaño, pues multiplicaba grados por el Oessudueste, que es por donde se le mandó navegar, y daba la derrota por la cuarta, que es lo mismo que por ella y por la altura, habiendo de ser para más certeza, por las leguas estimadas y por la altura conocida: no advirtiendo los imposibles que hay para determinar distancias en camino de Leste Oeste y sus dos cuartas, y juntamente la variacion de aguja, abatimiento de mares más y ménos, vientos y velas y otros resguardos, y cuentas necesarias saberlas bien hacer para señalar en la carta el punto más llegado á la verdad; y que aquella no era la navegacion que él solia hacer y se hace de Panamá, ó de Acapulco al Callao costa á costa, y cuando se apartan della, es poco, y aunque sea mucho es grande y conocida la tierra que van á buscar, la cual, si no se halla en un dia, vése en otro, y si no se da á donde se pretende, dáse á donde se conoce y se hallan los puertos buscados.

Hecha, pues, la cuenta de todo lo dicho y regulado á lo que despues se halló cuando se vino al puerto de Acapulco, se hallaron de yerro seiscientas leguas, como se podrán mostrar cuando se pidan. Estas y otras razones dió el capitan á todos, y algunas al piloto mayor que, turbado, se subió segunda vez á su toldilla, y dijo della que venia sirviendo al Rey sin ganar sueldo, y habia trabajado mucho en el despacho de los navíos, y otros cargos hizo; á todos los cuales el capitan le dijo, que todos los presentes sabian cómo sin conocerle ni deberle nada, ni haberle menester, más de sólo para

hacerle el bien que él mismo así no se pudo hacer á fin de obligarlo, y más viéndolo por su enfermedad imposibilitado de poder asistir. Finalmente, el piloto mayor se mostró ingrato, y el capitan dijo á esto, bastaba serlo para no se le hacer increible cuanto dél le habian dicho, y para no esperar de su ánimo obras que bien estuviesen al caso. En suma, en la nao se decia que habia quien deseaba que no se descubriesen tierras ni en nada se acertase, y el capitan vió parte de cosas, y obligado de todas, dijo al almirante que llevase preso al piloto mayor. Luego le fué dicho al capitan que estaba la nao revuelta, por lo que dijo en público:—¿Hay quien le pese, siendo servicio Real, que yo eche desta nao al piloto mayor?: y al uno que habló en su favor mandó callar, diciéndole que bien sabia que un dia atrás le habia dicho lo contrario.

Con la salida del piloto mayor quedaron todos sus amigos muy sentidos y la nao sin aquellas libertades y alborotos que habia habido hasta aquel dia.

Luego el capitan dijo á Pedro Bernal Cermeño, convenia quedase haciendo oficio de piloto mayor, para lo que fué por su ropa á la zabra; cuya gente se mostró tan inquieta, que no bastando exhortarlos el capitan, le fué fuerza amenazarlos. Con lo cual se aquietaron al parecer, y quedó por cabo della un Gaspar Gonzalez Gomez, hombre honrado y buen piloto, y el mayor se vino á la capitana.

Y luego al punto el capitan hizo guarnir un moton en el penol, y echar un bando, y de allí adelante vivió con el cuidado que le parecia deber á tan ruines

muestras, y dijo:—¿Por qué malas obras que yo haya hecho, voy vendido en esta nao de algunos á quien tantas buenas hice y deseo hacer?: y el grande engaño suyo, pues de Lima no habia querido traer cepos, grillos ni cadenas, entendiendo obligar á fiel trato el bueno que habia hecho. Y cuando el capitan estaba ya en Madrid, le fué á ver un fray Andrés de San Vicente, dominico, y le dijo que navegando con el piloto mayor de Terrenate á Malaca, perdió el navío en que iba, por lo qué, y la culpa que los pasajeros le daban y aprieto en que le pusieron, dijo:—¡Oh, capitan Quirós, tú tienes la culpa desto, porque no me castigaste por la ocasion que te dí, á que no dió lugar tu piedad!

No faltaba en la nao quien del concierto della se cansaba, y rogaba al capitan dejase jugar de poco, y que los baratos se aplicasen para las almas del purgatorio. Mas el capitan dijo á esto muchas veces, le dejasen salir con obra tan nueva y tan buena cuanto lo era el no jugar ni jurar, y más habiendo sido contrato que con todos hizo, y ellos haberle dicho que sus padres no pudieran hacer más que estorbarles no perdiesen sus haciendas: y que cuanto á la limosna ofrecida por baratos, no queria por sacar un alma del purgatorio que ya estaba en el camino del cielo, meter la suya y las de otros en el infierno, y que mucho mejor seria diesen sin jugar lo que habian de dar jugando; y que para gasto de tiempo tenia muy buenos libros, quien enseñase á leer, escribir, y contar á los que no lo sabian; maestro de armas, y espadas negras, soldados prácticos para adiestrar los bisoños, y quien mostrase el

arte de fortificacion y de artillería, esfera y navegacion; y que esto les convenia más que no jugar su dinero.

CAP. LIV.—Cuéntase cómo se tuvo vista de la tercera isla poblada, y lo que en ella pasó.

Navegando se iba al Poniente con mucha pena, nacida de la confusion que habia en determinar la distancia de nuestras naos al puerto de Lima, y más por ser la racion tan corta que ni mataba la sed ni dejaba comer guisado, en tiempo que Dios nos dió un grande aguacero de que se cogió suma de agua. La gente con esta provision del cielo se consoló grandemente, y por ver presto mucha cantidad de culebras, peces de poco fondo y tortugas, frutas silvestres, cocos, troncos, pájaros de tierra, grandes corrientes, y otras señales de cercanas tierras; á cuya causa se navegaba de noche con poca vela y mucha guarda, los faroles encendidos, la zabra delante con órden de los avisos que habia de dar con fuego si hubiese bajos, ó tierra. Así fuimos navegando hasta siete de Abril. Este dia, como á las tres de la tarde, del tope de la capitana dijo un hombre:—Tierra veo al Noroeste; parece alta, y es-

negra. Sonó la voz bien á todos, y mareadas las velas se puso en ella las proas. Pairamos aquella noche, y venida la mañana nos hallamos sobre un banco, su ménos fondo doce brazas: hubo por esto bullicio que duró las dos horas que gastamos en pasarle, siempre con las áncoras listas y sondando, y gente á los topes mirando para decir lo que viesen.

Llegamos cerca de la isla, y por la parte del Norte vimos en ella levantarse algunos humos, que dobló alegría y dió esperanza del agua, que era el tema. En esto cerró la noche: el otro dia ordenó el capitan que el almirante con zabra y barca fuese á reconocer la isla: y las naos, de aquella vuelta en que iban, hallaron puerto, á donde con gozo increible dieron fondo. El almirante vino á la tarde muy contento de la disposicion de la tierra, y quedaron de acuerdo que el otro dia se fuese á buscar mejor puerto, agua y leña.

No era bien amanecido, cuando con la zabra y barcas y gente armada salió de las naos el almirante, y á distancia de dos leguas halló un pueblo en un pequeño arrecife. Los indios á grande priesa llevaron luego tierra á dentro las mujeres, niños y todo cuanto tenian, y ciento y cincuenta dellos tomaron presto las armas: el uno se adelantó dando voces, no entendidas á qué fin; más por algo inquietos se disparó un mosquete para sólo espantarlos, y así como fué oido se zambulleron en el agua, salvo el indio primero. Este tal se llegó cerca y por señas dijo á los nuestros no tirasen, que él haria que los suyos dejasen arcos y flechas, y así se hizo de ámbas partes. Llegóse del todo á las barcas y

en muestras de amistad dió la mano al almirante, y á entender señalando su cabeza que era el señor de la tierra y que se llamaba Tumai; y por otro nombre *Jalique.*

Llegóse luego allí otro indio á mirar con grande espanto á los nuestros, que no con ménos cuidado lo estaban mirando á él por ser de color tan blanco y tan bermejo de barbas y de cabellos, que por esto le llamaban el flamenco y su nombre era *Olan.*

Dijo el almirante á Tumai, avisase á los indios que no tirasen sus flechas y se desviasen de allí para se desembarcar; y á una palabra suya se fueron todos á la isla, y él sólo se quedó. Con esto salieron en paz los nuestros, formando ante todas cosas en una de aquellas casas cuerpo de guardia, y puestos en las partes que convino: centinelas se alojaron en el pueblo.

Mostró por señas Tumai al almirante sus casas, y por señas le rogó no pegasen fuego á ellas ni á las otras; y dijo más, que él asistiria allí y daria de cuanto en su isla tenia. El almirante se le mostró grande amigo, y para que mejor lo viese, le vistió de tafetan tornasol, que mostró estimar mucho: luego al punto fué despachada una barca y avisado el capitan de todo cuanto pasó, y de una muy buena aguada que estaba cerca del pueblo, y que viniese, como vino, por estar más á la mano á surgir con las dos naos en otro puerto más cerca; y la zabra surgió más junto del pueblo entre la tierra y una baja.

Surtas las naos, se desembarcaron luego y fueron al pueblo todos seis religiosos, y á instancia del capitan se

dijo y ofreció la primera misa á Nuestra Señora de Loreto, con conmemoracion á San Pedro. Los indios, en cuanto se dijo la misa, estuvieron presentes, muy atentos, de rodillas, dando golpes en los pechos y haciendo cuanto vieron que los cristianos hicieron; que cierto es muy gran dolor, cuando bien se considera, lo fácil con que todas las gentes de aquellas partes recibirian la fé si hubiese quien las enseñase, y doblado por tan grande perdicion de tanta suma de almas cuantas allí se condenan. Mas será servido Dios que muy presto se ha de llegar el tiempo de todo el bien de los bienes, tan ignorado de estas gentes, y de otras tan deseado.

El otro dia, á peticion de Tumai lo envió el almirante con un soldado á la nao, que dijese al capitan como iba á verlo, y la persona que era: recibiólo el capitan con rostro alegre y abrazos, y Tumai le dió la paz en el carrillo, y sentados en el corredor, fué luego puesta la mesa para que con él comiese; mas nunca quiso comer nada, aunque más se lo rogó.

Estaba el comisario presente, y porque Tumai supiese que era persona de estima, la mano le besó el capitan, y dijo á Tumai que hiciese, como hizo, otro tanto.

Preguntó el capitan á Tumai si habia visto navíos ó gente como la nuestra: dió á entender que no; mas que tenia noticia. Preguntóle por el volcan que la otra vez habia visto, y dijo por señas de fuego, que á cinco dias de viaje estaba más al Poniente, y que en su lengua se llamaba el volcan *Mamí*, y que allí á vista y cerca está la isla de Santa Cruz, cuyo nombre natural es

Indeni. Tambien dió á entender la muerte que el otro viaje se habia dado al cacique Malope, y la cabeza que en pago de esta muerte el adelantado Mendaña envió, como se lee en aquella relacion. Esta, pues, se entendió ser la causa porque él y todos sus indios se mostraron tan temerosos cuando vieron arcabuces, y la noticia que dijo de gente y naos como las nuestras.

Preguntóle más el capitan; si sabia de otras tierras lejas ó cerca, pobladas ó despobladas; y para esto le mostró su isla y luego á la mar, y apuntó á partes del horizonte: y habiendo por estas señas entendido, fué por los dedos contando y dando nombre á más de setenta islas, y á una muy grande tierra que se llama *Manicolo.* El capitan fué escribiendo los nombres, teniendo presente la aguja de navegar para saber hácia el rumbo que cada una demoraba, que viene á ser de aquella isla de *Taumaco* á la parte del Sueste Sursudueste-Oeste hasta el Noroeste. Para dar á entender cuáles eran las pequeñas, hacia pequeños círculos; para las que eran mayores, hacia mayores círculos; por aquella grande tierra abrió ámbos los brazos y manos, sin los volver á juntar. Para dar á entender cuáles eran las lejanas ó estaban de allí más cerca, mostraba el sol, recostaba la cabeza sobre una mano, cerraba los ojos, y contaba por los dedos las noches que en el camino se dormia, y decia por semejanzas cuáles gentes eran blancas, negras, mulatas; cuáles estaban mezclados, cuáles sus amigos, ó enemigos. Dió á entender que en una isla se comia carne humana, y para esto hizo como que mordia en su brazo, y mostró querer mal á esta gente.

De este modo, y de otros, al parecer se entendió cuanto dijo: y repitiósele tantas veces, que mostró cansarse dello; y dando con la mano hácia el Sudueste y Poniente y otras partes, dió bien á entender cuántas más tierras habia. Mostró deseo de volverse á su casa, el capitan, por más gustarlo, le dió cosas de rescate, y se fué despidiéndose con abrazos y otras muestras de amor.

El dia siguiente el capitan fué al pueblo á donde nuestra gente estaba, y para más bien enterarse de lo que Tumai declaró, llevó los indios á la playa. Teniendo en la mano el papel, presente la aguja de navegar, á todos fué preguntando una vez y muchas veces por las tierras á que Tumai puso nombre, y en todo conformaron todos, y dieron noticia de otras pobladas de gentes de los referidos colores, y juntamente de aquella grande tierra. Todas estas preguntas y diligencias hicieron otras personas este dia y otras veces, á estos y otros indios, y siempre dijeron lo mismo; por manera, que pareció gente que trata verdad. Mucho se espantaron los indios de ver leer el papel, y tomándolo en las manos, lo miraban al derecho y al revés.

Un dia vieron los indios estar comiendo á los nuestros ciertos tasajos de carne, y con cuidado preguntaron aquella carne de qué era; y para que lo entendiesen le mostraron un peto de cuero crudio y con pelo, y así como lo vieron, puso el uno las manos en la cabeza, dando en esto á entender, y en otras señas bien claras, que en aquellas grandes tierras hay vacas ó bú-

falos; y porque les mostraron perlas en el boton de un rosario, dieron á entender las habia.

Holgaban mucho de ver meter nuestra guarda; mostrábanse muy contentos del buen trato que siempre allí se les hizo: cuanto les daban lo comian sin escrúpulo, y cuanto les dieron tomaron de buena gana. Trabaron grande amistad con quien bien les parecia de los nuestros: trocaban los nombres, llamándose camaradas, y tratábanse con todos de tal manera como si fuera muy antigua la conocencia. Llegó á tanto, que algunos de los nuestros fueron solos y vinieron de sus pueblos, sin jamás hacer ofensa, ni falta de cosas nuestras, con quedar en su arroyo, cuando se lavó, la ropa una y dos noches, las ollas y las calderas de cobre.

Tratósele á Tumai de aguada y leña para las naos, á las cuales envió con gran demostracion toda cuanta se quiso con sus indios en sus canoas: algunos se recataban en llegando, otros entraban y pedian cascabeles, que estimaban mucho, y otras cosas que les dieron, con que volvian contentos.

Era Tumai señor de esta y otras islas; su edad cincuenta años, hombre de buen cuerpo y rostro, y de hermosos ojos y buena forma de nariz, su color algo moreno, barbas y cabellos entre cano, era grave y de gran reposo, mostró ser prudente y sagaz en cuanto hizo; y en cuanto prometió trató de verdad. Una vez quiso salir del pueblo para ir á ver á dos mujeres que tenia, pidió licencia y dejó un su hijo en prendas.

CAP. LV.—Dáse razon de esta isla, sus gentes, comidas y embarcaciones, y de la salida della.

Esta isla se llama en lengua natural *Taumaco*; púsosele por nombre *Nuestra Señora del Socorro*, por el mucho que aquí se halló: está en altura de diez grados y un tercio. Tiene de boj diez leguas más ó ménos: es medianamente alta, y de mucha arboleda. Por esto y su forma es á la vista agradable: córrese de Leste-Oeste, tiene en rueda sus playas con muchos palmares y pueblos de pocas casas, y cantidad de embarcaciones. Dista de Lima, á buen juzgar, mil seiscientas y cincuenta leguas; tiene á la parte de Leste tres farallones que sólo abrigan de los vientos Leste y Nordeste, y entre ellos y la isla está el puerto á donde primero surgimos. Tiene de quince á veinte brazas de fondo limpio; el surgidero segundo está al Sur de la isla, y al Oeste de una baja que no se descubre; su fondo ocho y diez brazas de coral tosco, que roen cables, por lo que se aboyaron los nuestros; es sin abrigo, á cuya causa y por los grandes mares que habia, se estuvo allí con sólo un ancla y con algun trabajo y peligro.

El pueblo de Tumai está á la parte del Sur, un poco apartado de la isla y cercado de agua, por lo que le llamábamos *Venecia.* No pueden entrar ni salir dél canoas, sino cuando hay pleamar: tiene en frente, como á tiro de arcabuz, un mediano valle con frutales y sementeras, y un arroyuelo de agua muy clara, dulce y sana, á donde se hizo la que se llevó á las naos. Las casas son de dos vertientes algo grandes y limpias, armadas sobre maderas, las techumbres de cañas dulces, cubiertas de hojas de palmas, con dos y tres puertas bajas, y los suelos con esteras; las camas son de petates, con banquetas algo curvas para poner las cabezas: hay allí mayores casas, y en ellas unas ciertas embarcaciones de un grande y bien labrado tronco, con su cubierta de tablas, y con vigas y otros palos muy fuertemente amarrados que bajan por la una banda hasta topar en el agua, como contrapeso para que escore y sufra más vela; las junturas del bajel breadas con cierta goma que allí se vió y se trujo, que pegándole fuego arde como una vela y huele bien. Tiene el vaso un camarote, ó retrete á donde cuando navegan llevan todas sus comidas; las proas engastadas con las conchas de las perlas, y junto allí á parte sus remos, jarcias, y cuerdas y grandes velas de petate. Caben en cada navío de treinta á cuarenta personas. Estaba más una placeta y ciertos palos, algunos teñidos de colorado, á los cuales los indios tenian grande respeto, colgados dellos telas, petates y cocos. Entendióse ser entierro de alguno de sus personajes, ó lugar á donde el diablo los habla.

Tiene esta isla raíces como ñames, cocos, plátanos,

cañas dulces, y unas almendras bien grandes, cuyas pepitas se forman de hojas, son dulces y muy suaves al comer; nueces moscadas, que sólo sirven á los indios la masa dellas para teñir sus flechas. Otras frutas se vieron y se comieron, y un pequeño cochino; las gallinas no las comen; matáronse diez ó doce gallos; las gallinas las escondieron. Vióse un perrito; hallóse una bala de *artimonia*, y súpose que allí mesmo las hacen para con ellas pelear engastadas en los remates de bastones, sirviendo de maza.

Los indios en comun son hombres altos, derechos, briosos, y bien agestados, color de mulato claro más, ó ménos: otros que no llegan del todo á ser negros. Entendióse ser algunos venidos de otras islas por vía de contrato, ó que los traen cautivos. Algunos dellos se labran: cubren partes con unas telas que tejen en pequeños telares. Usan mucho el *buyo*, comida usada en Filipinas, del cual se dice que conserva la dentadura y fortalece el estómago. Tienen por armas arcos y flechas; es gente, al parecer, amiga de pelear con indios de otras tierras: dos dellos estaban de poco heridos y lastimados de esto. Decian á los nuestros, que los fuesen á ayudar á vengar de los otros que los flecharon. El uno dió á entender ser cirujano.

Dos leguas al Poniente está otra isla, poblada de gente como la dicha, al parecer del tamaño y vista de la de Taumaco. Llámase *Temelflua.* Al Nordeste della, á poco trecho, hay dos isletas algo riscosas.

Ya del todo estaban prestas las naos y dada órden al almirante, que se viniese á embarcar trayendo algu-

nos indios para los fines referidos. En su lugar el almirante envió delante á Tumai, con achaque que lo llamaba el capitan para despedirse dél. Estaba Tumai con otros dos en una piragua hablando con el capitan, que le dió una banda y otras cosas, cuando las barcas llegaron en que venia nuestra gente con cuatro indios presos, de modo que Tumai no los viese; mas ellos que vieron á Tumai, levantaron la voz pidiendo al parecer socorro. Tumai se hizo sordo viendo no tener remedio, y por asigurar su persona se apartó de las naos. Tiró la capitana una pieza para aviso que se levase la zabra. Los dos indios compañeros de Tumai, al punto se arrojaron á la mar y fueron nadando á tierra. El Tumai estuvo quedo sin mostrar temor alguno, que era animoso este hombre y su bondad digna de ser celebrada y eternizado su nombre, y llorada su miseria. Nuestra gente se embarcó, y en cada nao dos indios, y al punto fueron zarpadas las áncoras, y dadas velas ya que estaba puesto el sol, martes diez y ocho de Abril, con mucho peligro de dar en el bajo.

CAP. LVI.—Túvose vista de otra isla poblada. Dícese cómo se huyeron de la nao tres indios, y lo que más pasó.

Ya se iba navegando, cuando cierta persona de la almiranta dijo á voces al capitan que se fuese á buscar la isla de Santa Cruz. El capitan dijo á esto, que de las naos se habian de poner las proas, como luego fueron puestas, al Sueste con ánimo de seguir aquel y otros rumbos, pues tenia bastantemente agua y leña hasta hallar lo que buscaba. Diónos Dios Noroeste, el viento tan propio para este intento cuanto suena.

Navegando se iba con poca vela, por ser noche y camino no conocido, cuando al cuarto del alba se arrojó á la mar un indio, que por mozo, alto y brioso, de buen rostro y gentil talle, lo cudició el capitan para la nao en que iba: diéronle voces llamándole, y como si él entendiera, le dijo un hombre:—Vuelve á la nao, no te ahogues; mira que te engaña el diablo. ¿Por qué pierdes tanto bien cuanto te aguarda?: y como llevaba otro intento, no curando de palabras tan mal entendidas dél, se fué nadando á la isla, de que estaba tres leguas al parecer.

Seguimos nuestro camino, y á tres dias, una tarde vimos léjos una isla: pairamos aquella noche, y cuando dia dimos vela en su demanda; y estando cerca, el otro indio compañero, que no era ménos mozo, ni ménos gallardo y dispuesto, sin poder ser estorbado dió consigo en la mar y así quedó como si fuera una boya. Al punto que en ella estuvo, no curando de voces ni amenazas con grande desenvoltura, como si estuviera en pié dentro del agua, desnudó una camisa que llevaba y con velocidad increible se fué nadando á la isla, á donde entiendo llegaria presto, por cerca y por barlovento. Dióse aviso al almirante de la fuga de los indios, para que á los dos que tiene pusiese á mejor recaudo.

Con sólo intento de saber si esta isla estaba poblada la ibamos costeando, cuando por una larga playa que allí habia vimos ir corriendo indios á juntarse con otros que nos estaban capeando. Embarcóse el almirante en el botiquin por ver la gente que era: los indios hicieron señas con grandes muestras de amor saliesen los nuestros á tierra, y visto que no quisieron, aunque más lo porfiaron, dieron una manta de finas palmas y noticia de otras tierras; y despedidos los nuestros con pena mostrada de ellos, se quedaron en aquella soledad mirando á nuestras naos hasta que los perdimos de vista.

Los nuestros estaban muy alegres de la vista de la isla, y mucho más por ser su gente tan buena, cuando del almiranta el uno de sus dos indios, que era un alto, robusto y fuerte hombrazo, se arrojó á la mar: en breve espacio se apartó un grande trecho. Echóse

fuera el botiquin; mas el capitan hizo tirar una pieza en señal se recogiese, por ser pequeño bajel para seguirle y fácil para trastornarle aquel determinado indio, que con gran furia iba nadando á la isla, de que estaba dos leguas á sotavento.

CAP. LVII.—Cuéntase cómo por razon de mucho viento Noroeste estuvieron de mar al través las naos, y cómo se tuvo vista de una alta isla.

Con mucha pena de se haber ido los tres mejores indios, aunque mejor librado el que quedó, que fué el que el capitan señaló con el dedo cuando los prendieron, fuimos navegando al Sueste con viento fresco Noroeste hasta el otro siguiente dia que, por haber crecido mucho y gran cerrazon, vista de pájaros y venir la noche, se calaron los masteléos y se pusieron de mar al través hasta veinticuatro de Abril. Este dia, pesado el sol, se hallaron catorce grados y haber las naos abatido veinte leguas. A la tarde, habiendo abonanzado el tiempo, el capitan mandó se diesen las velas, para lo que le fué preguntado á qué rumbo se habian de poner las proas, y respondió:—Póngalas á donde quisieren, que Dios las guiará como convenga: y por-

que estaban al Sudueste dijo que fuesen allí, á donde con poca vela navegamos aquella noche, y ántes que saliese el sol del siguiente dia un Francisco Rodriguez, marinero de la capitana, subió al tope, y dijo alegre á voces:—Tierra muy alta por proa. Fueron los cudiciosos á verla, y todos juntos la vimos con un contentamiento muy grande; y mucho mayor se tuvo cuando llegados más cerca se vieron humos y hombres llamando á voces la zabra que llegó más junto á ellos.

Esta isla al parecer dista de Lima mil setecientas leguas: tiene de boj de siete á ocho; es un cerro redondo, tajado á la mar, el más alto y bien hecho que yo he visto: su forma es de pan de azúcar despuntada la corona: es á hechura de silla, de á donde deciende al mar un buen arroyo de agua. Viéronse muchas sementeras, platanares, palmas y otros árboles, y sus moradores ser gente de buen color, y buenos cuerpos; poblada á la parte del Noroeste á donde á corta distancia hay un mediano y pelado farallon. Su altura de esta isla son catorce grados, y su nombre *San Márcos*, por ser descubierta en su dia.

CAP. LVIII.—Cuéntase cómo se tuvo vista de una gran tierra, y otras islas.

Desta isla de *San Márcos* se fué navegando como al Sudueste con gente á los topes; y como á las diez del dia fué vista al Sueste, á distancia de doce leguas, una tierra de muchas sierras y llanos y arboledas sin verle fin, por más que se procuró todo aquel dia. El capitan le puso por nombre la *Margaritana.*

Como á veinte leguas al Poniente se vió una isla de tan buena vista, que pareció acierto ir á ella: al tercio del camino vimos á otra hasta de tres leguas: es rasa y tiene un cerro que parece farallon mirado un poco de lejos. Salieron della dos piraguas á la vela, por lo que se entendió estar poblada; y por su mucha arboleda y alegre vista se le dió el nombre de *Verjel.* El viento era poco, á cuya causa y por el debido cuidado en tierras no conocidas, pairamos aquella noche.

El otro dia, que se contaron veinte y siete, á una vista al Norte de á donde estábamos, se vió una larga isla que se corre como de Nordeste Sudueste, cuyas cabezas de sus muchos cerros dieron cudicia al capitan de ir á verla, y lo dejó por cosas que se ofrecieron. Su

altura á buen juzgar son trece grados, y su nombre las *Lágrimas de San Pedro.*

Al Noroeste se vió otra isla que se juzgó tener de boj sesenta leguas. Tiene dos altos y faldosos cerros á los remates; lo demás es una tierra llana, de muy buena vista, así por su forma como por sus muchas arboledas. Su altura son ménos de catorce grados, y su nombre los *Portales de Belen.*

CAP. LIX.—Dáse razon de lo que pasó con los indios de una isla.

El otro dia se llegó cerca de la isla que dije está al Poniente de la de San Márcos, y por toda ella vimos levantarse muchos humos, y á la noche muchos fuegos. Es en el medio un poco alta y parejamente va extendiendo sus faldas por todas partes hasta la mar: su forma casi redonda maciza, con sólo á la parte del Sur una mediana quebrada: es tierra de muchas palmas, platanares, grandes verduras, muy buenas aguas y muy poblada; bojea al parecer cincuenta leguas, aunque hubo quien la juzgó por de ciento y tener doscientos mil indios: su altura catorce grados y medio. Diósele por nombre, por su mucha belleza, *Isla de la Virgen María.*

Salieron á la almiranta cuatro piraguas con indios sin armas que convidaron por señas con sus puertos; y viendo que los nuestros no quisieron, les dieròn cocos y otras frutas, y recibido un buen retorno se volvieron á su isla.

Pareciendo al capitan buena la disposicion de esta isla, envió gente en la zabra y barca á reconocer la costa y á buscar puerto en ella, y por caudillo á un Pedro Lopez de Sojo. Hallaron de la parte del Sur y Sueste fondo limpio de veinte brazas á ménos, á donde bien se podia surgir si fueran conocidos los tiempos. Vieron en la isla mucho número de gente que salian á ver y llamar, y seguian á los nuestros sin pasar de ciertos términos, y por esto se entendió ser particiones de tierras y gentes mal avenidas, entre los cuales habia dos blancos y zarcos. Estando, pues, con espacio mirando los unos á los otros y hablándose por señas, por unas peñas abajo vino desgalgando un hombre de buen cuerpo, su color mulato claro, los cabellos de barbas y de cabeza bermejos, crespos, algo crecidos: era robusto, doblado y brioso, y de un brinco se entró dentro en la barca, y segun los ademanes que hizo y el modo de hablar debia de preguntar:—¿Dónde venís? ¿quién sois? ¿qué buscais? ó ¿qué quereis? Y como si fuera así, dijo un nuestro:—Venimos de Oriente, somos cristianos, á vos buscamos, y queremos que lo seais. Mostróse en todo tan osado que los nuestros entendieron que los quiso hacer creer ser para él todos pocos. Salió presto de este engaño, pues fué preso y traido á la nao, á donde entró tan sin miedo que nos

hizo contesar no era hombre cobarde. Abrazólo el capitan, y por señas le preguntó por otras tierras, de que dió, á buen juzgar, grandes noticias. Apuntaba hácia partes del horizonte, y contaba por los dedos muchas veces, y remataba con decir:—*Martin Cortal.* Mucho se gustó de oirle, y de cuán vivo era, de cuánto se esforzaba, de cuán placentero estaba cercado de nuestra gente, haciendo buen rostro á todos, y áun á los que le importunaban con deseos de saber cosas.

Ya habia anochecido cuando llegó la zabra, y dijo el piloto della al capitan que trayendo preso á un indio en la cadena de su escutilla, la rompió y llevando parte della y el candado en un pié se arrojó á la mar. Mucha pena recibió el capitan temiendo no se ahogase, y por asegurar al otro hizo darle de cenar y ponerle en el cepo con cama á donde durmiese. Ordenó al punto que las naos fuesen á buscar al que huyó. Yendo, pues, en su demanda, como á las diez de la noche un hombre que de guarda estaba oyó en la mar una voz. Fuése al tino hácia la parte de donde el indio venia de cansado peleando con la muerte. A las voces del nadador iba respondiendo el preso con tan dolorosa tonada, que á todos nos daba lástima ver al uno y oir al otro, que llegado fué metido dentro de la nao con alegría suya y nuestra, y áun espanto de que con tanto peso en un pié se sustentase cuatro horas. Al momento le fué quitado el candado y la cadena, y le fué dado de cenar con vino para beber, y arropado, fué entrado en el cepo, porque no hiciese otro tanto, á donde los dos estuvieron todo el resto de la noche confusos y tristes hablando; y

cuando amaneció, el capitan, fingiendo que reñia á todos por los tener en el cepo, los sacó dél y hizo que el barbero con navaja les quitase las barbas y los cabellos dejando á un lado de las cabezas un monton como lo usan traer, y con tijeras cortar las uñas de piés y manos, de cuya facilidad se admiraron. Vistiólos de tafetan de colores: dióles sombreros con plumajes de oropel y chaquiras, cuchillos y otras cosas, y un espejo en que se fueron mirando con cuidado y á buen sabor.

Hecho esto, el capitan hizo luego se aprestase la barca. Dijo á Sojo que los llevase á tierra, y pasase adelante costeando hasta un cabo de la isla, y mirase lo que de allí parecia. Iban los indios ya con el temor perdido cantando su buena y no esperada suerte: llegada la barca á la playa de su tierra, les dijeron que saltasen, y segun se pudo entender no lo creian. Al fin saltaron á donde estaban muchos indios, y una india con una niña en los brazos, que por recibirse los dos con grande amor, pareció ser esta india mujer del indio primero; y que éste era señor, pues todos le respetaban y obedecian sus mandatos. Mostráronse unos y otros satisfechos, y con alegre mormullo se dieron muchos abrazos. El cacique, apuntando con el dedo, parece que les decia ser buena gente la nuestra: llegaron muchos á donde estaba la barca, y dellos á tanta la confianza, que pidiéndole un nuestro á la india su criatura, la dió luego; y viendo que pasándola de mano en mano la vieron y abrazaron, quedaron todos muy pagados. Al fin efectos de buenos y entendidos intentos.

El nadador fué corriendo y vino luego con un puerco

á los hombros que ofreció á los nuestros: el cacique dió otro que allí habia y un racimo de unos plátanos extraños, por ser su forma de berengenas medianas sin punta, su médula naranjada, olorosa, tierna y dulce. Los otros indios á porfia dieron cocos, cañas dulces y otra fruta, y unos cañutos con agua de más y ménos de cuatro palmos de largo, uno de grueso. Apuntando á las naos pareció decian fuesen allí á surgir para darles de cuanto tenia su isla: los nuestros se despidieron y pasaron hasta llegar á la punta, ó cabo donde vieron la contracosta de esta isla ir corriendo como al Norte, y más la otra isla de Belen á distancia de cuatro leguas al Noroeste; y contentos de sus vistas se volvieron á las naos, trayendo flechado en un carrillo al guardian de la almiranta, que ciertos indios con envidia de la amistad de los otros, ó con rabia, porque llamando á los nuestros no quisieron pararse á hablar con ellos, tiraron flechas y llevaron la respuesta de mosquetes. Sanó esta herida presto, y por esto se entendió no ser yerbadas las flechas, y más daño hicieran si el indio nadador no viniera delante corriendo, dando gritos y haciendo señas que hiciesen la barca á fuera. ¡Grande prueba de gratitud!

CAP. LX.—Cuéntase cómo se tuvo vista de dos grandes altas tierras, y cómo se fué en demanda de la una dellas, y se descubrió una bahía y puerto en ella.

Este dia, estando del tope mirando un Melchor de los Reyes, como á las tres de la tarde vió á distancia de doce leguas más ó ménos al Sudueste y Sur una grande tierra; y por esto, y porque no se ponian los ojos en parte que no fuese todo tierras, fué el más alegre y celebrado dia del viaje. Fuimos en demanda della, y el siguiente llegamos cerca de su costa que va corriendo al Poniente. Púsose por nombre á esta tierra *La Cardona* á memoria del duque de Sesa, por lo mucho que amó y favoreció esta empresa, así en Roma como en la córte de España, y porque el capitan se precia de ser muy grato.

Cuando se iba en demanda de la dicha tierra, se vió al Sueste y léjos una muy gruesa y muy alta serranía cubierta de espesos celajes al medio y lo alto, y la planta della limpia dellos. Juzgóse de los topes inclinarse las costas bajas de estas dos tierras como que eran una. El capitan puso por nombre á esta sierra *La Clementina*; está al parecer en diez y siete grados.

Llegados que fuimos á la tierra, se vió en ella una entrada que por parecer de puerto el capitan envió un caudillo en la barca con soldados y bogadores á ver lo que era, y á la tarde vino y dijo que la entrada es de una isla angosta de seis leguas, que corre de Norte Sur, medianamente alta, poblada de gente y mucha arboleda; que á su abrigo de Leste y de Nordeste halló fondo de treinta brazas las ménos, y muchas corrientes. Púsole el capitan por nombre *San Reimundo.*

Dijo que costeando la tierra que está de esta isla al Oeste, salieron á la playa muchos hombres, loros y demasiadamente altos con sus arcos en las manos, llamando á gran prisa á los nuestros, que por no querer llegar arrojaron á la mar un gran manojo de plumas de capones, queriendo con esto y con acercarles muchachos asegurarlos para les tirar, como tiraron sus flechas, llevando el retorno de mosquetes; y que más adelante vieron muchos indios de buen color y grandes cuerpos y del Sur para el Sueste unas muy altas y dobladas tres, cuatro veces serranías, que pareció irse á juntar con la otra tierra y sierras que demoraban al Sueste.

Con tan buena nueva de estar la tierra poblada, navegamos al Poniente, y á distancia de seis leguas entramos el primero dia de Mayo en una grande bahía á donde pasamos la noche; y venido el dia, el capitan envió al almirante en la barca á buscar puerto. Salieron á las naos en dos embarcaciones unos indios con los arcos prestos, y en pié paraban un rato, y bogaban otro: hablaban alto, y miraban á los nuestros y á su tierra, mostrándose algo inquietos; por lo que los de la zabra,

de que estaban cerca, dispararon un verso para espantarlos, y así lo hicieron, pues bogando á gran priesa se huyeron.

El almirante vino á la tarde tan contento, y tanto los que fueron con él que ninguno podia detener la alegre nueva que traian de haber hallado un buen puerto, por ser este el que faltaba y con tantos deseos se buscaba; pues sin puerto, el descubrimiento hecho fuera de poca importancia. El otro dia, tres de Mayo, surgimos los tres navíos con grande alegría en el puerto, dando á Dios muchas gracias.

CAP. LXI.—Cuéntase la primera vista con los indios desta bahía y un recuentro que se tuvo con ellos.

El otro dia siguiente se vieron andar indios paseando por la playa. El capitan en las barcas salió á verlos con deseo de traer algunos dellos para enviarlos vestidos y acariciados, queriendo con estos y otros modos suaves trabar con ellos amistad. Hiciéronse muy porfiadas diligencias para que entrasen en las barcas: ellos hicieron las mismas por que los nuestros saliesen; y como no quisieron, arrojaron ciertas frutas en el agua,

y cogidas de los nuestros nos volvimos á las naos.
El dia siguiente ordenó el capitan al almirante que con una escuadra de soldados fuese á tierra y procurase con todos posibles medios traerle algunos indios, para con ellos asentar paz y amistad, fundada en las buenas obras que deseaba hacerles. Hicieron alto en la playa y con presteza formaron su escuadron, porque venian los indios no sabiendo con que intento. Estando cerca hicieron señas y hablaron lo que no se les entendió: los nuestros como pudieron los llamaron, mas ellos hicieron una raya en el suelo y dijeron, al parecer, que no pasasen de allí. Yo entiendo que no hubo quien se entendiese y que es el daño muy cierto cuando en ocasiones tales falta el celo y falta maña. Sentíanse en el monte indios, y para el asombro dellos se dió órden que tirasen ciertos mosquetes al aire. Un soldado á quien se acabó la paciencia, ó se olvidó en el mandato, tiró bajo y mató á un indio. Los otros, dando al punto grandes gritos, se huyeron; y un Moreno, atambor, cortó la cabeza al muerto y de un pié colgó el cuerpo en un brazo de un árbol sin que los de la playa lo viesen. Sucedió que tres capitanes dellos vinieron á donde estaban los nuestros, que en lugar de acariciarlos y traerlos á la nao le mostraron su compañero colgado sin cabeza corriendo sangre, pareciendo ser esta crueldad el medio para la paz pretendida; mas ellos como lo vieron, mostrando grande dolor dieron vuelta á donde estaban los suyos, y á poco rato sonaron sus instrumentos con gran fuerza y alarido que se oia entre los árboles; y por muchas de sus partes iban tirando fle-

chas, dardos, y pedradas, y los nuestros tambien tiraban á ellos saliendo una manga y otra.

Todo esto el capitan lo miraba, desde la nao á donde estaba, con grande pena de ver la paz vuelta en guerra. Parecióle convenir saltase en tierra más gente, y acertó de ser en parte por dónde del monte iba saliendo mucha cantidad de indios para del todo cercar los nuestros. Los del socorro trabaron tal pelea con ellos, que obligado el capitan hizo disparar dos piezas, cuyas balas, desgajando árboles, pasaron zumbando por encima de los indios; y con esto y con el rostro que los nuestros les hicieron se fueron estos retirando.

En este tiempo los otros indios que estaban en la playa, se movieron á medio correr esgrimiendo sus macanas puestas las flechas en arcos, y los dardos para tirar, amenazando con desentonada grita. Venia delante un bien alto indio viejo tocando á son de arremetida con gran fuerza un caracol. Al parecer era éste capitan que á trechos hablaba con sus soldados, y creo que les diria que defendiesen su tierra de quien ya entraba en ella matando sus moradores. Estaban de emboscada ocho mosqueteros nuestros y el uno por desgracia, segun despues lo contó, mató á éste principal, y luego los otros pararon, y tres ó cuatro llevaron acuestas su muerto y con grande priesa se fueron la tierra dentro, dejando desiertos los pueblos circunvecinos: y éste es el fin que tuvo la paz del capitan deseada y pretendida por haber de ser el medio para saber la grandeza de la tierra, y todo lo contenido en ella; y fué tal el entimiento que el capitan tuvo desto cuanto suena.

CAP. LXII.—Dícense las causas que movieron al capitan á crear ministros de guerra, y los nombres dellos.

HABIENDO sido el Señor servido de que el capitan tuviese surtas las naos en un tan deseado, buscado y tan necesario puerto, viendo la bondad de tierras de que estaba cercado, la necesidad que tenia de tomar en nombre de Su Magestad la poseion de todas ellas, sabiendo la guerra que sus deseos le hacian de que en ellas con la seguridad debida fuesen los oficios divinos celebrados, y que para esto y lo demás que surto allí pretendia para mejor despacho suyo, habia manifiesto riesgo, pues los indios con armas propias, por no conocer las agenas, por el bosque y por las playas osada é importunadamente acometian á los nuestros; que no se podia excusar buscar de comer en tierra, aguada y leña, traer lastre á las naos, hacer en ellas ciertas fábricas, arrumar y componerlas; viendo más, cuánto importaba que con escoltas fuesen los caminos tomados y con emboscadas los puertos para poder espantar mejor, al suyo y al nuestro salvo; conociendo más, que para la autoridad Real, mayores fuerzas de la obra, diciplinas de la gente, union de todas sus voluntades

y otras ocultas causas, y que por ellas y todas juntas era muy necesario y forzoso criar ministros de guerra y mar, para que en mar y en tierra fuese puesta una tal órden, cual para mejor se conseguir lo deseado era debida; y porque no costaba dinero á Su Magestad y habia que contentar y sobre qué fundar, y por ser peticion de los mismos; nombró por maese de campo al almirante Luis Vaez de Torres:

por almirante, á Pedro Bernal Cermeño:

alférez Real, Lucas de Quirós:

capitan y sargento mayor, Pedro Lopez de Sojo;

su alférez, Pedro de Castro, y sargento, Francisco Martin Toscano:

ayudante de sargento mayor, Francisco Dávila:

capitan de la gente del almiranta, Alonso Alvarez de Castro;

su alférez, Manuel Rodriguez Africano, y sargento, Domingo Andres:

capitan de la zabra, Pedro García de Lumbreras;

su alférez, Francisco Gallardo, y sargento, Antonio Gonzalez:

capitan de la artillería, Andrés Perez Coronado;

condestables de los tres navíos, Francisco Ponce, Lázaro de Olivera, Antonio Balalan:

piloto mayor, Gaspar Gonzalez de Lesa: segundo piloto, Francisco Fernandez.

Hecha la dicha eleccion, luego el maese de campo dijo al capitan le dejase dormir en tierra con la gente. El capitan nunca lo quiso consentir, porque no durmiesen por los suelos y porque no tomasen más licencia

que la que se les daba, y por excusar su peligro y el de los indios, y otras causas que se dejan entender.

El maese de campo con el sargento mayor, capitanes y marineros que servian de soldados, se dieron tan buena maña en tierra, que el viernes, víspera de víspera de la Pascua del Espíritu-Santo, se concluyó con todo lo apuntado, sin daño alguno de los nuestros.

El capitan, esta misma tarde, hizo llamar la gente de todos tres navíos, y estando juntos les dijo desta manera:—"Su Magestad del Rey nuestro Señor fué servido enviarme á costa de su Hacienda Real, sin darme instrucciones ni órdenes, ni otra memoria alguna de lo que tengo de hacer en estas partes, ni ménos me coartó la voluntad para que dejase de hacer, en nombre de su grandeza Real, aquellas cosas que, á mi parecer, convengan á su más servicio y más honra: en suma, todo lo dejó á mi cargo; y fué tan grande esta merced, que por ella me hizo de vasallo perpétuo esclavo, y me puso en nuevas obligaciones y cuidados de cómo acertaré mejor á bien servirle y gustarle en cuanto mi vida durare. Por lo que estoy con ánimo determinado de dar principio á mi honrado pensamiento, ya de atrás fabricado y deseado de poner en ejecucion, por lo mucho que promete para Dios, y para el Rey y para engrandecer los ánimos de los presentes y ausentes, esforzar las voluntades, dar firmeza á la esperanza por ser esta la que acaba los grandes y famosos hechos, y mucho más cuando la honra y el provecho están vistos y palpables, que son dos cosas buscadas y tan amadas en esta presente vida, por cuyas faltas es mala la que se pasa.

"Es pues el caso, señores, una Orden cuyo título ha de ser de *Caballeros del Espíritu Santo*, con las constituciones y preceptos que se han de profesar y guardar en ella, guiados á tan altos y cristianos fines cuanto en ella se verá, cuando se sirva el Señor de que yo los pueda mostrar; y todo esto en confianza de que Su Santidad y Su Magestad, cada uno de estos dos señores por lo que les toca, serán servidos, en pago de mis continuos trabajos y buenos deseos, confirmar esta Orden con aventajadas mercedes para en cuanto el mundo durare, así por lo mucho que abraza como por lo mucho que merecen unos vasallos tan honrados y tan leales, que tantos servicios le hacen y han de hacer en estas partes.

"Por todo lo dicho y lo que puedo decir en razon desto, pido á todos el consentimiento de la libre voluntad, y en nombre de la Santísima Trinidad, y en nombre del Pontífice Romano, y en nombre de la Magestad católica del Rey don Felipe, tercero deste nombre, Rey de España y mi señor, Yo, el capitan Pedro Fernandez de Quirós, doy á cada uno de vuesas mercedes esta cruz de color azul, que luego se han de poner en los pechos; insignia por que han de ser conocidos por tales caballeros de la Orden del Espíritu Santo, y por personas á cuyo cargo si yo faltare ha de estar la demanda, la pacificacion, la poblacion y conservacion de todas estas partes que vamos descubriendo, y que se han de descubrir en los tiempos venideros.

"Ruego mucho que sepan bien conocer y estimar cuánto vale esta cruz, ganada por solo una buena de-

terminacion merecedora de mucho mayores honras; y acuérdense que aunque no les tiene costado mucho ni poco dinero, trabajos, enfermedades ni tiempo, que es muy largo el que les queda para poderlo bien pagar á esta más alta empresa de su género, que hoy se sabe tiene el mundo para el cielo y para la tierra.

"Rueguen, señores, á Dios que se sirva de mostrarme mayores tierras y cosas, que mayores son mis deseos de que el Rey nuestro señor haga á todos mucho mayores mercedes; y yo aquí, en su real nombre, ofrezco colocarlos en mucho mayores oficios y dignidades: encargo mucho que sean todos como miembros que han de ser un mismo cuerpo, y que adviertan que de hoy en adelante han de ser sus obligaciones mayores y mayor la pena ó premio merecido por buenas ó por malas obras."

Todo esto se oyó con atencion y acetó con mucho gusto: el capitan les rogó se confesasen el sábado, para domingo dia del Espíritu Santo ganar el Santo Jubileo plenísimo, que Su Santidad fué servido conceder á la jornada este y otros cinco dias cada un año. Luego nuestro padre comisario los persuadió á todos, y con sus tres sacerdotes se ofreció á confesar como á todos confesaron.

CAP. LXIII.—Cuéntase la celebracion de la fiesta la víspera y dia del Espíritu Santo, y la posesion en nombre de la Iglesia católica y en nombre de Su Magestad.

Esta noche en todos tres navíos fueron puestas muchas luminarias: gastáronse ruedas de fuego y muchos cohetes volantes. Disparóse toda el artillería, á cuyo estruendo y el eco que por cerros y valles se oian, los indios levantaban grandes gritos. Sonaron cajas, repicáronse campanas, hubo músicas y bailes porfiados, y se hicieron otras fiestas en que se mostró bien grande alegría; y con esta el capitan dijo á todos:—Aquesta, señores, es la víspera de mi tan deseado dia, para lo cual no ha de haber mano escasa ni persona á quien no quepa de los apuntados bienes y de cuanto más pudiere la parte que su sujeto mereciere.

No era bien amanecido cuando el maese de campo y ministros, llevando consigo gente armada, en las dos barcas fué á tierra; surgiendo cerca la zabra con cuatro versos para servirles de fuerte: luego con alegre diligencia en la playa fué plantada una tienda de rama, cerca de estacas, porque sirviesen de fuerte si hubiese necesidad. Los religiosos armaron dentro en ella

un limpio y bien ordenado altar debajo de un dosel; iglesia primera en el deseo llamada del capitan Nuestra Señora de Loreto. Habiéndose puesto en toda la órden á que dió lugar el tiempo, fué el capitan avisado, y luego salió de la nao con el resto de la gente. En la playa estaban bien ordenadas todas las tres compañías; los soldados y ministros tan lozanos y tan honrosos con sus cruces en los pechos, que creo que si Su Magestad los viera con con tan aguzados filos de acabar lo comenzado, y dar principio á mucho mayores cosas, que estimara su valor por lo que era, y se alargara en mercedes.

Salió el alférez Real con el estandarte en las manos. Las banderas, que estaban tremolando y dando lustre á todo el campo, le pagaron su tributo con grande prisa en las cargas de mosquetes y arcabuces. Salió luego el capitan y las rodillas por el suelo dijo:—A sólo Dios la honra y gloria: y puesta la mano en la tierra la besó, diciendo:—¡Ah tierra de tanto tiempo buscada, y pretendida de tantos y tan deseada de mí!

Luego salió el almirante con una cruz de naranjo de la tierra, que para el efecto hizo hacer el capitan, y nuestro padre comisario, con sus cinco religiosos todos descalzos ya, de rodillas en la playa la recibió en los brazos, diciendo con gran terneza:—Adórote Santa Cruz á donde el autor de la vida hecho carne murió en tí, por mí, tan gran pecador, y por todo el género humano: y levantados, cantando el psalmo de *Lignun*, con la gente en procesion llegamos todos á la puerta de la iglesia, y allí, en una peana que para este fin estaba puesta, el ca-

pitan enarboló nuestra cruz y dijo que la gente se juntase, y al escribano que leyese, como en alta voz leyó, este siguiente capítulo.

Enarbólose una cruz.

Sean testigos los cielos y tierra, y las aguas con todas sus criaturas, y las que presentes estais sereis testigos de como yo, el capitan Pedro Fernandez de Quirós, en estas partes que hasta ahora han sido incógnitas, enarbolo en nombre de Jesucristó, hijo del Eterno Padre y de la Vírgen Santa María, Dios y hombre verdadero, esta señal de la Santa Cruz en que su cuerpo Santísimo fué crucificado, y á donde dió la vida por el rescate y remedio de todo el género humano.

Y al punto y en el mismo lugar hizo que se leyesen las seis siguientes Posesiones, que los nuestros fueron oyendo con tanta alegría y gozo, cuanto los ojos de muchos mostraron destilando lágrimas:

Posesion en nombre de la Santísima Trinidad.

En estas partes del Sur, hasta ahora incógnitas, á donde estoy y he venido con licencia del SumoPontífice romano Clemente octavo y por mandado del Rey don Felipe tercero, Rey de España, despachado por el su Consejo de Estado, yo el capitan Pedro Fernandez de Quirós, en nombre de la Santísima Trinidad tomo posesion de todas las islas y tierras que nuevamente he descubierto y deseo descubrir hasta su Polo.

Posesion en nombre de la Iglesia católica.

Tomo posesion de todas las dichas tierras y parte en nombre de Jesucristo, remedio de todas las gentes por más incógnitas que sean, y en nombre de su madre Santísima la Vírgen María de Loreto, y en nombre de San Pedro y de San Pablo y de todos los sagrados apóstoles y discípulos, y en nombre del Vicario universal de Cristo el Pontífice romano, y en nombre de toda la Iglesia católica y de todas aquellas cosas piadosas, justas y santas que tienen derecho á esta tal posesion; que tomo con ánimo y á fin de que en toda la dicha parte á todos sus naturales se predique el santo y sagrado Evangelio celosa y desnudamente.

Posesion en nombre de San Francisco y de su órden.

Tomo posesion de todas las dichas tierras y parte en nombre de mi padre San Francisco, y de toda su religion y profesos della, y como presentes en nombre del padre comisario fray Martin de Monilla, y fray Mateo de Vascones, y fray Antonio Quintero y fray Juan de Merlo, todos cuatro sacerdotes, y en nombre de fray Juan de Santa María y de fray Francisco Lopez, ambos legos, venidos aquí todos seis á peticion mia por mandado de Su Santidad y de Su Magestad y de su comisario general y provincial de la provincia de los Doce Apóstoles del Perú; de cuya órden deseo salgan todos

los obreros para desmontar y criar esta viña del Señor, y los labradores que han de sembrar su santa palabra y doctrina y coger los frutos della, como en su lugar mostraré.

Posesion en nombre de Juan de Dios y de su órden.

Tomo posesion de todas las dichas tierras y parte en nombre de Juan de Dios y de todos los hermanos profesos de su órden, y como presente en nombre de Lázaro de Santa María que aquí vino en cumplimiento de un breve que Su Santidad me dió para este fin, para que ellos mismos funden, administren y conserven con su profesa caridad á todos los hospitales que en todas estas partes ha de haber, y tan necesarios son para que los naturales suyos se aficionen á todo nuestro proceder, y nos tengan la devocion y el amor que merece el ver cómo los nuestros curan y sufren á sus enfermos y les hacen otros bienes.

Posesion en nombre de la órden del Espíritu Santo.

Tomo posesion de todas las dichas tierras y parte de todo el derecho que Su Santidad y Su Magestad determinaren han de haber lícitamente de repartimientos de tierra y encomiendas dē las gentes dellas, como á descubridores, pobladores, defensores y conservadores que han de ser todos los caballeros que en estas

partes han de militar debajo de la órden del Espíritu Santo, obligados sin salario al uso de todos los oficios Reales y públicos, y toda policía divina y humana de los naturales, y defensa dellos, y con profesion de todo lo demás que en las constituciones se dice.

Posesion en nombre de Su Magestad.

Finalmente tomo posesion desta bahía, nombrada de San Felipe y Santiago, y de su puerto de la Vera-Cruz, y del sitio á donde se ha de fundar la ciudad de la Nueva Hierusalem en altura de quince grados y un tercio, y de todas las tierras que dejo vistas y estoy viendo, y de toda esta parte del Sur hasta su Polo que desde ahora se ha de llamar la Austrialia (1) del Espíritu Santo, con todos sus anejos y pertenecientes; y esto para siempre jamás cuanto en derecho ha lugar, en nombre del Rey don Felipe, tercero deste nombre Rey de las Españas é Indias orientales y occidentales, mi Rey y Señor natural, cuyo es el gasto y costa desta armada, y de cuya voluntad y fuerzas ha de emanar la fundacion, gobierno y sustento de todo lo que se pretende, espiritual y temporal, destas tierras y gentes, y

(1) En el Ms. de la Biblioteca del Ministerio de Marina está enmendado y puesto malamente Australia; y digo malamente, porque Quirós, segun manifiesta en uno de los memoriales dirigidos al Rey, que se publicarán en el tomo II, formó este nombre del de Austria, á cuya casa reinante á la sazon en España, dedicaba sus descubrimientos, y no de Austro, aunque la situacion de las islas por él visitadas correspondiese al hemisferio meridional.

en cuyo real nombre están descogidas estas sus tres banderas, y yo enarbolo este su estandarte Real."—Fueron hechos los autos de esta posesion, y lo firmaron ciertas personas por testigos.

Hecha la diligencia digan todos; (como dijeron en altas voces) ¡Viva el Rey de España don Felipe tercero, Señor nuestro! Y al punto nos entramos en la iglesia á dar á Dios las debidas gracias.

Las misas que se dijeron, la comunion de toda la gente, la bendicion del estandarte Real, y banderas, y la fiesta que se hizo.

Dijéronse tres misas: la cuarta, que fué cantada, la dijo nuestro padre comisario. La gente toda comulgó fervorosamente. Hecho esto, los tres alféreces, que ya tenian en las manos las banderas, las inclinaron en el suelo enfrente del mismo altar; el alférez Real teniendo el estandarte derecho. Los bendijo el comisario con grande solemnidad, y á cierta señal que se dió los navíos, cuyas banderas de topes mostraban las armas Reales y á sus dos lados las dos columnas y el *plus ultra* y los gallardetes ondeando, dispararon á buen compás todas sus piezas; los soldados sus arcabuces y mosquetes, los artilleros los cohetes y las ruedas y en medio de todo este ruido se dijo en altas voces:—Digan todos, como dijeron con gozo casi infinito, una vez y muchas veces: —¡Viva la fe de Cristo! Y con esto se dió fin á la celebracion desta fiesta.

CAP. LXIV.—Lo que pasó al capitan con el piloto mayor y ciertas personas que por él le hablaron en pró y en contra, y la libertad de dos esclavos.

Luego el piloto mayor rogó con encarecimiento grande al capitan le perdonase. El capitan le preguntó de qué le pedia perdon, porque si procedia de cosas que tocaban á él, estuviese cierto que sin que tal perdon le pidiese estaba perdonado, y que si el perdon pedido nacia de cosas tocantes al servicio Real, lo dijese, para que fuese sabido que el haberle descompuesto fué con razon y justicia. El piloto mayor dijo á esto, jurando con grande demostracion de inocencia, que ni al Rey ni al capitan ofendió en cosa alguna, ni deseó de ofender; y dijo á esto el capitan:—Segun lo dicho, yo soy el que debo de pedir ese perdon.

Luego un cierto religioso apartó al capitan y le dijo estaba el piloto mayor muy reconocido y grato, y que de allí adelante habia de hacer maravillas en todos casos, y que ya las estaba obrando y era deso testigo. El capitan le dijo que lo dejaba á Dios, que sabia las más secretas intenciones y no le podian engañar, y que

para con él muy de otra manera lo habia de haber hecho el piloto mayor, habiéndose fiado de su persona negocio que en sí encierra tantos bienes y juntamente su honra; y que aún era muy temprano, porque sus obras de atrás le habian avisado no se fiase de sus palabras ni ofrendas, y que el haber hecho tanto bien á quien no lo aprovechaba le quedaria por pena.

Otras personas habia que daban prisa al capitan contra el piloto mayor, y á todas respondió que hasta Dios justifica sus causas, avisando, perdonando y esperando; y que cuando no aprovechaba, tomaba en la mano el azote é iba dando los golpes como merecian los culpados, y que al piloto mayor tenia preso, entendiendo ser castigo que de presente bastaba.

Libertad dada á dos esclavos.

El capitan rogó al capitan Alonso Alvarez de Castro, y á Juan Bernardo de Fuentidueña, piloto del almiranta, que diesen, como dieron de muy buena voluntad apuntando causas piadosas y por honra de la fiesta de aquel dia, libertad á un esclavo que cada uno tenia, de que le hicieron sus cartas. Esto hecho, nos fuimos á comer á la sombra de grandes y coposos árboles junto á un claro arroyuelo, el cuerpo de guarda vivo y repartidas las postas.

CAP. LXV.—Eleccion de cabildo y regimiento y nombres de las personas electas, y lo demás que pasó hasta que la gente se embarcó.

HABIENDO pasado la siesta, el capitan hizo junta del maese de campo, almirante, alférez Real, sargento mayor, y capitanes, y les dijo deberse, pues estaba tomada la posesion de aquella tierra y nombrada la ciudad de la Nueva Hierusalem, con su acuerdo elegir cabildo y regimiento y más ministros que suele haber en una ciudad cabeza de una provincia; y porque dijeron ser asi conveniente, fué acordado entre todos que esta eleccion se hiciese en la manera siguiente:

Regidores.—Don Diego Barrantes y Maldonado;
Luis de Belmonte Bermudez;
el licenciado Alonso Sanchez de Aranda;
el capitan Manuel Noble;
Francisco de Medina;
Francisco de Mendoza y Sarmiento;
Francisco de Zandategui;
Antonio Francisco Camiña;
Juan Ortiz;
Alonso Perez de Medina;

Juan Gallardo de los Reyes;
Pedro Carrasco;
Gil Gonzalez;
Santiago de Iriarte, escribano de cabildo.
Alcaldes ordinarios.—Don Alonso de Sotomayor;
el capitan Rodrigo Mejía de la Chica;
Alguacil mayor, el capitan Gaspar de Gaya.
Oficiales Reales.—Don Juan de Iturbe, contador;
Don Juan de la Peña, tesorero;
Juan Bernardo de Fuentidueña, factor;
Don Antonio de Chaves, escribano de minas y registros;
Don Diego de Prado y Tovar, depositario general;
Don Juan de Espinosa y Zayas, proveedor general.

Luego que la dicha eleccion fué hecha, todos los dichos hicieron juramento, poniendo la mano derecha sobre un breviario que en las suyas tenia el padre comisario, de que guardarian la lealtad que se debe á Su Magestad, en cuyo nombre se le habian dado los dichos oficios: y con esto se cerró la junta.

Luego se puso en órden el cabildo, y todas las demás personas lo fueron acompañando hasta la iglesia: estaba dentro en ella el comisario que mostrando la levantada Cruz, dijo:—Aquí, señores, teneis esta Santa Cruz, semejanza de aquella en la cual por la misericordia divina se remató todo nuestro remedio y todo nuestro bien: y tantas fueron sus lágrimas que no pudo más decir.

El capitan se embarcó llevando la misma Cruz, el estandarte y banderas, y llegado á la nao, dijo fuese

quitado aquel moton del penol, á donde estaba para castigo de culpas, porque no creia que personas que tuvieron tan honrada suerte darian ocasion cuya pena fuese soga; y al maese de campo ordenó, que con la gente se entrase la tierra adentro este dia más que otros. Y viéronse en ella más y mejores haciendas y pueblos, y en el uno hallaron muy ocupados los indios en sus bailes, y como vieron á los nuestros, se entraron á más correr por los montes, dejando sembrados por donde iban arcos, flechas y azagayas. Los nuestros hallaron dos puercos asados y todas otras sus comídas, que comieron á su placer y á buen sabor: trajeron vivos doce puercos, ocho gallinas y pollos, y encontraron un árbol cuya vista causó porfía que su tronco no lo abrazarian de quince para veinte hombres, y se volvieron á las naos.

CAP. LXVI.—Cuéntase una sementera que se hizo, la entrada de un valle; traida de tres muchachos, y lo que pasó con los indios.

El capitan, al postrero dia de Pascua, llevando la gente que le pareció, fuese á una hacienda cercada de los indios y en ella se sembró cantidad de maiz, al-

godon, sapallos, melones, badeas, habas, garbanzos, frísoles y otras de nuestras legumbres y semillas, y cargados de muchas raices y habiendo pescado en playa se volvieron á las naos.

El otro siguiente dia el capitan envió al maese de campo con treinta soldados á reconocer cierto alto, á donde hallaron un grande y apacible valle y pueblos: y como de sus moradores fueron los nuestros sentidos, se juntaron muchos dellos, y se pusieron en arma. Cogieron allí tres muchachos, el más viejo de siete años, y veinte puercos. Con esto dieron la vuelta los nuestros, y los indios con ánimo y brio acometian la vanguarda, batallon y retaguarda, tirando suma de flechas. Salian al encuentro los caudillos, que les hacian perder con las cargas que les daban la tierra que iban ganando. Llegados, pues, á cierto paso, hallaron sobre unas peñas muchos indios con conocidos deseos de hacer cuanto mal pudiesen: aquí fué su mayor priesa, su flechar, despedir galgas, y en gran peligro los nuestros: y el capitan que oyó tanto tirar de mosquetes con alaridos tan grandes, tantas voces y tantos gritos, hizo disparar tres piezas para amedrentar los indios y animar á los nuestros y porque mejor atinasen á donde demoraba el puerto, y que el resto de toda la gente que quedó en naos y la playa fuesen á socorrer á gran priesa; y habiéndose juntado se vinieron á las naos, salva la presa y sanos todos.

Estaba allí cierta persona que dijo en alta voz:—Más quisiera para comer treinta puercos que tres muchachos. Oyó esto el capitan, que dijo con sentimiento

más queria á uno de aquellos niños que á todo el mundo por suyo. Hizo sobre esto discursos, y concluyóse con decir:—Son mis pecados y á solos ellos doy la culpa. Y ¿cuánto mejor pareciera en la persona que tal disparate dijo, que diera á Dios las alabanzas debidas, pues por modo tan extraño y no pensado atrajo aquellas tres almas, de que se podia entender estaban predestinadas?... Y por aquel dicho primero hubo allí ciertos rencores de parte del que lo dijo, y más de sus allegados.

Los indios el otro dia siguiente, teniendo otros emboscados, vinieron á acometer á los nuestros que estaban haciendo aguada; y sentidos de las postas tocaron arma á gran priesa, y con esta tiraron los indios sus flechas, y los nuestros sus mosquetes, y dando gritos se fueron, dejando rastro del mal que hicieron las balas.

Parece que con rábia los indios, de no se poder vengar en nosotros, fueron á desbaratar la iglesia. El capitan á gran priesa envió en ámbas barcas gente armada que lo fuesen á impedir; mas como las vieron ir, se fueron poco á poco retirando. Al parecer, querian que se empeñasen los nuestros para llevarlos á donde estaban escondidos otros muchos, que luego vimos ir pasando el rio del *Salvador*.

CAP. LXVII.—Salió la zabra á reconocer la boca del rio grande. Dícese lo demás que pasó en razon de entradas.

Con zabra, barca y gente se envió al maese de campo á reconocer la boca de un rio que está en medio de la bahía. Tentóse su fondo, y hallóse que con todo un remo y el largo de un brazo no se alcanzó á su suelo. Entró la barca más adentro; y dió la vista del rio á los que iban en ella mucho gusto, así por su grandeza, bondad y claridad de agua, como por la mansedumbre della y hermosura de las arboledas de sus orillas.

Pasó la zabra adelante; saltó nuestra gente en la playa; entró por la tierra adentro: hallaron un pueblo pequeño de cuatro calles, y plaza plantada en lo más eminente del sitio, y á su redondo muchas haciendas cercadas de *guincha*. Fueron sentidos de dos espías, y dellas avisados los indios que al punto se huyeron todos. Los nuestros hallaron dentro de sus casas peces-reyes, lizas, y otros géneros de pescados asados envueltos en hojas de plátanos, y en cestillas cantidad de almejas crudas, y colgado de ciertos palos, muchas de sus frutas y flores, y allí cerca unos entierros y una

flauta, y ciertas cosas pequeñas labradas de piedra mármol, y de jaspe: y porque oyeron atambores y caracoles, y un gran mormurio á la sorda, entendiendo ser junta de mucha gente, dieron los nuestros la vuelta, siendo seguidos de los indios, que no osaron acometerlos. Al fin se embarcaron en paz y se volvieron á las naos.

Otras muchas veces salió nuestra gente á pescar y á buscar cosas menesterosas para el servicio de las naos; volviendo dellas más contentos de la bondad de la tierra, de sus frutos y mayores pueblos. No les faltaron encuentros, y entiendo se mataron algunos indios, aunque más me lo negaron.

CAP. LXVIII.—Cuéntase la fiesta del Corpus Christi, y la procesion que se hizo.

Las obras de carpintería se acabaron todas á veinte de Mayo. Este dia ordenó el capitan al maese de campo, que con cien soldados fuese á tierra y procurase en ella de adornar á nuestra iglesia de Loreto y á su redonda hiciese calles para que el siguiente dia, que lo era de *Corpus Christi*, fuese allí celebrada su fiesta cuanto alcanzasen nuestras fuerzas. A la noche fué festejada esta víspera en las naos como la otra pasada.

Antes que rompiese el alba del siguiente dia, salió nuestra gente á tierra, y en ella hizo escolta á nuestros seis religiosos, que acomodaron todo lo que les tocaba; y ya que todo estaba presto fué avisado el capitan, que luego se embarcó dejando en cada navío á dos hombres, y llevó los demás consigo. Llegados, pues, á la playa, con todos saltó en tierra y fué á la iglesia, cuya puerta estaba al Norte y al mar su portada, galanamente aderezada con las cosas de la tierra, la techumbre y parte del cuerpo cubierto de ramos verdes, y un muy curioso altar debajo de un dosel, su más servicio de plata; por retablo un Cristo crucificado pintado en un grande lienzo, con cuatro velas á sus lados y dos pebetes ardiendo.

Habiendo hecho oracion salió para ver la cuadra, á cuyos principios habia dos altos arcos triunfales enlazados de palmas, pimpollos, y flores; desto mismo estaban sembrados los suelos; las calles formadas de muchos árboles, quedando dellos adentro hecho un cláustro, y allí, como significando jardin, plantadas diversas ramas y yerbas; y en dos ángulos, debajo de otros dos arcos, estaban puestos dos altares con sus cielos, frontales y las imágenes de San Pedro y de San Pablo, y su autor el hermano Juan de Dios de rodillas á un lado estaba haciendo oracion.

Era este dia claro, alegre y sereno, y como el sol heria por las coronas de los árboles y por donde hallaba entrada comunicaba sus rayos, mostraba en la mayor espesura la diferencia de frutos que tenia cada planta: allí mismo se oia la porfía con que las aves cantaban y

discantaban: veíase mover las hojas y los ramos blandamente, y todo el sitio ameno, fresco, sombrío, y por que nada faltase sentiase el poco aire que bastaba, y se mostraba manso y obediente el mar.

Y vueltos á la iglesia luego, se dijeron dos misas: á la tercera que dijo el padre comisario, se ordenó la procesion, desta manera. Iba delante un soldado llevando en las manos la cruz pesada de naranjo; seguia un fraile lego con otra de la sacristía, dorada, con manga levantada en una asta, y á sus lados dos monacillos con ciriales y con hopas coloradas, y todos tres sobrepellices, y luego las tres compañías en órden llevando en medio cada una su bandera, y su caja tocando á son de marchar. Habia una muy vistosa danza de espadas de once mozos marineros, sus vestidos eran de sedas columbinas rojas, verdes, y cascabeles en los piés: danzaban con mucha destreza y gracia al son de una vihuela, que tocaba un viejo honrado: seguia otra de ocho niños todos vestidos como indios, calzones y camisetas de tafetanes morados, azules, leonados, guirnaldas en las cabezas, en las manos blancas palmas, y en las gargantas de los piés collares de cascabeles: danzaban con rostros muy sosegados y cantaban sus motetes al son de tamborin y de flauta que les tocaban dos pláticos.

Seguia el estandarte Real acompañado del maese de campo, sargento mayor y capitanes: seguian seis regidores, cada uno con una hacha encendida en la mano: seguia el palio que era de seda amarilla; sus seis varas las llevaban los tres oficiales Reales y otros tres regidores; iba debajo el comisario que llevaba en las manos

un cofre de terciopelo carmesí, clavazon dorado, en que iba el Santísimo Sacramento que otro lego con un incensario incensaba: todos cuatro sacerdotes iban alegres cantando el himno de *Pange-lingua.* El capitan, que llevó el estandarte Real hasta la puerta á donde lo entregó á su alférez, se puso detrás del palio con los dos alcaldes y el alguacil mayor.

Y cuando ya por la puerta iba saliendo el Señor, se repicaron réciamente las campanas; la gente, que atenta estaba mirando, se arrodilló por los suelos; los alférez tres veces abatieron las banderas; los atambores tocaban apriesa las cajas á son de batalla trabada; los soldados, que tenian las cuerdas caladas, dispararon mosquetes y arcabuces; los condestables pusieron fuego á las cámaras y á los versos que allí habia para más seguridad del puesto, y en las naos los artilleros á las lombardas y á los versos que tenian zabra y barcas, que puestas y cerca estaban para lo que sucediese. De nuevo y á buen compás se fueron siempre dando cargas y refrescando las cosas; mas cuando daba lugar la espesura del humo, veianse por entre aquellas verduras tantas bandas y penachos, y tantas picas, chuzos, bisarmas, rodelas, tantas espadas lucientes, alabardas, y venablos, y las ginetas, con bastones empuñados, y en los pechos tantas cruces, y tanto oro, matices, colores, sedas haciendo visos tremolando, y entre tanto bullicio en todo tanto concierto, que muchos ojos, no pudiendo detener lo que brotaba el corazon, dieron á otros motivos de derramar gozosas lágrimas. Y con esto se recogió la procesion, faltando allí quien nos viese, y

quedando la gente de guerra teniendo la iglesia en medio con cuatro cuerpos de guarda. Los danzantes, danzando por más celebrar la fiesta, se quedaron dentro en ella, y salidos á su puerta les dijo el capitan:—Tengan todos esos vestidos por suyos, que son hacienda Real: yo quisiera que ellos fueran de brocado de tres altos ó de otros más altos precios.

Por remate se dijo la cuarta misa para que fuese oida de las postas, que en cierto puesto estaban puestas para guarda de la gente que de la tierra se veia, aunque lejos, en la playa y en los cerros.

Esto hecho, se fué el capitan derecho á repicar las campanas diciendo, que fuese en nombre de los que en Lima dijeron que irian á aquella tierra cuando á ella los llevasen.

El indio que se trajo de Taumaco y despues se llamó Pedro, este dia andaba vestido de tafetan tornasol con una cruz en los pechos con su arco y sus flechas, tan lozano y tan espantado y alegre de todo cuanto veia y de su cruz, que miraba y la mostraba poniendo la mano en ella, y la nombraba muchas veces. Cosa digna de notar, pues hasta á un bárbaro una cruz levantó el ánimo con no saber qué insignia era.

Habiéndose dado á las almas tan dulce y sabroso pasto como suena, se apartaron amigos y camaradas á los puestos dedicados para fogones y ollas, á donde puestas las mesas á la sombra de altos y enramados árboles, lo dieron todos á los cuerpos.

En cuanto duró la siesta hubo músicas y bailes y buenas conversaciones; y quien dijo, era dichoso aquel dia,

y dichoso quien lo vió por haber sido el primero celebrado en honra del Señor altísimo en tierras extrañas y ocultas; y por ser nuestra gente poca y los naturales muchos, fué juzgado de algunos por grande atrevimiento: yo digo que no fué sino grande acierto y muy bueno el fiador.

Hubo allí quien dijo, que pareció anuncio de lo sucedido esta octava de don Alonso de Ercilla, á cuya contraposicion un gran devoto desta empresa ordenó la otra que se le sigue:

Ves las manchas de tierras, tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de extranjeros piés jamás pisadas;
Las cuales estarán siempre encubiertas,
Y de aquellos celajes ocupadas,
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque más sus secretos se engrandezcan (1).

Ves las manchas de tierras sin cubiertas
Tan claro y tan patente divisadas,
Son las que agora han sido descubiertas
Y de cristianos piés luego pisadas;
Las cuales estuvieron encubiertas
Mil siglos, de celajes ocupadas,
Hasta que quiso Dios que pareciesen
Y sus secretos más engrandeciesen.

El capitan hizo embarcar parte de la gente, y con el resto, á son de cajas, entró la tierra. Vió su semen-

(1) La Araucana de Alonso de Ercilla, canto XXVII, octava 52.

tera brotada y las estancias, casas labranzas, frutales, y habiendo andado una legua, se recogió por ser tarde. Luego que entró en la nao, dijo que pues de aquella bahía estaban sus naturales de guerra, y no hubo un azar en nuestra parte, saliésemos el otro dia del puerto á ver las tierras de barlovento. El almirante le rogó, en nombre suyo y de todos, que esperase otro dia para que la gente pescase. Sucedió que pescaron en cierto rincon, de donde trajeron á las naos cantidad de pargos que se dicen siguatados, como los hay en la Habana y otros puertos, muertos al cordel, y á cuantos comieron dellos les dió bascas, vómitos y ardores.

Mucha pena dió á todos este mal tan repentino y no esperado, y no faltaron juicios ni estimacion de uno que dijo que porque mucho costase algo, se aguó lo dulce con lo amargo.

CAP. LXIX.—Dáse razon desta bahía, y de todo lo contenido en ella y en su puerto.

Esta bahía, á la cual el capitan dió por nombre *San Felipe y Santiago* por haber sido descubierta en su dia, dista de Lima al parecer mil y setecientas leguas, y de Acapulco mil y trescientas, y mil y ciento de la ciudad de Manila en Filipinas. Su entrada está al No-

roeste en quince grados parte del Sur, y el puerto en quince y un tercio. Tiene de circuito veinte leguas, y de entrada cuatro y de variacion de agujas siete grados al Nordeste.

La tierra con que se forma, de la parte del Oriente corre derecho al Norte con repechos altos, y valles poblados de gente y de muchos árboles. Acaba en la boca con una frente alta seguida á pique, y tira la costa á Leste y de allí al Sur y Sueste sin saberse qué fin tiene.

La otra tierra del Poniente se corre casi al Noroeste y tiene de largo hasta su punta once leguas, todas de luengo, de una sierra de mediana altura que la baña el sol cuando sale, á donde hay manchas sin árboles cubiertas de yerbas agostadas. Hay quebradas y arroyos, que algunos bajan de lo alto á sus faldas, á donde se veian muchos palmares y poblaciones; y de la punta va corriendo la costa al Oeste.

Su frente desta bahía, que es el Sur, tiene de largo tres leguas, todas ellas de una playa, y en medio un rio que se juzgó ser tan ancho como Guadalquivir en Sevilla, á cuya boca hay de fondo dos y más brazas por donde pueden entrar barcos y buenas fragatas. Llamóse el *Jordan*. En su derecho se arma el crucero en el cielo, que hace el sitio notable.

A la parte del Leste al rincon desta bahía tiene otro mediano rio llamado del *Salvador*, en el cual entraban las barcas á hacer aguada á su placer. Las aguas de ambos rios son dulces, delgadas y frescas: dista el uno del otro legua y media de un guijarral negro, menudo y pesado, bonisímo para lastre de navíos.

Entre los dichos dos rios está el puerto. Su fondo es limpio de arena negra, á donde cabe mucho número de naos en las brazas que quisieren de cuarenta á media. No se sabe que tenga broma. Por no estar la playa robada, ni carcormida, y verdes las yerbas cerca del agua se entendió no ser batida de mares, y por los árboles estar derechos sin azotes ni desgajes, se juzgó no haber grandes temporales. Llamóse puerto de la *Vera-Cruz*, por ser su dia cuando en él surgimos.

En toda la bahía no se vió banco, placel, ni arrecife; es tan hondable que no hay donde poder surgir sino es en la referida frente y puerto, y es mejor arrimándose más al rio del Salvador, y en otro puerto mediano que dista dos leguas deste, en la costa de Norte Sur.

Toda la dicha frente está ocupada de grandes y espesos árboles con algunos caminos á la playa: pareció servirles como de muralla para mejor defenderse y ofender á otros indios que les dan guerra. Todo lo demás es una vega llana, pareja, con sierras de ambas partes: las del Poniente van corriendo hácia el Sur, siendo cada vez más altas y más dobles. A la vega no se le ha visto el fin que tiene; es tierra negra, grasa y y de gran migazon. Está desmontada de los árboles silvestres con muchos frutales, sementeras, huertas cercadas de palizadas: por todo el sitio cantidad de caserías, y en todo lo que se alcanzaba á ver se divisaban muchos fuegos y humos, testigos de sus muchos pobladores.

La gente que se vió aquí en comun es corpulenta, no del todo negra ni mulata: tiene el cabello frisado,

buenos ojos, cubren partes con ciertas telas que tejen: son limpios, amigos de fiestas y bailes al son de flautas y de atambores, de palo hueco; usan tocar caracoles, y en sus arremetidas, alcances y retiradas, dan grandes gritos.

Sus armas son macanas de palo pesado y arcos de lo mismo; flechas de carrizo con puntas de palo tostado muy agudas, dardos con trozos de huesos engastados. No se entendió haber yerba.

Tienen sus entierros cubiertos: algunos se vieron enramados y sus oratorios con figuras, á que ofrecen y respetan. Es gente al parecer animosa y parcial, y no les duele el mal de sus vecinos, pues los vian estar peleando con los nuestros sin los querer ayudar.

Las casas son de madera cubiertas de hojas de palmas á dos vertientes, con su cierto modo de sobrado á donde tienen sus comidas; las pertenencias muy limpias. Tienen tambien sus macetas de arbolitos no conocidos; las hojas son muy suaves, casi de color leonado.

El pan que tienen es grande suma de raices, cuyos pimpollos ó ramas trepan en palos que para esto les arriman. Son las cortezas pardas, las médulas moradas, amarillas y encarnadas, las unas muy mayores que las otras; haylas de vara de largo y media de grueso, y tambien otras dos castas, la una casi redonda y del grandor de dos puños, más ó ménos; su sabor como de papas del Perú. El meollo de la otra es blanco, su forma y grandor como de mazorcas de maiz por desollar. Todas tres castas son de una pasta sin nervios, suelta, suave y aceta al gusto. Es pan tan sin trabajo

todo lo destas raices, que no tienen más beneficio que sacarlas de la tierra y comerlas asadas y cocidas. Echadas en las ollas son muy buenas: comiéronse muchas y por su buen sabor y ser de mucho sustento se dejaba nuestro vizcocho. Duran tanto sin corromperse, que hasta el puerto de Acapulco, las que se guardaron, llegaron sanas.

La carne es mucha cantidad de puercos mansos, unos rojos, otros negros, ó blancos y manchados. Viéronse colmillos de palmo y cuatro dedos de largo, y puerco se mató de ocho arrobas de peso. Los indios usan asarlos enteros sobre guijarros envueltos en hojas de plátanos. Es modo limpio que dá á la carne buen color y no se pierde la sustancia.

Hay muchas gallinas como las de Europa. Usan capones: hay muchas palomas torcazas; tórtolas, patos reales y unas como perdices muy pintadas, de picos y piés colorados. Hallóse una en un lazo con que las arman.

Hay cantidad de golondrinas. Vióse un papagayo é ir volando grandes bandadas de periquitos, y oíase, estando en las naos, desde que rompia el alba, una muy dulce armonía de millares de diversos pájaros, al parecer calándrias, mirlas, ruiseñores y otros, y se gozaba las mañanas y las tardes de los suaves olores que despedian árboles de tantos géneros de flores, juntamente albahaca. Tambien se vió una abeja, y cantar muchas chicharras.

El pescado son peces-reyes, lizas, lenguados, salmonetes, pargos, meros, macávis, otro género como sába-

lo, cazones, grandes rayas, pámpanos, viejas, peces puercos, sardinas, palometes, anguilas, rubias y otros peces, que con tres mallos que tienen, al parecer, de pita el hilo y con otras redes en arcos para canales pescan los indios, y de noche al candil. Los nuestros pescaron con atarrayas y chinchorros su buena parte; y, de marisco se vieron camarones y almejas.

Sus frutas son grandes, y muchos cocos, y segun se entendió no hacen dellos mucho caso, de cuyas palmas se puede hacer luego vino, vinagre, miel y suero para dar á los enfermos. Los palmitos se comen crudos y cocidos: los cocos cuando están verdes sirven de cardos y de natas: cuando maduros es sustento de comida y de bebida en mar y tierra: cuando viejos dan aceite para alumbrar, y curar tan bien como con el bálsamo, y para comer cuando nuevos. Sus cascos son buenos para vasos y frascos: de sus capullos sale estopa para calafetear las naos y para hacer cables y todas jarcias y las cuerdas ordinarias, y de arcabuz la mejor: de las hojas se hacen velas para embarcaciones pequeñas y esteras finas y petates con que se aforran y cubren las casas que se arman con los troncos, que son derechos y altos; y dellos se sacan tablas y lanzas y otros géneros de armas y muchas cosas para el servicio ordinario y todas de mucha dura: del aceite se hace la *galagala*, que excusa brea. En suma, es viña sin necesidad de beneficio y todo el año se disfruta.

Hay tres castas de plátanos, la una la mejor de cuantas he visto, olorosos, tiernos y dulces.

Hay muchos *obos*, que es una fruta casi del tamaño y

sabor de melocotones, de cuyas hojas se pueden criar gusanos de seda, como se crian en otras partes.

Hay gran suma de una fruta que nace en altos árboles, cuyas hojas son grandes y arpadas, su grandor como melones comunes, su forma casi redonda, la corteza delgada, la haz cruzada á cuadritos, la médula entre amarilla y blanca, las pepitas seis y ocho. Cuando madura es muy dulce, cuando verde se come cocida y asada. Comióse mucha, y hallóse ser sana, y que los indios usan ordinario della.

Hay dos castas de almendras, la una con tanta médula como cuatro avellanas á la larga, la otra es de forma triangular; su pepita es mayor que tres grandes de las nuestras y de bonísimo sabor.

Hay un género de nueces, cuyas cortezas son duras y de una pieza el meollo sin division, casi á modo de castaña; su sabor casi como las de Europa.

Hay naranjas sin que se planten; tienen muy gruesas las cáscaras, otras delgadas, no las comen los indios. Algunos nuestros dijeron haber limones.

Hay muchas y muy grandes cañas dulces coloradas y verdes, bien largas y reforzados sus cañutos, de que se puede hacer azúcar.

Halláronse por la montaña del repecho junto al puerto muchos y grandes árboles cargados de nueces de especie, y se trajeron á las naos así verdes como estaban en sus ramos: sus hojas no son del todo verdes por la una parte, y por la otra tiran á pardas; su largo de un jeme más ó ménos, y en lo de más ancho tres dedos. La nuez tiene dos cáscaras, entre las cuales

se cria lo que llaman *masia* al modo de redecillas; su color naranjado: la nuez es algo larguilla, y hay quien dice que esta es la mejor casta. Los indios no hacen ningun caso dellas, y los nuestros las comian verdes, y las echaban en las ollas, y la masia por azafran.

Hallóse en la playa una fruta á forma de piña, y preguntado á Pedro si se comia, dijo que no más que del árbol que aquella fruta daba se comia la corteza.

Otras frutas á forma de higos, de avellanas y de albaricoques, se comieron; otras se vieron, mas no se supo qué frutas eran, ni las que más hay en la tierra; y para dar razon desto y de otras cosas, es menester estar un año en ella y andar mucho della.

Lo que es yerbas, no conocí otras sino muchos grandes bledos, verdolagas y calabazos.

Tienen los indios de barro negro unas bien obradas ollas, mayores y menores, y cazuelas y escudillas á hechura de barquillos. Entendióse que usaban de algun brebaje porque en las mayores ollas y en cuevas se hallaron ciertas frutas acedas.

Pareciónos ver allí tres canteras de buena piedra mármol; digo buena, porque se vieron ciertas cosas hechas della y de jaspe. Vióse ébano y grandes caracoles de nácar, y unos medianos telares; y en una casa se vió un monton de piedras negras pesadas, que salió despues metal, á donde se halló plata, como adelante se verá. Dos de los nuestros dijeron que habian visto pisadas de grande animal.

El temperamento pareció muy saludable, así en las fuerzas y corpulencia de los naturales como porque en

todo lo que allí estuvimos no cayó enfermo un hombre, ni se sintió molesto, ni quebrantado con trabajar y sin guardarse de beber en ayunas á deshoras y sudados, ni de mojarse con agua salada, ni dulce, ni de comer cuanto la tierra cria, ni del sereno, luna, y sol que no era muy ardiente de dia y de media noche abajo pedia y se sufria bien ropa de lana; y el vivir los naturales en casas terreras, teniendo tantas maderas, es indicio de ser la tierra muy sana, y más en verse muchos viejos. Oyéronse pocos truenos, viéronse pocas lluvias, y por venir los rios claros se entendió ser ya pasadas las aguas.

Notóse no haberse visto cardones de ninguna de sus castas ni arenales, ni ser los árboles espinosos, y que muchos dellos siendo silvestres dàn buenos frutos. Tambien se notó no tener nieve las sierras, ni haber en la tierra ningun género de mosquitos ni hormigas, que suelen ser muy dañosas en las casas y en los campos, ni sabandijas ponzoñosas en las montañas, ni en las tierras cultivadas; tambien ni en los rios caimanes, y que el pescado y la carne duraban sanos por salar dos y más dias; la tierra tan apacible, tan llena de arboledas, y tantas suertes de pájaros, que por esto y los otros buenos efectos se entendió ser allí clemente el cielo y que guarda su órden naturaleza. De lo que pasa en las sierras no se puede dar razon hasta que se vaya á ellas.

Por no se ver muchas ni grandes piraguas, habiendo tanta poblacion y tan grandes árboles, ni otras embarcaciones más de sólo unas pequeñas canoas, y por ser las sierras tan altas de cordilleras á Poniente y Levante

y al Sur, y ser tan grande el rio Jordán, en cuya boca se vieron muy grandes árboles arrancados y traidos cuando el invierno, se entendió ser grande la tierra y tanta su abundançia, que los naturales della á esta causa son holgazanes y no tienen necesidad de buscar otras.

Puedo decir con razon que tierra más apacible, sana y fértil de sus frutos; ni sitio de mayor aparejo de canteras, maderos, y barro para teja, y ladrillo para fundarse una muy grande ciudad, junto al mar y á puerto y á un buen rio en un llano con llanos cerca de sierras, lomas y quebradas; ni de mayor aparejo para criar, plantar y sembrar de todo cuanto produce Europa y las Indias juzgado por la disposicion de lo dicho; ni de puerto más alegre ni más airoso con todos los requisitos menesterosos para serlo, sin de presente conocérsele contrarios; ni de tantos astilleros, fondo á pique ó de ménos para fábrica de grande suma de naos de todos portes; ni de monte más abundante, de muy trabadas maderas, buenas para ligazones, curvas, *busardas*, *forcajes*, altos, gruesos y derechos árboles para tablas y todos mástiles y vergas; ni tierra que por sí sola pueda luego sustentar á tantas gentes extranjeras y tan regaladamente si bien se considera lo escrito; ni que tenga lo que esta tiene tan junto, tan á la mano y á vista de su puerto, y cerca siete islas que bojean doscientas leguas al parecer de las mismas calidades, y que tenga tantas tan buenas señales para ser buscada y hallada sin bajíos ni tropiezos, y casi á medio camino y otros tercios islas conocidas con gente y puertos adonde se puede

hacer escala, no la he visto en todo cuanto he andado ni he tenido tal noticia.

Hago ejemplo en el puerto de Acapulco por ser de fama, y de una ciudad tan principal como es Méjico. Digo, pues, que si es bueno para en él surgir naos, que es muy malo por la mucha broma que tiene y por faltarle rio y lastre, y ser enfermo lo más del año y el resto suyo insufrible por calores, mosquitos y otros animalillos molestos y dañosos, y mal asiento del lugar, y por la vecindad de altos cerros pedregosos y secos, y porque la provision necesaria y el sustento les ha de venir de muy léjos, y porque se corrompe presto; y finalmente por caro, y no les faltar á los navíos sus malos ratos del Sueste.

Si se mira desde el estrecho de Maganalles, por sus dos costas hasta los cabos Mendozino, y del Berton en Bacallaos, con ser siete ú ocho mil leguas de orilla, hallarse ha que los puertos que yo he visto, el de San Juan de Ulua no merece nombre de puerto, ni el pueblo ser habitado de gentes; y que Panamá y Puerto-belo tienen poca y mala comodidad y son escalas del Perú; y que Páita, el Callao y Arica, la Habana y Cartagena, con ser estos dos de fama, y la Guayara y Santa Marta, y otros muchos principales, con más los de Chile y el Brasil, segun que me he informado, son faltos de muchas cosas necesarias, y otros muchos todos playas: y no se hallará ninguno que tenga todas las comodidades que tiene el puerto y tierra de que se trata, que por ser en quince grados se debe esperar mayores bienes, en veinte, treinta y cuarenta si sube como pro-

mete. Y tambien digo que aunque no sea mejor que lo ya visto, basta por parte principal para que sea poblado.

Si se mira la costa de España no se hallará en toda ella un tal puerto, y que el terreno della sólo produce de suyo espinos, alcornoques, carrascos, jaras, retamas y á lo más madroños, mirtos y otras malas frutillas, y lo que cria de provecho es á puro beneficio; y en faltando Abril y Mayo faltan los frutos.

CAP. LXX.—Cuéntase la salida deste puerto y la arribada á él, y lo que desta vez pasó con los indios en razon de los tres muchachos.

Como estaba acordado saliesen las naos del puerto, entendiendo que no seria tanto el mal del siguato, diéronse velas el otro siguiente dia, veinte y ocho de Mayo. A la tarde los tocados estaban todos tan caidos, que ordenó el capitan á los pilotos, que no desabrazasen las naos aquella venidera noche del morro de barlovento y boca de la bahía, hasta ver la disposicion con que la gente se hallaba el dia siguiente, que venido, estaban todos tales que dijo el capitan volviesen las naos al puerto, á donde, por ser favorable el viento, dimos fondo fácilmente. Tratóse luego de confesar, cu-

rar y regalar los enfermos, que todos sanaban brevemente.

Otro dia, despues de surtos, fueron vistos en la playa muchos indios tocando sus caracoles. Por entenderse que llamaban, ordenó el capitan que en las barcas fuese el maese de campo con gente á saber lo que querian. Estando los nuestros cerca los indios, no pudiendo detener el sufrimiento, con gran coraje al son de sus instrumentos despidieron muchas flechas vanamente. De las barcas se tiraron cuatro mosquetes al aire y se vinieron á las naos.

Luego al punto el capitan hizo volviesen á tierra y llevasen los tres muchachos, para que los indios los viesen, y con esto hacerlos ciertos no se les haber hecho mal, que ésta se entendió ser la causa de todo su desasosiego. Llegados que fueron, luego los muchachos llamaron á sus padres que, aunque oian, no conocian á sus hijos en la voz y en la vista porque iban vestidos de seda. Acercáronse más las barcas para que mejor fuesen vistos, y como fueron conocidos, al punto dos de los indios se entraron hasta los pechos en el agua, mostrando en esto, y en el gozo que tuvieron todo el tiempo que duró su dulce prática, ser padres de los muchachos.

Dióse á entender á los indios, que haberse tirado mosquetes habia sido porque ellos tiraron flechas. Dijeron á esto que no ellos, sino otros de cierta parcialidad, y que pues ellos eran amigos, les diesen á sus tres hijos. Fueles dicho que trajesen gallinas, puercos y frutas que luego se los darian. Dieron á entender por

el sol, habian de ir y volver á medio dia. Fuéronse, y los nuestros se recogieron; y al mismo tiempo concertado, sonaron dos caracoles, salieron á ellos las barcas llevando los tres muchachos, cuyos padres, cuando los vieron y hablaron, no mostraron ménos placer que cuando la vez primera. Dieron á los nuestros un puerco y pidieron los muchachos. Dijéronles que trajesen muchos: dieron á entender que el otro siguiente dia; que venido, sonaron sus caracoles.

Salieron luego las barcas, llevando en ellas para los indios un macho y una cabra, para quedarles para casta: iban tambien los muchachos para añagaza de que los indios se entrasen, y los trajesen á las naos para volverlos á enviar. Hallaron en la playa dos puercos, que recogidos, entregaron á los indios el macho y cabra, que con cuidado miraron y gran mormurio entre sí.

Pidieron los padres sus hijos, y porque no se los dieron dijeron que traerian más puercos, y que los nuestros volviesen cuando ellos avisasen. A la tarde hicieron la misma señal: fueron las barcas á tierra, y sólo vieron en la playa estar el macho y cabra atados, y dos indios junto á ellos que dijeron los saliesen á buscar que ellos no los querian. Sintiéndose mal del caso, con cuidado se miró y se vieron por entre las arboledas muchos indios con arcos y flechas. Entendido ser modo para prender algunos nuestros, ó de otro mal intento, se dispararon mosquetes, que oidos con grita y mucha prisa se fueron huyendo los indios, y los nuestros recogieron macho y cabra y se volvieron á las

naos. Luego el muchacho mayor, que despues se llamó Pablo, dijo al capitan una vez y muchas veces con señas de gran terneza:—*Teatali:* que debia ser decirle que lo dejase ir á su tierra; mas el capitan le dijo:— Calla, niño, que no sabes lo que te pides; mayores bienes te esperan que no la vista y el trato de padres y amigos gentiles.

Es de notar que una cruz que se habia dejado junto al rio del Salvador, fué hallada en su lugar levantada, y que los indios habian colgado della ramos y flores.

No faltó quien dijo al capitan, que pues tenia presente una tierra de tantos rios y quebradas, hiciese en ellas dos catas del metal que llaman oro, á los ojos de los hombres tan acepto. El capitan dijo á esto, que sólo habia venido á descubrir tierras y gentes, y que pues Dios le habia hecho merced de mostralle lo buscado, no era justo ni razonable arriesgar el todo por la parte; y que si lo pudiese hacer, entendiendo tener color de disculpa, lo hiciera sin que dello le avisasen, y que á los pobladores que á aquellas tierras viniesen, tocaria con la seguridad debida este y otros cuidados. Volvióse decir á esto, estar el tiempo de tantas cudicias lleno, que si no hay oro ni plata, no hay gustosa gana de poblar, y lo demás; y por cerrar esta partida respondió el capitan, que la causa es de Dios, y cuando llegase la hora determinada por Su Magestad divina, daria para aquella hacienda suya mayordomos con obreros, que su pio no sea sólo de oro, sino de bien de las almas.

CAP. LXXI.—Las causas que movieron al capitan salir segunda vez deste puerto, y cómo, volviéndose á él, desgarró la capitana y perdió la compañía de los otros dos navíos, y se vieron mejor los llanos que se habian visto ántes de entrar en la bahía, y aquella grande y alta sierra que muy lejos al Sueste demoraba; y se descubrió una isla.

Viendo, pues, el capitan que los indios de aquella bahía estaban de guerra por el mal trato que se les hizo, determinó de ir á ver de cerca aquella grande y alta sierra; queriendo con la vista della aficionar los ánimos de todos los compañeros, porque si él muriese quedasen ellos con filos de proseguir la obra hasta del todo acabarla. Consideró que si faltaba su persona, no faltaria discordia ni peligro en pretensiones de quién habia de ser el cabo; y tambien, que necesariamente habia de haber acuerdos en razon de la derrota que se habia de seguir, que por ser á barlovento no dejarian de ser diversos los pareceres, y quedar en contingencia lo que tanto deseaba fuese visto, porque pareció á muchos que de los topes miraron, que todas aquellas tierras tra-

baban unas con otras, y al capitan parecia que la que queria ver era de mucha codicia, y que tenia para reparo aquel puerto á sotavento.

Y para dar principio á este deseo, salió de la bahía con los tres navíos un jueves, ocho de Junio, por la mañana, tres dias despues de la conjuncion de la luna. Estando templado el viento Leste, que era el que más habia cursado todo el tiempo de nuestra estada en ella, hallóse fuera el Sueste con alguna fuerza, y se navegó lo restante del dia porfiando, sin poder ir adelante; á cuya causa los pilotos de unos á otros navíos se dijeron:—¿A dónde vamos? Tratóse con el capitan estas y otras razones, y por todas ellas dijo volviesen las naos al puerto, con intencion de hacer una casa fuerte, sembrar, invernar, conocer mejor los tiempos, y hacer un bergantin para con él y la lancha enviar con otros á descubrir lo que tanto deseaba por sí mismo, por hallarse presente á todo lo ausente de que tenia muy grande necesidad; pues de lo más importante á vista de ojos le daban tan mala cuenta.

Toda la noche anduvimos de una y otra vuelta en la boca de la bahía. Cuando amaneció estaba la nao almiranta tres leguas á sotavento, y como á las tres de la tarde ella y la zabra estaban ya cerca del puerto. El capitan preguntó la causa, de que siendo aquellas naos ménos buenas de bolina estaban tan adelante: le fué dicho que hallaron más favorables vientos, siendo todo en un paraje; mas luego se dijo allí que á la nao capitana dieron muy cortas las vueltas, y que esta fué la razon, y parece buena, de haber quedado tan atrás. Ve-

nia creciendo el viento y acercándose la noche: por esto ordenó al piloto que si no pudiese tomar el puerto surgiese á donde alcanzase. Cerróse del todo la noche muy escura: la almiranta y la zabra al parecer dieron fondo: viéronse sus faroles encendidos para que la capitana, que tambien iba á surgir, se pudiese marcar por ellos: allí se dijo que echada la sonda, hallaron treinta brazas de fondo y que no estaban del puerto un tiro de arcabuz. Cargó el viento con un borboton de sobre la tierra; tomáronse las velas, la nao quedó con sólo dado trinquete, y parece que por esto descayó un poco, por lo que el piloto mayor, encareciendo mucho este caso de no hallar fondo, la escuridad de la noche, y el mucho viento, muchas lumbres que se veian, sin poder juzgar con certeza las de los dos navíos, lo dijo así el capitan y que no se podia tomar el puerto. El capitan le encomendó el ánimo y la vigilancia.

Hay quien dijo, y se deja bien entender, que pudo fácilmente hacer más diligencias por surgir ó entretenerse sin salir de la bahía, y que con solo la cebadera cazó á popa, diciendo queria ir á abrigarse del morro de barlovento; y tambien se dijo que se echó á dormir. Venida la mañana preguntó el capitan al piloto el estado de la nao. Díjole estaba á sotavento del morro: y el capitan, que diese velas porque la nao no descayese. El piloto dijo á esto que eran tan grandes las olas y tan contrarias, que con la proa en ellas se habia de abrir la nao, más que haria sus diligencias. Yo digo que fué grande desavío estar el capitan enfermo, en esta y otras ocasiones, en que los pilotos le vendian el tiempo, y le obliga-

ban á creer cuanto decian, á tomar cuanto le daban, medido como querian. Finalmente, este dia, y otros dos, se porfió por entrar en la bahía; los navíos no salieron, el viento no se aplacó, con cuya fuerza y la nao, con poca vela la proa á Lesnordeste, fué desgarrando y perdiendo de tal manera, que nos hallamos distancia de veinte leguas á sotavento de la bahía, y mirando todos aquella alta sierra con pena de no poder llegar cerca della.

La isla de la Vírgen María cerróse tanto que nunca se pudo ver. Vióse la otra de Belen, y se pasó por junto á otra de siete leguas de cuerpo. Es un cerro muy alto casi á forma del primero: púsosele por nombre el *Pilar de Zaragoza.* Viéronse en ella muchas sementeras, y palmas y otros árboles, y tambien humos. Dista al parecer de la bahía treinta leguas al Noroeste; fondo á pique y sin puerto. Procuramos con diligencia su abrigo; mas obligados del viento y de la corriente la fuimos dejando, y nos hallamos al siguiente dia engolfados y sin vista de tierra.

CAP. LXXII.—Dícense los lastimosos discursos que hizo el capitan y otros para mitigar el dolor que sintió por haberse perdido el puerto, y para determinarse en lo que habia de hacer con junta y acuerdo de todos.

Aquí se le representaba al capitan, que si en Lima le dieran sus despachos el dia de San Francisco, tan pleitado, cuan bien venia con su traza, que lo era subir á treinta grados de Polo declinado el sol al Sur; y que para esto bastaban cuarenta dias y ménos al parecer: y y que si de aquella vuelta hallara la buscada tierra, era el tiempo más propio para andar por su costa y entre sus islas; y que si no fuera hallada siguiera aquel paralelo, pues habia mes y medio ántes de dar el sol la vuelta hasta toparla, ó caminar al paso del sol hasta ponerse en veinte grados, y por ellos navegar al Poniente, ó con vueltas del Sudueste y Noroeste cruzar aquellos mares hasta toparla ó desengañar que no la hay: y hiciera otras muchas diligencias medidas al estado en que se viese.

En suma, digo, que desde San Francisco á todo Mayo hay ocho meses, ménos aquellos cuatro dias, y que para

ir de Lima de rota batida á Manila bastan dos y medio, y á todo rigor tres meses, y que los cinco restantes era tiempo muy bastante para descubrir y ver muy grandes tierras y puertos ó ir por Mayo á Manila, que es ántes de vendavales y por Octubre ó Noviembre, que es principio de los Nortes; y de las brisas salir de aquella ciudad é ir por fuera de las dos Javas, al Sur Sudueste á buscar tierras, y pasar el cabo de Buena Esperanza por Enero, Febrero ó Marzo, mejores meses del año para montarlo, é ir aportar á España por Julio, Agosto ó Setiembre, que es el Estío. Y que para hacer tan grande hecho como suena, bastaban solos veinte meses ó á lo más largo dos años, y esta verdad la confesarán todos cuantos saben navegar, y tambien cuan grandes seran los pesares de quien sabe que desta vez ya no puede sacar de tantos trabajos suyos aquellos frutos para otros que pretendió tan de veras. Y con estos grandes cargos de penas el capitan dijo en público, que todos les fuesen testigos, porque si muriese quedase en la memoria de las gentes, que los dos meses y medio de verano dilatados en el Callao, le habian robado el no poder conseguir tan grande empresa como la tuvo presente, y sola media hora de tiempo se la quitó de las manos.

Consideraba el mucho contrario viento, la grande cerrazon que habia, el paraje á donde al presente estaba no conocido, y ser fuerza haber la nao de descaer, y que podria ser fuese á parte á donde ó se ensenase ó diese al través en la costa ó en bajos, y todo se acabase allí. Tenia muy presente el ver como al primero lance ó

trance faltó el ánimo ó la maña ó los deseos de reparar, á cuya causa podia con razon decir que estaba sin pilotos de quien fiarse, y que á algunas otras personas se les daba poco de lo sucedido y esperado, y ménos de sus enfermedades, por las cuales veia el caso en conocido peligro.

Dejando aparte las ordenaciones de Dios, sus altos y secretos juicios, y cuán corto entendimiento era el suyo para poder rastrear si convino ó no convino lo sucedido, dijo el lastimado capitan que poco importa discrecion para bien ordenar las cosas ni ánimo para las acometer aunque más fáciles sean de acabar, si hay quien quiere y puede quitarle todo su justo valor ó grandes partes; y que deben los Reyes, cuando emprenden grandes empresas, distinguir, aclarar y fortalecer sus despachos de tal manera, que las personas á quienes cometen las ejecuciones no tengan que dudar, ni de que asir, ni con qué se poder excusar; ó no empeñar los hombres para que se vean en unos estados tan confusos y apretados, como estaba el capitan, sin saber cuál consejo era el maduro, ni cuál el verde, ni la eleccion que hiciese, ni la determinacion que tomase, que seguida fuese acierto ó al ménos parte de remedio á los daños de que estaba amenazado en caso tan importante.

Acordóse, pues, de ir, como fuimos, navegando del Nordeste al Norte hasta altura de diez grados y un tercio, paralelo de la isla de Santa Cruz, á donde puestos, el capitan hizo los siguientes discursos.

Lo primero, que el viento Sueste tenia la misma fuerza, y que si con tan grande cerrazon iba al Ponien-

te en busca de la isla de Santa Cruz, podria ser quedase al Oriente, y que sin el peligro á que habia de poner la nao se alejaba más del remedio si no topaba con ella.

Lo segundo, sabia, por haber ya hecho el viaje de Filipinas, ser en ellas principio de sus furiosos vendavales Oeste y colaterales que duran, cuando poco, hasta principio de Octubre, á cuya causa le era imposible por entónces ir á ellas.

Lo tercero, veia que para acometer el viaje de Acapulco era muy larga distancia, y habia de doblar la línea equinoccial sin conocer cuál tiempo en ella era el mejor; y que era muy poca el agua que tenia y ninguna carne, porque el piloto mayor enterró las pipas en el lastre que chupó la salmuera, y por esto se pudrió toda.

Sentíase con muchos males y sin médico, y con falta de lo menesteroso para sustentarse.

Sabia que en la nao habia algunos poco amigos y otros del todo enemigos, y que los que le habian de ayudar á llevar parte de su carga esos le cansaban más, y ménos componian cosas ni trataban de más que de sólo la seguridad de sus personas y ahorrar de trabajos.

No sabia el cierto estado de los otros dos navíos, ni qué sucesos tendrian; por esto hacia cuenta que sola la nao en que estaba habia de dar la nueva de las tierras descubiertas, y cuánto esto importaba, y que la misma cuenta debian de hacer los que quedaron en ellas. Otros discursos muy penosos hizo al propósito, y los consiguientes por consolarse.

Lo primero, cuántos navíos aventureros y de flotas

y de armadas cargadas de gentes y riquezas se habian perdido, todos en navegaciones sabidas, sin conseguir muchas veces ni el todo ni parte de lo pretendido.

Lo segundo, que dejaba descubiertas tantas y tan buenas gentes y tierras, sin saber qué fin tenian, y una tan buena bahía y tan buen puerto dentro en ella, y en nombre de Su Magestad tomada la posesion, sin haber costado un hombre; y que todo esto era principio con muy grandes fundamentos para poblar y acabar de descubrir y saber todo cuanto aquellas tierras contienen; y que empresa tan árdua no era mucho no se consiguiese toda de una vez, ni de tres, aunque hubiera sido ayudada con todas veras, y la gente que llevaba le tuviese el mismo amor que él le tenia.

Lo tercero, que pues Dios habia sido servido de guialle á aquellas partes, y en ellas le dió tiempo para cuanto estaba hecho, era muy justo estuviese consolado y muy conforme con la voluntad del Señor de los tiempos, y entender que si otra quisiera en favor ó al contrario, que tambien lo pudiera hacer aunque más invierno fuese, y aunque los hombres más contradijesen ó más le favoreciesen, y otros millares de contrarios se le atravesasen delante; y que quizá convino lo que tiene sucedido, por causas que de presente no se alcanzan.

Lo cuarto, que en los otros dos navíos quedaba la instruccion que habia dado, y entendia si estaban salvos harian todos sus poderíos por descubrir más tierras y traer dellas tales nuevas, cuales las esperaba en Dios y en el almirante y en su piloto Juan Bernardo de Fuen-

tidueña, persona de quien fiaria mayores cosas, y tambien del capitan de la nao Gaspar de Gaya, y de tres muy honrados religiosos; en suma, de toda la gente que aplicó á aquella nao, por ser así conveniente. Finalmente dijo, que debia de conservar lo presente por asegurar lo venidero, y que quien gobierna ha de fiar de algun hombre todo ó parte de casos y cosas presentes y ausentes, mayores y menores, y que si aquellos de quien se fia engañan los confiados, no sabia tener remedio, salvante el del cielo.

Siéndole al capitan tan forzoso resolverse brevemente en lo que se habia de hacer, hizo notificar un auto á todos los oficiales y más personas de la nao, diciendo que considerasen bien todas las razones que daba, el estado presente y cuanto el caso importaba. Hubo algunos, que por la boca de uno tan ignorante como ellos en lo que es navegacion, que decian que fuésemos á Filipinas. A esto decian otros, que como tenian dinero querian ir á hacer empleos en loza y gorgoranes de China, aunque lo pagase la obra ó al ménos la hacienda del Rey; mas al fin todos fueron de parecer que se fuese en demanda del puerto de Acapulco, y lo firmaron de sus nombres á diez y ocho de Junio.

Al punto el capitan ordenó á los pilotos que fuesen navegando del Nordeste al Norte, si el tiempo diese lugar; mas que si de la parte del Sur, en que estábamos, se hallase alguna isla, se procurase surgir en ella para se hacer una lancha y nuevo acuerdo, en órden á ser Dios y Su Magestad más servidos; y en caso que no se

hallase, se fuese siguiendo la referida derrota hasta poner la nao en altura de trece grados y medio, parte del Norte y paralelo de la isla de Guahan (1) en los Ladrones, camino que llevan las naos de Acapulco á Filipinas, para que allí, conforme á la disposicion de la gente, tiempos, nao y bastimentos, se hiciese último acuerdo y se tomase resolucion de la derota que se habia de seguir para buscar puerto amigo.

CAP. LXXIII.—Cuéntase cómo de dos grandes aguaceros se cogió cantidad de agua; y cómo doblada la equinoccial se descubrió una isla, y la junta y último acuerdo, y lo demás de derrotas y alturas hasta cierto punto.

Con el viento Sueste, que ya habia quebrado su furia, se fué navegando hasta víspera de San Juan Bautista. Este dia fué Dios servido darnos un grande aguacero, del cual, con veinte y ocho sábanas tendidas por toda la nao, se cogieron esta y otra vez trescientas botijas de agua; remedio puro de nuestra necesidad y gran consuelo de toda la gente.

(1) *Guahan* ó Guan.

Con algunos pocos contrastes y algunas calmas, la proa al Norte, llegamos á la equinoccial á dos de Julio. Esta noche fué marcada la aguja, y se halló que tenia de variacion cuarta y media á la parte del Nordeste; cosa notable teniendo en la bahía siete grados y siendo casi un mismo meridiano, y la distancia tan corta.

Con el viento Sur y Sudueste el más del tiempo Leste fuimos navegando hasta ocho de Julio. Este dia se vió una isla de hasta seis leguas de boj; y porque hasta aquí no se habia encontrado tierra alguna ni bajo, ni otra cosa que impidiese nuestro camino, se le puso por nombre *Buen Viaje*: su altura son tres grados y medio parte del Norte. Acordóse de no ir á ella por no ser ya á propósito y por el riesgo de ser baja. Deste paraje para más altura tuvimos algunos aguaceros, en especial uno de que hinchieron de agua todas las vasijas que en la nao habia vacías, y toda ella se bebió sin hacer el menor daño, ni se corrompió jamás. En suma, los aguaceros, despues de Dios, nos dieron las vidas.

A veinte y tres de Julio ordenó el capitan á los pilotos que dijesen la altura en que se hallaban, y las leguas que á su parecer estaban de Filipinas y de la costa de la Nueva España, y que determinadamente declarasen á cuál de las dos partes se habia de poner la proa de aquella nao.

Cuanto á la altura dijeron ser de tres grados y un tercio: que estaban á Leste de Manila setecientas y ochenta leguas; de la costa de la Nueva España novecientas leguas al Sudueste della, y que á Manila no se podir ir por ser los vientos vendavales en aquel tiem-

po muchos y muy contrarios, por lo que eran de parecer se fuese en demanda de la costa de la Nueva España y puerto de Acapulco.

Pareciendo al capitan que el mayor servicio que al presente podia hacer á Su Magestad era la salvacion de aquella nao, ganar tiempo, excusarle los gastos que se le podrian hacer en Manila, y los sueldos de un año de toda la gente, y que por estar tan á barlovento del meridiano del Japon no habia viento que le pudiese impedir el subir á más altura ó allegarse á la costa; que la nao estaba con fuerzas, con agua y bizcocho muy bastante y toda la gente sana, y dos indios de aquellas tierras que podrian declarar; y que si él muriese en aquel golfo, la gente ya empeñada procuraria llevar la nao y ser Su Magestad informado de lo descubierto y prometido, y estaba obligado á escoger el menor de los dos inconvenientes presentes; y así ordenó á los pilotos que fuesen en demanda de la costa de la Nueva España y puerto de Acapulco, y que cada dia le diesen cuenta de la derrota que seguian y la altura en que se hallasen; y les dijo que el que más sufriese y más útil fuese, seria digno de premio.

Mirando, pues, el estado de este caso, desde su tardo despacho en las Córtes y en el Callao, digo que por la grandeza é importancia de todo él y la facilidad con que el capitan podia mostrar en obras todos sus pensamientos y deseos, tantas veces pregonados, que ha sido el mayor de los agravios que se ha hecho á un hombre que lo habia comprado por tan continuos trabajos y miserias, y otros muy subidos precios, peregrinando

y hallando en tan largo discurso muy grandes dificultades. Por todas estas y otras mil razones no sabia el capitan si diese la culpa á la ignorancia ó á la malicia, y concluyó con que la daba á sus muchos grandes pecados; con que confiesa que no merece ver el remate de una obra en la cual estuvieran bien empleados cuantos viven justamente, y tienen todas las partes y artes que pide tan santa empresa.

CAP. LXXIV.—Cuéntase cómo acompañó la nao un grande cardume de peces albacoras muchos dias, la pesquería que se hizo, y lo demás que pasó hasta la vista de tierra de la Nueva España.

Con los vientos de Leste y al Nornordeste navegamos hasta veinte y seis de Julio altura diez y ocho grados. Este dia tuvimos el sol por Zenit. Cortóse el trópico de Cancer primero de Agosto. Hasta este paraje casi todos los dias se vieron pájaros garajaos y otros.

A cinco tuvimos viento largo: con él se navegó á Leste y á popa casi tres dias, y luego al Norte hasta veinte y cinco grados. Este dia, que lo fué de San Lorenzo, se cogieron de un aguacero cincuenta botijas de

agua, y ciertos peces albacoras y bonitos de un grande cardume que hasta aquí vino siguiendo la nao, de que todos los dias se pescaron al anzuelo, fisga y arpon, diez, veinte, treinta y tal vez cincuenta, algunos de peso tres, cuatro y cinco arrobas. Comióse fresco á pasto franco, y en salmuera se hinchieron mucha cantidad de botijas. Juzgóse por dos mil y quinientas arrobas que suplió la falta de carne, y duró hasta el puerto de Acapulco, y sobró.

Ibase alargando el viaje por la escasez de vientos y muchas bonanzas, por lo que fué necesario subir á treinta y ocho grados, que seguimos al Leste con viento Susueste aunque no del todo fijo.

El primero dia de Setiembre, como á las tres de la tarde, hubo un grande temblor de mar y del navío, cosa notable y nueva para mí. Al fin, con viento Sur y Sudueste, se navegó hasta diez y seis de Setiembre. Este dia, á las tres de la mañana, hubo un grande eclipse de la luna, que duró al parecer tres horas. La variacion de la aguja iba ya siendo muy poca; los pilotos haciéndose con tierra, toda la gente cansada de tan duradera tasa de un cuartillo de agua y otras faltas, ayudadas de tantos meses de navegar, deseosos de ver tierra ó señales della, cuando fué vista en la mar una grande yerba, que se llama *porra*. En aquella sazon se iba con viento Sueste navegando á Lesnordeste. El viento se cambió al Nordeste, y á ser ántes fuera fuerza subir á más altura; pero sabiendo el capitan que aquella yerba y otras muchas de su género que por allí se hallan, están cerca de tierra, dijo que se

pusiese la proa á Les-sueste. Así se navegó viendo señales que nos servian de consuelo. Este se tuvo mayor con vista de perros marinos, hojas de árboles, y pájaros de playa que se vieron en un tronco.

Llevábase mucho cuidado en la guarda de la nao, las noches en el bauprés dos hombres en vela y de dia en los topes de ámbos árboles, cuando á veinte y tres de Setiembre bien de mañana un Silvestre Marselles dijo con gozo increible:—¡Tierra veo por la proa: es alta, pelada y seca! Y para certificarse desto subieron muchos á verla, que confirmaron la nueva. Los pilotos pesaron el sol á su tiempo, y hallaron treinta y cuatro grados. Luego el capitan dijo á cuatro hombres mirasen bien si eran islas, y todos dijeron:—Tierra firme; y fué engaño, porque aquella prima noche, estando muy claro el cielo, nos hallamos metidos entre dos islas cuya vista dió á todos poco gusto, y al capitan mucha pena; pues aquel dia y noche que obligaba á más cuidado se habia tenido ménos, y mucha más por no saber de quien fiarse dando cada dia tientos; y para remedio desto puso un sobreestante en la popa, mas luego este se hizo con todos los otros, que habia allá ciertos medios. Al fin fué Dios servido que la canal era limpia; salimos della y costeando la tierra firme, pasamos á vista de *Isla de Cerros*, con gasto de algunos dias por contrastes y bonanzas.

Testamento del capitan.

Mucho deseo que en aquellas partes de tierras, que Dios fué servido mostrarme, y en todas las que están

ocultas y de buena razon tan pobladas como las que pobladas ví, se armen y se fabriquen desde luego unos nidos sin zarzas, ni otros géneros de espinos, albergues y dulces moradas de pelícanos, que lo primero rasgan carnes, abran pechos y muestren claro entrañas y corazon: que no se contenten con esto, sino con dar así mismo á comer á aquellas gentes guisados de muchos modos en los braseros de la encendida caridad, siendo las ollas y las cazuelas la piedad y la misericordia, y la vagilla toda equidad; y lo ménos por bebida sea el sudor de sus rostros, si ya no querrán dar la sangre de sus venas: todo esto con un puro y limpio amor siempre jamás sin doblar un paso atrás.

No quisiera, en ninguna de las maneras, que entre aquellas tan nuevas y tiernas gentes fuesen á poblar y á vivir, y entrarse en grandes palacios por nidos, unos falcones y sacres y otras aves de rapiña que con rodeos y disimuladamente cojan de salto la presa, y la agarren con sus bien rapantes uñas, y con los picos revueltos y cortadores las hagan dos mil pedazos, sin nunca jamás se hartar, ni de chuparles los huesos cuando ya no tengan carne; y que por dar sabores á guisados en tan impías maldades, ofrezcan allá ciertas salsitas y den por frutas unas melosas disculpas legísimas de toda ley de razon, é indignas de toda buena memoria y dignísimas de un castigo á proporcion. Ejemplo desto en las Indias con sus islas; y pregúntese á todos sus naturales en todo lo que es libertad, honra, vida y hacienda (dejo lo espiritual), en que tanto hay que decir, cómo les fué en aquellos tiempos pasados, y digan cómo al presente les

va, y cómo esperan les irá si no para la posta á que van corriendo.

Mas yo respondo por ellos, y digo desta manera: que las fuerzas, los agravios, las injusticias y los daños grandes que les han hecho y hacen son increibles, los modos infernales, el número incontable, y que nunca á sus amos ví, ni á otros que gozan muy grandes partes de sus afanes destas gentes, llorar los males que les hicieron y hacen por sólo que ellos descansen con toda comodidad: y que si acaso á alguno he oido gruñir, gritar y reñir, que es para mí muy fingido y lo demás; pues no les han perdonado ni perdonan, ni entiendo perdonarán lo ménos que dellos quieren, á todo tirar de edades, cuanto más perdonar dinero. Dinero, digo, que quieren, y más dinero aunque de sus entrañas lo saquen. Esto he visto, y que cuantos ménos van siendo más dinero quieren dellos, y que no les vuelven de lo que les tienen quitado á su pesar y pesar un real; mas ántes de nuevo y con más reforzadas ánsias, teñidas en colores no conocidos, oscuros y extraños, digo pretenden dellos á lo claro siempre más y nunca ménos, y de á do diere, aunque sea en la privacion de la gloria y eternidad del infierno suya y dellos.

Vean esto, con ojos de cuerpo y alma, los señores que han de ser los jueces de tan piadosa causa como les represento aquí, porque con las suyas descargo mi conciencia; avisando en todo cuanto tengo escrito y mostrando con mucha facilidad, que si bien se quiere templar tan diabólica cudicia, se hallará que hay muy sobrado para todos, y que deste y otros modos suaves

y razonables no habrá tantos pescadores, cazadores y armadores, con tantas correspondencias cuantas ví y bien noté; y haránse obras tan honradas y tan hermosas que hagan feas todas las otras de su género. Y más tambien, que con muy grandes ventajas sean Dios y Su Magestad servidos en todas aquellas partes y tierras, y los naturales dellas sean tan medrados cuanto es justo y debido, so graves penas se pretenda, y se vea en lo más y en lo ménos; y este será mi premio.

Las razones que daban al capitan para que castigase á ciertos hombres, y las que dió porque no lo hizo.

Habia en la nao algunas personas, de las que siempre desearon todo el bien de la jornada y que lo procuraron á costa de su mucho cuidado y desvelo, que lastimados de haber visto y ver de otras su poca voluntad, y el mal retorno en lo debido á la obra y á los amorosos tratos y beneficios que el capitan les hizo, se lo dijeron muchas veces, queriendo incitarlo al castigo dellos, ó á que les diese licencia para darles de puñaladas.

A esto dijo el capitan, los tenia obligados á todos y él lo estaba por justas causas á disimular y á sufrir; y pues sufria, sufriesen los que eran sus amigos, y advirtiesen que aquella jornada hizo con ánimo determinado de no quitar vidas ni honras, y que si las hubiera quitado, viviera toda su vida inquieto y descontento y lo tuviera por azar. En lo demás, ¿qué pretende traer presentes hombres muertos ó afrentados?

Dijeron no conocer buenas obras, ni merecian cortesías tan dobladas, ni se les podia sufrir el saber que iban con ánimo determinado de, poniendo los piés en tierra, decir mal de su persona y de sus servicios, y derribar la causa tan su amada; sin reparar en lo que es verdad, ni en razon y justicia, sólo á fin de vengar sus corazones.

El capitan dijo á esto, que seria gran cobardía temer la verdad á la mentira, y que si hubiera de hacer caso de diez ó doce desgarrados, que ya lo hubiera mostrado; y bien sabia la mala paga de hombres y que nunca la esperó buena, y así no era engañado ni queria en averiguar desvaríos gastar un solo momento, habiendo menester el tiempo para cosas que más al caso importaban.

Dijeron que Dios castiga al que lo merece.

A esto dijo el capitan que Dios perdona, sufre y espera, y que cuando se determina á castigar, no se puede engañar ni ser engañado: y que él habia entendido el mal natural de algunos y de otros cuán varios y mudables eran, y que temia de muchos las venganzas deseadas por pasiones, de las cuales ciegas se podrian engañar tanto cuanto ser él engañado por ellos: y que perdonar á ingratos y á enemigos sin haber causa de serlo, y hacerles bien por fuerza, si lo querian conocer era muy grande venganza, y mayor valentía teniendo potestad no usar della, y mucho mayor lo era defenderlos, siendo enemigos, y vencerse á sí mismo cuando hacia sus discursos: y que el haber salido sin ensangrentar cuchillo con este primero intento, aunque lo compró

muy caro y más le costase adelante, lo daba por bien empleado á trueque de que la jornada presente no dejase la fama que otras pasadas, ni que sobre los huesos de tales mártires se armase aquella tan buena obra, ni tal sonase en el mundo, que era en lo que más reparaba.

Dijeron ser la piedad muy buena y tambien puesto en razon el castigo de los malos.

El capitan dijo á esto, que el emperador Teodosio dijo en cierta ocasion quisiera poder dar vida á todos cuantos habia muerto, y Cárlos quinto sufrió y perdonó muchísimo pudiendo bien hacer castigos medidos á su voluntad, y esto mismo hizo Jorge Castrioto y otros muchos valerosos y prudentes capitanes, espejos en que se estaba mirando dias y noches con deseo de acertar; y que la piedad se alaba tanto, y tanto más es celebrada cuanto es más ejercicio, y que si para perdonar yerros á hombres, como él era, esperando la enmienda, no fuera de su natural piadoso, que ménos lo habria sido para tratar tan á su costa de una obra toda piadosa: y que pues de su parte la piedad estaba tan pregonada y praticada en lo más, no parecia razon que la negase en lo ménos, ni que del todo se le acabase el sufrimiento. Y estando para morir, y en tiempo que ya se iba á buscar puerto á donde á su parecer ternian fin con el viaje todas malas voluntades que habia declaradas y encubiertos rancores, y que para más humillarlos, aunque más rebeldes fuesen, los habia de apadrinar, diciendo experimentaba desta vez para desengaño de otras y de otros, si habia hombres de tan duros corazones

á quien el bien no ablandase ó por el bien diesen mal: y que cuando fuese así, dijesen lo que quisiesen y hiciesen cuanto pudiesen, que sus voces habian de ser tan poco oidas cuanto su poca justicia y ménos opinion. Y estaba cierto que el vulgo habia de juzgar este hecho con muy diversos sentidos de su intento, y que cuando diese la sentencia más la queria oir de piadoso que no de cruel, ó de reputado que de arrojadizo. Y dijo, en suma, ser la justicia una excelente virtud y muy necesaria en el mundo; mas empero que la ejecutasen otros que supiesen, entre cizañas y uso de poca razon siendo los testigos enemigos, averiguar la verdad sin más ni ménos.

Un caso notable.

Venia en nuestra compañía un marinero de nacion arragoces, mozo dispuesto y soldado y tal de partes y gracias, que por ellas merecia ser tanto como lo era estimada su persona de todos en general. Estando, pues, en veinte y cuatro grados y solas dos leguas de tierra, fué llamado y buscado en toda la nao y en las gavias, sin responder ni ser hallado, para gobernar el timon el cuarto de la modorra. Dada cuenta al capitan, mandó al punto que fuese virada la nao y se buscase aquel hombre, en cuya demanda, mirando á todas partes la mar y llamándole por su nombre y haciéndole señas de fuego, se gastó todo el resto de la noche y parte del dia siguiente sin ser visto, ni cosa que nos sirviese de rastro.

Con esta confusion y pena grande seguimos nuestro camino; y deseoso el capitan de saber la causa, hizo pesquisa y halló que ciertos dias de secreto hinchió dos peruleras de semillas, chaquiras, cascabeles, cordeles, anzuelos, cuchillos y un machete, que las bocas tapó con cera de Nicaragua, y más otra botija mediana de vino yagua y una cajeta de conserva y su espada; y aquella misma mañana habia estado muy atento oyendo leer la vida de San Anton ermitaño, y que alabándola mucho dobló la hoja y guardó el libro. Que toda aquella tarde estuvo del tope mirando, y marcando la tierra con un agujon que tenia; que la noche que faltó lo vieron estar muy desvelado, y se entendió que de una tabla, palos y cuerdas que tenia en su rancho, habia hecho una balsa, y que en ella se debió de ir, llevando consigo á todo lo referido, pues nada desto se halló. Y más se dijo, que tuvo muchos deseos de quedarse con los indios de las tierras descubiertas, y que habia dicho á un hombre que se quedase allá con él, y que como nuestra venida habia sido repentina no tuvo lugar de hacerlo; y por esto se habia quedado allí por dotrinar á gentiles ó vivir en soledad: y estaba de dos dias confesado. Abrióse luego su caja y en ella se hallaron sus vestidos, su dinero y otros y una memoria de todo lo que era ageno que le dieron á guardar, mandando se le volviese.

Este hecho es de un hombre que teniamos por de razon y buen cristiano; y cuando pienso en determinacion tan extraña me hace lástima, y mucho más por arrojarse en una tabla á tanto riesgo de si habia de lle-

gar á poner los piés en la playa, y si luego habia de hallar la comodidad tan necesaria para poder conservarse, y si para la buscar habia de ir la tierra adentro ó por la orilla del mar; quién habia de cargar aquellas dos peruleras con las cosas que llevaba dentro en ellas y lo demás principal para sustentar la vida; ó si luego ó despues diese con indios, si lo habian de recebir y tratar bien, y más aquellos que tienen fama de comer carne humana: y juntamente la soledad, la desnudez y la inclemencia de tiempos; y que cuando la tierra no le cuadre, por no hallar en ella disposicion para su intento ó se arrepienta, cuán lejos está el recurso y cuán cerca el daño; y otras cosas muy dignas de considerarse, y sobre todas la falta que ha de tener de los oficios divinos y sacramentos. Y porque ignoro sus designios, no me atrevo á ser juez de este hecho: solo quisiera que fuese el Señor servido de guiar sus cosas de tal manera, que él se salve y otros muchos por su medio.

Una grande tormenta.

Seguimos nuestro camino las armas y la gente presta, con centinelas en los topes, porque se iba en demanda de un cabo que se dice de San Lúcas, á donde el inglés Tomás Candi robó á la nao Santa Ana. Pasose presto y en paz, y miércoles once de Octubre, estando sereno el cielo, bonancible el mar, sin conjuncion ni oposicion de luna, en la boca de la California nos dió al cuarto del alba un viento Nordeste y recio con

muy grande cerrazon. Pasó al Norte como á las nueve del dia, y creció tanto, que obligó á calafetear escutillas, cazar á popa, é ir al Sur con sólo bajo el trinquete que presto hizo pedazos, á cuya causa se atravesó la nao y se rompió el *pinjote*: y la caña del timon por quedar á su albedrío, daba á una y á otra banda tantos y tan fuertes golpes, que el menor daño temido era hacerse toda rajas, y quedar la nao sin gobierno. Mas luego los marineros, por saber cuánto esto importa, acudieron y le pusieron un *aldrope* con que quedó sojuzgado, y al envergar de otro trinquete hubo hombre, que en el penol á donde estaba, dos veces le cubrió el agua y estuvo debajo della grandes espacios.

Tratóse luego de dar vela y correr; mas tanto creció el viento, que del mar que muy alterado estaba sacaba tanta agua por el aire que parecia un muy continuo aguacero, y sus gotas escocian tanto los ojos, que por acudir á este daño detenian el remedio de la nao, que con gran priesa se buscaba por la mucha que daba el mar; cuyas olas obligaron por hinchir la barca de agua que con presteza fué echada á la mar, y apénas estuvo fuera cuando tres golpes con tanto ímpetu rompieron dentro en la nao, que la dejaron rendida y á medio combés el agua, con cuyo peso y con la fuerza del viento no pudo la nao surtir; y viéndola, pues, así dijo el Moreno, atambor:—Aquí no hay más que esperar. Luego se echó á la mar, y fué su ventura tanta que lo volvió una ola á entrar dentro; y porque no hiciese otra locura semejante, lo prendieron.

Los embornales, que es por donde sale el agua, eran

pequeños y pocos, y á esta falta quien más podia con barretas, palancas y piés de cabra, dándole el agua á los pechos, procuraban del mareaje quitar tablas para el agua escurrir. Aquí fué visto acudir sin entender, y deber sin querer acudir. Vióse más, dar los unos á la bomba, otros alijando apriesa, y muchos roncos gritando:—¡Córtese el árbol mayor, que es el que nos lleva á fondo! Unos decian de sí, otros de no, y en un instante con hachuelas y machetes se cortó la jarcia de sotavento. El capitan llamaba á los pilotos para tomar parecer. Ellos se hacian sordos; por lo que envió á decir á todos que esperasen más una hora; mas viendo muchos que se dilataba el remedio y amenazaba el cuchillo, las diligencias que hicieron eran las que al alma importan. Unos se confiesan luego, otros piden perdon, y perdonan, se abrazan y despiden; unos gimen y otros lloran, y muchos por los rincones esperando estaban la muerte.

El capitan á gran priesa hizo traer los dos indios á la cama á donde estaba, y que el padre franciscano les preguntase si querian ser cristianos; y muy fervorosamente ámbos dijeron de sí, y ya que habian rezado el Credo al punto los bautizó, llamándose Pedro y Pablo.

El capitan, su padrino, los ojos corriendo agua los abrazó, y por verlos temerosos los consoló, y dijo: A Dios las gracias, que debo y puedo Padre Eterno, os doy por merced tan alta; pues habeis sido servido que yo vea de tantos trabajos mios sin merecerlo aqueste pequeño fruto, pequeño para mi deseo y gran-

de, pues son dos almas nuevamente bautizadas, y traidas al gremio de vuestra iglesia católica.

Estaban Pedro y Pablo, puestas las manos tan devotos y constantes y cuando la nao parecia sumergirse, diciendo:—¡Jesús María! y haciendo cruces á la mar, que bastaba oir y verlos, enternecer los más duros corazones. Corrió la nueva y esforzó la esperanza, y hubo allí uno que dijo:—Nadie tema, que pues tal obra está hecha, Dios ha de dar lo que falta para salvarse nao y gente.

Eran las tres de la tarde. El viento y mar no amasaban ni paraban de combatir á nuestra rendida nao, que tanto á la banda estaba cuando un grande borboton con dos espantosos truenos cargó tanto, y tanta fuerza tuvo el viento, que ya no faltaba á la nao más de sólo virar la quilla. Aquí se vieron los semblantes de difuntos cortados; los más briosos, mandar sin saber lo qué, y pilotos mudos; y se oyeron los suspiros, los votos y las promesas y grandes coloquios con Dios; y uno que dijo:—¡Ah! Señor; ¿y de qué habrá servido todo lo hecho y lo visto si esta nao se va á fondo?: y pasó más adelante con grandes muestras de fé. En suma, todos gritando pedian remedio á Dios, que fué servido que las furias se pasaron al Noroeste y Poniente y fueron dando sota de sí; y la nao levantando el cuello, y sacudiendo los costados se puso presto derecha, y ántes de venir la noche dimos velas y seguimos la derrota á Les-sueste buscando el Cabo de Corrientes.

La muerte del padre comisario.

Ya se iba con todas las velas navegando el viento á popa, y la gente alegre contando los hechos de la batalla pasada en que hubo bien que notar, algo por que reir, y algunos con asombro de haber visto á un tan esforzado viento cuyo rigor hubiera sido mayor y mayor el daño si sucediera de noche. Alababan unos la nao, sus mañas, su fortaleza; otros la osadía y el ánimo y tan prestas diligencias, y todos al Señor Altísimo por las mercedes que nos hizo. Otros hubo que dijeron que la borrasca y sus furias habian sido necesarias para humillar los soberbios, y hacer los ingratos gratos, y para que allí se acabasen todas las enemistades causadas por falta de fino amor; pues con éste se pudiera padecer con ánimo varonil lo pasado y un poco más: que tales casos más presto dan que ofrecen, cuanto más á donde no hubo uno que tuviese mal sabor, salvante éste, lo que era más difícil sufrirse unos á otros tanto tiempo en una nao viéndose siempre los rostros. ¿Mas qué digo, si se cansan padres de hijos, riñen hermanos y amigos, y el marido á su querida mujer suele á veces aborrecer?

Nuestro padre comisario, que ya de atrás venia enfermo (yo entiendo que á falta de sustancia y por su mucha vejez), el otro siguiente dia lo pasó con parasismos y agonías, y cuando la media noche, fué Dios servido de llevarlo de esta vida; y por haber sido la suya de cuarenta años de su hábito, y casi ochenta de edad,

y haber muerto en una demanda justa y ganado el jubileo á la jornada concedido, se puede bien esperar que está gozando de Dios. El resto de la noche estuvo su cuerpo alumbrado con cuatro velas de cera. Venido el dia, el padre su compañero con la gente de la nao rogaron á Dios por su alma, y con un sentimiento grande fué sepultado en la mar á vista de las tres islas *Marias*.

Estaba allí Pablo el indio muy atento, mirando lo que pasaba, y como vió que aquel cuerpo con el peso que á los piés le ataron fué á pique, y que al tiempo de su bautismo le dijeron que cuando mueren cristianos van al cielo, preguntó cómo siendo cristiano el padre se iba al fondo de la mar. Lo mejor que se pudo le dieron á entender que por ahora sólo el alma iba al cielo. Y como desto sabia poco quedó suspenso, y todos muy admirados de haber visto tal pregunta de un muchacho de ocho años que el otro dia atrás era un bruto gentil.

CAP. LXXV.—Lo demás que pasó hasta que surgió la nao en el puerto de la Navidad.

Túvose vista de tierra y por su costa se iba navegando, haciéndose las breves horas largos dias, por ser muchos los deseos que habia de ver ya surta la nao

en el puerto de Zalagua, en cuya demanda fuimos. Estando casi á su punta nos dió calma. Porfióse contra ella y nunca pudimos entrar. Penoso caso; pues la falta de una hora de buen viento nos robaba tan grande contentamiento, cuanto lo era tomar puerto para en él descansar de los trabajos pasados.

Muchos discursos se hicieron medidos á la necesidad en que estábamos, y por que más se hiciesen sobrevino una corriente con tanta furia, que arrebatada la nao en poco espacio la hizo casi perder las cuatro leguas que hay de Zalagua al puerto de la Navidad. Acordóse, aunque era costa brava, enviar dos hombres á tierra á buscar gente y remedio; mas porque unas pipas en que los dos iban las llevaba la corriente, el capitan les dijo volviesen á bordo porque no se ahogasen, y que si pasaba del puerto de la Navidad, para el cual era el viento y la corriente en favor, no habia otro puerto conocido á donde poder guarecerse.

Viendo, pues, el disgusto é inquitud de la gente por ver que la nao rodaba y que en ella habia solas cuarenta botijas de agua, por todo esto y por no ponerse á nuevos riesgos, determinó se tomase el puerto de la Navidad; para lo que dijo al piloto mayor las causas que le movian, y por la más principal los deseos que tenia de enviar aviso á México, para que el visorey lo diese á Su Magestad, de todo lo sucedido, que era lo que más cuidado le daba viendo tan cerca á la muerte. Mostróse el piloto tibio, por lo que el capitan, en conformidad de lo dicho, le hizo notificar un auto so gra-

ves penas tomase luego aquel puerto, porque así convenia.

En esto cerró la noche: púsose en el bauprés el más experto marinero para que fuese avisando del gobierno que se habia de tener á la entrada. Mucho ayudó el poco viento y mucho más la corriente, con que, aunque despacio, fuimos entrando por junto á un gran peñasco fondo á pique, y á sotavento una baja. Por ser la noche oscura hacia temeroso el paso. Hubo cierta turbacion viendo la nao junto á piedras, por lo que algunos se desnudaron y se pusieron á la órden de nadar. Hubo destos y de otros sobresaltos, y á vueltas dellos buena guarda y buen gobierno en la nao, que entró un poco más adentro. Calmó del todo el viento, dióse fondo en un lugar mal seguro por no perder lo ganado con la vaciante marea. A poco rato volvió con fuerza el Sueste. Zarpóse á gran priesa el ancla, y se dió vela, con que fuimos á surgir otro poco más adelante: y al fin, habiendo gastado la noche en estos cortos viajes, vino el dia y del todo entramos dentro en puerto, y dimos fondo en doce brazas frontero de una playa descubierta á muchos vientos, por lo que fué amarrada la nao con cuatro cables, á veinte y uno de Octubre de mil seiscientos y seis.

CAP. LXXVI.—Cuéntase lo que pasó en este puerto de la Navidad, hasta que salimos dél.

Surta que fué la nao, como no habia barca, se hizo al punto de una verga y dos pipas una balsa. El capitan ordenó á cuatro hombres que, con la provision necesaria de bizcocho y arcabuces, fuesen en ella á tierra á bũscar unas estancias de que habia noticia. La balsa con la fuerza de las olas dió á la costa. Tres marineros que la llevaron, hallaron en cierto puesto una barca nueva, y en una casa pajiza dos tinajas, y un rio en que las hinchieron de agua que trajeron, y con ellas y con veinte y siete botijas de nao á que se dió franca mano y no habia otras, apagó la gente la grande sed que tenia; y con esperanza de que los cuatro compañeros habian de traer buen recaudo, pasaron todos noche y dia, y la mañana siguiente volvieron los cuatro diciendo que toda la noche anduvieron por entre grandes y espesos árboles, por rios y pantanos sin haber hallado camino ni rastro de las estancias. Con esto quedó la gente muy triste; mas luego dos briosos marineros, el uno ayamontés, otro gallego, dijeron al capitan que si les daba licencia querian ir, como fueron, á buscar indios ó pueblos, por donde Dios los guiase.

Este dia se acabó un botiquin que se hizo dentro en la nao. En la playa se armaron ciertas tiendas y ramadas. El capitan se desembarcó sin pulso, llevando el estandarte y bandera, y fué á tierra con mitad de gente y armas, y ordenó que de la nao fuesen tiradas tres piezas al salir y poner del sol y á medio dia, por si acaso fuesen oidas de vaqueros ú otras gentes.

Tratóse luego de cazar aves, conejos y venados, y de pescar con atarrayas, cazones, pargos y lizas, haciendo cuenta que cuando todo faltase, con esto se suplirian las necesidades presentes.

Estando las cosas en este estado, el otro dia á la tarde se vieron dos hombres á caballo venir por la playa á gran priesa, y llegados al punto se apearon. Los nuestros los recibieron con increible gozo: diéronse muchos, muy apretados abrazos. Era el uno un indio estanciero, ladino; el otro un Jerónimo Jurado de San Lucar de Barrameda, que dijo que luego que oyó las piezas entendió ser de nao necesitada, á cuya causa, por encaminar sus cosas, habia venido y allí estaba para hacer cuanto pudiese por que tuviesen recurso. El capitan que vió esta buena voluntad, lo abrazó segunda vez, y á ambos los contentó con darles cosas de la nao, y le rogó que luego al punto volviese con el sargento mayor, que iba á México á llevar cartas al virey, y con otras dos personas que llevaban dinero para comprar la provision; que el otro dia enviaron de gallinas, huevos, pollos, y se trajo de ternera y novillos lo que bastó y sobró.

Llegaron el mismo dia aquellos dos buenos mari-

neros con indios y con caballos y con socorro de cosas. Parecióles que por segundos no era su hecho de estima. El capitan los abrazó y les dijo cuánto estimaba su determinacion tan honrada, y cuán agradecido estaba y lo debian estar todos por el trabajo que tomaron.

Corrió la nueva de nuestra estada en el puerto y del buen trato que habia. Muchos indios que estaban escondidos en los montes, por razon de aquellas agregaciones de unos pueblos á otros, vinieron á traernos frutas, maiz, y otras cosas que les fueron pagadas al doble de su valor; y porque asistiesen mejor y en todo nos ayudasen, les hizo dar el capitan mucho bizcocho, sal y vino y otras cosas, y vistió de tafetan á tres ó cuatro.

El almirante mayor de Colima, don Juan de Ribera, á peticion del capitan y por dinero envió cantidad de bizcocho y de gallinas, con que todos, en veinte y siete dias que allí estuvimos, fuimos cobrando nuevas fuerzas y sanando de cierto mal de encías, que en la costa destas tierras suele dar á los que vienen de Manila.

No se descuidó Satanás en este puerto de sembrar las malas y dañosas semillas que hasta aquí habia sembrado, y lo peor que halló tierras dispuestas á recebir y brotar y darle el fruto dellas, que es todo lo que pretende.

Luego que nuestro padre vió indios, pretendió le diesen caballos para irse á México. Supo esto el capitan, y le rogó muchas veces mirase lo poco que faltaba para allegar á Acapulco, y que ninguna cosa le estaria más

á cuento que acabar aquel viaje. A esto dijo, que él sabia lo que más le convenia, y no queria en ese poco morir y que lo echasen á la mar, como al padre comisario, sino irse derecho á una celda, y allí vivir y morir cercado de sus hermanos. Dijo á esto el capitan, que si se iba habia de parecer muy mal, quedando la nao sin sacerdote que acudiese á las necesidades de almas que podrian ofrecerse; y pues á falta del otro padre, su compañero, él era nuestro cura, que no nos dejase solos por asegurar lo ménos digno de temer, por usar de caridad, para lo cual le daria Dios tanta vida como le daba salud. A esto dijo:—Parezca lo que pareciere, que más obligacion tengo á mí, y la caridad concertada ha de comenzar de mí mismo. Otras demandas y respuestas hubo, que fuera bien se excusar; y obligado destas y de las que se callan, le dijo el capitan:—Padre mio, en remate de un tan largo viaje no nos cieguen nuestras pasiones, que hay otro viaje que hacer. Por lo que el padre se echó á los piés del capitan y, sin lo poder estorbar por su flaqueza por haberlo asido, le besó ambos empeines. El capitan se tendió de largo á largo, á nivel de como el padre, y le besó las plantas de ambos piés, diciendo:—No pienso quedar corto en esto.

Hubo aquí ciertas personas que, por sí y terceras, dijeron al capitan los dejase ir por tierra. El capitan dijo á esto que para lo que ellos servian ya se hubieran de haber ido.

Otro hubo que pidió al capitan certificase no haber recibido sueldo Real, habiéndoselo él mismo dado, y

tambien quiso el título de almirante y que hiciese otro el oficio. Otros muchos quisieran ser cada uno el que llevara la carta enviada al virey, alegando para ello sus grandes merecimientos; y por esto, y por mucho que no se cuenta, hubo aquí muchas contiendas y quejas, con que se podrá bien juzgar, y por todo lo de atrás, cuánto más cuestan los descubrimientos hechos de voluntades de hombres que no descubrir nuevas tierras.

Habia ido en la jornada sirviendo á los padres un indio mozo de hasta veinte años, su nombre era Francisco, su natural el Pirú, su hábito de donado, su vida de cudiciar. Era, pues, éste un hombre humilde, templado y grato, muy amigo de la paz, y tan celoso del bien de las almas de las gentes descubiertas, que puso en prática el quedarse allá con ellos. Tenia á Dios grande amor y respeto; en cada cosa que habia, por rigurosa que fuese, se conformaba con su santa voluntad. En suma, á todo mostró buen ánimo y alégre rostro, y no ví que lo hiciese bueno á ninguna cosa mal hecha; ni hizo queja, ni pidió paga, ni trató della; cuyo ejemplo en muchos causó envidia y en un soldado pesar de oir alabar sus virtudes: con que digo, que no veo que uno sólo escape de las lenguas de los hombres, y que ó sea por alto ó por bajo él ha de llevar su golpe.

Veníase acercando la fiesta de Todos los Santos, que era uno de los dias del jubileo de la jornada. Por esto se confesaron todos los nuestros, y fué armado dentro de un pabellon un altar; habiéndose traido ostias de un pueblo que se dice Utlan, y avisado á las estancias que

viniesen como vinieron españoles, indios y otros, á oir la misa que allí dijo nuestro padre. Estuvieron Pedro y Pablo de rodillas, cada uno con una hacha encendida, alumbrando todo el tiempo que duró el sacrificio y la comunion. A pocos dias se fué este religioso por tierra, y nosotros aprestando para irnos por la mar.

Estando, pues, muy deseosos de huir de la playa y molestia de tanta suma de mosquitos jejenes, zancudos y rodadores, cuantos hay en este puerto, de dia y de noche sin haber quien de ellos se pudiese defender, dimos vela á diez y seis del mes de Noviembre.

CAP. LXXVII.—El resto del viaje, y cómo la nao surgió en el puerto de Acapulco.

FUÉSE navegando con poco viento á propósito, y con terrales y virazones. De espacio hallamos corrientes contrarias, y obligados dellas y del poco contrario viento Sueste que nos llevaba á varar en la playa de Citala. Dimos fondo por dos veces: al fin llegamos cerca del puerto, donde salió una barca á remo y vela á saber la nao y gente que éramos. El capitan envió en el botiquin un mensajero, y á la barca ordenó que remolcase

la nao hasta que surgimos en el puerto de Acapulco, á veinte y tres de Noviembre del mismo año de mil seiscientos y seis, con sola muerte del comisario, y toda la gente sana. ¡Gracias á Dios por esta y las otras mercedes que en todo el viaje nos hizo, como se vé en la historia!

Es de advertir que cuando de la bahía nos desgarró el viento Sueste, que no se entendió venir á la Nueva España, á cuya causa no vinimos, como se puede venir, á Les-nordeste: y cortar la línea equinoccial cuatrocientas leguas más á Leste de adonde la cortamos, fuera más breve el viaje; y si el viento Noroeste que tuvimos cuando fuimos de Taumaco á la bahía es durable, será mucho más breve.

El dia siguiente, que fué de Santa Caterina mártir, salió de la nao el capitan y su gente siguiendo el estandarte Real, que muchos del lugar acompañaron desde la playa á la iglesia. Llevamos á Pedro y Pablo, ambos vestidos de nuevo, á la pila; habiendo dicho la misa el vicario, que les puso el óleo y crisma que les faltó por recibir, porque no dió lugar la tormenta cuando fueron bautizados: y con la órden que salimos nos recogimos á la nao.

A pocos dias despues de nuestra llegada, vino de las Filipinas un navío y trajo por nuevas como don Pedro de Acuña, gobernador de ellas, ganó la isla de Torrenate con poco daño de su gente. Fué esta nueva muy alegre, y celebrada luego aquí con repique de campanas y alegría en la gente. En México se hicieron grandes fiestas bien debidas á vitoria tan deseada. Esto digo, y

espero mayores fiestas y gozos por tantas islas y tierras que Dios fué servido mostrarme; pues todo es de un mismo dueño, y ser muy justo que suene esto en el mundo para más gloria de Dios, y honra de nuestra España. Tambien llegó otra nao donde murieron en la mar setenta y nueve personas, y otras once en el puerto, de una grande enfermedad que da en aquella carrera; y segun se dijo, cuando venian navegando se compró una gallina por dos mil y cuatrocientos reales, y por otra daban tres mil y doscientos y no la quisieron vender.

Cuéntase la solenidad con que fué desembarcada y recebida la cruz de naranjo que se arboló en la bahía de San Felipe y Santiago.

Envidioso el padre Fr. Juan de Mendoza, guardian del convento de San Francisco de los descalzos de este puerto, de la veneracion con que la cruz fué recebida de los religiosos de su órden el dia que se arboló en la bahía de San Felipe y Santiago, como está dicho, con grande encarecimiento la pidió al capitan; diciendo que en la playa la queria recebir, y en procesion llevarla á su convento. Hubo sobre esto un muy honrado y santo pleito, porque el vicario del lugar la queria recebir con la misma reverencia para ponerla en su iglesia. Alegóse de parte á parte el derecho; mas al fin, por ciertos ruegos, el vicario largó la palabra que el capitan le tenia dado de dejarla en su poder.

El dia de la Concepcion de la madre de Dios el capitan, con la más grandeza que pudo, sacó de la nao la cruz, y á la orilla del mar la entregó al dicho padre guardian con otros seis religiosos. Recibiola de rodillas con mucha devocion, y puestos en órden de procesion, á los dos lados de la cruz Pedro y Pablo cada uno con un hachote encendido, detrás toda la gente del pueblo llevando bandera y caja, fuimos marchando al convento. A la puerta de la iglesia estaba un padre revestido; el capitan, que es el que llegó primero, le fué sirviendo de macero hasta llegar donde estaba el guardian, que hizo de rodillas entrega de la cruz al capitan. El capitan la dió al padre en las manos, que la llevó á su iglesia y la clavó en altar mayor, con repique de campanas de ambas iglesias, son de trompetas, tiros de cámaras que allí estaban y de las piezas de la nao y fuerza, y continuas cargas de mosquetes y arcabuces de los soldados. Alegría que mostró toda la gente en comun, y no ménos el capitan que, aunque tuvo deseo de dar en Roma esta cruz en las manos del pontífice, y decirle ser la primera que en nombre de la iglesia católica levantó en aquellas nuevas tierras, con los indios que entendia traer de ella por primicias, y pedirle para todos aquellos y otros vivientes grandes favores y gracias, se acomodó con el tiempo que le robó la gloria de este triunfo; da muchas gracias á Dios de cuya bondad espera volver la cruz al lugar donde la trajo.

CAP. LXXVIII.—De lo que sucedió al capitan en México y en su embarcacion hasta llegar á la córte de España.

Luego que la gente se desembarcó, hubo personas que por vengar sus pasiones, ó por otros respetos, escribieron al marqués de Montes Claros, virey de México, y sembraron por toda la tierra muchas cartas, procurándome descomponer y desacreditar la jornada: á que yo satisfice por otras lo mejor que pude, dando á entender mi verdad y buen celo; y algunas de ellas envié al dicho marqués, pidiendo órden de lo que habia de hacer del navío. Y por habérmela dado de que le entregase á los oficiales Reales de Acapulco, pues era de Su Magestad, lo hice así, y me partí de Acapulco el primero dia del año de mil seiscientos y siete, y entré en México el dia de San Anton, y el de San Sebastian me recibió el virey amorosamente, y por su órden hice relacion é informacion de todo lo sucedido. Y entendiendo que cerca de México estaba don Luis de Velasco, que habia sido virey en el Perú en tiempo que la primera vez vine desta jornada, le fuí á hablar y le dí cuenta de lo que habia pasado, y me honró y consoló mucho.

Y allí en México el indio Pedro, como ya estaba más ladino y entendido en nuestra lengua, hizo ciertas declaraciones muy importantes de cosas que se fueron preguntando de su tierra, y de las comarcanas; y dió á entender la grandeza de ellas, y sus comidas, frutas y riquezas, y como habia plata, oro y perlas en cantidad, y los ídolos que adoraban, y sus ritos y ceremonias, y cuán de ordinario les hablaba el demonio; y mostrándole algunas cosas de las nuestras, fué declarando los nombres que tenian en su lengua: y dentro de breve tiempo se nos murió él y el otro indio Pablo, que era muchacho y de muy lindo rostro y disposicion.

Volví á hablar al virey, y tratéle de mi partida y necesidades. No salió á remediarlas, ántes me entretuvo con gracias, y me dijo que estaba de partida para el Perú, donde le habian proveido por virey, y que si yo volviese en su tiempo, trujese buenas cédulas, que todas las cumpliria, y que hiciera él de buena gana la jornada por entender que era cosa tan grande. Y çon esto me despidió, y se llegó el dia de la partida sin tener yo solo un peso, para ponerme en camino; pero socorrióme Dios con las amistades y socorros que me hizo un capitan Gaspar Mendez de Vera, y un Leonardo de Oria en San Juan de Ulúa me recibió en su nave, en que llegamos en salvo á Cádiz, donde me desembarqué. Y para pasar á Sanlúcar vendí la cama, y en Sanlúcar otra prenda, con que llegué á Sevilla, y allí para sustentarme vendí lo demás que me quedaba: y con esto, y con quinientos reales que me hizo dar don Francisco Duarte, y lo que me ayudó un capitan mi com-

pañero llamado Rodrigo Mejía, llegué sin blanca á Madrid á nueve de Octubre de mil y seiscientos y siete.

CAP. LXXIX.—*De lo que pasó al capitan en la córte esta última vez, hasta negociar una cédula de su despacho.*

En los once dias primeros, despues de haber llegado á la córte, no pude tener comodidad para escribir mis memoriales y alcanzar audiencia del conde de Lemos, que era presidente de las Indias, el cual me la dió de tres horas; y le leí mucho de esta relacion, y por remate me preguntó:—¿Qué derecho tenemos á esas tierras? Respondile que el que habia para poseer las otras. Y volvile á hablar diferentes veces, y en ellas me ordenó que besase la mano á Su Magestad y viese al duque de Lerma, como lo fuí haciendo, y dando muchos y muy apretados memoriales en razon de declarar mi empresa y sus provechos, y solicitar y apresurar mi despacho.

Estos memoriales hacia imprimir, cuando tenia con qué, y cuando nó los copiaba, y presentaba y repartia en los Consejos de Estado, Guerra é Indias, y sus mi-

nistros. Los más los recebian bien y mostraban estimarlos; pero no por eso mi despacho tenia mejor expediente: ántes, en veinte y seis de Marzo de mil seiscientos y ocho, Su Magestad, por medio del duque de Lerma, remitió un largo memorial que le dí al Consejo de las Indias, donde se tomaban floja y desabridamente mis cosas, por haberlas encaminado la primera vez por la vía del Consejo de Estado. Y, en efecto, me dijeron acudiese por la respuesta á don Francisco de Tejada, que era del dicho Consejo de las Indias, el cual me dijo que me volviese al Perú, á la ciudad de los Reyes, y que allí se enviaria órden al virey de lo que habia de hacer. Yo respondí que no estaba bien ponerme en viaje tan largo, y á negocio tan grave sin saber lo que llevaba; y fuí pasando adelante con mis memoriales, y esperé tuvieran mejor suceso, porque en este tiempo llegó al Consejo una carta que Juan de Esquivel, maese de campo de Terrenate, escribió á la Audiencia de la ciudad de Manila, en que decia haber llegado á aquel puerto un navío, y por su capitan un Luis Velez de Torres, y que decia ser uno de los tres del cargo del capitan Pedró Fernandez de Quirós, con que salió del Perú á descubrir la parte incógnita del Sur. "Dice que se apartó dél mil y quinientas leguas de aquí, y que vino costeando ochocientas de una tierra. Llegó con necesidad y yo suplí la que pude. Él va allá, y dará más particular cuenta á V. A."

Despues ví la relacion del viaje de Luis *Vaez*, en poder del condestable de Castilla, que me alegró mucho, y fuí con esta ocasion dando nuevos memoriales,

pidiendo y proponiendo mi despacho, y las cosas que para él se me habian de conceder; pero mi desgracia era tan grande que nunca se acababa de tomar resolucion en nada, y todo era detenerme, y á las veces despreciarme ó desesperarme los ministros, y en especial los del Consejo de las Indias, que en los del de Estado siempre hallé mejor acogimiento.

Viendo esto, procuré nueva audiencia de Su Magestad y la alcancé, cual la deseaba, el dia de los Reyes del año de mil seiscientos y nueve, despues de comer; favoreciéndome en esto como en otras cosas el marqués de Velada. Mostré mis papeles, mapas y cartas de marear; dí á entender las tierras que proponia y su grandeza, los viajes que habia hecho y sus sucesos; y habiéndolo visto con demostracion de gusto, se levantó; y pidiéndole mi despacho, me respondió el marqués que todo se haria bien. Y en siete de Febrero salió un decreto para que el Consejo de Estado tratase muy de veras de este negocio, y que se me librase algun dinero para mi socorro. Y despues de diversas consultas, y habérseme mandado que declarase lo que habria menester para mi jornada, salió otro decreto en que se remitió el negocio al Consejo de las Indias, donde volví á negociar de nuevo; y al cabo de muchos meses se me mandó dar una cédula del tenor siguiente:

EL REY. Marqués de Montes Claros, pariente, mi virey, gobernador y capitan general de las provincias del Perú, ó la persona ó personas á cuyo

cargo fuere el gobierno de ellas. El capitan Pedro Fernandez de Quirós, que, como teneis entendido, es la persona que ha tratado del descubrimiento de la tierra incógnita y parte Austrial, me ha representado como habiéndole yo mandado dar los despachos necesarios por mi Consejo de Estado, para hacer el dicho descubrimiento y para que los vireyes, vuestros antecesores, le proveyesen de todo lo necesario para esta jornada, salió en demanda della del puerto del Callao, á veinte y uno de Diciembre del año pasado de mil y seiscientos y cinco, con dos navíos y una zabra y gente y lo demás; y navegó la vuelta del Oeste-sudeste hasta subir á altura de veinte y seis grados de la parte meridional, por cuyo rumbo, y por otros, se descubrieron veinte y tres islas, las doce pobladas de diversas gentes, y más tres partes de tierra que se entendió ser toda una, y sospechas de ser tierra firme; y una grande bahía con un buen puerto dentro della, de la cual salió con los tres navíos con intento de ver una alta y grande sierra que está á la parte del Sueste, y volviendo á arribar al dicho puerto, la nao almiranta y zabra dieron fondo, y la capitana en que él iba, desgarró; á cuya causa, y por otras muchas que le obligaron, arribó al puerto de Acapulco, de donde vino á España, á darme cuenta del suceso del viaje, el año pasado de mil y seiscientos y siete: y que la tierra que descubrió es apacible, templada, y se coje en ella muchos y diversos frutos; la gente doméstica, y dispuesta á recibir nuestra santa fé; y que lo que él dejó de ver y descubrir es mucho más sin comparacion. Y con grande instancia me ha pedido y suplicado consi-

dere la importancia de este descubrimiento y poblacion; y el servicio tan grande que á Nuestro Señor se hará en que se pueble aquella tierra, y se plante en ella la fé, trayendo al gremio de la iglesia y verdadero conocimiento, tanta infinidad de almas como hay en aquel nuevo mundo, á donde se ha tomado la posesion en un buen puerto y sitio, y celebrado misas; y las utilidades y acrecimientos que resultará á mi corona y todos mis Reinos. Y que pues su intento y pretension no es más que hacer este servicio á Nuestro Señor, y seguir esta causa como hasta aquí lo ha hecho tantos años há, padeciendo tantos naufragios y trabajos, le mandase proveer de todo lo necesario para volver á la dicha jornada, y hacer la dicha poblacion; para lo cual era necesario le mandase dar mil hombres dese Reino, deste doce religiosos de la Orden de San Francisco ó Capuchinos que sean doctos, y con la potestad necesaria, proveidos de los bastimentos y ornamentos, seis hermanos de Juan de Dios, médico, cirujano, barberos y medicinas; y que en esas provincias se le diesen navíos, artillería, mosquetes, arcabuces, y otras armas y bastimentos que fueren menester, y cantidad de rescate para los indios, y una buena partida de hierro en plancha, y herramientas para cultivar la tierra y labrar minas.

Y por lo mucho que deseo que el dicho descubrimiento y poblacion tenga efecto, por el bien de las almas de aquellos naturales, he ordenado al dicho capitan Pedro Fernandez de Quirós que vuelva á ese Reino en la primera ocasion; y os encargo y mando que luego

como llegue á verse con vos, dispongais su despacho, y le proveais por cuenta de mi Real hacienda de las cosas que él pide para hacer esta jornada y poblacion, de manera que con la brevedad posible parta á hacella, no se ofreciendo de nuevo inconveniente notable; dándole todos los despachos y recaudos necesarios para que sea obedecido de la gente que llevare consigo y á su cargo, y los demás que á este propósito convinieren, ó hubiere menester y se suele hacer en semejantes jornadas, descubrimientos, poblaciones. Y mando á los oficiales de mi Real hacienda cumplan lo que en conformidad de esta cédula, y para su cumplimiento les ordenáredes: y vuelvo á encargaros mucho el breve y buen despacho del capitan Quirós, y que me aviseis de como se hubiere hecho, porque holgaré de saberlo; honrándole, favoreciéndole y haciéndole buen tratamiento, que en ello me servireis. De Madrid á quince de Diciembre de mil seiscientos y nueve.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor, Gabriel de Hoa.—Señalada de los del Consejo.

Copia de la carta que el secretario Gabriel de Hoa envió al virey con la cédula escrita.

"El capitan Quirós vuelve á ese Reino, con el despacho que va aquí, en demanda de su descubrimiento. Ha asistido aquí á esta causa con harto trabajo y descomodidad, y con mucho celo del servicio de Nuestro Señor y de Su Magestad. Vuestra excelencia le anime y esfuerce, y aliente este intento conforme á las órde-

nes de Su Magestad, cuya voluntad es que al capitan Quirós se le dé buen despacho y haga todo buen tratamiento, como vuestra excelencia sabrá hacerle el que merecen sus trabajos y peregrinaciones, y que de nuevo se ofrece á otras mayores. Guarde Nuestro Señor á vuestra excelencia como deseo. Madrid á diez y nueve de Diciembre de mil seiscientos y nueve."

CAP. LXXX.—De lo que hizo el capitan habiendo recibido esta cédula, y cómo se le dió otra.

No me contentó esta cédula por ver la confusion que tenia, y que no se me daba la mano que era menester para ordenar por la mia lo necesario para mi despacho, y porque en efecto se dejaba en ella abierta la puerta para que el virey, despues de tenerme en el Perú, hiciese lo que quisiese. Y recelándome de lo mal que se cumplen las órdenes y cédulas de Su Magestad en provincias tan distantes, áun cuando van muy apretadas, volví á dar otros memoriales representando estos inconvenientes, y declarando cómo habia menester quinientos mil ducados para hacer mi jornada, y en qué los habia de gastar y distribuir; y dí particular

cuenta de cómo se habia gastado lo que se me dió en la ocasion pasada.

Díjome don Francisco de Tejada, que no faltaba quien dijo ser bueno el despacho que me dieron. Yo dije que lo debia de haber medido con mis pocos merecimientos; mas no con las grandezas y necesidades de la obra: y proseguí en dar más y más memoriales á Su Magestad y sus Consejos y consejeros, hasta que por el mes de Mayo fuí llamado del secretario Antonio de Aróztegui, y me dijo que ya estaba despachado á mi gusto, y qué título y ayuda de costas queria. Yo le respondí que el de grumete me bastaba, como el despacho fuese bueno, y que no ponia precio á mis servicios, y por este fin ordené nuevos memoriales que fuí dando en el Consejo de Estado; y cuando ya pensé que estaba cerca de conseguir mis deseos, se volvió el negocio á remitir al Consejo de Indias, en el cual, como las voluntades estaban tan frias para conmigo y con mi causa, trocaron, ó torcieron mucho lo que Su Magestad habia ordenado: y en primero de Noviembre de mil seiscientos y diez me dieron una cédula del tenor siguiente:

EL REY. Marqués de Montes Claros, pariente, mi virey, gobernador y capitan general de las provincias del Perú, ó la persona ó personas á cuyo cargo fuere el gobierno de ellas. El capitan Pedro Fernandez de Quirós, que, como teneis entendido, es la persona que ha tratado del descubrimiento de la tierra

incógnita y parte Austrial, me ha representado que habiéndole yo mandado dar los despachos necesarios por el mi Consejo de Estado, para hacer el dicho descubrimiento y para que los vireyes, vuestros antecesores, lo proveyesen de todo lo necesario para esta jornada, salió en demanda della del puerto del Callao, á veinte y uno de Diciembre del año pasado de mil seiscientos y cinco, con dos navíos y una zabra, gente y lo demás que se le dió: y navegó á la vuelta del Oes-sudueste hasta subir á la altura de veinte y seis grados de la parte meridional, por cuyo rumbo y por otros se descubrieron veinte y tres islas, las doce pobladas de diversas gentes, y más tres partes grandes de tierra que se entendió ser toda una, y sospechas de ser tierra firme; y una grande bahía con un buen puerto dentro della, del cual salió con los tres navíos con ánimo de ver una grande y alta sierra que está á la parte del Sueste, y volviendo á arribar al dicho puerto, la nao almiranta y zabra dieron fondo segun se pudo juzgar, y la capitana en que él iba desgarró; á cuya causa, y por otras muchas que le obligaron, arribó al puerto de Acapulco, de donde vino á España, á darme cuenta del suceso del viaje, el año pasado de seiscientos y siete: y que la tierra que descubrió es muy fértil, apacible, templada y rica, y con muchas comodidades; y la gente doméstica y dispuesta á recibir nuestra santa fé: y que lo que dejó de ver y descubrir es mucho más sin comparacion. Y con grande instancia me ha suplicado considere la importancia de este descubrimiento y poblacion, y el servicio tan grande

que á Nuestro Señor se hará en que se pueble aquella tierra, y se plante en ella la fé, trayendo al gremio de la iglesia y verdadero conocimiento, tanta infinidad de almas como hay en aquel nuevo mundo, donde se ha tomado la posesion en un puerto y sitio, y celebrado misas y la fiesta del Corpus; y las utilidades y acrecentamientos que resultarán á mi corona y todos mis Reinos. Y que pues su intento y pretension no es más que hacer este servicio á Nuestro Señor, y seguir esta causa como hasta aquí lo ha hecho tantos años há, y padeciendo tantos naufragios y trabajos, le mande proveer de las cosas necesarias para volver á la dicha jornada, y hacer pié y poblar donde conviniere en aquellas partes; para lo cual me ha suplicado mande librar y que se gasten quinientos mil ducados en lo necesario para toda la empresa, y que se le den mil hombres, la mayor parte que se pudiere casados, que se podrán levantar en ese Reino, y los bajeles convenientes marinerados, bastecidos, artillados, y amunicionados, y algunas cosas que dará por memoria para llevar de respeto, para que la gente despues de llegada y hecho pié tenga con que se sustentar, y para rescatar con los indios; y que en estos Reinos se le diesen doce religiosos capuchinos, que desean hacer esta jornada, y doscientas personas de gobierno, de milicia, letras y religion, que sean como piedras fundamentales de la obra; y que á cuenta del dinero que se ha de proveer en ese Reino, se comprasen en Sevilla seis mil quintales de fierro, y los arcabuces y mosquetes necesarios; y que se le dé algun título y facultad, que por lo ménos sea de gobernador y

capitan general, para mejor acudir á mi servicio, y alguna ayuda de costa para desempeñarse y salir de mi córte. Y habiéndoseme consultado por el mi Consejo de Estado; considerando, como lo he hecho, con grande atencion lo mucho que conviene al servicio de Dios, y mio, que se lleve adelante esta obra; he resuelto y mandado, que el dicho capitan Pedro Fernandez de Quirós vuelva á ese Reino en la primera ocasion, á la prosecucion de esta jornada; y así os mando le deis lo que fuere menester para la ejecucion della, y los despachos que conviniere en órden al negocio á su satisfaccion; y que sea á la misma las cosas que se le dieren y proveyeren: y en estos Reinos le he mandado dar seis mil ducados de ayuda de costa para el camino, y tres mil quintales de fierro, que he mandado á la casa de la contratacion de Sevilla compre en aquella ciudad y os los remita para este efecto. Y mando á los oficiales de mi hacienda de la ciudad de los Reyes, y otros cualesquier de esas provincias, cumplan lo que en virtud y para el cumplimiento de ésta mi cédula les ordenáredes. Fecha en San Lorenzo á primero de Noviembre de mil y seiscientos y diez años.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey nuestro señor, Pedro de Ledesma.

CAP. ÚLTIMO.—De lo que el capitan hizo habiendo recibido la cédula referida.

Viendo la flojedad de esta cédula, y que faltaban en ella muchas cosas de las que yo habia pedido y tenia precisas para mi jornada, volví á hacer instancia en el Consejo de Estado que se me concediesen; y dí para ello diferentes memoriales, y otros en que representé los daños que habia de dilatar esta jornada, y que ya los enemigos ingleses y holandeses tenian noticia de ella, y que si no las ocupábamos primero, podria ser que se apoderasen de aquellas tierras y mares. Lo que resultó de esto fué detenerme más, y mandar que para mi sustento se me diese cierta cantidad de dineros cada mes, y tres mil ducados de ayuda de costa por una vez, para pagar mis deudas, los cuales nunca se acabaron de cobrar. Esotros me fué dando de su mano el buen secretario Antonio de Aróztegui.

Dí tambien otro memorial en que propuse el modo que pensaba tener en descubrir y poblar y gobernar aquellas naciones, huyendo de los daños que por ir por otros caminos se habian conocido en las demás descubiertas. Todo se oia y recibia bien; pero mi desgracia

dilataba el despacho; y al cabo de muchos años el secretario Juan de Eiriza, me leyó y dió un papel que decia: "Lo resuelto por Su Magestad en los particulares del capitan Quirós: que en cosa tan grande es menester ir con mucha siguridad y saber de cierto lo que es, y Su Magestad holgara que le ayuden á descubrir lo que Quirós desea; y para esto vuelva al Perú y siga las órdenes que el virey le diere, asegurándole que se le hará merced como si él solo lo descubriese." A este decreto respondí lo que me pareció convenir, volviendo por mi honra y la de mi causa, y afirmando que no habia de ir sino con papeles y recaudos bastantes y muy claros y firmes.

Pero mientras más andaba el tiempo, más me iba atrasando en mi pretension, por los contrarios que en ella tuve, y la poca confianza que se debia tener de mi persona, y de lo que prometia. Y como el Consejo de Estado no quiso resolver nada en este particular sin remitirlo al Consejo de Indias, se empeoró mucho mi causa, y don Luis de Velasco, que habia venido por presidente de este Consejo, en lugar de alentarla por ser el que dió principio á ella en el Perú, y tener tanta noticia de la verdad que trataba, fué el que más me desfavoreció. Y últimamente, habiendo por este tiempo proveido por virey del Perú á don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, y se conformaron entrambos Consejos en mandarme que me viniese con él, asegurándome que traia muy apretada órden de S. M. para despacharme llegado que fuese al Callao, y disponer todo aquello que yo le dijese ser necesario para mi jor-

nada; en esta razon se hizo una junta en casa del presidente de Indias, en que se halló el nuevo virey y me afirmó que era cierto lo que se me trataba, y podia fiarme de él, y que si tuviera mi despacho el menor dolo no se encargara de él por el valor de todo el mundo, porque era celoso de su reputacion.

Con esto, viendo que en tantos años no habia podido negociar otra cosa, y que tenia tan acabada la vida como la paciencia, me determiné de poner en sus manos la obra y la persona; y él me dijo:—Déjeme y verá lo que hago. Habléle despues diferentes veces y procuré enterarle de mi causa, y de lo necesario para ella, porque desde acá fuese dispuesto, y con ocasion de haber de enviar á Roma á pedir ciertas gracias á Su Santidad, le pedí y me dió la certificacion siguiente:

"Don Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, conde de Mayalde, gentil-hombre de la Cámara del Rey nuestro señor, y su virey y capitan general de los reinos del Perú. Certifico: que Su Magestad me manda que lleve en mi compañía al capitan Pedro Fernandez de Quirós, para que desde el puerto del Callao le despache á la poblacion de la tierra Austrial; y que esto sea cuando yo juzgare que es conveniente, y el estado de las cosas del Perú dieren lugar para cumplirse. Dada en Madrid á veinte y uno de Octubre, año de mil seiscientos y catorce."

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE.

Páginas.

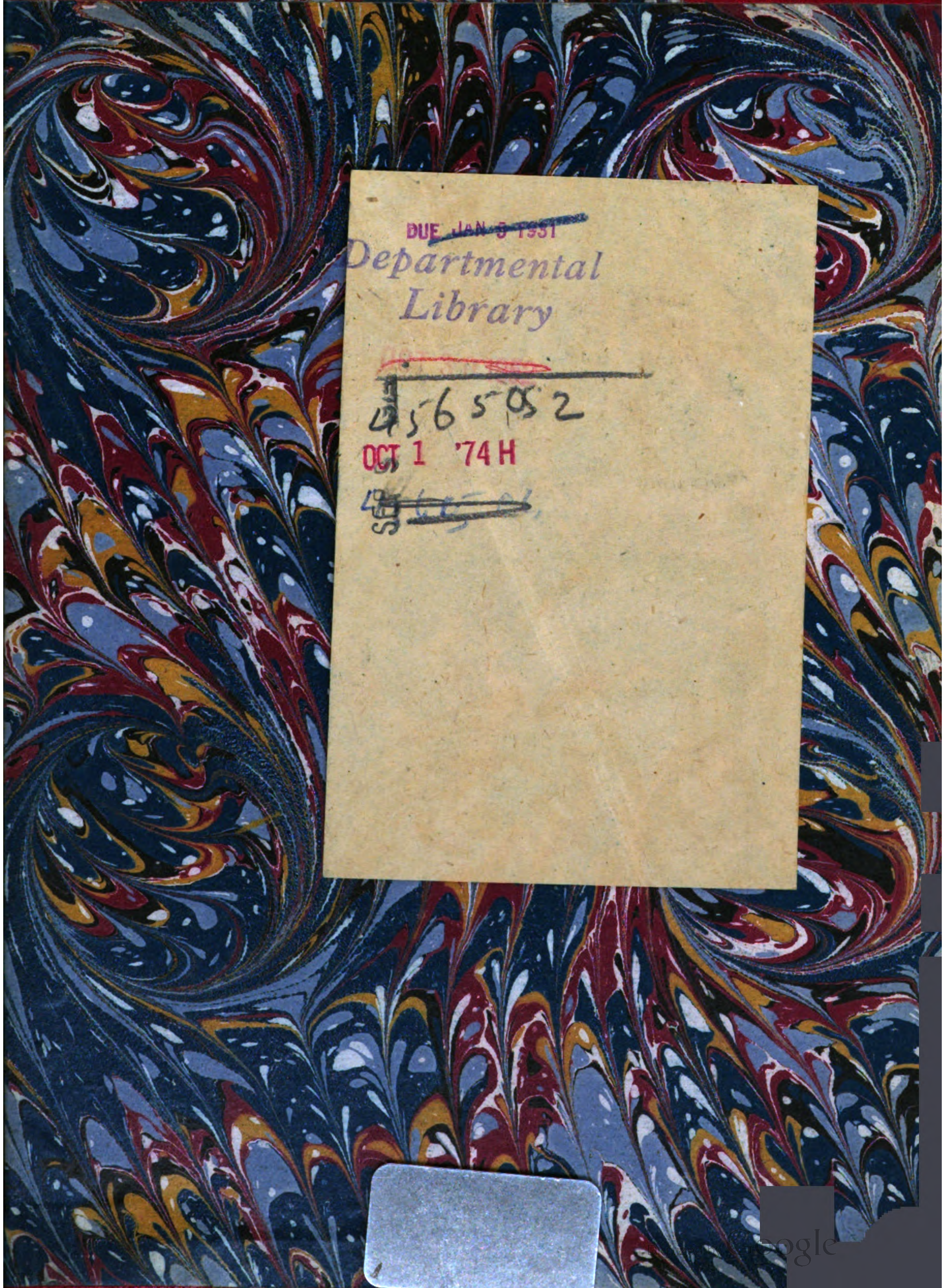
Páginas.

Páginas.

27

Páginas.





DUE JAN 5 1931
Departmental
Library
456552
OCT 1 '74 H


Oc 125.95
Historia del descubrimiento de las
Widener Library 004021055
3 2044 082 363 409